



Mario Halley Mora

# **Yo anduve por aquí**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Mario Halley Mora**

# **Yo anduve por aquí**

## Prólogo

La vida está hecha de grandes acontecimientos y de pequeños detalles. Aquellos no tendrían sentido sin éstos. El Gran Arquitecto diseña la fachada de nuestra existencia pero somos nosotros los que vamos poniendo ladrillos, puertas, ventanas, galerías, arcadas y columnatas. En este libro mi vida dura 200 páginas, más o menos, y 73 años cargados con las impresiones, la gente, los detalles grandes y nimios, las personas importantes o pasajeras, los tiempos felices y los desgraciados, emociones, memoria, experiencia.

La mente, o la memoria, tiene misteriosos mecanismos. Parece registrar a capricho y olvidar al azar. Resucita para alimento de la nostalgia o condena al olvido. No otra fuente tiene este libro.

PLANTÉ, hace 25 años, un árbol de yvapurú, que se llena de frutos cada Setiembre, y es mi satisfacción.

TUVE, de mi matrimonio, cinco hijos que son mi felicidad y mi tristeza.

ESCRIBÍ y publiqué 25 libros, buenos o malos no importa, porque son mi justificación.

## Introducción

Éste no es un libro de memoria, y menos de historia, sino, apenas, un libro de desolvidos. No hay disciplinas cronológicas ni apelaciones documentales. No me he puesto a investigar en descoloridas colecciones de diarios ni en viejos archivos. Mi única proveedora es la memoria. Todo se reduce a recordar y escribir, y de ese modo, dar testimonio de que yo anduve por aquí, en este mundo ancho y ajeno, como diría Ciro Alegría, sabiendo nada más que el camino andado es largo, y el por andar, previsiblemente corto. Empiezo este libro, ocho días después de haber dado sepultura a mi hijo Paco, como un homenaje a él y como un escape a mi aflicción, que no creo acabe nunca, pero al final de cuentas, es mayor consuelo ponerme a trabajar antes que sentarme a cavilar sobre las injusticias del destino, el peor de las cuales es cuando la lógica existencial se vuelve cabeza abajo, y ya no cabe el dulce consuelo de esperar que mi hijo me entierre a mí, sino vivir la

agonía de enterrar a mi hijo. En fin, en memoria de mi querido Paco, van estos deshilvanados recuerdos.

Curándome en salud advierto de nuevo al lector que de la misma manera que éste no es un libro de memorias, tampoco es de historia. Se mencionan nombres, hechos, cosas y circunstancias tal como los registrara mi memoria, de niño primero, de adulto después. Los recuerdos son tornadizos y caprichosos. Aparecen torrenciales o escapan como duendes huidizos en los recovecos del tiempo. De ahí el énfasis en esta aclaración previa, en previsión de que el lector encuentre contradicciones y olvidos, fracturas de tiempo o de espacio que deben atribuirse -repito- a la mecánica del recuerdo que tiene su propia tabla de valores para rubricar los hechos insignificantes o no. Un gran poeta medieval alemán, Pope, escribió alguna vez «Puesto que la vida no puede darnos más que echar una ojeada a nuestro alrededor y morir, alcemos libremente nuestro vuelo sobre todo este escenario de la humanidad». De eso se trata, de un vistazo a la humanidad, o de una molécula de ella que fuera mi entorno. Esta recurrencia única a la memoria, acaso idealice a los acontecimientos o las personas, pero como mi mente los registró así, así fluyen sobre el teclado de la máquina. Tal vez haya errores o saltos sincopados para atrás o delante, de fechas o de épocas, pero esos mismos errores, nunca equívocos, son parte de esta substancia que empiezo a construir con los ingredientes de mis observaciones, padeceres y placeres en mi paso por la vida, y más o menos que con estilo literario, con el periodístico que se adecua mejor a lo que es este libro.

## Uno

Fui el sexto hijo varón de don Miguel Halley -sirio- y de doña Elisa Mora, siendo el primero Antonio y el segundo Pedro, que combatieron en la Guerra del Chaco. Después Gerardo, Agustín, Eulalio y yo. Hubo otro varón, Roque, que murió de niño, de modo que me salvé de ser el séptimo varón, proclive, según la leyenda, a convertirse en Lobisón, o Luisón, como se dice en el Paraguay. En el momento de escribir este libro quedamos en pie Gerardo y quien lo escribe. No faltó en la familia el toque de la tragedia. Mi padre, Miguel y su hermano gemelo, Manuel, fueron acribillados a tiros en 1937 en Ajos, hoy Coronel Oviedo, pueblo de mi nacimiento. Contaba mi madre que nunca aquellos gemelos se separaron. Viajaron juntos al Paraguay, trabajaron juntos, vivieron juntos y murieron el mismo día. Juntos, desde el seno materno hasta una tumba doble, extraña caricatura de un útero de la Eternidad. Igual destino le tocó a mi hermano Antonio, asesinado a tiros por la espalda por su cuñado, Carlos Vargas, en vísperas de la Navidad de 1959.

De Ajos tengo vagos recuerdos, aunque por lo contado por mi madre y mis hermanos mayores era poco más que una aldea de frontera, porque más allá sólo se extendía el inmenso bosque del Caaguazú hasta el río Paraná. Tierra de malevos, refugio de fugitivos que tenían la selva donde escabullirse en el patio de los ranchos, la mala fama de Ajos era legendaria. No había Comisario que durara tres meses en el cargo, y no porque se jubilaba sino porque se lo enterraba con las pompas del caso, o con ninguna, víctima de algún entrevero en el que tuvo el desatino de querer imponer su autoridad. Era el pueblo de Ajos de entonces, muy distinto a la culta Villarrica o a la señorial Caazapá, de mucho más

contenido tradicional en la composición de la sociedad y de la familia, el cultivo de las artes y la asimilación de una inmigración de pioneros europeos que fundaron familias ilustres. La escuela de Ajos sólo tenía hasta el tercer grado, y aunque no faltara maestra para el cuarto, faltaban alumnos, ya que al despuntar la adolescencia, siempre temprana en el campo, tiempo de concurrir modosamente al cuarto grado, el púber ya se sentía muy hombre como para dedicarse a minucias escueleras, exigía a la familia el correspondiente caballo que certificaba una naciente virilidad de jinete, y no faltaban padres que les ponía como rúbrica un revolver al cinto como resumen y símbolo de iniciación varonil. El siguiente paso era «perjudicar» a alguna desprevenida doncella, en un episodio de estío desolado y cántaro roto, y con el mayor escándalo posible, porque la costumbre mandaba que la cosa tenía que saberse, para la consabida alabanza masculina al macho que despuntaba y la también consabida condena femenina -madre incluida- a la perversa de calzones flojos que había «tentado» al doncel.

Mis recuerdos de aquella niñez en Ajos son esfumados como un espejismo, como sólo pueden serlo los de un niño de cinco o seis años. No obstante, todavía mi memoria se activa cuando mis narices perciben el fuerte olor de los fardos de alfalfa o de tabaco, el del sudor de los caballos mezclado con el aroma del cuero, la boñiga de los bueyes y la exhalación de madera vieja de las carretas. Todavía viene a mi memoria las noches cerradas, erizada de grillos y la asombrosa bóveda del cielo nocturno, donde estrellas y constelaciones brillaban triunfales, sin la palidez de la polución lumínica de hoy que nos deja sólo el esbozo de un cielo que fue. Noche, estrellas, inmensidad y brisa convocaban la idea de la humildad del hombre ante la vastedad del universo, y su pequeñez ante la Creación que se instalaba en el entorno como en una escenografía majestuosa, abrumadora. Apagadas las luces, solía salir al patio o asomarme en alguna galería para contemplar la noche, y de entonces vuelve el recuerdo recurrente y nunca borrado. El de un candil movedizo -vela de sebo dentro de un caja de vidrio-. El farol mbopí, que se desplazaba oscilante en la negrura de la noche, sostenido por algún jefe de familia a su vez seguido por la mujer y los hijos. Sombras que venían de la oscuridad y caminaban por la oscuridad hacia la oscuridad, transitando un camino jalonado de tristes cruces que eran los hitos que la muerte había plantado para indicar el lugar de una desgracia, una emboscada, un entrevero sangriento, un «guazú apí» (tiro al venado) aleve y cobarde, y allí se ponía la cruz, en vano intento de convocar poderes milagrosos. Siluetas fantasmales apenas delineadas tras el mínimo resplandor andante, a las que la noche sorprendía en el camino e iban hacia su destino hendiendo la espesa negrura. A lo largo de mi ya larga vida, siempre recuerdo aquella noche del candil errante alumbrando una caminata de almas en pena, y hasta hoy me pregunto el significado último de esta impresión que no se borra de la memoria, como si mi propia niñez quisiera enviarme un mensaje, una enseñanza o una experiencia sobre el significado de la vida, que al final de cuentas no es otra cosa que ir abriéndose paso a tientas y con una breve ascua de luz hacia lo desconocido.

Mi mente infante -curiosamente- asociaba la noche al candil guiando a las sombras errantes. A esas sombras al camino -apenas un sendero para caminantes que innumerables pies descalzos fueron trazando en el suelo verde- y al camino con las cruces que la tragedia plantaba como postas para que la memoria de la gente guardara las andaduras de la desgracia. Aún recuerdo el «curuzú Adelina», a la vera de un espeso bosque, donde Adelina pagó con la vida una traición de amor. El «curuzú angelito», donde un chico de tres años,

en andas de un padre borracho cayó del caballo y se mató. Y el «curuzú Teodoro», en memoria de un tropero de ese nombre cayó fulminado por un tiro venido de la espesura, sin que nunca se supiera por qué ni por quién. Ornados siempre con su renovado «pañó», aquellas cruces irradiaban milagros -al menos la gente creía eso- y siempre recibían el homenaje peregrino de una oración y de una vela de sebo que cuando el viento no apagaba terminaba derretida en una mancha blancuzca dispersa en el suelo.

Dos

Quizás por esa presencia ubicua de la muerte, y de la santificación de la muerte que tan bien estudia Octavio Paz como fenómeno de la cultura mejicana en su «Laberinto de la Soledad» mi madre se santiguaba despavorida, nativa como era de la sosegada Quiindy, madre de seis varones destinados a hacerse hombres, crecer y tal vez morir a temprana edad en ese universo violento, con moralidad de frontera, donde el acto de matar no hacía asesinos sino arquetipos de arrojo y de hombría, con hombres curtidos prontos a echar mano al revólver o el puñal.

La síntesis de su pavor maternal quizás era el pequeño altar de su pieza de costura, donde siempre ardían velas para Jesucristo, la Virgen y todos los santos protectores de cada desgracia que acecha la vida del varón. Recuerdo que entre esa surtida imaginería resaltaba la imagen de su devoción más intensa: Nuestro Señor de la Buena Muerte, o San La Muerte, como se lo conocía en otros parajes rurales, que no evitaba la muerte, sino por lo menos la hacía dulce y pacífica, y era un esqueleto humano sentado y sosteniendo una guadaña. Alguna vez, un seminarista joven de paso por el pueblo, con ínfulas de poseedor de la cultura clásica, le dijo que semejante icono no era cristiano, sino pagano, la Parca de los antiguos y de los infieles. No indujo en mi madre duda alguna, sino indignación ante la descalificación sacrílega del objeto de su devoción y de su esperanza, y si alguna semilla de duda le quedó en el alma, se disipó cuando un viejo cura de Villarrica, que de vez en cuando se atrevía a realizar algún breve y prudente paseo pastoral por Ajos, le afirmó que más importante que el objeto de la fe, era la fe misma, toda vez que fuera sincera y sentida.

Tranquilizada en ese aspecto, el desasosiego de criar varones en un universo tan violento no cesaba. Juntó valor y se enfrentó al marido.

-Llevemos a nuestros hijos a Asunción, quiero que se eduquen.

-Aquí tengo mi negocio, no puedo dejarlo.

«Y también a su hermano gemelo, del que jamás se separa» -habría pensado mi madre-. Y que por otra parte, ya tenía su propia familia aposentada allí.

El negocio aquel, aparece descrito en las primeras páginas de mi novela Los Hombres de Celina, tal como yo lo recuerdo, aunque los personajes de la narración imaginaria son otros.

El conflicto duró poco. Con todos los bártulos en una carreta, mamá Elisa y sus seis retoños iniciaron la dura jornada hasta Villarrica, donde tomarían el tren a Asunción. Papá Miguel, cuyo negocio, almacén, tienda, ferretería, acopio de frutos del país, era realmente grande, según sospecho, recuperó algún soñado celibato, no tardó en traer a una nueva señora en casa e inició otra camada como la que se fuera, tan numerosa que aún hasta hoy día, andando por perdidos parajes, suelo toparme con sonrientes caballeros y amables damas que me preguntan si yo soy yo, les respondo que sí soy yo, y me dicen con fraternal sonrisa «yo soy tu hermano», o tu hermana, según el caso, cosa que acepto tras el breve escrutinio de la nariz pronunciada y los ojos pequeños que son el inconfundible certificado genético de la descendencia de mi padre.

Con el viaje a Asunción, terminó para mí una niñez donde el paisaje agreste y bello ofrecían, al menos al niño aún acorazado en inocencia contra las brutalidades adultas, lo más parecido a un Edén infantil, porque el espacio ilimitado es igual a libertad y la libertad es el señorío sobre el barranco y el arroyo, el fruto y el viento, la miel silvestre y el trote holgazán de aquella yegua panzona que fuera mi primera y única cabalgadura: la exploración de los matorrales y de las hilachas de monte que se introducían en la periferia del poblado, y en el monte, el entrever de los vuelos furtivos de los pájaros asustadizos, flechas vivas de colores plurales, aleteos castigando el viento y estremeciendo las ramas, vida y vuelo, vuelo y misterio. Fascinado, acompañaba a mis hermanos mayores a la floresta. Un machetazo hería el tronco del Curupica'y y al día siguiente el árbol ya había derramado su sangre espesa, alquitrán lechoso y blanco que daba el material para el «mangaysy» donde cardenales y calandrias tortolitas y piriritas venían a quedar engrillados tras posarse imprudentemente en el palillo engomado. Ser un niño, tener en las manos un pájaro cautivo, hijo del vuelo, del cielo y de la libertad, produce una sensación de poder y de soberbia que todas las humildades futuras no logran desterrar del alma.

Tantas veces me han preguntado y me he preguntado también a mí mismo, sobre cuándo se formó mi sensibilidad que generó después una vocación de escritor y cronista del entorno humano. La respuesta quizás se dé en mi infancia, y en ella, el contacto con la naturaleza y con la gente, cosa que no cambió cuando la familia se trasladó a Asunción en los años treinta, cuando tuvimos la suerte de instalarnos en una casa quinta de inmenso patio arbolado. Haciendo una comparación burda pero necesaria, no es lo mismo ver el mundo y sus deslumbramientos en la pantalla de un televisor que pisar el suelo, hundir los pies en el barro, cuidarse de las víboras, cazar lagartos, loros y liebres y trepar al árbol a secuestrar pichones; caminar descalzos por el arenal ardiente de verano saltando de hierba en hierba para no quemarse los pies, amasar la tierra roja para fabricar bodoques - proyectiles letales de la «hondita»- o sentarse a mirar la esclavitud circular del caballo moviendo el trapiche cuyos dientes de recia madera ordeñaban de la caña dulce, el mosto invitante que encendía la sed en la garganta. Todas las sensaciones, los conocimientos y las percepciones son en vivo, abrumando los oídos, deslumbrando los ojos y penetrando por la piel. El viento y la polvareda, la impudicia de la flor desnuda y la tentación del fruto, y hasta el miedo a la soledad pesada y amenazante de la siesta, hacían sentir su imperio, su poder. La roja avispa agresiva, el salto de las liebres escurridizas de mata en mata, las noches en que las luciérnagas salían a volar con sus faritos verdes titilantes, extrañas esmeraldas danzantes de las sombras, los amaneceres anunciados por conciertos de trinos, o por el canto de los gallos que descendían del árbol dormidero a esperar el disciplinado

descenso de las gallinas de su harén, que parecían entrenadas a respetar un riguroso turno para recibir su primera ración de amor del infatigable macho. El monte siempre estaba cerca y omnipresente. Arboleda umbría, apretada y con ramas entrelazadas en un verde caos, a través de cuya espesura nunca cesaba el viento pulsando cuerdas invisibles y soplando flautas vegetales, produciendo un sonido constante, musical, himno a la magia de la fronda y a la vida, vibrando en los nidos de las leyendas donde se escondían los genios de la siesta y de la noche, amables, pícaros o lascivos, niños de cabellera rubia o nativos faunos de verga poderosa. Toda la inocencia del mundo en el alma, y el mundo abierto a la exploración curiosa, sin secretos, plantaron las semillas que germinarían en un niño para crecer y convertirse en la naturaleza, el carácter y la misión del hombre.

Tres

Y también la gente, y entre la gente, los arquetipos humanos surgidos de una escala de valores primitiva, y por primitiva pura. Especialmente en los años infantiles de Ajos, donde todo era sobrevalorado, el coraje, la cobardía, el honor. El hombre, paradigma vivo de lo macho, debía ser hombre sin debilidades, y si las tuviera, perdía consideración y estima. La mujer era mujer sin altanerías, y si incurría en ellas no tardaba en entrar a funcionar la «guacha» o el rebenque. La hermosura lo era más si iba ornada de mansedumbre y obediencia y la virilidad se acentuaba en la medida del vigor y de la audacia para demostrarla. Las madres y las abuelas gozaban del respeto hasta el punto de que el hijo varón juntaba las manos y les pedía la bendición; los padres y los abuelos campeaban por la veneración con cierto sesgo de saludable temor. Un buen jefe de familia no era precisamente el padre tierno, sino el severo, el que dictaba la ley y la hacía respetar al mismo tiempo.

Sobresalía sobre este paisaje humano el caudillo, que era en sí mismo y por sí mismo un padre superlativo. Como los caciques del ancestro guaraní, el caudillo era el producto de su propia fortaleza, de su hombría y de su coraje probado en lides extremas. Su casa era el centro de la irradiación de la autoridad, y su autoridad era válida en la medida de su justicia y de su generosidad. Nunca el caudillo campesino de aquellos tiempos fue arbitrario en el sentido que se le da ahora a la palabra. Era acaso bárbaro en el castigo y de extrema crueldad en la revancha, pero también magnánimo en el perdón y solidario en la desgracia. En su entorno, los favoritos trataban de ser la réplica en tono menor del jefe, y los réprobos, mejor se buscaran otros horizontes. No había ley ni estatuto ni código que regulara el ejercicio de su autoridad. La ley y el estatuto eran él mismo. El código nacía de su talante y era distinto en cada detalle, pero siempre igual en el ejercicio de su mando.

Llegaba a su categoría por imperio de su voluntad, su arrojo, y sus condiciones viriles unidos a su astucia y a su «arandú», virtud que no tenía certificación académica, sino era la mezcla de la inteligencia, la penetración en el juzgamiento de los hombres, el conocimiento del alma humana, la prudencia y la picardía, y como suma de todo, el «arandú», cuya traducción más aproximada al castellano es la sabiduría, visceral, infalible, arraigada en un cultura de siglos.

«Guapo» no era el hombre esbelto y carilindo, sino el hombre rudo de poncho y puñal, capaz de domar el caballo más arisco, derribar a hachazos el árbol más robusto, «hombrear» (cargar al hombro) la bolsa más pesada, obligar a los músicos a tocar su polka preferida o solucionar a tiros un problema, lo mismo de polleras que de negocios o de honor. Y por supuesto, guapo admirado era el hombre, semental andariego y furtivo, de mucha descendencia con una diversidad de madres. De la misma manera, «guapa» no era la mujer de airoso porte, sino la laboriosa y servicial, aunque fuera gorda y patizamba, de cántaro a la cabeza, de dar de comer a las gallinas, ordeñar la vaca o desviscerar el chancho con extrema eficiencia, y experta en el fuego del horno; la que encendía el brasero a carbón en la madrugada y durante el día se empeñaba en hacer la vida familiar más placentera, el mate espumoso y en su punto para su hombre, las comidas a hora, la camisa almidonada y las sábanas de blancura impecable.

En proporción directa a la alta autoestima del varón, la tabla de las ofensas era nutrida y la de los halagos reducida, porque la cortesía era comprendida y aceptada, pero la adulación convocaba desprecio. Era imperdonable rehusarse a compartir el vaso de caña, sacar a bailar a una doncella sin el permiso paterno, o en última instancia, materno. Se tenía como agravio mirar con lascivia a las mujeres de la familia, fueran esposas o hijas, y agravio era también pisar los pies del prójimo, si descalzo, en mayor grado, y sin tomar en cuenta que fuera accidental o deliberado. Sacarse el sombrero ante el hombre mayor, en edad o autoridad, era una prenda de cortesía y de respeto, y no sacárselo una ofensa. No era saludable entrar a casa ajena si el jefe de familia estuviera ausente, en cuyo caso había que marcharse enseguida. Símbolo de superlativa hombría eran el caballo y el revólver. Burlarse del caballo atraía consecuencias que tantas veces fueron trágicas. Desarmar a un hombre casi equivalía a castrarlo, tanto por la humillación personal como por el antiguo significado fálico del arma. Solía contarse de hombres levantiscos que «la autoridad» pretendía desarmar y que prefirieron morir antes que someterse a semejante vejamen.

En esa cultura primitiva, la muerte no era un culto en sí mismo, sino un accidente más de la vida que hasta producía un talante desafiante. «Ña manonte arã voí nico». «De todos modos tenemos que morir» era la filosofía del hombre llamado a enfrentar los desafíos. Coraje o fatalismo, semejante forma de encarar el último trance, era acaso la razón del legendario heroísmo del hombre paraguayo en las dos terribles guerras que su país tuvo que soportar. Pequeño país destruido y resurrecto por desnudos, había dicho alguna vez Pablo Neruda.

Si bien a la muerte más bien se lo desafiaba antes que rendir culto, sí se lo rendía a los muertos. En los velorios, las lloronas taladraban la noche con interminables lamentaciones, y no faltaba el amigo del difunto de palabra fácil y de oratoria sonante y nada llorosa, que dedicaba «loas» al que se marchaba de este mundo, resaltando sus virtudes y alabando su reciedumbre en su paso por la vida. Último vestigio de esta costumbre de «loar» al muerto, encontramos en la letra de una canción guerrera de Emiliano R. Fernández, que llorando la muerte, la primera en las vísperas de la guerra del Chaco, del Teniente Rojas Silva, dice cuando él a su vez marcha a la guerra: «a loá jhaguã ayujhuro Rojas Silva Curuzú». «Para loar si la encuentro, a la cruz de Rojas Silva». Eso, porque por mucho tiempo, la tumba del soldado no era hallada.



En los velorios de los niños que morían -los angelitos- no faltaba la música del arpa y la guitarra, los tragos y las chanzas de los hombres, mientras las mujeres que rezaban y lloraban rescataban también para sí mismas algo de la alegría masculina, porque el niño que moría era el ángel que nacía, y si la angustia afligía en la tierra había que compartir el júbilo del cielo.

Creo recordar, que en el velatorio de los adultos también había música, como testimonia un episodio muy particular que quedó grabado en mi memoria. Mi padre, fuerte comerciante, solía organizar caravanas de carretas repletas de mercancías y con fuerte escolta armada y se internaba en las selvas del Caaguazú, rumbo a la localidad de Yhú, punto de suministro de los obrajes de la zona, y otra avanzada de la civilización, como Ajos, antes de la espesura. Nunca supe qué ocurrencia le motivó para llevarme en uno de esos viajes alucinantes por huellas apenas esbozadas en la selva, soportando el asedio de los mosquitos, del mbarigüí y de las feroces avispa rojas, el letal «cava pytã». Caía la noche y la gente empezaba a acampar. El silencio y el descanso de las fatigas se unían para dar lugar a los tenebrosos ruidos de la selva nocturna, porque el silencio del monte nunca es total sino con una cargazón de rumores que producen pavores hondos. Siempre hay algo que trepa entre las ramas, que susurra, amenaza, aúlla o se queja en las altas copas, reptante sinuosa en los matorrales, esconde su andadura en el rumor del viento o se desliza furtivo en los matorrales bajos. La floresta es un rumor vivo, acechante, vitalidad que los miedos ancestrales adivinan perversa, porque convoca la amenaza de la garra o del colmillo, y sugiere la presencia de fantasmas malévolos chupadores de almas. Ese silencio flagelado de rumores y sonidos pesaba sobre la gente cansada cuando de pronto, llegó a mis oídos el sonido de una canción acompañada por las cuerdas de un arpa y guitarras. Más que canción, aquello parecía un largo, untuoso y dolido lamento surgido de un dolor abismal, y la música misma en medio de la verde inmensidad como una intrusión extraña en el concierto forestal de aquella noche. Pregunté a Sebastián, el correoso y callado capataz de la carretada y responsable personal de mi seguridad, qué era aquella música. Sucedió que en la vecindad, había un puesto forestal, y en él, un rancho solitario donde velaban a un obrajero aplastado por un alzapríma. A la canción, Sebastián denominaba «Polka Lasánima» (contracción de Polka para las Ánimas) que se cantaba solamente en noches de difuntos. Hoy día, suelo recordar aquella ordalía nocturna y la canción que tal vez Ortiz Guerrero, que andaba en su juventud por esos rumbos buscando la huella de la india bella mezcla de diosa y pantera, habría escuchado para concebir la guaranía que le sugiriera más tarde a José Asunción Flores. Sin embargo, aún en los más agudos estudiosos de las costumbres paraguayas, nunca encontré referencia alguna a la Polka Lasánima, pero que la oí, lo juro con la mano sobre el corazón.

#### Cuatro

La familia llegó a Asunción cuando poco antes de estallar la guerra del Chaco. Cuando estalló, mis hermanos Antonio y Pedro, que eran estudiantes secundarios, pasaron, casi adolescentes aún por la apresurada escuela de Aspirantes, y poco después, ya iban camino al campo de batalla, como tenientes. En la misma época, vino a vivir en casa, la abuela, Venancia Mora, madre de mi madre, que de niña conociera los sufrimientos de la Guerra de

la Triple Alianza, y no ocultaba para nada un odio visceral a la memoria de Madama Lynch, porque según ella sabía, la Madama quería ser reina del Brasil, y en represalia, Don Pedro II, que padeciendo esté en el infierno, había mandado hordas de esclavos negros a destruir al Paraguay. En los años que duró la guerra, el Señor de la Buena Muerte y el variado santoral del altarcito familiar, consumieron cirios en grandes cantidades, y al parecer funcionó, porque Antonio regresó sano y salvo, y Pedro también, aunque herido y después de pasar un cautiverio hasta 1935 en Bolivia, prisionero como fue en la desastrosa batalla de Strongest. Recuerdo además que mi hermano Gerardo y su amigo del alma, Ernesto Báez, intentaron ir también a la guerra falsificando sus edades. Fueron descubiertos en la maniobra, y los militares los devolvieron a casa con una aleccionadora rapada de cabeza número cero. Pero esa es otra historia, referida apenas para servir de marco existencial y temporal de mi vida, no muy cómoda, de hermanito menor.

La casa donde nos instalamos quedaba en la calle Amambay, hoy Rodríguez de Francia, entre Battilana y Colibrí, es decir, en el centro mismo de lo que es hoy el zoco marroquí del Mercado 4. Era lo que se diría entonces, vivir en las afueras, sobre un callejón arenoso, sin luz eléctrica, con la bendición de un aljibe y con un patio que era toda una manzana. La casa de ladrillos era enorme y rústica, de recios pilares y ancho corredor al frente, con pisos de baldosas cuyos diseños moriscos que se entrelazaban entre baldosa y baldosa me fascinaban extrañamente. El patio en sí mismo, era una selva en miniatura. Llegué a contar como 40 plantas de robustos mangos, con una cohorte de naranjas, aguái, espeso nidal de murciélagos, aguacate, naranjas, limas de Persia, guavirá, y bajhai, mandarinas, el secular yvapovó, escenario salvaje del diario y crepuscular festival de gorriones, tres o cuatro cocoteros cuyas copas era escenario de ruidosas asambleas de pirititas y anós, pomarrosas de azucarado fruto, cedro, araticú guazú, y desde luego, la obligada planta medicinal de limón «sutil» que después me enteré que era «ceutín» por provenir de Ceuta. Mirando y admirando cada árbol, un niño frente a la explosión de la naturaleza, cumplía sin saberlo, el rito de los pueblos antiguos habitantes de los bosques que concebían al árbol como símbolo de la dualidad del hombre, con las raíces clavadas en tierra, y el espíritu expresado en el follaje que buscaba las alturas del cielo. Frente al corredor, la infaltable «parralera» que daba uvas maduras en Navidad y en el cercado de alambre tejido trepaban enredaderas silvestres de flores azules y acampanilladas unas, perladadas otras y coloridas todas. Centinela de la propiedad, sobre la calle Amambay -paraíso de los turistas, la llamó Ortiz Guerrero, nunca supe por qué- era un inmenso árbol de tatarë, espinoso y hosco. Duele pensar hoy que la riqueza forestal del Paraguay, que incluía hasta los patios y las quintas de Asunción, haya quedado reducida, si no aún a nada, a muy poco.

La variedad de pájaros era incontable. En las tardes de verano, cuando el sol ya estaba bajo, pasaban de horizonte a horizonte miles de golondrinas «cola de tijera» (Tuguai yetapá) que buscando el sol huían de los inviernos, y eran tantas que obscurecían el cielo. Entre las matas del yuqueri espinoso saltaba de rama en rama el pajarillo que nunca quedaba quieto, el masacaragua'i: en las copas anidaba el pitogüé bullanguero cuyo canto anunciaba algún embarazo no deseado según la leyenda. Cardenales y chovys picoteaban y arruinaban los frutos de la chirimoya, del guayabo y de la naranja; en la siesta se escuchaba, siempre lejano, el arrullo de aquella palomita enana de plumaje celeste que llamábamos tortolita, los anós (por otros paisajes lo llaman cuervo) de renegrado plumaje se posaban en las ramas bajas acechando los insectos del suelo, y las pirititas (creo que son las urracas

castizas) exploraban en busca de botines insólitos que llevar al nido, donde alguna vez descubrí la peineta que se le perdió a mi madre, botones y cuanto objeto brillaba y el pájaro corsario consideraba digno de formar parte de su extraño tesoro. Pasaban haciendo ruido infernal bandadas de loros y de cotorras en el alto cielo azul, en perfecta formación en V, escuadrillas de aves migratorias designadas genéricamente «tuyuyú cartelero»: el gorrión anidaba en la techumbre de la casa, los tucanes de coloreado pico descomunal siempre estaban de paso y su posada de viajeros era la copa inaccesible del tatarë espinoso. Veloces colibríes de plumajes verdes, azules y amarillos de brillo metálico, fulguraban veloces de flor en flor, el pajarillo de San Francisco, o chorlito, o «benditoseadiós», recibía la llegada de la noche con un último trino que realmente parecía implorar una bendición, por lo que mi abuela Venancia se santiguaba y susurraba amén. El caso contrario, ocurría con el «pájaro de mal agüero», cuya especie nunca averigüé, que durante la noche cerrada pasaba sobre la casa batiendo sus alas negras y lanzando un graznido casi amenazador. La costumbre y la tradición obligaban a responder el tenebroso augurio de mala suerte con el insulto más grueso posible, y doy fe de que la abuela Venancia tenía un repertorio capaz de ahuyentar al demonio más perverso, en forma de pájaro oscuro o como fuera.

En ese patio inmenso, oscuro en las noches cerradas y de follaje verde plateado cuando la luna llena reinaba en el cielo, el niño que fui tuvo su primer contacto con lo sobrenatural, sobre todo ayudado por la abuela, dueña de un rico repertorio de leyendas y de mitos. Yo sabía que por las oscuras arboledas nocturnas circulaban el «pombero» una suerte de genio vicioso y contrahecho que una noche había «tocado» a nuestro perro «Yeb» que murió entre convulsiones, y el «caraí pyjharë», (feo y lascivo señor de la noche) cuya hostilidad se debía calmar con una ofrenda de caña y cigarros al pie de un robusto árbol de cedro; el «pora» o fantasma doliente, acaso el alma no liberada de ataduras terrenas de algún muerto pecador. Y también en el silencio de la siesta, el «yasy yateré», un niño rubio, hermoso, seductor y malvado, cuyo silbido mágico atraía a los niños para secuestrarlos y llevarlos para siempre al mundo de lo desconocido y del miedo. De la época de la Guerra contra la Triple Alianza, venía la leyenda, o tal vez la verdad, habida cuenta del saqueo que perpetraban las tropas de negros brasileros, de que las familias enterraban en cántaros sus joyas y sus monedas de oro, de «libras esterlinas», y que esos «entierros» o «plata ybygüy», sobrevivieron bajo tierra, en lugares recónditos, a sus propios dueños. Para la abuela, y para todo el pueblo raso, los sitios de los entierros, eran marcados por luces misteriosas o por dolientes centinelas fantasmales que no se liberarían de sus ataduras terrenas mientras el tesoro no era descubierto y desenterrado. La búsqueda de tales riquezas creó una profesión de buscadores que de la misma manera que investigaban apariciones, hurgaban en las historias de las viejas familias, paseaban por los andurriales con mágicos «detectores de oro» o agudas «sondas» de hierro, o invocaban a los espíritus que delataran el sitio de la riqueza escondida. Era creencia popular que muchas fortunas rápidas e inesperadas se originaran en el descubrimiento, deliberado o fortuito por la erosión del suelo por las lluvias, de un escondido «plata ybygüy».

Estos primeros contactos con lo sobrenatural, fue para aquel niño que yo fuera, el principio de la herencia de los miedos ancestrales, los terrores, y los escalofríos ante el poder de las potencias ocultas, que al fin de cuentas, forman parte de la cultura de la humanidad y persisten en el combate milenario entre las tenebrosas apreturas de la superstición, la fe o los dogmas, frente a la presuntuosa libertad racionalista de la ciencia.

## Cinco

El cambio de los agrestes parajes de Ajos por aquel patio arbolado no fue muy traumático, considerando que aunque en reducida escala, volvía a encontrar la naturaleza que ya me había acostumbrado a amar, explorar y comprender. Niño era yo, notorio por su propensión a la introversión y al ensimismamiento, tanto que la abuela Venancia, rústica matrona de Quiindy, me miraba con desconfianza y le susurraba a mi madre: «Nde Elisa, co ne memby pajhagüé nicó i de meno nungá». (Elisa, este hijo último tuyo es algo «de meno»). En el guaraní castellanizado al «yopará», el «de meno» significaba en términos actuales, algo así como infradotado. No era acertado por cierto el diagnóstico de la abuela de venerada memoria. Uno nace introvertido o extravertido, y a mí me tocó lo primero y creo haber sido afortunado, porque el mundo interior es más rico, la imaginación de mayores vuelos, la observación más aguda y la fantasía inagotable.

En ese tren, tomé posesión de mis nuevos dominios. Le puse nombre a cada árbol, y con el nombre, la calificación de amistoso, hostil o indiferente. Me trepé a cada uno de ellos explorando la accesibilidad de los troncos, la nervadura de las ramas y el azúcar de cada fruto. Abrí senderos en los matorrales, estudié cada nido, identifiqué arañas, escarabajos y mariposas con una curiosidad insaciable. En el gran patio, había una planta de morera, y de ella colgaban crisálidas de seda donde un gusano esperaba convertirse en mariposa. Horas, días, pasaba vigilando el momento milagroso en que la repulsiva larva se liberaría para metamorfosearse en alada flor, colorida bailarina del viento. Una vez, la aprensión de la abuela Venancia subió de punto cuando me vio ensimismado contemplando a las hormigas. Sucedió que mi hermano Gerardo había leído, de Mauricio Maeterlink, un libro, «La Inteligencia de las Hormigas», en el que ponía en la escala de la organización social a las hormigas y a las abejas en primer lugar. Mi hermano me había comentado la lectura, y decidí por mi cuenta, hacer un experimento para saber si las hormigas tenían noción del peso y la fuerza necesaria para moverlo. Coloqué una pizca de carne cruda cerca de un hormiguero, apareció una exploradora y contorneó el manjar como calculando su envergadura, después regresó velozmente al nido y reapareció con media docena de compañeras que cargaron diligentemente la carne y se la llevaron. Siguiendo con el experimento, coloqué otro cebo más grande y más pesado en el mismo lugar. Reapareció la consabida exploradora, midió, calculó, fue velozmente al hormiguero y volvió acompañada por más de seis, tal vez ocho o diez, portadoras. ¡Las hormigas sabían calcular!, fue mi jubilosa comprobación.

Pero nada de júbilo había en el rostro de la abuela Venancia, al observar aquel nieto que parecía camino a una idiotez irremediable, sentado en cuclillas y con la vista fija en el piso.

Hoy, doy gracias al Creador por aquella curiosidad germinal de averiguar el cómo y el por qué de las cosas y de las personas, porque lo poco que hice en esta vida y lo mucho que escribí para bien o para mal, fue porque el niño fantasioso, solitario y ensimismado que fui, me habitó toda la vida, y dicho sea sin exageración, me mostró el camino del propósito y del destino.

Llegó la edad de ir a la escuela, República Argentina, donde tendría por compañeros, nada menos que a Miguel Ángel Pangrazio y Rolando Niella. El primer día de clase fue toda una aventura.

Seis años cumplidos, las orejas limpias de roña, las uñas cortadas al ras, el guardapolvos almidonado crujiendo de tan acartonado, los zapatos lustrados emanando un fuerte aroma de betún, y en la cabeza un recorte «cepillo» recién estrenado y oliendo a jabón de coco. Entonces los «útiles» iniciales no pesaban tanto en la que ahora se denomina «canasta familiar» porque consistían en un libro de lecturas elementales y una pizarra con su correspondiente esponja-borrador colgando de un hilo. Y el «lápiz de pizarra» que cuando en casa hacía mis ejercicios previos, chirriaba sobre la pizarra y provocaba en las despobladas encías de la abuela como un shock eléctrico que le hacía salir a la disparada. Después vendrían el cuaderno de veinte hojas «doble raya» y el lápiz «Faber Número Dos» con los cuales trazar los palotes pulcros y ordenado como soldaditos en un desfile. La memoria de aquel día no se borra. Salimos de casa con mi madre, tomados de la mano y con una sensación de fiesta, de un nuevo mundo inaugurado tras un descubrimiento feliz. Pero cuanto más nos acercábamos a la escuela un sinuoso temor invadía y crecía en la medida en que estábamos llegando. Pronto, la tibia mano materna ya no me bastaba como ancla y como refugio. Me aferraba a su vestido y anhelaba meterme en lo más profundo y cálido de su regazo, aprendiendo sin saberlo y por primera vez en esta vida que la primordial respuesta al miedo es siempre el intento de regreso al inexpugnable y sosegado universo fetal.

El convertirme en «escuelero» había perdido todo su encanto. Quería simplemente ser niño toda la vida. Mi madre advertía mi pánico, sonreía y me preguntaba dónde está mi hombrecito valiente. Yo no quería ser hombrecito valiente sino simplemente volver a casa. Pero inevitablemente, llegamos. Los veteranos del segundo grado para arriba me parecían una horda de monstruos burlones. Frente a la escuela, en el portal, una «portera» vieja, gorda y de notorio bozo bigoteril sobre los labios ordenaba imperativa y con eficiencia de tropero que «las mamás se quedan afuera». Aferré las manos de mi madre con más fuerza y noté que ella me miraba con dulzura y con una humedad nuevas en los ojos, acaso, pienso hoy, abriendo en la contabilidad de su largo amor, el primer adiós en la cadena de adioses que fue su vida. Liberó sus manos de mis garras desesperadas y fue, como si todas las tormentas de los cielos se abatieran sobre mí lanzándome a remolinos de miedo y de abandono. Recordé lo de hombrecito y no lloré para no acompañar el coro de aullidos de los otros reclutitas de la vida como yo. Y de pronto, otra mano más joven, dulce y bienvenida, tomó las mías. Alcé la vista agradecido y era mi maestra del primer grado, Delia Bernardes, con una sonrisa de hada buena en su bello rostro perfecto. Me sentí seguro, amparado y en tierra firme y me encaminé con ella a formar la fila de dolientes del Primero A. Volví la mirada a la calle y aún estaba allí mi madre que sonreía un poco crispada, con la mano en alto, como en un muelle para la despedida. Entramos a la clase al fin, y percibí por primera vez el olor a escuela, mezcla de tiza, inocencia, sudor y almidón, que aún hoy, al pasar por una escuela, convoca mi nostalgia.

Hoy, que tengo nietos y nietas abrumados por un programa escolar de salvaje rigor, alienante y complicado, recuerdo la sencillez sabia de la escolaridad de aquellos tiempos.

Del primero al sexto grado, la vida escolar transcurría apacible, con horarios que contemplaban el ocio del niño, su tiempo para la pelota, el trompo (de madera de guayabo, que sonaba musicalmente al girar) y la pandorga, y con la única obligación diaria de llenar los «cuadernos de deberes» en casa, aprender la lección de historia o geografía y practicar con los mayores algo de aritmética. Sin la parafernalia académica de hoy, que intenta volcar sobre el niño un diluvio de conocimientos e hipotecar el tiempo extraescolar en trabajos fatigosos, la enseñanza de aquellos tiempos, que por cierto no produjo una generación de tarados sino todo lo contrario a tenor de los ex compañeros de escuela que aún viven y que han llegado, muchos, a grandes honores académicos, se centraba en los libros de lectura de Ramón I. Cardozo, incomparables hasta hoy, las «Lecciones de Aritmética» de Lucía Tavarozzi, y las asignaturas de contenido práctico como Historia, la nuestra en primer lugar, Geografía también, además de las llamadas «Conocimientos útiles», Cívica y Moral, Música, Lenguaje, que consistía en leer en voz alta prosas y versos escogidos: Caligrafía, Música, Trabajo Manual y Castellano. Para esta última asignatura debíamos tener el «cuaderno de dictado», que fue la manera más práctica que conozco hasta hoy de aprender a escribir, porque consistía en que la maestra iba dictando trozos escogidos de la literatura castellana y el alumno los iba transcribiendo en su cuaderno que después sería corregido con enérgicos apuntes de lápiz rojo por la maestra. El enunciado constitucional de 1870 - vigente entonces- sobre la materia decía que la enseñanza primaria era gratuita y obligatoria. Y no sonaba a hueco, porque niño hallado en la calle en horas de clase iba a parar a la Comisaría policial, y allí se convocaba a los padres para retirar a sus retoños y a recibir la reprimenda correspondiente.

Los años escolares transcurrieron alegres y fecundos. Hicimos los primeros amigos y caímos cautivos de los primeros amores, tiernos, ensoñadores y ruborosos. Maestras tuvimos que no pertenecían a sindicatos, sino a santorales cívicos de los que surgían severas y bondadosas, mujeres que comprendían eso que es hoy una frase hueca cuando se habla del «apostolado de la enseñanza», nos mandaban de vuelta a casa cuando en mayo no lucíamos la escarapela tricolor, vivían en decorosa pobreza y enseñaban con rigor implacable. Almas sensibles que nos daban una amable bienvenida al empezar el año, y lloraban al terminarlo, y lo que es más importante, antes que aplicar sobre el niño las deshumanizadas fórmulas de la pedagogía, ayudaban a entender y comprender con calor y ternura de «segunda madre» como decían los recitados protocolares del Día de la Maestra.

Seis

Aún durante la guerra, la vida familiar era pastoral e inocente. Madre y abuela eran la autoridad máxima, como en todas las familias asuncenas en las que persistía el matriarcado espontáneo que se generara en una población masculina diezmada en el genocidio de la Triple Alianza en 1865-70. Severas y dulces eran las madres, buenas las esposas, fértiles las tierras del patio o de la quinta, alegre la casa, dura y sana la economía familiar, libres las gallinas de anidar y empollar en los matorrales. Símbolo acaso de aquella inocencia casi edénica, era para mí, la panzuda lámpara que se encendía cuando cerraba la noche. A la luz de esa lámpara dorada, a kerosene y con su caliente tubo de vidrio, la familia cenaba, los estudiantes leían y los niños hacían los deberes. A su resplandor también madre y abuela

dictaban las cartas para los hijos en guerra, que las escribía mi hermano Gerardo, y a su luz también se leía con avidez las cartas que venían del Chaco. «Querida mamá. Quiero que estés tranquila porque me encuentro bien de salud. No creerás que me he dejado la barba porque afeitarse es difícil...» Madre y abuela se crispaban entre el llanto y la risa, imaginando al hijo adolescente con barba. El mobiliario rústico y práctico, que incluía el «catre tijera» portátil, bastidor de madera que soportaba una cama de lona, generalmente proveniente de bolsas desechadas de yerba «Ley, de Segundo Ibarra», que en las noches de verano se instalaban en el patio, jardín y hasta en la acera para pernoctar bajo la brisa nocturna. No había nada parecido al refrigerador, la cocina eléctrica o a gas ni al lavarropas. Se conservaba los alimentos en la «fiambreira» de tejido metálico apretado para impedir el acceso de moscas y cucarachas, se cocinaba en el brasero a carbón y la ropa lavaba la «lavandera» que la retiraba sucia y la devolvía limpia y planchada dos días después. La leche y las pocas verduras que se conocían antes de la llegada de los inmigrantes japoneses, eran traídas a la ciudad por las «burreras» con sus árganas de cuero en los burritos «repletas de naranja y mandi'ó» como dice la canción, provenientes de los lejanos parajes de Lambaré, Ysaty o Villa Elisa. Las comidas eran sencillas, tradicionales y variadas, porque entonces, el fuego, como lo es hoy, no era caro, y el tiempo sosegado y sin velocidades que facilitaba la paciente preparación de los menús. Los menajes de cocina eran sencillos y elementales. El horno o «tatacuá» de ladrillos y barro cocido sobre una pequeña plataforma de madera, se alzaba en el patio. En la cocina misma, reinaba la famosa «ollajhú», negra, de hierro, como de hierro era también la pava y las sartenes, aunque ya existían las de aluminio o de enlozado que concitaban el desprecio de las mujeres, porque cosa consabida era que el calor del hierro y del carbón vegetal o la leña, daban su auténtico sabor a las comidas, o del mate cocido en la pava. La cafetera, el cucharón de variado uso y el infaltable mortero de madera labrada para moler maíz y todo lo molible en el ceremonial «ñembisó yobai» de las dos mujeres de la casa. En un pequeño estante, estaban los condimentos conocidos de entonces, la sal, la pimienta, el comino, el orégano, el curatü, el ajo, la cebolla, la albahaca y el perejil. El menú incluía la rutinaria sopa de puchero, ensalada de lechuga o de berros, carne vacuna en diversas formas, la más deliciosa en «asado a la olla» con mandioca tierna y acabada de hervir. El espeso «locro Ipócué», sopa de locro en la que hervía y se volvía gelatina una pata de vacuno era una delicia que sólo debía consumirse una vez por semana, porque tenía demasiado «alimento», como decía la abuela, y hacía estallar la gordura. El horno se calentaba sólo en días de fiesta, para el «ryguazú ca'ë», gallina asada, la sopa paraguaya que como se sabe no es sopa sino sólida torta de maíz, más rica si la receta incluye el «quesú Paraguay», el huevo y una pizca de leche cuajada: el chipá aramirö y el caburé acú, (caliente) pan cocido en una varilla de rama verde, de un subproducto del almidón, el tpyraty que se vendía en los almacenes en grandes bolas como balas de cañón, y que había que comerlo sujeto a su rama, y caliente, porque al enfriarse se volvía duro como la piedra. La carne secada en tiras colgadas del maderamen del techo, a la que se llamaba cecina, acompañaba también al locro de patas o puestas directamente sobre el fuego del carbón se asaban y obligaban a un ejercicio de masticación esforzada y paciente. Recuerdo que a aquellos asaditos rápidos, espontáneos a los que se recurría para saciar rápidamente apetitos inesperados y urgentes, la abuela llamaba «chambuchina» una palabra guaranizada, a partir de la castiza «chamusquina» que hasta hoy es plato popular en España. El desayuno habitual consistía en café, con leche, o mate cocido con leche y galletas, en grandes jarros enlozados. Del andái, zapallo dulce, salía el exquisito quibebé, una suerte de puré azucarado que constituía el postre más

apreciado, suavizado su sabor con un poco de leche. A propósito, no existía la palabra postre como se la usa ahora para designar la golosina con que terminan los almuerzos y las cenas, que entonces se denominaba curiosamente «sobremesa». Existía también, pero para fechas especiales, la variedad de comidas típicas que se renuevan hoy en las Fiestas de San Juan, como el chicharö, el payaguá mascada, y las demás delicias de la rica culinaria criolla.

Como la lámpara emblemática del espíritu del hogar, también recordamos el cántaro de agua. Colocando en el rincón más fresco de la casa, el cántaro casi púrpura, de gruesa arcilla cocida contenía el agua para beber, traída del aljibe o el pozo, colada con un trapo immaculado con la ingenua pretensión de que el elemental filtro retuviera todos los agentes patógenos. Sobre la boca del cántaro, un plato a la manera de tapa, y sobre el plato, un jarro. Todos bebíamos de esa agua y con ese jarro, y ofrecer al visitante acalorado un jarro de agua del cántaro hogareño era una señal de hospitalidad y de cortesía. Ocurría algunas veces que el visitante que bebía del jarro común, primero extraía un poco de agua, enjuagaba el jarro, derramaba y sólo después volvía a extraer el agua. Esto de enjuagar el jarro era lo más parecido a una ofensa, si mis recuerdos de la reacción de la abuela Venancia no me mienten, y que consistía en una expresión murmurada de enfado sobre que el individuo estaba muy equivocado si creía que estaba bebiendo agua de una familia de leprosos o de tísicos.

Recién en los cuarenta aparecieron los primeros refrigeradores, los más codiciados «Servel Electrolux», que aunque parezca mentira, funcionaron a kerosene, y los receptores de radio metidos en suntuosos muebles que pasaban a ser orgullo y adorno de las salas distinguidas.

Las diversiones infantiles eran pocas e inocentes. Tras las procesiones, las calesitas y los juegos de azar. La que más me embelesaba eran los paseos «al Mandarin», un campo como de cien hectáreas perteneciente a un europeo, sobre lo que es hoy la Avenida General Santos, entonces barrancosa y de tierra colorada. En época de fructificación, millares de plantas de mandarinas maduraban sus frutos, que eran tantos que se perdían, de modo que el generoso caballero permitía que caravanas de paseantes entraran libremente en la perfumada heredad, a hartarse de mandarinas dulces y doradas, o llevarlas a casa en bolsas o canastas. Iba yo de la mano y al cuidado de María Ana, una vecina joven y hermosa, hija de don Mbatuí, sobre el que nos referiremos más adelante, y hoy una anciana ya y próspera empresaria en el Mercado 4. Otras distracciones eran el fútbol, el «bolero» y el trompo, con el que se jugaba el canibalesco torneo que terminaba con la destrucción, a golpes de púas, del trompo adversario. Pero el juego que más capturaba mi imaginación era el de hacer volar pandorgas, y entablar riñas aéreas con ellas. De un libro anterior mío, «Parece Que Fue Ayer» extraigo lo que sigue:

«LA PANDORGA. En rigor, debería titular este espacio con el más castizo «barrilete» o «corneta», pero prefiero pandorga, porque es así como los niños conocimos aquel delicado artefacto volador. Su construcción requería una pericia artesanal que no excluía elementos artísticos, y curiosamente, un conocimiento sorprendente de las leyes de la física, y en ellas, las de aerodinámica. Liviana para ser dócil al empuje del viento, equilibrada para aprovechar al máximo su fuerza ascensional, ciencia aerodinámica instintiva, acaso



derivada de la observación del vuelo de los pájaros, presidía la construcción de la pandorga, y existían artesanos improvisados, pero famosos por la precisión y donaire de sus productos. Todo empezaba con el cuidadoso pulido de sus «palitos» extraídos de la tacuara, que en cantidad de cuatro, seis u ocho, nunca en número impar, formaría el «armaje» de la pandorga, un círculo perfecto de tacuara y hilo, que los fabricantes puntillosos colgaban de un hilo atado exactamente en el centro. Si el «armaje» suspendido de esa forma no adoptaba una horizontalidad perfecta, no habría equilibrio y se corregía el armazón, una y otra vez. Después empezaba la parte artística. Al «armaje» habría que recubrir de papel de seda de diversos colores que se combinaban estéticamente formando caprichosos diseños, como la «media luna», «tajada», «tajada cortada», «tajadita» o «tajadita cortada», con los trocitos de papel combinados con ciertas reminiscencias del arte vitral. Se descartaba como pegamento la «goma arábiga» porque agregaba mucho peso, y se prefería en cambio el «engrudo» que era una mezcla de harina con el jugo de algún cítrico que se amasaba cuidadosamente. Pegado el papel al «armaje», venía la parte ornamental, en forma del llamado «centro», una suerte de encaje redondo de papel de color contrastante con los de la pandorga, que se pegaba en el centro exacto de la joyita voladora que iba tomando forma. Más adelante, las «piriritas» que eran tiras de papel de colores variados pegadas a manera de arosas cabelleras alrededor del círculo, y que al volar la pandorga producía un atrayente siseo y un armonioso efecto de coquetería femenina, de diosa de seda haciendo jugar el viento con sus largos cabellos. Una variante de la «piririta» era la «perereta» consistente en un hilo flojo que cruzaba horizontalmente, de borde a borde la pandorga, y que tenía, el hilo, pegado una cadena como de dedos de papel que al recibir el viento, batían la lisura de la pandorga como si fuera la tensa piel de un tambor. De la primera fase artesanal y de la segunda fase ornamental, se pasaba a la física, con los «barbijos». El «barbijo de hilo» debía ser un triángulo perfecto de riendas, a la manera de tres tensores. Uno que partía del costado superior de la pandorga, otro que partía del izquierdo, y el tercero, del centro, para unirse más o menos a 20 centímetros. Cualquier desequilibrio echaba a perder el vuelo, y sobre todo, si el tensor del centro era más largo de lo debido el vuelo era desfalleciente y perezoso, y si más corto, caprichoso y difícil de controlar. Terminado el «barbijo de hilo» venía el «barbijo de cola» con hilos tensores que partían de los costados inferiores, a izquierda y derecha de la pandorga, formando también un ángulo colgante cuyo tercer tensor, era el sitio exacto de donde colgar la cola del artefacto volador, ni muy pesada, porque ponía lastre el vuelo, ni muy liviana, porque «cabeceaba», giraba y se incrustaba de cabeza en el suelo, o en el ramaje inaccesible de un árbol alto. El material para la cola provenía generalmente de los retazos de telas celosamente atesorados en el costurero materno, convertidos en finas tiras. El hilo preferido para remontar las pandorgas era el de marca «Cadena» y número 16, grueso y fuerte, pero no tan pesado como para producir el «kyjhá» o hamaca, como se decía a la curva que mostraba el hilo de la pandorga en vuelo, ocasionada por su peso. Tener mucho «kyjhá» era un desdoro para todo pandorguero que se respetara. Durante el vuelo se producían incidentes o accidentes. La pandorga cabeceaba enloquecida si tenía cola liviana y generalmente iba a encontrar su triste «cali'ú» (catástrofe) destrozada en el suelo. Otras veces una ráfaga de viento particularmente fuerte ocasionaba la rotura del hilo y la pandorga se precipitaba desde las alturas y era llevada por el viento, girando desmayadamente. Entonces, de la chiquillería sonaba el grito de «O sóoo» (se soltó) que era como una señal para que la turba infantil se lanzara a la carrera al rescate de la náufraga de los cielos, pues imperaba la ley con reminiscencias de códigos marinos, por la cual pertenecía al más hábil, veloz y sacrificado de los rescatadores, habida

cuenta de que había que atravesar patios ajenos alambrados con púas o vigilados por perros, sortear zanjas, matorrales espinosos y hasta trepar a un árbol para el rescate. En ese oficio de corsario se especializaba un amiguito mío, hoy ya fallecido, Sebastián Benítez, que arteramente roía a hurtadillas la parte del hilo que quedaba en tierra, y cuando «se le daba hilo» a la pandorga para que subiera más alto, se soltaba y el accidente encontraba ya a Sebastián en el sitio exacto, acaso a un kilómetro, donde caería la pandorga. Frecuentemente, una mala maniobra significaba que la cola se enredara con el hilo, la pandorga perdía equilibrio y caía girando sobre sí misma, hecha un amasijo de colores, trazo y hilo. A este accidente se denominaba «catillo kay», devenida de «quemado de castillo» como se denominaba en otros tiempos a fuegos artificiales que dibujaban la silueta de un castillo en llamas. Pero lo que me suscita mejores y más emocionantes recuerdos, era los «ñua'á» o desafíos, riña o combate aéreo entre pandorgas que generalmente no eran tramados de antemano, sino desafíos espontáneos. Sucedió que un grupo de chicos volaba pacíficamente sus pandorgas, cuando otra, remontada desde otra calle u otro barrio, hacía una aparición amenazante, desafiante, y por encima de las desafiadas. Las más peligrosas eran aquellas que irrumpían armadas con dos hojitas de afeitar colocadas en cruz en la punta de la cola, que se transformaba así como en el arma letal del escorpión. Su intención era cortar el hilo de la pandorga atacada y someterla al pillaje de los espectadores anhelantes. A su vez, la pandorga atacada tenía la posibilidad de un ascenso veloz, «enredar» a la agresora y según la rapidez con la que se recogía el hilo, derribarla en territorio amigo, en cuyo caso, la prisionera pertenecía al victorioso. Para la suerte del combate, eran fundamentales las características de las pandorgas. «I pua"é» (es rápida) significaba que respondía con velocidad a los tirones para subir agresivamente en persecución del enemigo. «Jho'á porã» (cae bien) se decía de aquellas que para atacar o escapar del ataque, casi libre del hilo, caían a plomo sin perder sustentación. Hasta hoy, a tantos años de distancia, recuerdo nítidamente algunos épicos duelos aéreos de primorosas y valientes pandorgas, a las que asistía siempre solo como espectador, porque se daba el caso de que yo era mal piloto de pandorgas, porque mirar a las alturas azules e infinitas donde se debatían las aladas guerreras de papel de colores, me producía vértigos. En la inocente niñez de entonces, negarse a un desafío era una cobardía que echaba una severa sanción moral sobre el «py'á mirí» (espíritu débil) que rehuía el combate. Pero sí había derecho a negarse a combatir, cuando la desafiante era una pandorga derrengada, barata y de papel tosco. Algo así como que el caballero de brillante armadura no podía perder decoro aceptando el reto de un plebeyo montado en mula.

La pandorga clásica, redonda, tenía algunas variantes como el «aeroplano» cuyo armaje simulaba el fuselaje de un avión con alas, torpe de remontar y difícil de sostener en vuelo. El plebeyo de la raza era el «cuarullé», deformación de cuadrillé, que era de dos palitos en cruz y forma cuadrada, armado con papel de estraza y sin gracia alguna. El «cururú» (sapo) tenía tres palitos y realmente parecía un batracio en vuelo. El «taguató», nombre de un ave de presa era solo de dos palitos, uno largo y otro corto y en cruz. Armado, tenía forma de barco. Se lo confeccionaba solo para el combate aéreo y era temible por su velocidad. Pero en la cúspide estaba el «lucero» de complicado «armaje» sobrepuesto, recargado de colores, «coronas», «piriritas» y «pereretas» de vuelo majestuoso y lento, por lo que era un abuso atacarlo en vuelo, y despreciable acto de pillaje y vandalismo. Un adorno en el cielo, que aquella infancia de antaño, destructiva en muchos aspectos, respetaba por su belleza.

En estos tiempos, suelo ver pandorgas de plástico, hechas en serie posiblemente en el Brasil. Acaso en diseño, material y construcción, sean más fáciles de volar y menos destructibles que las hermosas y frágiles pandorgas manuales de mi tiempo infantil. Pero no tendrán aquellas pandorgas importadas la magia y el espíritu y el duende de las joyas artesanales que se elevaban desafiantes a las alturas, inconscientes de su endebles de seda y tacuara fina, y sólo orgullosas de su brío, del airoso revoleo de sus cabelleras ostentosas y del tamboreo marcial sobre su pecho de papel de seda. Pandorgas que vi nacer hechas a mano, proyectadas sobre un plano de fantasía, galeón milagroso para el descubrimiento de las alturas o bergantín para el combate en el mar azul del espacio. Y sobre todo, fecundadora de imaginación y del sueño, de la ilusión de explorar espacios desconocidos, el país del viento y el nido de las tormentas con una sonda curiosa cautiva de un hilo; de las viscerales, antiguas leyes del combate, las reglas del honor infante, del pillaje justificado o no, como un universo en miniatura para una humanidad en miniatura que era entonces la niñez, despertando a la vida en medio de la inocencia pura, sin la traba ni el aporte de la electrónica que lo facilita todo, lo mueve todo, vive con sólo presionar un botón, ahorrando el esfuerzo muscular y la incursión alocada, como de mariposa borracha, de la imaginación, de lo repentino, de lo espontáneo, lo hábil, del puro reflejo de la reacción ante el viento y el sol; la furia o la mansedumbre de los elementos contra la fragilidad de un hilo que sostiene allá en lo alto una fantasía viva amenazada por la hostilidad de un «yilé» pendiente de la cola de un jinete cataclísmico galopando en la vastedad del cielo.

Siete

Con perdón por esta digresión, retornemos el tema. Creo haber descrito desmañadamente el nuevo hábitat que me tocara con el traslado de la familia a Asunción. Casi al mismo tiempo estallaba la guerra del Chaco y los hermanos mayores habían marchado a ella. La contienda marcó toda una época de la vida familiar. Existía una veneración de héroes para quienes iban a combatir y un desprecio absoluto para el que eludía su deber con la patria. De esa manera frente al gesto heroico del combatiente se alzaba la despreciable figura del «emboscado» (o sandía ybygüy - sandía bajo tierra) como se designaba al cobarde. Solía contarse al respecto, el rumor o la leyenda o acaso la certidumbre, del hijo de un ilustre poeta cantor de las glorias nacionales, que vivió los tres años de la contienda en un aljibe. Desecado, por supuesto. Yo, personalmente conocí a un hombre que vivía en los fondos de nuestra propiedad, llamado Julio, que intentó pasar los años de guerra apoyándose lamentablemente en un par de muletas luciendo la estampa doliente del «mutilado de guerra» pero no contó con los famosos y temidos «pomberos», que eran una patrulla de tres fusileros que se lanzaban a reclutar a punta de fusil a cualquiera que tuviera edad para combatir y no tenía uniforme, para enviarlos sin demora a la primera línea de combate. Semejante mala suerte le tocó a Julio, descubierto en su disfraz heroico, a quien, dicho sea de paso, recuerdo como el más fino artesano constructor de pandorgas, y que lamentablemente jamás volvió de la guerra.

En el hogar familiar la guerra era una presencia constante y amenazadora. Mamá Elisa y abuela Venancia rezaban diariamente por la suerte y el amparo de los muchachos en el Chaco, y encomendaban su vida y su bienestar a todos los santos del altar familiar. Otro

trabajo era la preparación de las «encomiendas», que consistían en paquetes de abastecimientos que la Cruz Roja hacía llegar a los jóvenes en las trincheras. Limitada en su peso y tamaño, la «encomienda» debía ser de gran utilidad práctica y liviana al mismo tiempo. Una de las grandes necesidades del combatiente eran el alimento, las medicinas y el agua. Con el agua, no había modo, pero en cuanto a los alimentos, la sabiduría de la abuela Venancia, que jamás había leído un almanaque siquiera y mucho menos algún código alimenticio, concibió una síntesis de la buena alimentación sobre la base del poder energético del azúcar. La «encomienda», por tanto, consistía en provisiones de dulce de maní, de guayaba o de batata, poderosamente azucarados, y una lata de poco más de un kilogramo con un preparado con una fórmula de su invención, maní tostado y molido con maíz también tostado y molido, con un poco de canela, anís, y desde luego, mucho azúcar. Se formaba así una apretada y poderosa pasta alimenticia, repleta de proteínas vegetales e hidrato de carbono, pero que de sal, no tenía nada, porque la sal produce sed.

Habría que citar, por lo menos para la información, a las «madrinas de guerra» que también enviaban «encomiendas», y muchas, cartas amables, alentadoras, dulces, que acompañaban la soledad y los sacrificios del soldado. No conozco en la historia de las guerras esta costumbre de generosidad, desprendimiento y solidaridad femeninas con el combatiente, pero era vigente aquí, durante la guerra del Chaco, acaso el último episodio histórico donde funcionara con todo su vigor, la virtud del patriotismo que hoy parece haberse perdido. Ellas, calmaban con sus envíos y sus cartas la sed de comunicación que angustiaba al soldado en el infierno verde y seco, aunque no la otra, la sed auténtica, el ansia por el agua que fuera en tantas batallas la diferencia entre la vida y la muerte, la victoria o la derrota.

Este horror a la sed estaba justificado porque el Chaco era un campo de batalla sin agua, y los combates por la conquista del pozo, la aguada o la laguna, al margen de otras consideraciones estratégicas. El soldado podía olvidar su fusil, pero no su «caramañola» como se designaba a la cantimplora, recipiente para el agua que formaba parte de su equipo. Y después de la guerra se mentaba que en ambos bandos hubo más bajas mortales por la sed y por la ingestión del agua contaminada que producía tifus y disenterías, que por las balas adversarias.

No faltó en aquellos tiempos, un alemán borracho, inteligente y aprovechado que inventó, a manera de las conocidas bombillas de tomar mate, un tubo de latón que terminaba en un extraño artilugio. A este artilugio el alemán llamaba «filtro purificante» y según él, con el tubo se podía sorber el agua más pútrida que llegaba pura a la boca. Mi madre compró aquel aparato con intención de incluirlo en la próxima «encomienda», pero la abuela Venancia, desconfiada, decidió probarlo por sí misma. Sorbió el agua más sucia de un charco en el gallinero, y naturalmente, contrajo una severa colitis con grandes calambres estomacales. Pero no se quejó, porque había demostrado que el alemán borracho era un estafador que medraba con las angustias del prójimo.

La ciudad de entonces era una gran aldea sosegada y dormida, llena de sonidos. Durante las noches calmas se escuchaba en la ciudad las campanadas del reloj de la Catedral o el gemir de los tranvías -ya eléctricos- acelerando en las pendientes de la Avenida Colombia, hoy Mariscal López. Tan silente eran las noches, que también se escuchaban el canto de los

gallos en la profundidad de las horas, una cadena sonora que anunciaba lluvias o tormentas, y los silbatos de vigilia de los agentes policíacos de la noche, que daban así fe de que estaban despiertos y alertas y no dormidos en algún apacible zaguán. Los cañoneros Humaitá y Paraguay eran los principales transportes de tropas al frente, además de otros barcos de pasajeros convertidos para usos militares. Pero el más notorio era el vapor «Cuyabá», que también transportaba soldados y fue famoso por su poderosa sirena que sonaba cuando partía del Puerto llevando su carga heroica. El sonido de aquella sirena llegaba a los últimos confines de Asunción, con una resonancia lamentosa y dolida casi de ceremonial fúnebre, porque parecía llanto, aullido de dolor desesperado. Las mujeres, al escuchar el desgarrador lamento, se santiguaban y oraban a los santos por la suerte de los alegres soldaditos que parecían ir a una fiesta más que a una guerra.

Anecdótico pero sugerente de aquellos tiempos viriles, es la existencia, a orillas del río Paraguay, de un paraje que los soldados bautizaron «Puerto Yepetí». Era apenas una curva del río donde concurrían a ejercer su oficio las lavanderas. Cuando pasaban los barcos cargados de soldados, aquellas mujeres no concebían mejor saludo que alzarse las polleras (el yepetí guaraní) y exhibir el trasero para gozo y jolgorio de la soldadesca. Durante años, procuré desentrañar el significado de este ceremonial de glúteos al aire, y todo lo que se me ocurrió, acaso llevado por mi imaginación poética, es que las humildes mujeres rendían el homenaje de su feminidad más oculta a la virilidad del hombre que iba a combatir, como diciendo «vayan, combatan, vengán y vuelvan a tomarnos».

Pero no todas las sirenas eran heraldos del dolor y del adiós. Había otras que sonaban triunfales anunciando los «partes de guerra» que daban noticias de las victorias en la guerra. Sonaban las sirenas de las fábricas, de los barcos surtos en el Puerto y de los molinos, el silbato de los trenes y la inconfundible sirena del diario La Tribuna, que además instalaba en la fachada de su edificio de la calle General Díaz un pizarrón con el texto del comunicado triunfal... y la lista de los caídos en la hazaña. La gente corría, cuaderno en mano, a copiar estas listas con la aprensión de encontrar el nombre de un amigo o un pariente caído en combate. También en esos tiempos, el genio previsor de Eligio Ayala, que anticipaba la guerra inevitable y adquiriría armamentos, también se había extendido a la necesidad de las comunicaciones, y según cuenta mi hermano Gerardo, facilitó a un señor Artaza la instalación de la primera emisora de Radio en el Paraguay, ZPI Radio El País. A ocho cuadras de mi casa, sobre la calle Perú, la última empedrada y con luz eléctrica antes de los andurriales periféricos de la ciudad, vivía un próspero caballero que disponía de un enorme receptor Telefunken. Cuando la radio difundía noticias de guerra, el buen señor ponía el armatoste a todo volumen y abría las ventanas de su casa para que la multitud ansiosa y apiñada se enterara por este medio de las informaciones del frente. Éste y no otro, fue el comienzo de la radiofonía de servicio público en el Paraguay, cuya historia está por escribirse.

La prensa escrita era escasa, y el diario La Tribuna el más leído y difundido. Un caso digno de investigaciones más profundas era el pequeño y rústico semanario «Ocara Poty cué mí», que puede traducirse como «pequeñas florecillas del campo», y era del tamaño de un cuaderno escolar, de 36 páginas y editado por un pionero con imprenta propia, don Félix Trujillo, y con tipografía a mano, de caja. De pequeño formato, ya aparecía antes del estallido de la guerra y difundía en versos en guaraní la naturaleza de la amenaza boliviana.

Era de gran demanda popular y los niños que la voceaban proclamaban a gritos el estribillo de: «Ocara poty cué mi, pe yoguá ke lo guaymí chaque bolí o ñe mo angüí». (Ocara Poty cué mí, compren las viejas, que los bolivianos se vienen acercando). Durante y después de la guerra, el pequeño semanario ayudó a crear un riquísimo repertorio poético de la contienda, recogiendo los versos inmortales de Emiliano R. Fernández y de otros poetas combatientes, en idioma guaraní, que han dejado testimonio escrito, cantado y grabado en discos hasta hoy, de la naturaleza heroica de las batallas y de las victorias del Chaco, los sufrimientos del soldado y las paciencias y angustias de la retaguardia. Hoy día, la descendencia del diligente señor Trujillo, es la única que posee la colección completa del semanario heroico, y se cuenta que se niega a venderla ni por su peso en oro. La prensa argentina, especialmente el diario Crítica, que hasta disponía de un avión para sus corresponsales en el frente, era adicta en general a la causa paraguaya, y el público esperaba con avidez el «vapor de la carrera», o «paquetes» de la Compañía Mihanovich, cómodos, lujosos transportes fluviales de pasajeros (Ciudad de Asunción, Ciudad de Corrientes, Ciudad de Montevideo) que llegaban a Asunción los sábados, procedentes de Buenos Aires, trayendo los ejemplares del mencionado diario, y de los otros.

## Ocho

Para ir cerrando este capítulo de mi niñez durante la guerra cabe mencionar que de la misma manera que la producción agrícola del país no sufrió mengua alguna por la ausencia de los hombres, se mantuvo estable, y ¡hasta aumentó!, con el trabajo de las mujeres paraguayas. Nunca hubo «desabastecimiento» (como se dice hoy) alguno, y por añadidura, cada familia que tenía un combatiente en el frente, adquiría derecho a retirar «provisitas» de la Intendencia de Guerra, a cargo del General Sampson Harrison, alto, de ojos azules, que más parecía un lord inglés que un General paraguayo, que me tomó afecto y me hizo confeccionar un uniforme verde olivo de mi tamaño. Yo solía acompañar a mi madre a ese edificio que aún está en la calle Chile y Rodríguez de Francia, con un carrito alquilado, a retirar los «bastimentos» como decía la abuela, que correspondían a dos oficiales en servicio, e incluía una bolsa mensual de la famosa «galleta cuartel», tan dura que había que romperla prensándola entre una puerta recia y su marco, con frecuentes resultados de que a veces se rompía la puerta y no la galleta, según se chanceaba sobre la cuestión.

Finalmente, como corolario de estos desolvidos y para dar una idea, desde la perspectiva de un niño, no de un historiador ni mucho menos, de lo que fuera aquella época, cabe mencionar a los prisioneros de guerra bolivianos. Habían caído en tanta cantidad, que era imposible alimentarlos y alimentar a nuestras tropas al mismo tiempo. Entonces, casi a la mayoría se la entregaba como auxiliares, peones y hasta cocineros, a las familias que tenían a sus hombres en la guerra. Eran humildes, serviciales, con rara habilidad manual para fabricar juguetes de madera o de piedra, y en homenaje a la sensibilidad solidaria paraguaya, se puede afirmar que eran tratados con amabilidad y espíritu de caridad por las familias, aún por aquellas que tenían luto por parientes caídos en combate. Mi hermano Pedro, herido y prisionero en Strongest, con un proyectil boliviano cerca del corazón que nunca pudo ser extraído y murió con él ya en edad avanzada, era atendido en Bolivia por una familia que a su vez, tenía un prisionero en el Paraguay, el teniente Zárate, estudiante

de medicina en Oruro, moreno, delgado, fino y cultísimo que se hospedaba en mi casa, con la nunca entera confianza de la abuela, y curiosamente, fue el que me enseñó a leer, aún antes de ir a la escuela. Con razón se dice que a pesar de las infernales condiciones del escenario de la guerra del Chaco, esta fue la última guerra caballerescas en el siglo XX. Después de las sangrientas batallas, el agua y el alimento se compartían, y el vencido de cualquiera de los bandos era tratado con hidalguía. Por lo demás, la guerra era guerra entre guerreros, en un escenario bien delimitado, y nunca hubo baja alguna en la población civil.

Como dato curioso, apuntemos que durante la guerra se construyó el primer asfaltado en el Paraguay, entonces llamado «macadam», por Mc Adams, su inventor. Fue el tramo de 12 kilómetros entre Dos Bocas y San Lorenzo, y lo construyeron prisioneros bolivianos que acarrearaban las piedras desde el cerro Tacumbú, hoy aplanado, en un trencito de zorras, que cruzaba toda la ciudad. Eran como 600 hombres, vigilados por un aburrido guardia que dormitaba en la primera zorra.

En aquella década de los años treinta la ciudad era chata y pequeña, pero amable. Lo de «perfumada de azahares y jazmines» no era exageración poética, sino realidad, porque en toda la ciudad crecían los apegúes y naranjos agrios, haciendo sombra a las veredas, mitigando el sol ardiente de verano y dispersando esencias por calles, callejas, zaguanes y rincones. En los jardines florecían los jazmines de todo tipo, como arbustos o como trepadoras, enredaderas de flores azules se aferraban a los cercados y se desbordaban de los muros, y de noche, florecía otro tipo de enredadera a la que llamaban «dama de noche», porque sus flores recogidas durante la luz del sol se abrían con la llegada de las sombras como una perlada boca abierta ansiosa de beber rocío. Los crotos de hojas lustrosas y caprichosos colores crecían robustos comprometiendo la estabilidad de las planteras. Frente a los portales hogareños, además de las sinesias y los rosales, se alzaba el árbol casi heráldico de las casas de entonces que la gente llamaba «jazmín mango» y mucho más tarde me enteré de que era «jazmín magno», de llores generosas de tamaño, algunas con el color del coral y otras de blancura plateada como de luz luna. Alguna vez en mis largas andaduras llegué a Hawai y en el aeropuerto, una nativa de piel de cobre y cintura sinuosa y sensual me colocó gentilmente un collar de flores en el cuello. Quedé boquiabierto, no tanto por la belleza de la chica sino porque el collar estaba hecho de... «jazmín magno!», la recordada flor de mis años niños, al otro lado del mundo.

El punto más elevado de la Asunción, y referencia para el viajero que llegaba por el río, era la Iglesia de la Encarnación. La Catedral con su reloj daba las horas que no se discutían y era costumbre que fuera orgullo de los caballeros tener su reloj de bolsillo «por la Catedral» cuyas campanadas se habían elevado a jerarquía de hora oficial, El Oratorio de Asunción dormitaba encerrado en un entramado de madera. El horizonte era de casas coloniales con techumbre de tejas rojas que se mezclaban con el verde explosivo de la vegetación casi selvática, hasta el punto de que un viajero argentino decía que «no sé si la ciudad está en la selva o la selva en la ciudad».

Sin agua corriente la ciudad, un empresario emprendedor importó el primer equipo para perforar pozos artesianos e instalar una torre de metal con aspas para que el viento accionara la bomba. Las veletas que oponían las aspas a la dirección del viento llevaban la inscripción de «Manuel Ferreira S. A. C.» firma que instaló el sistema en las casas de los

ricos que podían pagarlo, añadiendo al horizonte asunceno, a más de los techos rojos y la vegetación esmeralda, un bosque de torres con aspas bailarinas que se alzaban por doquier.

Hasta entonces, las familias más acomodadas tenían pozos cavados a pala y pico, con balde y aparejo a rueda los más modestos y con pesadas bombas de mano los más sofisticados. En el escalón más bajo de la burguesía empeñada en no caer en el proletariado, se instalaba la casa con aljibe, un gran depósito subterráneo donde por una cañería caía el agua proveniente del techo cuando llovía. Lo malo era que en el profundo estanque no sólo caía el agua, sino algún gato parrandero o un sapo curioso que morían ahogados y había que proceder al fatigoso «desagüe» del aljibe, balde a balde. La última instancia, correspondía a los que se proveían de agua de los pesados carros «aguateros» o de los chiquillos «aguateros» montados en burro, que cargaban a babor y estribor del pollino sendas latas de veinte litros, desecho de las importaciones de nafta que se hacían con ese envase.

Definitivamente, el agua era el elemento que más incidía en el costo de los alquileres y las ventas de las propiedades. Alquilo casa con pozo artesiano, hacía atractiva pero cara la oferta. Menor gasto suponía alquilar «una casa con pozo», y más bajo aún, la «casa con aljibe». Cuando no se mencionaba el agua, es que no lo tenía, y el alquiler o la venta se hacía más problemático.

Tampoco había servicio de cloacas. Las letrinas, el «servicio», los «excusados» o el «común» «como decía abuela Venancia, estaban lo más alejados posible de las habitaciones, no existía el «papel higiénico» y la falta se suplía con papel diario o el papel de estraza con el que venían envuelto del almacén los artículos de consumo diario, y las miserias humanas se depositaban en los llamados «pozos ciegos» que alguna vez se llenaban y había que desagotarlos de su repelente contenido. Tampoco existía el asiento del inodoro y la cuestión era aliviarse de las «aguas mayores» a la turca, es decir, sentados en cuclillas. Otro diligente empresario montó una empresa que ofrecía el servicio de desagote, y la misma estaba provista de un camión, varios toneles de madera y una tropilla de obreros que vaciaban los pozos ciegos a pala, y según se mentaba se entregaban a abundantes libaciones de caña antes de meterse a «palea» las inmundicias, desnudos y con los ojos vidriosos, como la única manera de soportar el olor nauseabundo que producía su trabajo. Como proletarios fantasmales, o tal vez por alguna disposición municipal, aquellas tareas sólo debían ser ejecutadas en la profundidad de la noche, cosa que no ayudaba mucho a la vecindad de dos cuadras a la redonda, sorprendida en el apacible sueño por poderosas emanaciones nada aromáticas, que obligaban a cerrar puertas y ventanas, hundir las narices en las almohadas, o envolverse en sábanas de pies a cabeza. En mala hora, aquel empresario le puso su apellido a la empresa, y muy pronto, el apellido, castizo por otra parte y que no menciono por respeto a la distinguida descendencia del caballero, se transformó en sinónimo de olores desagradables, hasta el punto de que cualquier desaprensivo que en un grupo de personas soltaba un pedo de aroma especialmente agresivo, era bautizado de inmediato con el apellido de aquel buen señor que se había equivocado en la denominación de su empresa.



Nueve

Así como en Ajos mi curiosidad de niño fue perfilando a hombres y mujeres del paisaje humano, también desde la casa solariega y periférica en Asunción ejercí tan útil costumbre, porque como allá en el valle, mis conclusiones me sirvieron toda la vida para que a mi vez, dibujara mis personajes de tantas obras de ficción, que nunca fueron hijos de la imaginación pura, sino nacidos en la memoria, la observación, la retención por «memoria fotográfica» de los tipos humanos, y mi poco, sólo un poco, de imaginación. El escenario para mis exploraciones, que eran antropológicas sin yo saberlo, era el vecindario de mi barrio, que no era al fin un conglomerado de seres humanos solamente, sino de «personajes» que se fueron incorporando a mis recuerdos primero y a mis experiencias después. Teníamos por vecino a don Tomás Guerrero, un caudillo colorado de los de antes, que se ajustaban a un paradigma recio y viril, alcanzaban el imperio de su mando por sus luchas, sus fugas, sus desplantes valientes y lo que se llamaba «trayectoria», que consistía en un trajinar geográfico, histórico y político por caminos y encrucijadas, preñados de conflictos, lealtades y traiciones donde el hombre ganaba su prestigio arriesgando su suerte y su cabeza al mismo tiempo. Así los hombres llegaban a caudillos en este eje político del país que era Asunción, a pulso, y no como ahora, por Decreto o decisión oportuna de los «amigos». Tenía don Tomás el aspecto de un senador romano, el pelo blanco y duro cortado a «cepillo», de gran estatura, barriga prominente y dueño de un vozarrón de trueno. Contaba para su servicio a un chiquillo descalzo, servicial, diligente y sobre todo, empeñado en aprender abrevando en aquella montaña humana de fervores cívicos. El muchachito hacía de todo, «escuelero», mandadero, mensajero escurridizo, furtivo y casi siempre nocturno de esquelas, consignas y claves para las recurrentes «conspiraciones» que parecían ser los motores que movían las pasiones del caudillo, y hasta secretario. El chico era un amigo de mi edad, se llamaba Chacho, aunque su nombre completo es Adriano Jara Carmona.

Con frecuencia don Tomás convocaba en su casa reuniones políticas, que eran nocturnas y donde acudían arrebujadas sombras correligionarias, cautelosas y silentes. En la sala había una mesa grande, en el centro de la mesa una lámpara a kerosene atenuada en su resplandor, y en torno, los compañeros de causa. Con Chacho espiábamos por la ventana, desde la sombra de un guayabo, con intereses distintos, porque Chacho ya había decidido ser colorado y empezaba a cargar las baterías de su pasión republicana con la palabra de aquellos gigantes de la llanura que deliberaban al débil resplandor de la lámpara cómplice. En cambio, a mí me interesaba el conjunto, el misterio, lo temeroso y lo heroico, la radiante energía furtiva de las ideas fuertes que se expresaban en susurros, lo que se diría hoy, la parte humana de la política, en nuestro país, entonces y ahora, la espada de dos filos que a veces decapita y otras abre caminos.

Por extraña paradoja, no cayó en las manos sedientas de Chacho sino en las mías, un manuscrito antiguo, sin firma y trazado con delicada caligrafía en tinta china, que don Tomás tenía enmarcado en la pared. «El Estado está hecho para el hombre, y no el hombre para el Estado. El ciudadano no debe envolver al hombre, es el hombre el que debe envolver al ciudadano. El Estado expresa sólo una parte de la naturaleza humana. La política está por todos los conceptos subordinada a la moral, ésta, en lo que esencialmente

la constituye, es independiente de la política». Hasta hoy conservo este pensamiento enmarcado, y que yo sepa, el paso de los años no ha variado su interpretación.

Pocos diarios partidistas existían, las emisiones de radio eran para las noticias urgentes y la música, y la televisión, una ficción fantasiosa que sólo se veía en las historietas de Flash Gordon, que ya existían entonces, en el suplemento del diario argentino *Crítica*. Caudillos como don Tomás no eran producto de la propaganda ni híbridos de trompeteros de feria y oportunistas devenidos de ubicuas y recurrentes presencias en periódicos y pantallas. Eran hombres de substancia maciza, parcos en la palabra, valientes en la acción y sobre todo, apasionados en sus lecturas que sabían identificarse lo mismo con el campesino, con el obrero, el estudiante, que nunca consintieron en ser rebaño sino gente pensante que si bien seguía con apasionamientos al caudillo, exigía de éste, la titularidad de una cátedra de coraje, autenticidad, prudencia, inteligencia y señorío. Hoy, la masificación de la política ha desterrado a aquellos repúblicos colorados y liberales, que dieron lustre a las jornadas cívicas de nuestra historia durante la primera mitad del siglo XX. La moral de aquellos tiempos, hoy perdida, pesa como una lápida sobre el sepulcro de los valores políticos auténticos.

Frente a la casa de don Tomás, vivía el personaje siniestro del barrio, en una casa chata y oscura, defendida sobre la calle por un cerco vivo de amapolas de espinos -decían que- venenosos. Su nombre era simplemente Don Jorge, y su profesión «procurador», es decir, abogado sin título pero dueño, como todos los de su gremio, de la sabiduría jurídica y de las otras, acumulada en años de transitar por los pasillos y explorar debilidades de los jueces. Vestía siempre traje negro y empuñaba un bastón, y si menciono que vivía solo no diría la verdad, porque gozaba de sucesivas compañías femeninas, preferentemente chicas jóvenes y rústicas del campo. Criaditas, -decía él- que se quedaban un tiempo a atender las necesidades, en el sentido más lato de la palabra, del oscuro personaje, y después se marchaban con un sospechoso bulto en el vientre, para ser reemplazadas por otras provenientes de la inagotable cantera de la pobreza campesina.

Como contraparte suya, vivía calle abajo un señor Lettieri, vecino laborioso, amable y cortés... cuando estaba sobrio. Sus borracheras eran memorables, porque el alcohol lo cambiaba completamente, como si convivieran dentro de él un ángel y un demonio. «Bebido», paseaba por las callejas armado de un respetable cuchillo, amenazando a todo el mundo, y obligando a la vecindad a asegurar puertas y ventanas. Le tenía un odio especial a don Jorge, que cuando asomaba Lettieri perdía su señorial compostura y se refugiaba a la carrera en la seguridad de su casa.

El hombre -don Jorge- escandalizaba a la abuela Venancia, y no por su promiscuidad sexual calendarizada, que al final de cuentas «era cosa de hombres» sino porque don Jorge era «masón», según le habían dicho. En la elemental escala de valores de la abuela, el masón era el demonio enemigo de Dios, lector de la Biblia, que era un libro maldito si no lo leía e interpretaba un cura. Cuando luciendo su bastón y su estampa negra pasaba frente a casa, la abuela se santiguaba y aprovechaba la oportunidad para lanzar alguna imprecación marginal contra Madama Lynch, que conforme ella contaba, había sido puesta al lado del querido Mariscal por la masonería para perderlo y hundir a la Patria en la catástrofe.

Memoria especial guardo para don Félix, zapatero remendón de mi vecindad. Casi anciano ya, flaco, rubio y de ojos increíblemente azules, transparentes como los de un querubín. A pesar de su oficio, don Félix era un gran lector, y admirador de los intelectuales de entonces se declaraba pomposamente librepensador, ateo y anarcosindicalista, pero a pesar de tan tenebrosas confesiones era bondadoso y servicial como un alma de Dios. Tenía libros sobre sus aficiones políticas y un gran retrato de Lenin en la pared de su pequeño taller. Era hombre de poca cultura aunque de muchos pensamientos profundos, devoto de la palabra escrita y un soñador que anhelaba la Revolución mundial. Me había tomado mucha simpatía porque yo lo visitaba en su lugar de trabajo, más fascinado por su arte en la trincheta, la media suela y el taco que por su conversación y sus lecciones y consejos como que yo debería contribuir cuando fuera grande a la destrucción de este mundo capitalista para construir sobre las ruinas el paraíso socialista. Para alentarme en el camino hacia mi destino anarquista, extraía del estante un libro de Marx o sobre Marx, el Manifiesto comunista, o de José Ingenieros, y me leía en voz alta y apasionada párrafos cuyo contenido no entendía, aunque sí empezaba a entender subliminalmente la relación del hombre, sus pasiones y acaso sus rebeldías de proletario irredento con las ideas que en esos tiempos conmovían el mundo y seducían a los intelectuales jóvenes. Veía en don Félix al ser humano que se construía desde afuera, erguido y con el pecho abierto en la ruta de las tormentas y deseoso de empaparse de historia y alzarse desde su humildad al protagonismo del cambio.

Distinto era don Pancho, el almacenero de la esquina, gordo, grasiento y absolutamente impermeable a forma alguna de cultura. La estantería de su almacén era nutrida con existencia de todo, desde clavos hasta fideos en bolsas de papel, aceite en un tambor con canilla para venderlo por cuartos de litro, y latas de grasa de chanco que daban a las frituras un dorado más crocante y un sabor más espeso. De la estantería colgaba siempre el famoso «queso de chanco» antecesor de las mortadelas y otros chacinados que vendrían después, y que entonces recibía el nombre de «Oca ú va rembi ú» (Comida del borracho) habida cuenta de lo prudente que era para el bebedor de la poderosa caña blanca que también despachaba don Pancho al pie del mostrador, tragarse una buena ración del engrasado «queso de chanco» antes de arremeter contra el vaso de alcohol. En otras instancias en que faltara el «queso de chanco» ya se fabricaba en forma casera la butifarra que recogía en su envoltura de tripa todo lo desechado en la matanza del cerdo, incluido, tantas veces, hasta los pelos. Las bolsas con las bocas remangadas de yerba «Ley», de loco, locrillo, arroz, galletas, maíz y de los porotos secos, que convertidos en ración de soldados se convirtieron en el famoso «saporó» durante la guerra, reposaban simplemente en el suelo, como en el suelo estaban los cajones de lavar «Campana», de la jabonería de don Cayetano Ré, no el adiestrador de fútbol, sino de su padre, pionero de la industria. Sobre el mostrador, la balanza y la colección de pesas de un kilogramo, medio kilogramo, doscientos cincuenta gramos y hasta las minúsculas de cincuenta gramos, todas, luciendo modosas su lastre interior de plomo con el sello de «Fiel Contraste» que la autoridad municipal exigía como garantía de peso exacto, o de litro exacto para las medidas líquidas. Y generalmente, a la vera de la balanza, un artilugio de cristal redondo como la bola de un adivino, trampa con azúcar para atrapar las moscas, algunas de las cuales caían en la prisión de cristal, pero la mayoría padecía muerte más rápida y menos piadosa, con el certero golpe de la pantalla de hojas tejidas de palma, que en verano o en invierno, era el complemento infaltable en las manos del almacenero de la esquina.

Curioso como un mono y lascivo como un chivo, don Pancho tenía dos debilidades, averiguar la vida y milagros de la gente a través de una sabia lectura de la «libreta de almacén» y acariciar a las jovencitas, criadas y sirvientas, que concurrían a su almacén a hacer las compras diarias. Las chicas ya le habían puesto al almacenero un sobrenombre sugerente, «don Tapocomí». «Tapocomí» significa en castellano «permíteme tocarte un poquito». En efecto, víctima acaso de algún destete temprano en su lejana niñez, don Pancho tenía una fascinación enfermiza por los pechos femeninos. Llegaba la joven cliente, tuviera el pecho rotundo o aún plano de la adolescente, y ya la sonrisa viciosa y las manos exploradoras de don Pancho entraban en funciones. Decía con mansedumbre el «tapocomí» y ya estaba sobando las glándulas mamarias de fámulas y criadas, muchas de las cuales no se resistían porque generalmente se ganaban el premio de un dulce de maní, un «mantecado» o media docena de caramelos. Era curioso, pienso ahora, que nunca la exploración manual de don Pancho se extendiera a los glúteos o las entrepiernas. El objeto de su devoción eran los pechos, nada más que los pechos, a los que, pienso en descargo de don Pancho, no daba un valor erótico, sino acaso simbólico sin saberlo él, por el significado ancestral de vida, fertilidad y alimento que simbolizan los senos femeninos.

La «libreta de almacén», costumbre en nivel de extinción hoy día, era generalmente un cuaderno escolar donde a manera de cuenta corriente, don Pancho iba anotando las compras de sus clientes, a las que daba a crédito hasta fin de mes, contradiciendo sus propias consignas comerciales inscritas en dos cartelitos que colgaban de la estantería. «Hoy no se fía, mañana sí», decía sin mucho alarde de imaginación uno de ellos, y otro más elaborado cuyo texto no recuerdo, pero era una sentencia sobre el no prestar dinero al amigo, porque se terminaba perdiendo el dinero y el amigo al mismo tiempo. A la «libreta de almacén» que va desapareciendo en la medida en que los coreanos empujan hacia el olvido a los don Panchos, don Pancho manejaba con más destreza de sicólogo que de aritmético. Sabido es que una familia es lo que come, cuánto come, cuánto ahorra en comida y cómo come. En suma, por la rutina de las compras, don Pancho colegía lo que se llama hoy el «standard de vida» de sus clientes, si vivían en la abundancia o en apreturas, si sacrificaba lo necesario por lo suntuario, si se alimentaba bien y se vestía mal o vice versa. El «almacenero de la esquina» fue en la inocente cultura ciudadana de aquellos tiempos, algo así como el cronista historiador de la vida del barrio, sabía de sus miserias y de sus bienandanzas, expuestas -como decía- en las compras y en la naturaleza de las compras e interpretadas sabiamente por el almacenero. Conocía también de amores y desilusiones, lealtades y cuernos, casamientos apresurados y noviazgos interminables. Acompañaba las transformaciones de las familias por imperio del tiempo, los padres que morían, los hijos que crecían, las niñas que se volvían «señoritas», los duelos y las alegrías, la lenta transfiguración de las casas alegres cuando eran castigadas por las ausencias, los quebrantos económicos o la disgregación de las familias que las convertían en sombrías, aisladas fortalezas de la tristeza. El orgullo de don Pancho era conocer la intimidad de las transitorias glorias y las pequeñas tragedias del barrio, el ascenso de los que triunfaban y el derrumbe de los que caían. En aquellos tiempos, ya vendía él artículos como «polvo de arroz perfumado para la cara», en minúsculos sobrecitos de un papel rojo que su vez, mojado en saliva, proporcionaba un color de rouge para los labios femeninos. La excesiva compra de semejante artículo comparada con flacas compras de galleta o de fideos, ya servía a don Pancho para concluir que en aquella casa se daba mayor importancia a la

«moda» que a la necesidad. Curiosamente, en estos tiempos, en los que lectores, críticos y profesores de castellano que lo incluyen en sus textos consideran el mejor cuento de mi producción, se titula «La Libreta de Almacén» y está inspirado en la observación que hice en tiempos tan aurorales de mi infancia sobre las virtudes deductivas de don Pancho, partiendo, justamente, de la «libreta de almacén».

Anexo a su almacén, don Pancho disponía de un pequeño patio, donde se congregaban los jugadores de «sapo», extrañas mezclas de deportistas y bebedores. El «sapo» era realmente un batracio de bronce con la boca abierta, y la cuestión era embocar aquellas fauces con un disco de madera. El juego era por lo general nocturno y para bebedores impenitentes, y como no había luz eléctrica, el patio se iluminaba con una «lámpara de carburo», de luz potente, cegadora y blanca, pero que despedía al arder un olor nauseabundo, tan desagradable que por extensión y por similitud, a las personas que padecían del denostado «yurú né» o mal aliento, se le aplicaba sin piedad el apelativo de «carburo».

## Diez

También en las cercanías de mi casa, vivía Ña Dejesús, madre viuda de cuatro hijos, tres de los cuales fueron a la guerra, pero el cuarto, Cipriano, no. No porque no tuviera edad para ser soldado, sino porque era notoriamente afeminado, y en aquellos tiempos, el desprecio y el rechazo era hasta brutal con personas así, y realmente, era imposible imaginar en aquellos tiempos al delicado doncel vistiendo el uniforme guerrero, aunque según se rumorea mucho, las cosas hoy han cambiado bastante, en cantidades y jerarquías. Pero esa es historia contemporánea. La que aquí se narra es otra, y en este caso incluye a mi abuela Venancia, que despreciativamente llamaba «monflórito» al bueno de Cipriano y en referencia a su sexualidad ambigua. Sólo mucho después, intuí que el adjetivo, absolutamente peyorativo, tal vez derivaba de «hermafrodita», como muchas otras palabras pensadas y dichas en guaraní que nacen del castellano como «arambojhá» por almohada, «coserevá» (dulces de frutas) por conserva, o cabayú por caballo. En tal sentido (otra vez la digresión) la gente guaraní parlante de antes adaptaba las palabras que no existían en el idioma primitivo dándoles un contenido guaraní. Hoy día, con la pretensión de enriquecer el guaraní se lo barbariza, se ignora que cuando hay choques y machiembrados de culturas y están en juego los idiomas respectivos, se adaptan unas a otras. Hay palabras y raíces latinas y griegas en los idiomas romances, hay palabras castellanas en el inglés y vice versa y hay miles de palabras árabes en el castellano. Un academicismo nativo absolutamente equivocado se afana en fabricar palabras desde las alturas cuando que las cosas son al revés, es decir, el habla popular crea las palabras y las academias las recogen y consagran. Obviamente, en el guaraní de nuestros ancestros selváticos no existía palabra alguna para la televisión y los diarios, pero los vocablos no fueron guaranizados como se hacía con el «cabayú», sino alambicadamente traducidos en otros que son el tormento de los escolares y estudiantes obligados a estudiar el guaraní. Para televisión, se inventó el «ta angá mbyry» que es una idea de imagen lejana, y para el diario el «cuatiá ñe é», papel que habla, que, repito no provienen del pueblo, sino de la imaginación de los puristas sin brújula ni conocimientos lingüísticos y antropológicos.

Pero, amable lector, salgamos de estas honduras y volvamos al desgraciado Cipriano, pobre víctima de algún error genético, biológico o celular, mal mirado hasta por su propia madre, a quien no consolaba para nada la diligencia de Cipriano en encarar con prolijidad y entusiasmo las labores femeninas de la casa, desde lavar la ropa, cocinar, barrer los corredores y mantener vivo un florido jardín. A mí especialmente, me embelesaba la manera delicada con la que Cipriano comía la fruta del mango, que en nuestro patio, cada verano, caía desde los copudos árboles como grandes granizos dorados. El mango es desde luego un fruto delicioso y comerlo con gusto implicaba embadurnarse la cara, untarse las manos y mancharse la ropa con el jugo amarillo y persistente. Pero no para Cipriano. Con las limpias uñas pelaba minuciosamente, tira a tira, la cáscara del fruto, sin mancharse siquiera la punta de los dedos. Expuesta al fin la pulpa húmeda y dulce, no la emprendía a mordiscos como era la costumbre, dejando que el jugo resbalase desde la boca hasta la camisa, sino con suaves lengüeteos y chupaditas de colibrí. Consumida toda la fruta, Cipriano lucía la boca y las manos limpias y la camisa inmaculada. Lo dicho, extrañamente, hasta hoy, cuando recuerdo a Cipriano, veo la imagen de un muchacho moreno, espigado y fino, consumiendo mango sin la mácula de una gota, no sé aún si paradigma de qué en mi mundo de paradigmas y arquetipos, o acaso para recordar cómo trataban de ser discretos los antecesores de los travestís y transformistas de hoy, que si los viera la abuela Venancia, moriría de horror la buena señora, «residenta» juvenil sobreviviente como fue de aquella gesta titánica y viril de la guerra del Setenta.

En la esquina hoy formada por la calle Rodríguez de Francia, entonces Amambay se dijo, y Battilana, tenía su rancho y su gran patio, un viejo patriarca, de numerosa prole, don Mbatuú, cuyo verdadero nombre no recuerdo. Su principal tarea era la cría de gallos de riña, esbeltos, lustrosos y feroces guerreros emplumados de letales espuelas, que los fines de semana, eran llevados a combatir a Lambaré o San Lorenzo. Aquellos gallos airosos, de canto corto y agresivo, de cresta breve, cabeza casi heráldica y aguzado pico de halcón eran mi envidia y la de mi hermano mayor en la escala de seis, Eulalio, defraudados como vivíamos porque por nuestro patio y matorrales picoteaban sueltas unas cuarenta gallinas con sus gallos «purutué», deformación de portugués, cuando no «mbatará» que recibían esa denominación por la caótica mezcla de colores de su plumaje, y ambas razas, de ejemplares gordos, robustos, aunque los «purutué», diferentes del «mbatará» eran de grandes crestas rojas y floridas y plumaje rojo metálico. La vergüenza de poseer semejantes gallos burgueses y poltrones, nos corroía el alma, especialmente cuando alguno de los gallos de don Mbatuú hacía una incursión en nuestro patio y masacraba sin piedad al «purutué» o al «mbatará» que se atreviera a defender su harén. De alguna forma oscura y primordial, de la misma manera que la gallardía de un hombre se identifica con su caballo, nuestra gallardía y orgullo familiar se identificaba con los gallos, y la humillación era mayúscula cuando nuestros pesados combatientes eran vencidos de manera tan vergonzante. Decididos a saldar esa diferencia, concebimos, Eulalio y yo, hacernos de un gallo de riña, y como no era cuestión de gastar dinero, siempre escaso, conjuramos perpetrar un robo nocturno, no de un gallo, sino de un par de huevos de la raza bélica, del gallinero de don Mbatuú. La incursión fue un éxito. Reptando bajo las alambradas de púas, entramos en la heredad del viejo patriarca, conscientes de la ferocidad de «Vickers» (marca de cañones victoriosos en el Chaco), su perro guardián que gracias a la Providencia no se dio por enterado o teníamos olor de amigos para él, y volvimos con el producto de nuestra rapiña: dos huevos frescos

puestos por las desvaídas y fibrosas gallinas de la estirpe guerrera. Colocamos los huevos en la nidada de una «mbatará» clueca oportunamente, y pasamos los 19 días de gestación, ansiosos y esperanzados con el nacimiento de dos gallos capaces de defender el honor de la familia y emparchar nuestros orgullos heridos. Día a día, vigilábamos el proceso, y cumplido el plazo, los pollitos empezaron a asomar sus piquitos, rompiendo la cáscara del huevo para salir a la vida y la libertad. Nacieron así, muy distintos a los demás, los pollitos de los huevos sustraídos, dos pollitos pelados, feísimos, todo pico y ano al descubierto y rosado, mientras los otros eran dorados y graciosos pompones de suave pelusa. Tuvimos la inmediata certidumbre de que ya contábamos con dos futuros campeones, pero ocurre que por entonces, el sexo de los pollitos era tan misterioso como el de los ángeles, y había que esperar a que crecieran a pollejos para conocerlo. En ese orden de cosas, nuestra decepción fue total cuando descubrimos más tarde que nuestros gallos de clandestina procedencia, eran gallinas. Nos resignamos a seguir soportando las indignidades emergentes de la torpeza de nuestros «mbatará» y «purutueses».

Una anécdota costumbrista, se suma a la historia de don Mbatuí, cuando la memoria rescata a la vaca lechera de su vieja compañera. A las cinco de la mañana, la buena señora sacaba la vaca a la calle, bajo un gigantesco árbol de ombú que creció en la esquina misma de Amambay y Battilana, el primero y el último que vi en mi vida y que tenía bajo su inmenso tronco y raíces, unas oscuras cuevas que bien podían ser el nido del «pombero» o del «carai pyjharé». Su comercio -de la señora- consistía en vender por jarros la leche espumosa y tibia extraída del animal, el «camby acú» al que se atribuía generosos poderes fortificantes, especialmente para los niños. Tenía por tanto yo, la obligación de madrugar, proveerme del jarro de cuarto de litro que ya contenía una cucharada de azúcar y otra de canela, e ir a beber la leche acabada de ordeñar, lo que se dice, al pie de la vaca.

Una variante sucedió cuando sobrevino una peste de «tos convulsa», o tos ferina, como lo llamaban los médicos, molestísima y asfixiante, que me afectó a mí y a Eulalio. No había medicamentos para el mal en las farmacias, los médicos decían que hay que esperar que se curen solos mientras nosotros padecíamos los ataques. Sin embargo, la abuela Venancia tenía el remedio empírico: leche de burra. Nunca se me borra de la memoria las heladas madrugadas de agosto en que en doliente caravana, mi madre, Eulalio y yo, caminábamos hasta Ysaty, donde ña Pascuala ordeñaba de su burra la leche milagrosa. Nos curamos al fin, hasta ahora no atino a saber si por el poder terapéutico de semejante, espesa y maloliente leche, o por la exposición al frío de la madrugada de agosto.

A propósito de médicos, eran pocos y de la antigua, pastoral categoría de médicos de familia, que lo mismo atendía un parto en casa, a veces auxiliado por una vieja partera empírica y sabia, u operaba una amígdala, si la infección no cedía con «Azul de Metileno» o con las gárgaras de limón o zumo de hojas de guayabo con sal. No existía el Seguro Médico, ni la medicina empresarial que deshumaniza hoy la función del médico y los sanatorios eran pocos y sin la parafernalia informática que hoy auxilia, y encarece, la medicina. El médico de familia, venía a la casa como un amigo generoso, casi como un semidiós milagroso y paternal, atendía el paciente y se daba tiempo a tomar mate con la familia, charlar con intimidad cálida y luego marcharse a continuar su ronda de visitas médicas después de suscribir las recetas que no eran de productos de laboratorio, sino de su propia sabiduría que elaboraba fórmulas que el farmacéutico preparaba. Aplicaba él mismo

«inyecciones antipiógenas» para las infecciones, recomendaba el Mentholatum y la aspirina para las fiebres, las «lavativas» (cuando no la purga con «aceite de castor») para las indigestiones, y el lavado con agua oxigenada y las pomadas de «Óxido de zinc» para las úlceras de la piel. Recomendaba que se tuviera siempre un frasco de tintura de yodo y otro de alcohol «rectificado» para las heridas y accidentes sangrientos, y para la anemia, recetaba el «Aceite de Hígado de Bacalao del Dr. Scott». Un monumento vivo de aquel tipo de médico era en mi niñez el «Doctor Arbo», Higinio Arbo, caritativo, amable, infalible, sanador de toda enfermedad y de toda angustia para la familia, un hombre sabio y bondadoso para mi madre y abuela, tanto, que poco faltaba para que pusieran su retrato en el altar de los santos protectores del hogar.

Igual halo de santidad daba la gente humilde a otros médicos ilustres, como, valga el ejemplo, el famoso Dr. Franco, amado por las madres pero terror de los chicos, pues era fama de que arrancaba las amígdalas, o «glándulas» como se decían entonces, con una poderosa tenaza.

## Once

Prosiguiendo con este inventario de vecinos inolvidables, recuerdo a un rudo y borrachín personaje de apellido Quiñónez, petiso, forzado, con un mínimo de frente entre la ceja peluda y el cabello espeso, que hacía de todo, levantar un muro de ladrillos, reparar cañerías de aljibe, reponer tejas rotas o cercar un gallinero. Lo llamaban «don quiñento», porque no tenía en su mente estrecha, noción alguna de aritmética o de economía, y a cuanto presupuesto se le pedía para un trabajo respondía invariablemente «quiñento peso» fuera el corte de un árbol o el encalado de una pared. De hecho, se le pagara diez o veinte pesos, él estaba convencido de que había cobrado su invariable «quiñento peso».

Muy cerca de casa tenía un minúsculo almacén, una viuda ya madura, Ña Beatriz, que para aumentar sus ventas acaparadas definitivamente por don Pancho, hacía sorteos con premios de caramelos y de galletitas entre sus escasos clientes, y vendía «Caramelos Cine», cuyas envolturas lucían la fotografía de las estrellas y divos de las películas de entonces, Mary Pickford, Douglas Fairbanks, Ton Mix o Buck Jones, entre otros ídolos del cine silente. Supuestamente, tener una colección completa, de veinte «figuritas», significaba que la empresa caramelera regalara una bicicleta. Más tarde, lanzaron los «Caramelos Deportes» con las efigies de los famosos del fútbol argentino, Varallo, Gualeo y compañía con las cuales había que coleccionar un equipo completo, de once, para la mentada bicicleta. La trampa estaba en que jamás podía completarse la colección exigida, porque estaban las «figuritas difíciles» que nunca aparecían, y en cambio, abundaban las que se repetían para desconsuelo de los chicos que soñaban con una bicicleta (¡Bianchi, Legnano, Hércules!) como venida del cielo. De ese juego inocente nació la expresión de «figurita repetida» que los adultos aplicaban al prójimo desubicado y empeñado en aparecer continuamente donde no se le invitaba, charlatán y molesto, puntual en sus apariciones nunca bienvenidas. Con ese gancho comercial, ña Beatriz lograba mantener en pie su modesto almacén, que a pesar de tener su «despacho de bebidas», eufemismo para significar que expedía caña al pie del mostrador, imán para borrachos, no contaba con un



solo cliente, sobrio o beodo. La causa, hoy lo comprendo pero no me explico, era que ña Beatriz tenía dos hijas que iban saliendo de la adolescencia, Elvira y Elena, rubias, altas, hermosas, esbeltas y de ojos verdes. Un par de ladies inglesas, finas y altivas en un almacén de barrio, pobres, bellas figuras insertas en un medio primitivo y casi pueblerino. Podía pensarse que tanta belleza atrajera a la gente sencilla del entorno, pero la cosa era al revés, porque sumada a la fiera vigilancia de la madre sobre las dos doradas doncellas, se suscitaba la envidia y los celos de las mujeres y la timidez de los hombres. Ni el borracho más desinhibido y corajudo por la ingestión del alcohol se atrevía a alzar los ojos hasta aquellas pupilas verdes y abismales, de divinidad femenina misteriosa y mágica, ni el galán ni el «cajetillo» (pobretón pretencioso que gastaba todo en ropa) mejor vestido se atrevían a la profanación de su deseo o del coqueteo con las diosas. Aisladas en la prisión inalcanzable de su propia belleza y de la vigilancia espartana de la madre, Elvira y Elena vegetaban solitarias, casi monásticas, como aves del paraíso desterradas a la aridez de un erial desierto. Muchos años después, cuando ya era adulto, las volvía a ver, siempre juntas, marchitas y con la lozanía arrasada por los años, compartiendo la irremediable soledad de las solteras. Dura y caprichosa consigna del destino, no se casaron de jóvenes porque eran demasiados bellas, ni de maduras, porque ya eran demasiado viejas.

Más extensa era la galería de personajes del barrio en la década del treinta. Don Jaime Benítez fue el primer sastre que conocí. Cerca de su casa, vivía el señor Cantero, padre de un niño prodigio del ajedrez que llegó a ser campeón nacional de ese deporte-ciencia, Ronald Cantero. Don Juan Grange fue el mejor joyero de la ciudad, padre de un gran futbolista del Olimpia, Eulalio Grange, y también, entre varios hermanos, de la bella Chinita Grange, que en su adolescencia floral se suicidó por amor. La familia Pizzurno dio profesionales destacados a la sociedad. Vecina a mi casa, la familia Laurent, con dos chicos que fueron compañeritos de juego, Nene, cuya pista perdí, y Hilda, hoy austera matrona de nuestra sociedad. Ya sobre la calle Perú, los Ginés con mi inolvidable amigo Lalo, y desde luego, la mansión del enriquecido don Toribio Vargas, con cuya bella hija Benefrida, se casó mi hermano Antonio al volver de la guerra, para tener, en 1959, un trágico final en manos de su cuñado Carlos Vargas. Sobre la calle Battilana, entre Amambay y Río Blanco, vivía un chiquillo flaco y travieso algo mayor que yo y tenía un hermano menor, Sócrates, tullido de una pierna. El primero estaba destinado a ser uno de los más grandes periodistas y dramaturgos del Paraguay, y se llamaba Néstor Romero Valdovinos. No lejos de casa, sobre la misma calle Amambay, vivía una matrona maternal y solidaria con el poverío del contorno, ña Ermelinda, madre de Carmen y Ernesto, información que no tendría trascendencia, si el tal Ernesto no fuera Ernesto Báez, hijo «natural» como se decía entonces, y sobrino de Cecilio Báez, diez años mayor que yo y amigo infaltable de mis hermanos mayores, especialmente Gerardo, y mal visto siempre no sé por qué por mi hermano Agustín (o Tutín), el más agresivo y «soquero» de la familia, de cuyos coscorriones y tirones de oreja me defendía valientemente Ernesto, que me daba una protección especial, tal vez presintiendo la pasión teatral que nos uniría en largos años de colaboración en el futuro. Relativo a su relación hostil con Tutín, guardo una anécdota. Jugaban fútbol en la misma cancha pedregosa del Salesianito donde había ensayado también sus saltos un espigado muchachito llamado Arsenio Erico. Ernesto y Tutín en equipos distintos, y en mal momento, al travieso Ernesto se le escapaba Tutín llevando la pelota al arco, y no le ocurrió mejor manera de parar el impetuoso avance que alcanzarlo y meterle un dedo allí donde la dignidad del macho es más sensible. El ofendido reaccionó, el

ofensor escapó a la carrera, y Ernesto me solía jurar que la persecución llegó hasta Lambaré.

Al mencionar al Salesianito -ya que este libro se va escribiendo sin documentación alguna sino al correr de los recuerdos y con la misma secuencia con que ellos asoman a la memoria- cabe el recuerdo amable para el padre Juan Casanello, gordo, sanguíneo, paternal, poeta épico de poemas marciales que él mismo recitaba con voz de trueno, y autor teatral. Fue no sólo evangelizador en los términos más puros, sino también maestro, benefactor y propulsor de muchas vocaciones artísticas en el Salesianito, especialmente el teatro, donde subieron por primera vez al escenario Ernesto Báez y Javier Franco. Lo substituyeron cuando se fue, el pa-i Pecci primero, y el famoso pa-i Pérez después de regresar de la guerra del Chaco donde nunca abandonó el frente, predicando, haciendo misa bajo las balas, consolando heridos, suplicando por el perdón de los desertores que serían fusilados y dando el viático a los muertos. En el Salesianito, formó el marcial sacerdote el Batallón de Scouts Rojas Silva, y de su banda de música salieron entre otros quienes fueron después compositores de valía como Neneco Norton, y ejecutantes como Leopoldo Cabañas, saxofonista primero de la juvenil Orquesta Universitaria de admirada memoria, en la que se canalizó la extraña fascinación que sienten los estudiantes de medicina y médicos por la música, y prestigioso médico -el Dr. Cabañas, decimos- después, que murió a edad temprana, pero mientras vivió fue hombre famoso por su buen humor y sus bromas pesadas a pesar de su rango académico, como pasear sujeta a una cuerda en una distinguida exposición canina del Kennel Club, a una perra en celo que recogiera en la calle, con el consiguiente escándalo perruno y humano que se suscitara. Extraño caso el del Dr. Cabañas. Juramentado para salvar vidas, tal vez creía en el fondo de su carácter burlón en el valor terapéutico del buen humor y de la ironía contra todo lo establecido, y fue tan prestigioso por su capacidad de radiólogo, como por su habilidad con el saxo y su torrencial capacidad de burlarse de la gente, sin distinción alguna, ya que se cuenta que cuando tuvo que hacerle una radiografía al mismísimo General Stroessner, se echó a reír estruendosamente -sin parar mientes en el enojo del ilustre paciente- cuando el General quedó en calzoncillos, desnudo y grotesco sin sus empaques militares. Me enorgullece decir que Leopoldo, fue también uno de mis amigos de la infancia temprana.

## Once

Variada y típica de aquellos años, fueron los ejemplares humanos que la memoria rescata. Papilí, el borracho del barrio, astroso y vencido, cuya única posesión era una lata herrumbrosa que fuera de un kilo de «Conservas de Tomate Pomodoro», con la que él mendigaba comida en las casas del vecindario. «Pa-i Cacá» un submental que se creía cantor, y por unas galletas cantaba la única canción que conocía: «En un barrio de Asunción, paraje de Varadero, arecó peteí kuñá, jherava Marcelina Rosa Rivero». Las vendedoras de «achuras» que pasaban todas las tardes con un recipiente de latón oliendo a vísceras aún tibias sobre la cabeza, y seguida por un cortejo de moscas y de perros caminadores. Niños y niñas de guardapolvos blancos rumbo a la escuela y se juntaba para ir en caravanas blancas. Muchachones orilleros en lucha contra la ignorancia que terminado el trabajo en el taller o en la fábrica, iban a la «escuela Pyjharé», turno nocturno de las

escuelas primarias para escolares fuera de edad y sin tiempo para concurrir de día, que lamentablemente ya no funcionan, como ya no funciona la famosa escuela de Artes y Oficios, que recogía los niños de la calle, los sometían a rigurosa disciplina militar, los uniformaba de marineritos pigmeos, los alfabetizaban y le enseñaban sastrería, carpintería, mecánica y zapatería, y produjo generaciones de expertos trabajadores de los respectivos oficios. Hasta ña Salomé y su hija apodaba «Tren so'ó» (tren de la carne) por su andar rápido y a pasitos saltarines, prostitutas madre e hija que vivían sobre un barranco que fuera la que es hoy la calle República Francesa, ponían la nota del escándalo y la miseria en aquella sociedad inocente. Ya había llegado los primeros inmigrantes árabes, sirios y libaneses, a los que se decían «turcos» que como los coreanos de hoy, eran vendedores ambulantes, gran valija a cuestras, que llegaban a puertas y portones y ofrecían en dificultoso castellano «Bolbos, beines, beinetas, zabatilla barai y barfumes». Aquellos esforzados trabajadores, cuando no enviaban a buscar esposas en el país natal, se casaron con paraguayas, se integraron totalmente a la sociedad, y hoy en toda la nomenclatura del país figuran, cuando no estirpes de empresarios millonarios, médicos ilustres, abogados, ingenieros y académicos en general que honran sus apellidos y reivindican -no todos, claro- la humildad de su origen.

Halaga y despierta nostalgias, el hecho de que las vecindades en los barrios de Asunción tenían una virtud común, hoy antañosa y casi desconocida. La solidaridad entre la gente, las familias y los grupos. No era conducta traída de los pelos, para el regodeo del ego y la proclamación publicitaria. La solidaridad era espontánea, viva y sentida, llevada a las excelsitudes de la proximidad y de la generosidad con el semejante enfermo, enlutado o sin pan. Una familia no se aislaba de otras familias, una casa, siempre estaba abierta a los demás, una mesa lista a acoger al invitado, o al necesitado que llegaba en busca de auxilio. A quien llegaba en horas de almorzar o de cenar, no se le saludaba con un impersonal «hola» sino con un «a buen tiempo», que significaba que había una silla en la mesa, un plato de comida, o una tortilla, un chipá o un trozo de milanesa en la fiambreira. Se conocía quien estaba enfermo y se corría en su ayuda, qué hogar sufría una tragedia y allí se volcaba la solidaridad, el consuelo y el bálsamo de la compañía y la participación. Tomar en préstamo un vestido o un zapato no era un desdoro para quien pedía ni de soberbia para quien daba. Interesarse en los demás, aplaudir sus logros y compartir sus desdichas era la regla no escrita. Nunca hubo discriminación racial, ni económica ni social. Los estudiosos alababan ya entonces lo que algo pomposamente se denomina ahora «movilidad social» por la cual, el hijo de la cocinera podía llegar a Capitán o General, o el retoño del compadre campesino que venía a Asunción podía alcanzar los honores de Doctor o el jovencito estudioso y aplicado de la familia pobre del rancherío marginal quizás llegara a Obispo.

Asunción dependía mucho más que hoy del río para el comercio internacional del país. Y por esa misma razón el río de entonces era distinto al de ahora, por su constante navegación fluvial de vapores y de lanchas de motores ruidosos, por sus poblaciones ribereñas laboriosas, y hasta por los barrios asuncenos, Varadero, Loma San Jerónimo o Sajonia, que tenían en su sencilla arquitectura vestigios marineros, y hasta un folklore costumbrista que provenía del río, de la navegación y de sus fatigas. Famosos eran algunos barcos que iban al norte y al sur con pasajeros y carga, la mayoría a vapor y con grandes paletas giratorias a babor y estribor, como el «Pingo», temido por su falta de estabilidad, el «Anita Barthe», perteneciente a un precursor de la navegación comercial, don Luis Camihort, el «Olimpo»,

el «Cruz de Malta», propiedad de otro empresario dinámico, don Luis Cattáneo y del que se decía que había introducido la novedad del motor diesel substituyendo a las calderas a leña; el archiconocido y denostado «Tembey» que ya viejo y herrumbroso, transportó lo que se puede calificar como el primer «tour» turístico en el Paraguay con destino a Buenos Aires, ya en los años cuarenta, supongo, e integrado por respetables familias asuncenas que pasaron una odisea en el inadecuado barco, con una sola letrina para más de 50 pasajeros embutidos en incómodos camarotes con hamacas a manera de cama y una cocina minúscula e inadecuada que obligaba a comer, cuando se comía, por turnos como obviamente por turnos era hacer lo contrario. Tardaron como dos semanas en llegar a Buenos Aires, y como allí el barco se dio por vencido o los pasajeros no tuvieron el coraje para regresar por la misma vía, el «tour» terminó en desastre, y cada turista volvió como pudo. Cruzaban las aguas otras embarcaciones de diverso porte, que eran tantas, que originaron tipos humanos como los recordados como se decía del marinero bohemio que saltaba de barco en barco, tanto para trabajar como para ejercer su vicio de consumidor de horizontes, y estaba siempre ausente de su casa con el resultado de que una mujer, esposa de «embarcadizo» siempre era proclive a volver cornudo al aventurero. El «embarcadizo» era inferior en la escala social del «navegante», menos bohemio y más práctico, que cuando no se embarcaba como maquinista o timonel, se volvía comerciante para llevar mercancías a lejanos puertos, estancias y obrajes.

El movimiento fluvial era tan intenso que ocupaba a muchos trabajadores que crearon el sindicato de «marítimos» con obreros que nunca habían visto el mar. Este sindicato se acoplaba a un activo sindicalismo, distinto a los agitadores políticos de hoy, centrados como fueron en sus reivindicaciones laborales y en actividades culturales y deportivas, tanto, que el sindicato de los sastres llegó a tener su equipo de fútbol con cancha propia, el «Sastre Sport» que intervenía en campeonatos, como lo hacía también el equipo de «Cerveceros», formado por trabajadores de la Cervecería Nacional. Activos y famosos fueron los sindicatos de mozos, por los de cafés, restaurantes y hoteles, de «mozos de cordel» por los changadores del Puerto, de zapateros, carpinteros, el poderoso sindicato de tranviarios, y de otros oficios.

Las fiestas de la sociedad asuncena de alto copete, eran amenizadas por tres grandes orquestas que competían en la preferencia de la gente, antes que los famosos Orrego de raíz luquena, campeaban por sus méritos, en la década del treinta, con un repertorio de tangos, vals, foxtrot y «pasodobles». Recuerdo de mi infancia estas orquestas, porque mucho se debatió para el fastuoso casamiento de mi hermano Antonio y la bella Benefrida, si se contrataba a la orquesta «Ibis», «Iris» o «Calabro». Tocó esta última, y recuerdo que mi primera fascinación por la música, que me duró toda la vida, nació porque durante toda la fiesta permanecí hipnotizado por el arte del pianista, la gallardía del violinista y la expresión arrobada del bandoneonista, extendiendo y comprimiendo sobre las rodillas su mágico instrumento.

Eran tiempos de descubrimientos y de deslumbramientos. Tiempos de jugar y de aprender, o acaso de aprender jugando. No habían los artilugios electrónicos de hoy, ni los milagrosos motorcitos a pilas que mueven todo, ni robots ni robocops. El juguete de mayor lujo para un chico era un autito a cuerdas y para las niñas una muñeca de rubicunda carita de porcelana para las chiquillas pudientes o de carey y desnuditas para las humildes. En los niveles menos favorecidos, las mamás hacendosas y las madrinas querendonas fabricaban muñecas de trapo para las nenas, que las exhibían con cierta vergüenza y humillación, como pequeñas madres de bebés tullidos.

A veces se podía alcanzar un autito de hojalata con sus pasajeros pintados e inevitablemente «Made in Japán». En bicicletas ni había que pensar, pues era lujo de ricos, aunque los menos afortunados podían alcanzar un «monopatín», especie de bicicleta chata y proletaria que se impulsaba dando talonazos en el piso.

Entonces se echaba mano a los juegos accesibles, como el de la «balita» nombre que se daba a las académicas canicas. Las había de cristal, consideradas un poco para «kuñá-i» o afeminados, las de cemento, más apreciadas, de arcilla, un poco pobretonas y los «acerí» esferitas de acero, restos de rodamientos de bolas que se encontraban en algunos talleres mecánicos. El juego tenía dos escenarios, el empedrado en el que más de un mago infantil sabía aprovechar los rebotes de la balita y los desniveles de la piedra. Y la tierra rojiza, arcillosa y dura, donde se jugaba el «balita joyo» (por hoyo) en el que se hacía un agujero pequeño en el lugar más alto e inaccesible del terreno donde se jugaba, y se trazaba en la arcilla caprichosos laberintos en los que la balita se perdía en su propósito de alcanzar el hoyo. Finalmente, la «balita corá» que se jugaba dentro de un círculo trazado en tierra, y con reminiscencias de billar americano. En todos los casos, la balita se impulsaba desde el pulgar y el índice, y siempre, en la posición de sentado en cuclillas, porque jugar arrodillado era cosa de afeminados. Los defectos en el estilo de lanzar la balita llevaba feos calificativos, como «cuá chapí» (dedos de torpe) o «cuá león», por extensión, dedos de bestia.

El juego de las balitas tenía varias categorías. Por monedas en primer lugar, costumbre perseguida por los «tajhachí», agentes de policía, o por los «particú», agente descalzos y de civil, generalmente borrachines y ladrones que consideraban más cómodo ponerse al lado de la Ley y prestaban servicios en las comisarías, siendo uno de los más temidos, por veloz e implacable, un sujeto llamado «Malacara» por su rostro surcado de cicatrices. Los menos audaces jugaban por las etiquetas de caramelos «Cine» o «Deportes», y en la última escala, estaban los que jugaban por «firraca» deformación de la palabra «figura» y que consistía simplemente en la parte superior de las cajitas de los «Fósforos Fuego» de feliz memoria para la industria nacional.

Del arte fantástico de remontar pandorgas y reñir torneos épicos en el cielo, ya tuvimos en este libro un episodio especial. Entonces recordemos el trompo, que fuera arma y escudo de rudas batallas infantiles. Algunos artesanos, como don Valentín Pereira, se ingeniaban montando primitivos tornos de madera, en los que fabricaban los trompos. Si el interesado prefería una madera especial para su trompo, de guayabo para que zumbara musicalmente o de cedro para que fuera duro como el hierro, debía incursionar en las grandes quintas de las afueras y cortar una rama de respetable diámetro para tornearla como trompo. Las más de

las veces, se mendigaba en las carpinterías trozos y refugos de madera. Esta selección de maderas tenía su importancia, conforme al destino del trompo. Si la cuestión consistía en escuchar la deleitosa música del trompo al girar -repito- se elegía una rama fuerte de guayabo (arazá) o de yvapurú, que tenían la característica de emitir un melodioso zumbido, tanto, que una de las composiciones musicales de Herminio Giménez más prestigiosa, se titula «Che Trompo Arazá» (Mi trompo de guayabo). Pero el trompo musical era sólo la parte lírica de la cuestión, muy por debajo del trompo guerrero, que se hacía tornear en madera dura para los «ñua'á» o duelo de trompos, que consistía en quien arrojaba con mayor fuerza y puntería y girando con su «liña» (hilo de pescar de un metro o más) su trompo sobre el trompo adversario para producirle un raspón, un agujero, una mutilación, o partirlo en dos.

Esta suerte de torneo hacía que los chiquillos sometieran a la «púa» (la punta metálica de su eje) a una limadura hasta tomar forma de cuchilla. Un golpe de esta «Púa» era letal, pero significaba que al girar el trompo adoleciera de «púa tarará», una enloquecida, torpe y ruda manera de girar. Hasta hoy, por similitud, se aplica la expresión de «Púa tarará» a personajes excéntricos, insoportables e impredecibles. El trompo con este defecto deliberado, que sacrificaba la gracia por la eficiencia guerrera, producía desagradable sonido de tambores rotos, algo bastante desdorado de acuerdo a una tabla de funcionamiento del trompo que elogiaba la elegancia y la suavidad del giro, hasta alcanzar el desiderátum de «oké» (duerme) que se aplicaba al trompo de tan perfecto girar, que parecía inmóvil.

El mismo tornero casero que producía el trompo, fabricaba también el balero, pero que entonces había que decir «bolero» porque «balero» era cosa de «curepís» (argentinos). Con el bolero la competencia era menos destructiva, porque consistía primero en el «cutú» (clavar, ensartar) y el «recutú» volver a clavar una y otra vez la esfera en la espiga, haciéndola girar en el aire. A propósito de «recutú», la palabra quedó incorporada al lenguaje popular y especialmente en el argot de la política, en los que significa conseguir una y otra vez el mismo puesto, el mismo rango o el mismo privilegio, y es de comentar que en la actualidad, muchos «referentes» de la clase política son genios del «recutú»... sin haber visto un bolero en su vida.

El «descanso», parecido a la rayuela y el «caracol», una rayuela circular, eran juegos exclusivos de niñas, y todo varón que los practicara era mirado con absoluto desprecio, y como renunciante a la virilidad.

El «tuca'é», sin embargo, se podía jugar entre chicos y chicas, y consistía en perseguirse unos a otros hasta tocar al perseguido, o la perseguida, con lo cual el juego se invertía. Hasta hoy, sospecho por propia y lejana experiencia que nuestra anuencia varonil en participar del «tuca'é, se debía más que nada al pecaminoso, oculto deseo de tocar a la perseguida con un matiz poco lúdico, de caricia y empezar a gustar las misteriosas mieles del contacto físico, primer aperitivo erótico en el amanecer de la vida. Más oportunidades daba de gustar estas primicias, el «tuca'é cañy» (escondido) en el cual había que descubrir el escondite de las chicas, y dentro de él, tocarla y de paso, con audacia sin límite, robar el primer e inocente beso, a veces con el ruboroso consentimiento de ella, y otras, con la furiosa reacción de «le voy a contar a mi papá».

Mixto era también el juego de «liberado, aunque menor propicio al toqueteo inocente. El juego de la «prenda» que se practicaba cuando no había luz del día para actividades más libres, se prestaba a la caricia de las manos, y el recuerdo me trae a más de un amiguito tímido que al depositar la «prenda» entre las manos unidas, cálidas y tiernas de su amada secreta, se ruborizaba y se ponía rojo hasta la raíz de los cabellos.

También se jugaban otras diversiones exclusivamente masculinas como el pelota «joyo» por hoyo, en el que había que acertar desde lejos una pelota de trapo en uno de los varios hoyos cavados en tierra. El castigo de perdedor significaba ser «fusilado», poniéndose de espaldas contra la pared para que los rivales, de a uno, le propinaran fuertes pelotazos, más dolorosos cuanto más maciza y dura era la pelota de trapos usada para el juego.

«Tevy trapo», (culo de trapo) era más bien un juego jocoso destinado a ridiculizar al perdedor. El «toky» se jugaba con planchitas circulares de metal, generalmente tapitas de cerveza aplanadas a martillazos, aunque sistema más práctico y con resultados mejores era colocar las tapitas en las vías del tranvía.

Y finalmente, el juego de «primera» con monedas y por monedas, y donde tiene derecho a echar suertes con varias monedas, el jugador que previamente arroja su moneda y más se acerca a una pared. En este caso, tenía el derecho de arrojar al aire su moneda y la de los rivales. No se mencionaba cara o cruz, sino una versión distinta, «suerte» por el escudo, y «culo» por los números. Las monedas (más bien se decía níqueles) eran «suerte» para el que los arrojaba y los cosechaba, y el juego seguía para los demás con los que caían «culo», con perdón.

## Trece

Para dar una idea de lo que era la rutina asuncena de aquellos tiempos de guerra primero y de posguerra después, me instalo en el recuerdo, en una esquina céntrica, de calles empedradas con basalto azul y la acera sombreada por naranjos o perfumada por las «ovenias» cuyos frutos parecían momias de insectos raros y eran dulcísimos al masticarlos. De un cable tendido entre dos aceras, cuelga el farol eléctrico, con la exacta forma de un sombrero invertido. Recuerdo que se encendía a las siete de la tarde y se apagaba a las once de la noche, cuando la ciudad quedaba sumida en el silencio nocturno y los noctámbulos atrevidos no pasaban de la medianoche. Ambos, farol y tranvía, alimentados por la energía de la Compañía Americana de Luz y Tracción, o CALT, con su usina a leña en Puerto Sajonia. Pero en nuestra esquina es de día. El tranvía ha pasado veloz por la calle Estrella, con sus contactos aéreos desparramando chispas verdes y rojas. Las burreras que abandonan el centro pasan en grupos, todas ellas montando sendos asnos, dando talonazos en los ijares y masticando, casi todas, sus gruesos «cigarro poguazú» apagados. Casi todas llevan manto negro en los hombros, (si fuera invierno, serían rebozos de lana) pero las más veleidosas, paraguas negros devenidos en eficaces sombrillas. Miran con desprecio desde la altura de sus burros a las «placeras» de a pie, con canastas equilibradas en la cabeza por el «apyté aó» (o ropa de coronilla, que no es ropa, sino un rollo circular de trapos a manera de

base para el peso de la carga), vendedoras de chipá, hortalizas o «pojhá ro"ysä», yerbas curativas de la rica farmacopea guaraní, dulces de maní (ka'i ladrillo o ladrillo del mono), dulces de guayaba, «coserevá» (conserva) de naranjo agrio, o damajuanas de miel de caña. Por la esquina, traqueteando sobre las piedras desiguales pasan los automóviles de los personajes conocidos, identificados con el rango y señorío de sus dueños, el Studebaker del Dr. González, el Hudson del Ingeniero Mengano, el señorial Packard «aerodinámico» del General Zutano, los Chevrolet guapos, los Ford veloces, los Chrysler, De Soto y Dodge. Y también los taxis, que no se llaman taxis, sino «autos de alquiler» o más someramente «chapablancas» por el color de la patente y cuyos conductores son famosos en la medida de su habilidad para evitar el empedrado y deslizarse silenciosos y raudos sobre las vías del tranvía, sin caer de ellas ni en las curvas. Un señor Rugilo, de este oficio, es «el Rey de las Vías» porque nadie lo supera en semejante arte. Pero los automóviles son raros en nuestra esquina, en las que, por otra parte, cruzarla «sin tocar bocina» era falta pasible de multa. Los camiones de carga al servicio de industrias y comercios mayores casi han desaparecido durante la guerra, movilizados para tareas bélicas, junto a los heroicos camiones Chevrolet y Ford 4 que el Ejército había importado poco antes de comenzar la contienda. Pero pasan por nuestra esquina los carros a mulas, los livianos carritos techados y de una sola mula repartidores de pan, que llevan impresa en letras elaboradas el nombre fragante de la panadería: los pesados carros aguateros de tres acémilas con su tanque de agua sobre los bastidores de madera y sus llantas de hierro haciendo un ruido infernal sobre el empedrado, sobre todo en la sagrada hora de la siesta en que atruenan sembrando sobresaltos y malhumor a los durmientes, y los carros «repartidores» de los negocios «al por mayor», tirados hasta por cinco animales y llevando surtida carga para el «reparto» a los «almacenes al por menor». No falta en la esquina, el paso del carrito del «colchonero» que son los primeros talleres móviles, porque llevaban las máquinas y las herramientas del oficio de fabricar colchones. Y también pasa la gente con paso tardo, sin prisa, sin urgencias. Un poco después, avanzaría con paso lento la carreta del repartidor de carbón con la cara y las manos ennegrecidas por su mercancía que una vez distribuida, llevaría su carreta a desuncir los bueyes en un gran corralón frente a la actual cancha del Guaraní donde después, el señor Estragó instaló su famoso cine «España». Ese corralón repleto de bueyes cansados, carretas en reposo y carreteros empolvados de negro hollín, daban al equipo de Guaraní el sobrenombre de «los carboneros» que más tarde se cambió a «aborígenes», que fue invención de mi hermano Gerardo, en sus tiempos de periodista deportivo. Pasa frente a mí la gente, los hombres, aún los más humildes con sombreros que a la manera de los autos determinan categorías, porque no es lo mismo llevar un sombrero deforme en la cabeza que lucir airoso un duro «pajilla blanca» o «rancho», un «Panamá» color perla, o un «Borsalino» de flexibles alas. No se concibe aún en la mayor pobreza, andar con la cabeza descubierta o en camisa por la calle, y hasta el más pobre, si no tuviera saco debía proveerse de una blusa. Las mujeres humildes llevan mantos o rebozos y van descalzas, las de la burguesía para arriba «sombrecitos» y «taco alto», y los niños, gorras o «yokis» (por Jockey). Los y las elegantes de aquel tiempo no tenían problemas cuando se tratara de elegir prendas finas. «La Gran Casa Francesa» disponía de todo, francés y de moda, la «Tienda Gastón» competía en excelencias con «Segura, Latorre y Cía» cuyo lema de «donde su peso vale dos» siempre me confundía, porque no atinaba a precisar si el peso valía dos para el comprador o el vendedor, «La Gran Galera» se especializaba en sombreros y los demás accesorios de la elegancia masculina y de la misma manera que la «Casa Derby». En cuanto a «Rius y Jorba» a la manera de los «shoppings» modernos, tenía de



todo, desde herramientas hasta telas. Después, como terminó la guerra, los camiones sobrevivientes regresan y muchos se convierten en los primeros ómnibus, llamados «camiones de pasajeros» y se han creado las primeras líneas, de Pinozá a Puerto, de Sajonia a Puerto, de Barrio Jara a Puerto, de Tuyucuá a Puerto, como las líneas tranviarias, que tienen su «llegada» a dos cuadras del Puerto, en Colón y Estrella. El Puerto, activo y rumoroso es el imán, punto de llegada y salida del país, y sobre él converge toda la dinámica de la ciudad, en mayor grado que sobre la Estación o el Mercado Guazú. Los ómnibus son de madera, con asientos que son meros bancos a lo largo de la carrocería, y llevan diversas denominaciones, Primavera, Golondrina, Chacoré, Corochiré, «Subayvamo», Oroité, Boquerón, Nanawa o «Voy y Vengo».

### Catorce

Es inolvidable en aquella época de los años treinta, y más tarde de los cuarenta y cincuenta, la presencia del tranvía. Por mucho tiempo, Asunción era una ciudad de añoranzas. Hasta hace poco tiempo, añoro el tranvía y tengo vehementes sospechas de que esta nostalgia tiene viejas raíces en el recuerdo de un tiempo en que el pasajero era pasajero y no un montón de carne a transportar, porque cuando se viajaba en tranvía, aunque sea de pie, uno tenía la sensación de ser persona y no bulto. Quizás en eso radique los denodados esfuerzos que se hicieron hasta cercanos tiempos para mantener, aunque traqueteantes y con pinturas de payaso rodante, algunos de los viejos vehículos eléctricos, los últimos que quedaban, melancólicos supervivientes de una especie en extinción que alegró y adecentó el paisaje asunceno.

Asunción no quería desprenderse del tranvía, como un ser vivo que no quiere despojarse de su alma antigua, más señorial, linajuda y humana, cuyos jirones quedan en las últimas «casas de azoteas» y ocultos jardines rodeando a los hierros elaborados de un aljibe cegado. Por eso, cuando pensamos en el tranvía los asuncenos de la tercera edad, nos viene a la mente una palabra un poco pacata: decoro.

Precisamente porque viajar en tranvía era decoroso. La gente la abordaba limpia, y descendía limpia, nadie caía para ir a parar bajos las ruedas, y los conductores y guardas tenían sobrios uniformes y eran respetuosos trabajadores que conocían la olvidada virtud de la cortesía. El vehículo, siempre iluminado a pleno durante la noche, llevaba letreros que decían «Prohibido hablar al motorman», «Prohibido escupir» y «Prohibido viajar en la plataforma», y aquellos letreros no eran desafíos, sino invitaciones a una buena calidad de vida, expresión que antes no se conocía, pero se vivía. Respetar las normas era cuestión de buen gusto, decencia y vergüenza, y no el modelo a escala humana de transporte de ganado en que se han convertido los ómnibus.

Es revelador que las capitales europeas más cultas, Berlín. Viena, Bruselas, Praga, no sólo han mantenido servicios tranviarios sino han renovado y modernizado el material y se puede ver así a los raudos vehículos corriendo a respetable velocidad con un pequeño zumbido de sus motores silenciosos, y con la gente ubicada cómodamente en sus funcionales asientos.

Asunción de las décadas que rescata nuestra memoria, contó con un buen servicio tranviario, pero se cometió el error de «estatizar» el servicio, y como consecuencia, dejar morir de vejez a las vías y tranvías, en la creencia de que el sistema era una antigualla condenada a desaparecer en la vida moderna, o acaso, como una muestra de la incapacidad y la corrupción del Estado como empresario, aunque la corrupción y la voracidad de los monopolios privados no han de ser menores, con lo que entonces y ahora nos encontramos en el mismo callejón sin salida.

En todo caso, cabe consolarse con el recuerdo de los tiempos en que el tranvía era el orgullo de Asunción. De la Línea 2, que partía de Belvedere, en España y Brasil, daba un círculo completo por la parte céntrica de la ciudad, pasando por las cercanías del Puerto, por el Mercado Guazú, largo trecho por Chile a la ida, por Independencia Nacional a la vuelta, por Estrella, Teniente Fariña y Estados Unidos hasta llegar nuevamente a su punto de partida. En los atardeceres no era raro que se decidiera hacer con la familia, o con la novia y el hermanito, un paseo en tranvía, en esa Línea 2 que conducía a Belvedere donde acaso se podía ver una «cinta de amor» o «de cowboy», y tomar un helado, que se llamaba entonces «sorbete».

La Línea 7 salía de «cambio Grande», que eran los enormes depósitos del Ferrocarril hasta ahora subsistentes sobre la avenida Artigas casi Perú. Llegaba al Puerto y volvía. La Línea 4 salía de Colón y Estrella y llegaba a Sajonia, recorriendo la calle Montevideo, unas cuadras de Colón y la larga Avenida Carlos Antonio López, hasta alcanzar el barrio ribereño del río, para regresar luego por el mismo itinerario. La Línea 5 salía del mismo nudo de Colón y Estrella y llegaba hasta Tuyucú para volver enseguida. Su terminal en Tuyucú quedaba frente a la iglesia de la Virgen de las Mercedes, y fue la Línea que subsistió más tiempo. La Línea 9 iba del Puerto a Villa Morra, por la entonces «calle Colombia», hoy Mariscal López, pasando por la «Para (o Parada) Uno», donde está el estadio del Olimpia y por el cementerio de la Recoleta, con una prolongación después de Villa Morra, cruzando Villa Aurelia, hasta llegar, por la Avenida Boggiani, hasta Zavala Cué, hoy Fernando de la Mora.

No llegó a figurar en ningún catálogo de curiosidades, pero por mucho tiempo Asunción fue la única ciudad en el mundo en que los difuntos iban a su última morada en tranvía, acompañados, también en tranvía por los deudos y amigos dolientes. Para el efecto la Empresa contaba con una elaborada carroza fúnebre, de torneada madera a estilo barroco, coronada con una cruz y forrada por dentro en terciopelo negro, que llevaba el ataúd, hasta las puertas mismas del cementerio de la Recoleta, con su antigua iglesia cuyas campanas, ahora mudas, tocaban a duelo.

Valorado a veces, saludado otras, Asunción se caracterizaba por el «silencio», palabra que significaba no sólo la ausencia de los ruidos, sino el manto de sosiego y quietud que imperaba sobre la ciudad, y la volvía apacible y tranquila. «Silencio» era el recogimiento de las casas como arrebujadas sobre sí mismas, fortalezas de la privacidad y de la intimidad; la espesura recoleta de bosquecillos y jardines, el paso tardo de los peatones, la inexistencia de motores rugientes, de altavoces enloquecidos o de músicas puestas a todo volumen. Avenidas casi desiertas, plazas y parques de árboles frondosos albergando a veces el paseo

o la cita de parejas discretas, las noches con nada de actividad virtuosa y algo de viciosa en la que hasta los noctámbulos más recalcitrantes se imponían la consigna de deambular con el menor ruido posible, respetando el recogimiento de las familias y el reposo de las casas, y hasta las serenatas (con permiso policial, ojo) al pie de ventanas guardianas de sueños tiernos sonaban como a sordina, como si la música y el canto sólo quisieran llegar a los oídos de la amada, sin activar la curiosidad de vecinos chismosos o de progenitores celosos. Tan silenciosa era Asunción, que el sonido que hoy pasaría sin ser notado, era percibido muy lejos. Al respecto, me contaba Néstor Romero Valdovinos que exiliado a Clorinda tras la Revolución de 1947, comiendo el amargo pan del gendarme y esperando medios para viajar a Buenos Aires, en una noche silenciosa pudo escuchar, allí, en Clorinda, el zumbido agudo del tranvía asunceno acelerando en una pendiente. Me confesó que se puso a llorar. El «silencio» era palpable, espeso, impregnación de tranquilidad y respeto, simplemente, ausencia de la vitalidad ruidosa que traería más tarde la vida moderna, con su concierto de ruidos, sonidos y estampidos. Hoy que lo pienso, el «silencio» era como el rasgo de la inocencia virtuosa de una gran aldea que después la perdió.

Abandono la esquina imaginaria y voy caminando la cuesta empedrada de la calle Colón. Apenas llego al suburbio donde se alza la Iglesia de Cristo Rey, miro al sur y allá en el horizonte se alza un alto cerro azulado. Hoy ese cerro ya no está porque la industria del empedrado lo convirtió en alfombra para la ciudad. Es el cerro Tacumbú.

### Quince

En 1937 mueren asesinados en Ajos mi padre y su hermano gemelo, llevándose al morir, ellos también, a dos de sus atacantes. Se cuenta que en la noche del asesinato el populacho irrumpió en el vasto negocio y saqueó todo lo existente. Es la ruina, mi madre vende mi adorada casona selvática y alquila un local en la calle Pettrossi para abrir un almacén. Adiós a mi patio de árboles parientes y amigos, adiós a los mangos, las pomarrosas y el aguacate. Adiós a mis gallos gordos y cobardes, a las nidadas de pollitos aún húmedos que aparecían inesperadamente siguiendo a la madre desde el yuyal espeso. Adiós, experiencia primera de la infancia, a mi Edén personal perdido. Pienso hoy que tal vez la Providencia me tenía programado para ir transitando desde muy niño diferentes y aleccionadores escenarios de formación mental y espiritual. De los rudos parajes de Ajos, con su escenario salvaje y sus personajes primitivos, a la bucólica casa quinta de Asunción con su lozanía verde y pacífica y su vecindario amable, y de ese enclave lírico suburbano, al mundo urbano distinto, más limitado de la calle Pettrossi. El almacén, con vivienda estrecha al fondo, es alquilada de don Antonio Araujo, padre de dos bellezas, China y Pochó, y de mi amigo Juan Araujo, y esposo de la delicada doña Ana, enferma y anémica que se apagó como una flor, víctima de una enfermedad mortal. El almacén estaba frente al «mercadito Pettrossi», que no era sino una manzana en cuya única acera sobre Pettrossi, se alineaban casillas elementales donde se expendían tortillas, mbeyú, chipás, queso Paraguay, yerbas medicinales y algo de hortalizas y verduras. En el fondo, bajo un enorme yvápovó, tenía su comedero público doña Presenta, dueña de una olla de hierro negra y enorme, como gorda, tiznada, enorme y morena era la buena señora que hizo famosos sus guisados de arroz y fideo, el «so'ó yosopy» después reducido a «soyo» y el «locro ipocué» que servía a los

comensales sentados sobre cajones vacíos de jabón sus manjares en grandes platos de latón, en un largo tablón sobre caballetes que hacía de mesa a la sombra del árbol. En el «mercadito Pettrossi» también trabajaba ña Josefa, que fritaba y vendía riquísimas tortillas de harina, queso y huevos bautizadas como «guaymí nambí», orejas de vieja, porque tan tiernas y delicadas, las tortillas eran casi transparentes. Cuesta hoy imaginar que aquella somera feria de apenas una cuadra, fuera la semilla que inició el después monstruoso y caótico Mercado 4, que si no me equivoco abarca como cinco manzanas.

Posiblemente el lector avisado o con espíritu crítico, detecte en las siguientes páginas un cambio sutil en el estilo. Sucede así, porque al abandonar la gran casa quinta, perdía contacto con un mundo mágico que me acompañó desde que tomé conciencia, y entré a otro más real, donde la luz eléctrica substituyó a la lámpara emblemática, y el tosco empedrado urbano a la calle arenosa. La poesía siguió instalada en mí, pero el entorno se había vuelto más material, prosaico.

Había perdido mi gran patio selvático para la exploración, la cosecha de frutas y el descubrimiento. Instalada la familia en una vivienda con pequeño patio, me consolé vagando por los alrededores y descubriendo el baldío. El Baldío, como un rasgo del perfil de la identidad de la gran aldea asuncena. El baldío no era sólo un trozo de terreno, era una institución, la «sede social» de la chiquillada que tenían allí su «canchita», su selva, su isla misteriosa, su noche fría de agosto para encender allí una fogata aventurera, en un mundo de fantasía, pequeña y limitada patria de la infancia, independiente de la autoridad paterna y de la vigilancia materna.

Chiquillos que hoy ya no están limpiaron una parte y abrieron una cancha de fútbol, delimitando las porterías con los zapatos de uno y la camisa de otro, pero la mayor parte quedó salvaje, fecunda, con un apretado matorral donde las campanillas azules trepaban por los arbustos altos y florecían con gloriosa inocencia color cielo; la calabacita ofrecía su pequeña fruta pulposa y roja, las «flores de agosto» fingían ser margaritas amarillas y doraban pequeños prados con su inundación dorada. Semillas arrastradas desde los jardines por las aguas pluviales habían brotado y crecían glicinas, florecían camelias, violetas, pensamientos y rosas con estallido salvaje y alegre. En el fondo, al borde la infaltable lagunita de fondo arcilloso, se alzaban lirios y narcisos. Verdes, caudalosas matas de arbustos salvajes florecidos con inesperados colores cárdenos, amarillos, blanco marfil; el yuquerí agresivo apuntaba sus espinos a todos los vientos amenazando desgarrar todo, piel y ropas que se ponían a su alcance. También allí, las aguas de lluvia llevaron alguna vez la semilla de una sandía, y la planta germinó rastrera pero vigorosa, y de pronto, un día dio un fruto redondo, verde, estriado, pequeño primero y después más grande, más rotundo, con su crecimiento vigilado, medido, venerado con respetuosa unción por los chiquillos de pronto propietarios y devotos del milagro de la sandía, que no era «una sandía» sino «la sandía» especial, única, perfecta, nuestra creatura, con ancestral prestigio de tótem, porque nadie la había plantado pero había brotado para todos, como la ofrenda que hacía el baldío a la niñez adepta a su espacio y a sus secretos.

Tal vez no fuera una sandía, sino un zapallo, un melón, o un «andaí» materia prima del «quibebé» con sabor a mamá y cocina a leña. Lo mismo daba, porque en cualquiera de esos frutos la naturaleza virgen del baldío estaba enseñando su vigor y su milagro y su

generosidad, -y como en los tiempos antiguos, la inocencia humana se reunía devota en torno a esa rozagante muestra de la fertilidad con mayúsculas, y de la memoria racial de cada niño nacía brotaba sin que él lo supiera la antigua veneración del hombre por los misterios del cielo, el alimento y la fecundidad.

Como muchas veces sucedía, un día el baldío desapareció. Se limpió, se cortó, se derribó, se arrasó con todo. Las campanillas azules, las «damas de noche», la sandía, el zapallo, el guayabo de generosidad estacional y la canchita de fútbol desaparecieron paulatinamente, y es por eso, porque se fueron los baldíos, los niños se han exiliado a la calle donde ni el empedrado ni el asfalto tienen magia ni oportunidad de descubrimiento y deslumbramiento, porque allí no hay nidos, ni panales ni flores, ni zumbar de avispas y de gordos moscardones negros, ni filas disciplinadas de hormigas llevando un trozo de hoja como velamen verde, ni arañas cazadoras, ni escorpiones terribles, ni «alonsitos» yendo y viniendo en la construcción infatigable de su nido de barro, todos, materia prima para la aventura de observar y aprender para la capacidad de proyectar la imaginación a mundos maravillosos y desconocidos.

La fantasía hizo del baldío selva, isla, lugar exacto del mapa infante donde está el tesoro escondido. Muchos baldíos conocí, exploré y amé, cuando de habitante del suburbio, el destino me llevó a una casa urbana de la calle Pettirossi.

Diez y seis

Allí, mi inventario de humanidad cambia. Hago nuevos amigos y conozco nueva gente. Ya mencionamos a don Antonio Araujo, propietario próspero y dueño del único auto del barrio, un Fiat amarillo y ruidoso. Vecina al almacén de la familia, la farmacia «La Estrella» de don Carlos Valdovinos, un alma de Dios, generoso y solidario que no cobraba nada por curar pústulas, aplicar antiipiógenas y recetar «Píldoras Ross» gratis de sus pocas existencias. Para mí tuvo un afecto especial, porque conociendo mi angurria de lector compulsivo, me obsequiaba aquellos hermosos «Almanaques Bristol» y publicaciones de folletos para niños de la firma Bayer. Sobre la misma acera, el almacén de don Roberto Duarte, hincha famoso del Nacional, de voz potente y sonora, inventor del grito de «¡Nacional querido!» que después se hizo clisé en el club denominado también «La Academia» porque la mayoría de sus jugadores eran estudiantes universitarios.

Vecina a la farmacia, el almacén de un matrimonio anciano, don Cristóbal y ña Petrona, en el que no volaba una mosca, y clientes, menos, por el senil malhumor con que atendían a la gente. Más allá la casa y el depósito de tabaco de don Genaro Parquet, esposo de la bondadosa doña Roquita, que solía inundar de música el vecindario con las interpretaciones de su piano. La familia, además la componía las traviesas hermanitas Dina y Margarita, Paco, Baby, Nenín y Fernando. Gente alegre, feliz, solidaria, tuvo una extraña e incomprensible predestinación para la tragedia porque más tarde, Paco, convertido en cadete de último curso de la Escuela Militar, murió en combate en el último día de la Revolución de 1947. Su hermano menor, Baby, apenas dos meses después, también moría en un accidente de automóvil en la ruta, y otro más, Fernandito, también moriría al chocar

su motocicleta. Sobreviven hoy, felices abuelas, Dina y Margarita, o Totila y Marichú, y Nenín, o si se prefiere el Profesor Dr. Guido Parquet Sánchez.

Mis dos mejores amigos de la infancia, compañeros de juegos y de concurrencia a los matinés de cine (de «covoy», no «de beso») del Teatro Nacional, ahora Municipal, fueron precisamente Paquito Parquet y Juancito Araujo. En verano, salíamos de la sala bañados en sudor o con la huella de un escupitajo lanzado desde el «paraíso». El chiquillo que era entonces, no imaginaba que años después, mediante el talento de Ernesto Báez y de Emigdia Reisofer, ese mismo teatro me recibiría como autor teatral. A pocas cuerdas, invadíamos el Mercado Guazú a reponer líquidos y tomar litros de «aleja» lejano antecedente de las gaseosas, antes de que aparecieran el «Naranjín», el «Manzanet» y el «Sinalco», y hecha, la «aloja», de agua, limón y miel de caña que se servía en un jarro desde un depósito de latón de veinte litros. Lo que les ocurrió después a Paco y a Juan, es como una síntesis de lo que nunca más debe ocurrir en nuestro país. Paco murió en combate en la revolución de 1947, y Juan, como consecuencia de la misma revolución, se exilió en Buenos Aires donde desempeñaba oficios menores. Murió también él cuando sacaba brillo a la vidriera de un banco y en ese instante explotó dentro del edificio una bomba terrorista que acabó con su vida. Escapó del peligro en su patria para ir a morir en patria ajena.

Con Paco y Juan formábamos un trío inseparable. Intercambiamos revistas de historietas, íbamos de excursión y de aventuras al arroyo Ferreira o al Mburicaó, que entonces eran torrentes puras y cristalinas, explorábamos la floresta inmensa de la «Quinta Escauriza», una vasta propiedad, lindante con otra, la «Quinta Escobar» que empezaban en la calle Fernando de la Mora y terminaban en Lambaré, entonces selváticas e intocadas, donde era fácil cazar cardenales de penacho rojo, recoger chirimoyas, guayabas, guavirá, yvajhai o yvapurú silvestres, hallar inesperados manantiales, perseguir huidizos lagartos verdes o romper a pedradas panales de abejas silvestres para la rapiña de la miel. Cuando no íbamos a la cancha a tratar de entrar bajo las vallas de alambre, íbamos al Parque Mocoeroa donde libraban sus repetidas batallas los dos únicos boxeadores pesos pesados que teníamos, Battilana y Pío Páez. Allí y en ese tiempo, descubrí el sentido de la amistad con su condimento de afecto y de lealtad, de participación en el peligro y de una prueba permanente de solidaridad y entrega. Hoy, a tantos años, Paco y Juan son sólo dos recuerdos melancólicos, y la quinta Escauriza se convirtió en urbanizaciones para casi todos los barrios que se alzaron al sur del casco urbano asunceno. Como la inocencia de la ciudad, los arroyos Mburicaó y Ferreira perdieron su pureza cristalina, y son sólo lúgubres sumideros de las miserias del crecimiento ciudadano.

Recuerdo también, como pioneros de lo que es hoy el caudaloso movimiento comercial de la calle Pettrossi, los almacenes y panadería de don Terol, el negocio de compra venta de hierros y herramientas de don Guido, el almacén «El Aviador» de un ciudadano español, don Nunes, padre de quien fuera estrella y campeona sudamericana de basket, Edith Nunes, y a quien -al padre, digo- una vez le pregunté, por el nombre de su negocio, si había sido piloto en el pasado, a lo que me contestó con hispano acento que lo de aviador venía de suministrar avíos, no de pilotar un avión. Don Juan Roca, otro español, tenía también su enorme negocio, pegado a la fastuosa mansión de los Bernardes y no muy lejos de la no menos señorial de los Laterza. En Dos Bocas, los laboriosos y amables hermanos Parcerisa, habían abierto su extraña combinación de panadería, librería y agencia de diarios y revistas

extranjeras. Atribuyo a la generosidad de estas bondadosas personas, la alimentación gratuita de mi casi obsesiva manía infantil de leer todo lo que viniera en letras de imprenta. Los sábados y los miércoles, la agencia recibía las revistas de historietas que se ya se multiplicaban en Buenos Aires, y era mi privilegio tomarlas en préstamo y leerlos gratis. Sobre este episodio, volveré más adelante, pero entre tanto, prosigo mi inventario vecinal con la mención de los traviesos hermanos Godoy, vecinos a la panadería-librería-agencia de los Parcerisa. Estos chicos tenían por diversión capturar alguno de los burros sueltos por la calle, atarles al rabo una batería de latas vacías, soltarlos previo a un cintarazo, de modo que el pobre pollino salía a la disparada perseguido por el estruendo de las latas contra el empedrado. También en dos Bocas vivía, con una casa antigua bajo un frondoso yvapovó, la familia Acosta Moreno, una de cuyas niñas, Lila, fuera también después, campeona sudamericana de basket, como Edith Nunes. La memoria me trae también la imagen del carnicero del barrio, don Andrés, gordo y bonachón como todos los de su gremio. A don Andrés le recuerdo porque adoraba a mi perrito «Kiko», petiso, lanudo y cruza de innumerables razas, que yo había adiestrado para llevar él solo, sin compañía ni vigilancia y sujeta entre los dientes la canasta de compras con un papelito que detallaba el pedido, puchero, costilla o carnaza, y desde luego, el dinero. Para admiración y regocijo de don Pancho, «Kiko» llegaba a su negocio, se apoyaba en el mostrador y exhibía la canasta. Don Pancho la cargaba con el pedido, tomaba el dinero, depositaba el vuelto junto a la carne y le daba una palmada al perro, que volvía modosamente a casa. Su premio era un sabroso hueso, generalmente agregado por don Pancho, feliz de participar en ese rutinario espectáculo de circo vecinal.

«Kiko», mi perrito de la infancia, fue el primero que tuve y el que más recuerdo porque me inspiró el cuento «Perrito», que ganó un primer premio en un concurso latinoamericano de la «Revue Française» de París, y después, insertado en libros escolares y secundarios, hizo derramar lágrimas a generaciones de escolares y de estudiantes. Le siguieron otros a lo largo de mi vida, porque nunca dejé de tener conmigo una mascota, un perro que cuando se le quiere bien, devuelve amor por amor, es compañía, confidente, una mirada transparente de admiración y de lealtad, un rabo solidario que se abate entre las piernas traseras cuando hay tristeza o se bate enloquecido cuando hay alegría. Comentario aparte, suelo pensar que quien no ama y es amado por una mascota, es difícil que sea buena persona.

Don Carlos Valdovinos también tenía su perro, un gran perro de aguas, grande, macizo, de pelo largo y dorado y bonachón al que llamaba Camel, la marca de cigarrillos que el amo fumaba. Paciente con los niños, se volvía un león cuando don Antonio Araujo soltaba su perro, Zeppelín, un «barcino colí» que también era un nervudo combatiente, las peleas eran épicas, sangrientas y en el esfuerzo de separarlos colaboraba todo el vecindario. Don Gómez, el peluquero (me resisto a poner «barbero») del barrio tenía también el suyo, enorme, adormilado y pacifista, que apenas despertaba, bostezaba y se volvía a dormir aún cuando la pelea de Camel y Zepelín era más ruidosa, pero a don Gómez lo recuerdo no sólo por su perro, sino por su maquinita mecánica, no de cortar sino de esquilarse, que más que cortar el pelo, lo arrancaba dolorosamente, y por ser uno de los primeros del gremio que amenizaba sus labores, instalando en su peluquería un receptor de radio para beneficio de sus clientes. Que yo recuerde, aún teniendo la peluquería la consabida cajita con tapa de cristal para las herramientas del oficio con la leyenda «Desinfección formol», don Gómez no tenía muchas nociones de la asepsia de sus instrumentos, porque cuando «asentaba» el

filo de su navaja sobre el bastidor de cuero tenso, solía murmurar que «Koicha co ya yuká paité la microbio cuera». Así se matan todos los microbios.

Diez y siete

Cuando vuelve a mi memoria la generosidad de los hermanos Parcerisa que me proporcionaban de niño material de lectura, suelo asociar esa remembranza dulzona con las preguntas contenidas en los cuestionarios de estudiantes que tienen por tarea estudiar alguna obra teatral, cuento o novela de mi firma. Una de esas preguntas, repetidas en todos los cuestionarios, es «¿Cuándo nació su vocación de escribir?». Generalmente suelo decir que las ganas de escribir vienen leyendo, leyendo mucho, con paciencia y desde niño. Sin quererlo, aplico a la respuesta mi propia experiencia. Desde que aprendí a leer me convertí en lector voraz, y el devenir del tiempo, me proporcionó una inopinada pero útil secuencia en la elección de mis lecturas. En la inocente infancia, fueron las revistas de historietas, El Tony, Tit Bits, El Gorrión y El Purrete, las que pusieron a mi alcance, a Tarzán y Jane con su sugerencia de regreso al paraíso perdido, sueño visceral de todo ser humano, y por lo que vi, ya larval en el niño. Y a Flash Gordon, que entonces era Jorge, el Hombre Relámpago, el símbolo de lo bueno vagando por la pluralidad de los mundos y en el infinito territorio de la fantasía, desafiando al malvado Emperador Ming, prototipo de todo lo malo. Me entusiasmaba Jim de la Selva, un valiente explorador investigando los misterios de territorios vírgenes, salvajes, desconocidos. Seguía semana a semana las andanzas de Dick y su caballo Llama, y a La Sombra, hoy llamado Fántomas, que vive en una cueva en forma de calavera, y su fiel compañero Lobo, un lobo amaestrado. Con estos dos personajes, Dick y La Sombra, empecé a tener una idea de lo que las lecturas más serias me enseñó después en el sentido de la importancia del caballo y el perro en la gesta de la evolución de la civilización. Me fascinaba Mandrake el mago, que por algo sigue apareciendo aún con su peinado de Carlos Gardel y su frac anticuado, con su inseparable compañero negro, Lothar. En esa extraña pareja, el niño aprendió que el blanco era el amo y el negro el sirviente, pero con el correr de los años y la explosión de una nueva cultura, en el curso de mi propia vida, las cosas cambiaron tanto que si en el pasado yo leía que Lothar decía a Mandrake «sí, amo», ahora tendría que estar diciéndole: «Sí, flaco».

De tal galería de héroes se alimentaron mis lecturas e iba germinando la vocación de imaginar y de crear, ya instalada en tiempos más tiernos por Caperucita, La Cenicienta y el Patito Feo, que ya me parecían «cuentos de bebés» y abandoné así el camino raigal transitado con los fabulistas como los hermanos Grimm, Anderson, Esopo, y Samaniego, que dejé atrás para proseguir con Edgar Rice Burroughs, a quien creo se inspiró en el Mowgli del «Libro de las Tierras Vírgenes» de Rudyard Kipling para concebir su Tarzán, y Lee Falk. Con ellos descubrí que la pasión por la lectura, que esclaviza, sorbe el tiempo, prohíbe el ocio, enajena la mente prisionera del «querer saber», tiene algo de vicio, mucho de hedonismo sano y una pizca de masoquismo tal vez, pero sigue siendo el ejercicio intelectual que no tiene sustituto.

Pero llegó el momento de buscar emociones más fuertes y menos sintéticas que las historietas, y al filo de los nueve, diez u once años descubrí a los grandes folletinos,



Rafael Sabattini, Emilio Salgari, Julio Verne, considerados antes literatos menores, plebeyos de la pluma, urdidores de fantasías baratas, pero son rehabilitados en la medida en que la imaginación se revaloriza, la aventura libera y la fantasía abre horizontes y en el caso de Julio Verne, predice el futuro, y el papel de la literatura para adolescentes cobra importancia, porque la exploración del espacio ya es una realidad, porque piratas y corsarios habrá siempre con variado disfraz y renovados discursos, como siempre habrá secuestros y rescates, princesas bellas y esclavas seductoras, ferocidad, valentía, honor de caballeros y ladrones, aventuras que vivir y territorios por descubrir, mundos que conquistar y sobre todo, inagotables lecciones que aprender sobre la cambiadiza naturaleza humana.

Ya por entonces, sentía en mí mismo, voraz lector, una urgencia nueva, escribir. Y sin saberlo empezaba a aprender que escribir es comunicar y que para comunicar es necesario estar comunicado, es decir, estar leyendo siempre, que al fin y al cabo, lo sé ahora, la escritura propia se enraíza en el rico sedimento primordial que dejaron en mí las apasionadas y apasionantes lecturas de la niñez y de la adolescencia, alimento para la buena tierra de la «lectura sería» que venía asomando en el horizonte.

Porque si de adolescencia hablamos, ni qué decir de las incursiones a los estremecedores folletines de un loco genial, Vargas Vila, con sus novelitas como «Flor de Fango», «Ibis», y otras entregas de infinita ferocidad contra la mujer. «No ames a tu madre -decía- porque te concibió en un orgasmo de placer. No ames a la mujer, ama a las mujeres», y con semejante lenguaje de fuego conseguía lo contrario, adoraba a las mujeres sólo como en el despertar de la vida se puede adorar.

El aprendizaje de la aventura llevada al extremo de la alegría y de la picardía estaba en un espadachín genial, Rocambole. «Las Aventuras de Dick Turpin», un ladrón generoso, eterno burlador de los agentes de la ley, me indujeron cierta saludable irreverencia intelectual ante la santidad de los «valores constituidos», más útil de lo que se cree en el oficio de escribir. Y desde luego, en ese escalón, llegué a la novela policial convertida en gimnasia mental, con Arthur Conan Doyle y su detective Sherlock Holmes, (en el que se inspiró Humberto Eco para su «El Nombre de la Rosa») del que aprendí con mayor celeridad que el torpe de su compañero el Dr. Watson, los misterios y la mecánica de la deducción.

De los grandes folletinos, pasé al fin a los mayores que apenas eluden esa condición porque aparecen más serios y elaborados, como Alejandro Dumas con sus tres mosqueteros, Balzac con «La Piel de Zapa» y «Ascanio»; Stendhal con su «Rojo y Negro»; y desde luego, con mayor rigor académico, Benito Pérez Galdós y toda la constelación asombrosa de los insuperables clásicos españoles, que ya fueron palabras mayores, como después lo fueron Dostoievsky, Tolstoy, Cronin, Dickens o Mark Twain que enriquecieron mis lecturas juveniles, de la misma manera que lo hicieron Beeker, Neruo, Rubén Darío, Claudio de Alas, Espronceda y tantos otros poetas cuyos versos injertaron en mi mundo interior, un fragante lirismo que aún hoy, en plena tercera edad, perfuman y melancolizan mis días.

También en el vecindario de la calle Pettrossi, mi imaginación y mi memoria registraron tipos y arquetipos, humanos. Las caravanas de burreras que desde el medio día,

pasaban al trotecito cansado de sus burros rumbo a Ysaty, Zavala Cué, Villa Elisa o San Antonio, comunidades absolutamente rurales que eran la despensa de la ciudad. Aunque parezca al lector un exceso de imaginación, hasta a los burros daba yo una identidad y una calificación, porque los había airosos y caminadores de pasito cortos y regulares, los llamados guapos, y los había de orejas gachas, resentidos, de andar cansino y resabiado, como hartos de una vida de servidumbre, que recibían de sus propias amas el calificativo de «ate'y» o holgazán o perezoso. No en pocas oportunidades, el burro no era burro, sino burra, y tenía la desgracia de estar en celo en horas laborales. Los machos percibían el aroma invitante al amor de la burra en tales condiciones, y más de uno arrojaba al suelo a su ama e intentaba el acoplamiento con el consiguiente jolgorio de la vecindad. Curiosamente, existía una reglamentación policial. Si el acto se consumaba y había penetración, la dueña incurría en «escándalo en la vía pública» y pagaba una multa. No era raro entonces que la intervención de la burrera propietaria del macho, consistiera en aferrarse frenéticamente a la poderosa verga del animal, tratando de evitar que diera en el blanco. Si el intento de amor era frustrado, no pasaba de una reprimenda. Dicho sea de paso, también besarse en público y orinar en la calle, eran también «escándalo» que convocaba la acción policial.

Aunque parezca absurdo, el burro perezoso o diligente no se quedó en mi fuero interno como una anécdota, sino como un símil de la naturaleza humana en la que las personas viven, unas como a desgano, otras, como con ansias de ir consumiendo futuros y en el futuro, luces y éxitos. Y aún fui más lejos al descubrir en la gente variantes insólitas, pues en el largo curso de mi vida, especialmente en el mundo de la creación literaria y periodística, conocí a hombres de enorme talento y otros incurablemente torpes, que parecían responder a una regla que tenía muchas excepciones, pues los talentosos resultaban incurablemente haraganes, viciosos y vagos, y muchos torpes, tozudos y voluntariosos llegaban más lejos de lo que se esperaba de su escasa cuota de talento. El clisé de que el genio se identifica con la bohemia, en muchos casos, cortó trayectorias que pudieran ser deslumbrantes y admiradas.

Digresión al margen, aquellos últimos años de la década de los años treinta, fue una época, es meritorio remarcarlo, en que la ciudad entera se alimentaba mediante el burro. No existía otra manera de abastecer a la ciudad, hasta que más adelante, en la década del cuarenta, cuando terminó la II Guerra Mundial y desapareció el «racionamiento» de naftas y de llantas de goma, aparecieron los híbridos camiones de pasajeros suburbanos llamados «mixtos», pues lo mismo cargaban pasajeros y mercancías que antes fueran monopolio de las burreras, que no tuvieron mucha vacilación para cambiar las duras jornadas en burro, por las más cómodas en camión.

Diez y ocho

Por aquellos mismos tiempos, la tranquilidad pastoril de la vida asuncena, se rompía frecuentemente, con la noticia alarmante de que se gestaba una «revolución», y esto vale también para los años cuarenta y parte del cincuenta. En todo caso, los incidentes eran los mismos. La noche antes, ya corrían rumores. Se estaba gestando una «revolución», y el

cabecilla, al menos visible y conocible, era el Coronel Fulano. Por la mañana, los rumores se habían convertido en certidumbre, las amas de casa sintieron el viejo y conocido toque de los zafarranchos de combate. Corrían a los almacenes a hacer provisiones. Las bolsas de galleta quedaban vacías, y el fideo, el arroz y el aceite o la grasa de chancho se agotaban. También los paquetes de «velas de esperma», generalmente destinadas a menesteres piadosos desaparecieron, por si en el curso del combate se cortaba la lánguida corriente eléctrica de la C.A.L.T. Los más pudientes sumaban a sus provisiones y previsiones algunas latas de sardina, picadillos o carne conservada. Los más precavidos, o temerosos, acorazaban las ventanas con colchones, y cuando a la silente mañana amenazante empezaban las noticias de que «los Cañoneros entraron a la bahía y apuntan hacia la Capital» no faltaban los que cavaban refugios en el patio, y le daban con mayor velocidad y pánico a la pala y al pico cuando a la presencia de los cañoneros se sumaba otro peligro tenebroso con «la Artillería que viene de Paraguarí por tren» y de los «Regimientos del Chaco» que se suponía avanzaban a marchas forzadas a la Capital.

De pronto, estallaba la fusilería mezclada con el tableteo de las ametralladoras y uno que otro estremecedor estampido de cañón. Los corrillos formados en la esquina se desbandaban de prisa, el almacenero cerraba las puertas y las mamás de numerosa prole iban y venían arreando a los chicos desaprensivos que no buscaban refugio y podían recibir una «bala perdida».

Los más valientes subían a las azoteas con ganas de contemplar el combate, y allí permanecían hasta que un proyectil pasaba cerca espantando con su ominoso silbido, y el observador valiente optaba por la seguridad de la planta baja.

Los combates eran recios por la mañana, amenguaban al mediodía y recomenzaban con mayor brío a la tarde, hasta que iban apagándose al caer la noche, y cesar por completo un poco más tarde. Con el silencio, la gente se atrevía tímidamente a salir a la calle, a recoger noticias a través de las dos o tres emisoras de radio que funcionaban. Al fin la noticia cundía, el Gobierno había caído, el Presidente estaba preso y el Coronel Fulano hacía leer una proclama: «hemos salido de nuestros cuarteles ante el peligro que corrían nuestras instituciones republicanas...» Y así, sucesivamente.

Diez y nueve

Desgraciadamente, el almacén de la calle Pettirossi fracasó. Y la familia, ya reducida a cuatro hermanos porque los mayores ya se habían casado y formaron hogar, se mudó a la calle Perú. Para mí, otro universo para la experiencia enriquecedora y el ejercicio de la imaginación y la observación, Allí, fui víctima del primer amor, cándido, celeste y tímido.

Tenía cabellos dorados, y a veces, cuando el sol del crepúsculo la daba oblicuo, tenía como un halo sobre la cabecita. Once años tal vez, o doce, ojos de color cambiante, los más extraños que haya visto, que cambiaban en infinitos matices del verde o azulado con la intensidad de la luz, tiernos labios de tersura frutal y piernecitas de colibrí. Se llamaba Ruth, hija de una familia judía que presionada por la antigua actitud defensiva de su raza,

en esta Asunción que no tenía ghettos ni idea alguna de lo que es el antisemitismo, había convertido su casa en ghetto, porque en aquel tiempo ya en toda Europa se empezaba a culpar a los judíos de todos los males del mundo, anticipando el holocausto que vendría después con un tal Hitler. La casa de Ruth, amplia, confortable, arbolada, estaba protegida por altísimos cercos de alambre a los costados, y con una sólida, alta muralla sobre la calle.

El padre de Ruth era un señor tieso como una vara de madera dura, vestido severamente, y si no recuerdo mal, ejecutivo, empleado o socio de una firma importadora. Usaba los anteojos que popularizaba después John Lennon, e iba y venía por las calles del barrio saludando apenas a la vecindad con un correcto, breve «buenos días» o «buenas tardes», según el caso. Además de Ruth, tenía otra hija mayor que estudiaba en la secundaria del Colegio Internacional, y su esposa, doña Rebeca, hacendosa, hogareña y rubia parecía un hada madura y un poco gorda cuando trabajaba entre los rosales del jardín a la luz deslumbrante del sol.

Era notorio e incomprensible para mis pocos años que el estirado de don Samuel, que así se llamaba el padre de Ruth, había establecido una veda en cuanto a las relaciones con los pobladores del barrio. Hasta en eso -pienso hoy- funcionaba la ancestral autodefensa de su raza. Yo, que vivía en la casa vecina solía ver a Ruth jugando en el gran patio, traviesa como yasyateré niña, subiendo a los árboles o sentada a la sombra de un naranjo y cambiando ropitas a su muñeca, a veces, regañándola con una vocecita musical que el viento traía a mis oídos y me parecía estar oyendo el sonido de cristales del idioma de los ángeles. Casi a escondidas, la contemplaba, arrobado y enamorado, hasta que la voz de la madre la llamaba a tomar la taza de cacao de las cinco.

En el patio de mi casa había un gran árbol de pomarrosa, y una rama se extendía sobrepasando el cerco de alambres y haciendo sombra en el patio de Ruth. El bendito árbol tenía frutas y un día una de ellas, madura, cayó de la rama intrusa. Vi a Ruth recogerla, examinar con curiosidad su cáscara amarilla y su lisura de perla, y después, morderla con sus pequeños dientes de muñeca, saborearla cautelosamente y acto seguido gustar con deleite la pulpa crujiente y el caudaloso y perfumado azúcar de la fruta. Con los labios mojados de miel, se volvió a mí, me sonrió y me pidió: «¿Me das más?». Un chimpancé envidiaría la velocidad que trepé al árbol para hacerme de una provisión de pomarrosas maduras y descender después a poner a los pies de Ruth mi ofrenda de frutas, lo que es un decir, porque tuvieron que pasar, una a una y entre risas, por los huecos del tupido tejido de alambre. Esa noche, soñé que yo era Tarzán y ella Jane, y teníamos nuestra casa en un árbol de pomarrosas.

Al día siguiente vi a Ruth, no subiendo a los árboles ni arrullando a su muñeca, sino prendida al cerco, en actitud de espera. La certidumbre de que me esperaba produjo en mi corazón la primera taquicardia de mi vida. Me acerqué al tronco del árbol dispuesto a renovar su provisión de pomarrosas, pero ella me dijo que no, que aún tenía las de ayer, y diciendo esto, me alcanzaba algo entre los alambres, envuelto en un papel que parecía oro. Examiné el regalo, una golosina, la despojé del papel que deslumbraba con el sol y gusté aquello. Hasta hoy, cuando paladeo un chocolate suizo, sé que en él está el sabor de mi primer amor.

Otra novedad que aprendí y que es válida hasta hoy, es que el amor en estado puro no necesita de diálogos. Porque entonces, ella me enviaba una sonrisa a través del cerco de metal, y para mí, esa sonrisa contenía toda la enciclopedia de la dulzura y del sueño. Una vez que nos hablamos, me contó que sus padres habían venido de un país llamado Hungría, que ella había nacido allí, pero no lo recordaba, y después pasó a decirme que yo le resultaba cómico porque había observado mi costumbre de trepar a lo más alto del yvapovó a leer mis revistas de historietas y mis libritos de folletín. «Me imagino un mono leyendo» - decía- y se reía, y se rió aún más, cuando le confesé que mi madre y mi abuela cuidaban de mi salud mental prohibiendo ese tipo de lecturas, y que yo, para estar con mis amados personajes de fantasía, me fugaba y escondía en las alturas inaccesibles del yvapovó.

Un día ella me obsequió un libro de cuentos, español, de dura y colorida tapa y de fabulosas ilustraciones, pero se planteó el problema de pasarlo a través de la trama metálica de la cerca. Era imposible. Entonces, sintiéndome héroe cavé con mis uñas una especie de canal bajo la urdimbre. Por ese cauce fluyó el precioso libro, y sus manos, que toqué por primera y única vez, y al contacto con su piel rosada, supe entonces en qué consistía el tocar el cielo con las manos, apresar una melodía celeste, acariciar la cuna donde una perla duerme su sueño submarino. Presentía que ella sentía lo mismo y el contacto duró nada más que segundos y un poquito menos que una eternidad. Se marchó sonrojada y feliz, saltando como si tuviera muelles en los talones, y yo quedé allí, pasmado por aquel primer contacto con el más dorado prodigio de la vida, el amor, que había vuelto de pronto el mundo todo de color rosado.

Cuando pasó la noche y el amanecer se anunciaba con el aroma del azúcar quemada para el mate cocido, me levanté y miré el cerco. Una cintita rosa tremolaba prendida al alambre, acariciada por el viento. Me acerqué lleno de palpitaciones ansiosas. Con la cintita de seda había un papelito y en el papelito un dibujo hecho por Ruth, un mono leyendo en un árbol, y debajo, dos palabras: «te quiero». Me sentí lanzado a las selvas edénicas de Tarzán, al mundo mágico de Mandrake y a planetas azules y verdes y rojos y dorados de Flash Gordon. Esa noche resistí al sueño. No quería dormir porque durmiendo dejaría de sentir en mis manos la textura del papelito y la caricia de la cinta de seda. Y de algún modo, escribí mi respuesta, la sujeté con la cinta y amparado por la noche fui a sujetar mi mensaje en el mismo sitio milagroso del cerco. A la mañana siguiente, la cinta rosada ya no estaba. Ella había recibido mi respuesta: «yo también». Muchas cartas de amor escribí y recibí en mi vida, pero nunca los mensajes tuvieron tanta intensidad como aquellas cuatro palabras que compartimos con Ruth en el amanecer de los sentimientos.

Después del descubrimiento nos volvimos más tímidos, o acaso más cómplices y cuidadosos de descubrir el maravilloso secreto compartido. Y aquel primer amor que hoy recuerdo se redujo al intercambio de miradas y de sonrisas en instantes fugaces, pero con la fugacidad del relámpago que deja hondas huellas en el alma y la memoria, como huellas deja el rayo de quemazones en los maderos.

De pronto, la rutina en casa de Ruth cambió. Un movimiento intenso parecía anticipar viajes y mudanzas, instalando en mi corazón una larva de desesperanza. No sabía qué pasaba. «¿Cómo llamar a Ruth y preguntarle?». No se hizo al fin necesario llamarla. Se aproximó al cerco al atardecer y se sentó aferrando el alambre. Me acerqué a mi vez y

como ella me senté sobre mis rodillas. Su carita era seria. «Nos vamos a Hungría». «¿Volverás?». «No sé». Pasó el dedo índice hacia mi parte del mundo. Me tocó la cara con la punta del dedo, y hasta hoy me pregunto si fue mi imaginación, o es mi memoria que poetiza todo, si realmente aquel dedito de nácar trazó desde mis ojos hasta el mentón el surco de una lágrima.

Nunca la volví a ver. Dos años después estalló la II Guerra Mundial y poco a poco, las noticias del espanto sacudieron al mundo. Estaban matando a los judíos y quemándolos en hornos en toda Europa... incluida Hungría.

Hasta hoy me pregunto si Ruth se salvó del holocausto. Veo viejos terribles documentales y me parece ver a Ruth mil veces repetida y prendida a las faldas de su madre, en doliente y aterrorizada caravana.

Y cuando voy al Jardín Botánico donde todavía existen pomarrosas, suelo recoger una fruta caída. La muerdo, percibo el mismo azúcar que empapó la boca de Ruth, cierro los ojos, y allí está la cintita rosa presa en el cerco de alambre, tremolando con el viento del amanecer.

## Veinte

En el domicilio de la calle Perú, a principio de los años cuarenta. Hice nuevos amigos y me llené de nuevas experiencias y observaciones sobre la vida, la competencia y la gente. Amigo de mi edad fue Justo González, que llegó a prestigioso economista, Albino Rojas, de una dinastía de industriales panaderos, y Euclides Penayo, que después fue médico y emigró a la Argentina, hijo de un famoso abogado; los chicos de la familia Sarubbi, de los Grange, Pizzurno. La inclinación, desde muy temprano, a mezclarme con los chicos mayores, hace que recuerde como amigos de infancia a quienes la estaban dejando. Ernesto Báez ya empezaba a subir a las tablas, Néstor Romero Valdovinos y mi hermano Gerardo se iniciaban como periodistas deportivos en el diario La Tribuna. Fue Néstor, algo mayor que yo, y especie de padrino protector como Ernesto quien me prestó una colección de seis novelas de clásicos españoles y de las obras teatrales de Benavente y los hermanos Álvarez Quinteros. Recuerdo especialmente a un muchacho lleno de chispa y alegría, alto flaco y obviamente italiano de apellido Amábile, a quien apreciaba todo el vecindario porque con su buen humor y simpatía hacía honor a su apellido, y con tristeza a Eduardo Benítez, mi compañero de escuela y de correrías que murió ahogado en el tenebroso riacho Cará Cará, en los bajos del Parque Caballero, que con letal correntada unía a la bahía con el río, y después fue cerrado. Ya había estallado la II Guerra Mundial y la vida en Asunción era un poco estrecha, con «racionamiento» de todo, combustibles, gomas de automóviles y camiones, harina, azúcar, como coletazo de la economía mundial presionada por la producción bélica. Como es de prever, uno de mis mejores amigos eran don Aníbal, un mutilado de la guerra del Chaco que había instalado en un kiosko, en la calle Perú y Pettrossi, uno de los primeros puestos de revistas, y algo de libros. Hice un acuerdo con él. Yo le llevaba a media mañana una ración de tortilla y pan, y él me permitía leer, sentado en un escalón, el material que yo eligiera. Recuerdo de aquella esquina que realmente era una

de las colinas más altas de Asunción, que desde allí se veía hacia el sur un paisaje inmenso y de transparentes colores que abarcaba el río y más allá la verde sabana del Chaco. El único edificio que se alzaba en este paisaje era la planta alta del Colegio Internacional. En esa misma esquina, también existía una centenaria planta de samuhú, bajo cuya copa frondosa se instalaba con su carrito un heladero y en los meses de verano, cuando el árbol abría sus enormes capullos de blanca seda voladora, éstos se dispersaban con el viento, como impensada nevada bajo el sol ardiente de noviembre, velozmente llevados por el caliente viento norte y transportando la semilla con la cual el viejo samuhú se sembraba a sí mismo. Un poco más allá, la acera frontal, sobre Pettirossi recibía sombra de nudosos ybyrarós, y se abrían negocios que recuerdo vagamente, como uno especial, frente a la residencia de la tradicional familia Taboada, la «Santería» de don Cosme, un señor de edad, alto, arrugado y ceñudo, de expresión permanentemente amarga y malhumorada, que modelaba él mismo, y las pintaba, pequeñas imágenes de Jesucristo, la Virgen y todos los santos y santas del Cielo cristiano. Curiosamente, este señor, perito en la imaginería, que conocía el color de los mantos y túnicas de cada elegido o elegida del Señor, su postura martirizada y su expresión de angustia, sufrimiento o éxtasis, se declaraba ateo. Esta contradicción, ya en las puertas de mi adolescencia, me suscitó profundas y complicadas reflexiones, y todo lo que saqué en limpio fue que si hay personas que viven de su trabajo pero odian su trabajo, lo odian todo, a sí mismos, a su cincel, a sus conocimientos y a sus pinturas, y terminan por odiar al mundo, como lo certificaba su expresión de amargo y permanente enfado, su rechazo a los amigos y a las mujeres (vivía y trabajaba solo) y su dura descortesía con todo el mundo. En ese personaje, después, se inspiró mi hermano Gerardo para escribir su novela «El Santero».

Hoy, en 1999, acaso sobreviva Sixto Durañona, que era «Contador» en los negocios grandes del barrio, y había optado su título en 1938. Vivía muy lejos, en Barrio Jara, pero como trabajaba de mañana y de tarde, buscó donde almorzar y lo encontró en casa, por recomendación de Della Pérez, amiga de mi madre. En la mesa nos hicimos amigos porque compartíamos la misma afición por las novelitas de aventura y las revistas de historietas. Tiempo después, a comienzos de los años ochenta, en el hall del Teatro Municipal donde se acababa de estrenar una obra mía por la Compañía de Ernesto Báez, se me acercó a saludar un señor ya anciano, que reconocí vagamente, pero no sabía de dónde ni de cuándo. Se dio a conocer. Era Sixto Durañona. Lo invité a cenar, no en un restaurant, sino en las catacumbas del teatro, donde el bueno de Coronel, el maquinista, en sociedad con Lambaré, hasta ahora guardián del fantasmal teatro, habían montado un comedero concurrido por toda la bohemia teatral. Me ocurrió lo de siempre. La gente, cuando conoce a un autor, está convencida de que tiene una historia digna de llevarse a las tablas, o a la novela. Matemáticamente, esa historia es la suya. Así que durante la cena, Sixto Durañona me contó la saga de su vida, que al principio no merecía algo más que una cortés atención, pero de a poco me fue interesando porque al fin, era la síntesis de cómo el Tiempo devora a la Vida, de modo que tomé nota y ahora al revisarla, la encuentro digna de este largo anecdotario en el que yo, en cierta manera, soy un poco Sixto Durañona, como él, protagonista de una larga andadura, aunque fuera toda su vida el anodino señor «Etc.» o Etcétera que se ubica al final de las listas de los que merecen ser nombrados. Además, conozco por experiencia, la historia de Sixto puede ser la de muchos hombres de edad avanzada, acaso médicos, ingenieros o abogados que se reconocerán en él, paradigma como es sin saberlo, de que la vejez se define como el tiempo de despedir a los amigos que se van

o de recordar a los que se fueron. La vejez es también un tiempo de aprendizaje, que nunca termina.

Me contaba Sixto que fue Contador de la Promoción 1938. Treinta en total, que durante la era estudiantil integraron un grupo solidario y unido. Finalizada la carrera y al despedirse del Colegio los treinta Contadores hicieron un juramento: cada 30 de octubre, a las nueve de la mañana se encontrarían todos frente al Panteón Nacional y de allí irían a celebrar el aniversario en un bar o restaurant del centro de la ciudad. Durante años fueron fieles al compromiso. Sin embargo, el quinto año consecutivo, sólo aparecieron 27. Uno murió en un accidente, otro se fue al extranjero y un tercero no apareció sin explicación ni excusa. Simplemente se evaporó. La Revolución de 1947 causó un serio golpe al grupo, que se redujo a 16. Conservaba una fotografía tomada en 1956 donde sólo quedaban 12. Pero felizmente esa docena de «sobrevivientes» de la promoción se mantuvo unida y sin ausencias hasta 1962, en que se redujo a 11, por el fallecimiento de uno de ellos. En 1974 el grupo se había reducido a 5. Y por fin, Sixto llega al episodio que es el desolado epílogo de su historia. Era el 30 de octubre de 1979, a las 8 de la mañana. Un hombre de paso ya inseguro por los años y encorvado -Sixto Durañona- concurrió puntualmente a la cita. Miró a uno y otro lado y nadie aparecía. Trató de consolarse pensando que «claro, la vejez nos vuelve a todos perezosos e impuntuales, pero alguien vendrá». El reloj marcó las 8.30, las 9, las 9.30 y nadie concurría a la cita. A las 10 de la mañana, Sixto no tuvo más remedio que convencerse: había quedado solo. Aquel grupo bullicioso, juvenil de 1938 ya no era sino una caravana de fantasmas, una suma de recuerdos arrastrados hacia el olvido por un desfile de almas exiliadas. Ya no eran amigos, sino memoria de los amigos. Ya no eran hombres con quienes elevar una copa y brindar, sino lápidas grabadas en el mármol de la consumación de todo. Caminó por las calles y sus pasos le condujeron a las puertas del antiguo restaurant alemán de la calle Eligio Ayala bajo cuyas añosas palmeras brindaron en grupo por el ayer, hermoso, por los ya ausentes y por la buena fortuna de los presentes. Pidió un chopp que se lo trajeron. Un chopp tamaño «imperial», color oro líquido, helado y con una espuma blanca, de copo de nieve. Contempló su vaso. Lo elevó brindando por los fantasmas del pasado y murmuró «Salud, muchachos» conteniendo una sonrisa amarga por lo delirante de desear salud a los muertos. Y bebió todo, de una vez.

Sixto Durañona, es obvio, tampoco ya estará, y como es de rigor en tanta gente anónima, sólo queda de él este episodio que forma parte del desvaído folklore de la existencia humana. Y del mío.

## Veintiuno

En la misma época ya estaban apareciendo más diarios. A la decana La Tribuna se sumaban El Orden, El País, El Tiempo, El Diario, El Paraguay y otros. Tenían secciones que revelaban el espíritu todavía aldeano de la ciudad, como la denominada «Registro Civil». Allí, diariamente se anotaba la crónica familiar de la comunidad. «Defunciones 10, Mujeres 6, Varones 4. Casamientos. Fulano de tal con Mengana de cual, y seguía la lista de las uniones nupciales, cinco o seis por día. Pero la que más interesaba era la columna de «Diligencias Previas», es decir, parejas que hacían gestiones para casarse, y se publicaban



los nombres de los futuros casados, a manera, aunque no con el mismo fin, de las admoniciones eclesiales y para reconocimiento de la curiosidad social, y no pocas, para desencadenar un escándalo de novias engañadas y de familias frustradas por la inesperada deserción y traición de un novio que ya parecía asegurado para la «nena» y tomaba otros rumbos inesperados.

Ya entonces, la malsana curiosidad social, maliciosa a veces por el regodeo que produce la desgracia ajena, encontraba su respuesta en las publicaciones en los periódicos de los «remates judiciales», que si no eran realizadas por don Miguel Masi, lo eran por su contendor, don Enrique de Jérica. Una humillante descripción de bienes a rematarse, desde los inmuebles hasta menajes de cocina, el mueblerío íntimo de los dormitorios y el presuntuoso mobiliario de las salas, con sus cuadros y hasta pianos, eran minuciosamente descritas y publicadas como los restos de un naufragio familiar por vía judicial.

En la columna de Sociales también se publicaban noticias que hoy causarían curiosidad y gracia. Por entonces, la gente tenía una extraña manía de convertir sus dolencias en noticia de Sociedad. «Enfermos. Guarda cama en su domicilio, aquejada de una enfermedad, la señora Patrocinia Ortiz de Cabrera. Amigos y parientes concurren a ofrecer solidaridad a la ilustre dama, a quien deseamos pronto restablecimiento». En la columna especial de «Viajeros», consignaban que «en el vapor de la carrera, se trasladó a Buenos Aires, el caballero don Atanasio Gutiérrez, en misión de estudios, siendo despedido en el Puerto de la capital por familiares y amigos» o, informaciones que hoy parecen chiste como que «En el tren de la víspera, partió en viaje de descanso a Estación Patiño y San Bernardino, la familia de Florindo Martínez con sus hijos menores Flavio, Raúl, Julio y Norma, a quienes deseamos felices vacaciones».

En esa misma esquina de Perú y Pettirossi, se instaló también la terminal de una nueva línea de ómnibus, la primera de carácter empresarial, pionera, porque hasta entonces, las líneas de ómnibus estaban servidas por vehículos de propiedad personal de cada uno de sus conductores. La nueva línea pertenecía a la S.A.P.T. (Sociedad Anónima Paraguaya de Transportes) y como tenía pintada en las carrocerías las siglas de SAPT, y eran pequeños, panzudos y amarillos, la gente los bautizó «sapitos». Fueron los primeros ómnibus modernos, todo metálicos, fabricados en los Estados Unidos, con sus asientos tapizados en cuero, y sobre robustos chasis de camiones International Harvester. Partían de Perú y Pettirossi, iban al centro y volvían al punto de partida, y fueron también los primeros que expedían boletos a los pasajeros y que no permitían que nadie viajara de pie. Estos primeros ómnibus realmente modernos, tuvieron su antecesor un par de años atrás, en un monstruoso y enorme ómnibus lujoso y de manufactura americana también, con un humeante motor diesel, que intentó cubrir el itinerario entre Asunción y Zavala Cué. Pesado y lento, el ómnibus aquel, pomposamente bautizado «Normandía» por el transatlántico de moda entonces, no soportó las durezas inmisericordes del empedrado asunceno, y padecía de tantos desperfectos en pleno servicio, que el vulgo defraudado rebautizó al vehículo, que del pretencioso «Normandía», se redujo al peyorativo «Tembey», nombre de aquel astroso barco que hiciera el primer y catastrófico tour fluvial a Buenos Aires.

Los «Sapitos» a su vez, antecedieron a lo que vendrían años después, los famosos «Merceditas», ómnibus Mercedes Benz carrozados en Alemania, que prestaron heroicos

servicios sobre los ya entonces aborrecidos empedrados de Asunción. Más tarde, Asunción se regocijó por la importación de una flota de ómnibus Berliet, franceses. Fue en su tiempo un escándalo con visos de estafa financiera. Los ómnibus se caían a pedazos, y alguien (si no me equivoco, el Estado o la Municipalidad) tuvo que pagar cuantiosa suma a algún avisado importador, por aquella flota de chatarra. Pero esa es otra historia de las que en este libro, apenas sirven de marco de referencia temporal y existencial para el protagonista del mismo, yo.

Ya me había tocado la adolescencia. Ya había ingresado al primer curso del Colegio Nacional, exactamente en 1940, cuando enseñaba castellano don Gustavo Lezcano y su hermana Aída, de la dinastía de los profesores Lezcano que enseñaron a generaciones de paraguayos a leer y escribir correctamente. Y latín el venerable pa-i Velloso, que cuando tomaba el examen y susurraba al final un «vete con Dios, hijo mío» significaba un seguro aplazamiento, y también, para el latín, el irascible profesor alemán «Mr. Teichman», y dibujo don Jaime Bestard, y matemáticas el profesor Doutrelpau, y francés Monsieur «De Vilé», en rigor de Vilaire; y otras asignaturas con otros profesores que hacían de la cátedra un altar de la excelencia, como el inolvidable profesor Alfonso B. Campos, pequeñito y vivaz como un gamo siempre joven, su traje negro, sus zapatos «enterizos» de militar, y su fanatismo por la moral, la ética y la perfección en los más mínimos detalles de la vida. Poco durarían mis años de estudiante secundario, incapaz como era de asumir enseñanzas reglamentadas y distraído como era en las clases, que hicieron que fueron vanos los intentos, porque nunca pasé del tercer curso ni en el Colegio Nacional, ni en la Escuela de Comercio, ni en la Escuela Militar y ya que en tren de confesión entramos, en compensación a esta ignorancia académica-pedagógica, afirmo que más aprendí de los libros leídos desordenada y vorazmente que de los voluntariosos y exigentes profesores de antaño. En mi adolescencia y juventud era reacio a toda disciplina, salvo a la que me imponía a mí mismo.

Felizmente, a uno de los excelentes profesores que desperdiicé, el profesor Gustavo Lezcano, le debo la experiencia de que para escribir, bien o mal, hay que concurrir con denuedo a la escritura ajena. Y el profesor tenía un método que creo valioso. Nos hacía aprender de memoria, trozos escogidos de literatura española.

Hasta puedo recitar «Íbamos por el herradero de novillos. El patio empedrado, sombrío bajo el inmenso y ardiente cielo azul de la tardecita, vibraba sonoro el relinchar de los caballos pujantes, del reír fresco de las mujeres, de los afilados ladridos de los perros. Platero, en un rincón se impacientaba». El texto es de Juan Ramón Giménez. La exigencia del profesor obedecía a su creencia de que el idioma existe como algo concreto, pero el «buen decir» es el producto de una elaboración excelsa. Enseñaba el maestro que la buena prosa castellana tiene musicalidad, un ritmo cadencioso, casi mágico, como estaban presentes en el texto en el breve trozo que memorizábamos, cuidando la modulación, el acento y las pausas de la puntuación, hasta percibir que el idioma «cantaba» en cierto sentido. Sólo mucho tiempo después descubrimos el motivo de la condición de leer en voz alta y memorizar palabras y ritmos, que no es otra cosa que fijar en la memoria la «música de la prosa», es decir, la cadencia armoniosa de las palabras bien elaboradas y combinadas con sabiduría y gentilmente insertadas en el contexto de una frase o de un pensamiento. La cuestión no resulta muy difícil, sino más bien elemental, porque la memoria moviliza el

mismo mecanismo que utiliza para saturarnos de las melodías «pegadizas» como las que casi inconscientemente silbamos o canturreamos mientras nos afeitamos o conducimos el automóvil. La prosa bien escrita tiene también esa misma condición de alimentar a la memoria de sonoridades amables que asoman espontáneas, cuando a nuestra vez, acometemos el difícil compromiso de escribir.

## Veintidós

Ya en edad de trabajar, por entonces, trabajé como «ayudante de camión» que era algo así como auxiliar contable que acompañaba al chófer y hacía el papeleo de las entregas y recepciones de las mercaderías. Tuve en tal oficio, la ocasión de palpar, oler y empaparme del ambiente de los grandes comercios de aquellos tiempos, adustos, serios, organizados, en el que se imponía un clima señorial, porque en esos negocios «al por mayor y menor» había como cierta nobleza antigua, acaso porque en aquellos tiempos los grandes negocios tuvieran linaje, tradiciones y sobre todo, un toque de austeridad que el contrabando, ni el agio ni la especulación ni la «contabilidad negra» aún no habían mancillado.

Recuerdo las estanterías ordenadas de oscura madera. Largos mostradores añosos y macizos, la clientela atendida con cortesía, sin prisas ni voces destempladas. A un costado, la «Entrada de Vehículos» para los recién llegados camiones de carga o para los pesados carros de cinco mulas, estrecha, pero que se ampliaba en el patio de cargas empedrado, con su humedad de boñiga y de barro, al que se abrían las puertas de los depósitos con inmensas «estibas» de bolsas de diversos productos, papas aún cubiertas de tierra negra que deformaban los sacos, cebollas que emanaban leve impronta de madurez, maíz, arroz, aquellas macizas bolsas de Yerba Ley de Segundo Ibarra, con sus setenta kilos de yerba que eran el desafío al machismo de los peones «hombreadores» o portadores de carga al hombro; cajones de lavar de olor ácido, apretados fardos de tabaco o de alfalfa, y en estantes de madera, puntillosamente limpios, grandes tortas de «queso de rallar» de pura procedencia italiana y legítima leche de cabra con sus gruesas cubiertas de protección negras a veces, marrones otras. Y vinos en polvorientas botellas o en panzudas damajuanas acorazadas en mimbre tejido y hasta en toneles de mágicas maderas que, entonces ya tenían la proceridad del tiempo. En secciones apartadas, las bebidas finas importadas, con sus desmañadas estampillas de «impuestos internos» pagos pegadas sobre los corchos refinados, y generalmente, en un rincón, una gran barrica llena de sal, y en la sal, así como vinieran de algún lejano país nórdico, las tiras de bacalao seco.

Conservas de tomate en latas, de marca y leyenda italianas, sardinas, aceites de oliva en plateados envases de verde metal y floridos logotipos. Un mundo pródigo, austero, ordenado, limpio, con una variedad de mercancías que exhalaban en conjunto un olor especial que la memoria retiene. Un olor mezcla de olores, desde la cebolla claudicante a la papa que empezaba a reventar retoños en la humedad de las bolsas. Y entre ellos, el de la alfalfa con su reminiscencia de hierba cortada bajo el rocío, y el del tabaco que picaba la nariz, y el de los cajones de jabón que mezclaban las esencias de la madera y la arremetida de la grasa y la lejía. Polvo desprendido de damajuanas, botellas y barricas, flotante y danzarán a la luz del sol atrapada por las claraboyas, con su aroma sugerente de resabios de

oscuras bodegas, europeas, como aderezando el perceptible aliento de madurez exhalando de las bolsas de loco, de porotos, que a su vez no podían imponerse al fuerte perfume del café que sobrevolaba sobre todos las sensaciones capturadas por el olfato, hasta sobre la yerba que oponía su invencible presencia de monte salvaje rendido a machetazo y fuego.

Sobre una sólida plataforma cercana a la entrada principal de los depósitos, la hercúlea, puritana y exacta báscula, con su gran brazo miligramado con trazos firmes sobre la dura regla de pulido bronce. La balanza, su hermana menor, símbolo de la honestidad comercial, jamás admitía un gramo de menos ni de más, pesándolo todo con su elegante platillo colgante, sus pesas y contrapesas con su cuño de pureza marcado en el hierro, inviolable a toda maña, severa ante todo error.

De los depósitos íbamos a los escritorios con sus grandes pupitres que tenían exactas perforaciones en la parte superior, para el tintero, y «cunas» talladas en el madero para las lapiceras, y el lugar exacto para el curvado «papel secante». El tablero, inclinado a la altura suficiente para que los «tenedores de libros», con camisa y corbata y una visera verde protectora sobre los ojos porque recibían luz de un alto ventanal, trabajaran cómodos, sentados en su alto taburete, parecidos a monjes amanuenses de viejos monasterios. Sobre aquellos pupitres, que eran varios vigilados por el todopoderoso señor Contador desde su atalaya, los grandes libros Diario, Contabilidad, Teneduría e Inventario. Enormes, de durísima tapa, pesados, monumentales, honestos libros de un registro riguroso, certero, veraz, sin trampas, sin ocultaciones, imposible, porque todo estaba escrito con cuidadosa caligrafía, sin consentirse jamás el pecado inexcusable de un borrón, una corrección, una enmienda, todo, con tanta limpidez comercial que el mismo Señor Jesucristo, si fuera Inspector de Hacienda, saldría satisfecho.

Sobre una mesa robusta, la prensa de copiar documentos, dos planchas de hierro pulido y obediente a una manija que operaba un mecanismo atornillado en espiral. Y a su lado, el trapo de mojar y la provisión de lápiz-tinta en que se escribían los documentos que someter a la copia. Y por fin, para la correspondencia, la máquina de escribir «de escritorio» Royal, o quizás Underwood, Smith Corona o Remington.

En la Gerencia, dos grandes mesas de escritorio de madera elaborada con adusta artesanía y con leves esbozos de escultura en cada esquina. Cada cajón con su llave, y con llave también los armarios-archivos adosados a la pared. Las dos mesas con su sillón giratorio y en una esquina de la oficina, una alta percha de numerosos brazos que ofrecían soporte al saco, el sombrero, al «perramus» o al paraguas, para el cual, el perchero sostenía un disco con perforaciones. En la otra, el ostentoso reloj de pie, con la esfera marcada con números elegantes y trabajados, con su péndulo dorado oscilando detrás de los cristales y su carillón que contaba con sonoridad discreta las horas, las medias y los cuartos, con la solemnidad del bronce en un templo.

Así de austero, linajudo, era aquel negocio hoy memorizado fielmente, posiblemente poetizado por la imaginación a caballo de la nostalgia, pero en esencia, así, comercio ennoblecido por la calidad humana de los hombres y por la transparente, decorosa personalidad del comerciante.

Como él, otras empresas comerciales parecidas funcionaban en Asunción de la década de los años cuarenta, y es imposible resistirse a dejar en letra impresa el recuerdo que se va borrando de la memoria de la ciudad, o pronto empezará a borrarse. Al correr de la pluma, memoramos:

Etchegaray y Díaz de Espada S.A., en Montevideo entre Presidente Franco y Palma, Casa Módiga: en Ayolas entre Presidente Franco y Palma; Francisco Borrel, en Colón casi General Díaz; Lorenzo Manzoni, en Presidente Franco y Montevideo; Casa Saceo, en Montevideo y Buenos Aires (hoy Paraguayo Independiente). La siempre rumorosa Casa Viola, en Montevideo y Playa (a metros del embarcadero de la «Playa Montevideo») con su bulliciosa clientela de navegantes y mercachifles fluviales y con su competencia cerca, la Casa Casola. El Almacén y Panadería Carioca, en 14 de Julio y O'Leary; Casa Pappalardo, en Iturbe y Caballero; La Palmera S.A. en Montevideo y Benjamín Constant.

Ha de recordarse el linaje de los Cuevas, Justo Cuevas, primero en 25 de Mayo casi Yegros, y después en Colón entre Palma y Estrella; Cuevas Hermanos, en Coronel Bogado y Tacuary; Rogelio Cuevas, en Iturbe y Teniente Fariña: Carrillo y León, en Teniente Fariña y Estados Unidos, Amadeo Buongermi, en Eusebio Ayala y Bruno Guggiari; Cazenave Hermanos, en Luis Alberto de Herrera entre Estados Unidos y Brasil: Casa Marimón, en Nuestra Señora de la Asunción y Piribebuy; Adorno y Espínola, en Estados Unidos y 25 de Mayo.; Silvio A. Fiore, en Eligio Ayala y Antequera; el Almacén de Pepito Camps, hasta hoy abierto en Teniente Fariña y Brasil: don Miguel Vera, ilustre comerciante en México y Aquidabán; don Andrés González, del ramo «al por mayor», dueño de enormes depósitos en las cercanías de Dos Bocas, y de quien se decía era hermano de Natalicio González.

Grandes comerciantes de la vieja escuela de la Asunción de antes, que los tiene grabados en las crónicas de sus días sin polución del agua, ni del suelo, ni del espíritu, ni de la moral.

## Veintitrés

En el aspecto menos austero de aquella época de inicio de los años cuarenta, cada vez que podía me escapaba al centro de la ciudad. Me gustaba la música, y la tenía servida en orquesta, de mañana o de tarde, en el Bar Vila, si mal no recuerdo, en Montevideo o Convención, casi Palma. Muy joven o con nada de dinero para entrar, miraba y escuchaba con «la ñata contra el vidrio» como dice el tango, y era mi preferida la «Orquesta Bolia» que allí tocaba, y de tangos, valsos y uno que otro «pasodoble» era su repertorio. Con ella, la música se mezcló por primera vez con el deporte, cuando el director de la orquesta compuso y tocó el tango «Olimpia». «Soy del Olimpia, campeón de campeones con sus once leones, cansados de ganar...» Sin perder tiempo, el eterno rival, Cerro Porteño, para marcar la diferencia entre lo distinguido y lo popular, convocó a Herminio Giménez que produjo una polka, «Irala el Gran Presidente que con su ejemplo así enseñó...». Olimpia

replicó después con varias polkas, una de las mejores con letra de Cayo Frutos Pane que las malas lenguas atribuyeron a su hermano Manuel, quien años después crearía con Juan Carlos Moreno González una sucesión de zarzuelas paraguayas, inolvidables como los hoyuelos y la voz de Kikina Zarza y la planta varonil de Óscar Aguayo. También el Bar La Bolsa, en la misma esquina en que hoy está el «Bolsi», disponía de orquesta. Y llamativamente, en ambos bares asistía una bohemia asuncena mañanera, caballeros que vivían de renta, que faltaban al trabajo o no tenían trabajo y no se preocupaban mucho, periodistas, poetas, escritores y deportistas, que cuando no estaban en el Bar Vila o La Bolsa, podía estar en el Felsina tomando café y jugando al billar, holgando en el Bar Tokio y esperando la noche para ir a cenar en el «Rubio», sobre la calle Colón, cuyo plato principal era su famoso «a caballo», un enorme bife de lomo con tres o cuatro huevos fritos sobre cubierta, un verdadero ataque masivo de colesterol que llevó a mejor vida a muchos bohemios valiosos, como el famoso periodista Sindulfo Martínez, que escribía sus crónicas deportivas con prosa poética y rigor académico.

Fue también para mí aquella pos adolescencia, tiempo de postergar estudios y de leer con gozo inolvidables novelas. «Crimen y Castigo» de Dostoievsky, me deslumbró y la considero hasta hoy el más profundo y perfecto estudio de la condición humana. «Cuán Verde Era mi Valle», «La Historia de San Michele», «Los Miserables», «El Vizconde de Bragelonne», «Los últimos Días de Pompeya», «La Guerra y la Paz» «Ben Hur», una novela estremecedora del único premio Nobel noruego, Knut Hamnsun, titulada «Hambre» y cuantos más ricos novelones me fueron nutriendo de sueños, aventuras, fantasías e historia. Leí toda la producción de Charles Dickens con voracidad, especialmente una novela titulada «Los Grillos del Hogar». Recién hoy, cuando en plena vejez me regodeo releiendo aquellas primicias de adolescencia, advierto que Dickens fue el que mejor testimonio diera del cambio en la humanidad. En efecto, instala sus novelas, en la época en que al mismo tiempo se inventa el motor a vapor un poco más que a mediados del siglo pasado y comienzos de este que termina, y los telares mecánicos. Es el inicio de la Revolución Industrial con el mismo ímpetu renovador en que hoy comienza la Revolución Informática. Con la Revolución Industrial aparecía una nueva forma de explotación del hombre, de la mujer en los talleres, de los niños en los fragorosos sótanos de las grandes fábricas. Nadie mejor que Dickens retrata esa época en que aparece una nueva clase destinada a pesar en la historia de la humanidad, el proletariado industrial.

Otras lecturas no faltaban, porque en la impensada aún carrera de autodidacta, leía cuanto texto de historia, geografía o de literatura caía en mis manos. Por algún tiempo tuve acceso libre a la biblioteca de un abogado vecino, cuyo nombre me reservo por respeto a su memoria, tiempo en que leía tratados de Derecho, de Economía y Sociología. Obras sobre Criminalística y Balística, de las cuales nacieron la pasión que me dura hasta hoy por las novelas policiales, las buenas como las de Conan Doyle, William Iris, Ross Mc Donald y otros que priorizan la investigación deductiva. No es casualidad que mis dos libros favoritos, «Crimen y Castigo», de Fedor Dostoievsky y «El Nombre de la Rosa», de Humberto Eco, son grandes novelas policiales. Había accedido así a cuantos libros tenía mi vecino en su enorme biblioteca. Lástima que este idilio con los libros llegó a su fin al cabo de dos años, porque intuí que el idilio con los libros debía incluir ya no más, otro idilio antinatura con el propietario. Menos mal que había aprendido a leer «con la vista» y en forma rápida, y mi cosecha fue pródiga mientras duró. Y me acostumbró para toda la vida a

aprovechar los momentos de ocio, para leer cuanto estaba a mi alcance, con una obsesión casi enfermiza.

#### Veinticuatro

En 1945 termina la II Guerra Mundial, y las potencias occidentales victoriosas terminan su romance con los regímenes fuertes de América del Sur. Exigen democratización y el Paraguay no escapa a esta exigencia. Se inaugura lo que después se llamara la «Época de la Libertad». Todos los partidos políticos son libres y legítimos, incluido el partido Comunista, con sus partidarios orgullosos de la participación del bonachón «Tío Pepe» como la propaganda aliada bautizó a Stalin cuando el Ejército Rojo trituraba a Alemania. Después, con la Guerra Fría cambiaría la historia, y el tío Pepe sería el carnicero que amenazaba al mundo. Pero entretanto, florecía la «Época de la Libertad» en Asunción, con sus calles atoradas de manifestaciones populares, sus plazas donde se sucedían mítines colorados, liberales, febreristas, comunistas, y se acuñaba una nueva forma de calificar a los oradores más castizos, profundos y sonoros: «picos de oro».

La vida social era intensa, especialmente para los jóvenes que íbamos saliendo de la adolescencia. Se instalaban y transmitían nuevas emisoras de radio con programas exclusivamente musicales y alguna media hora dedicada a las noticias. Pero se escuchaba radio para escuchar música. Los temas de moda eran los boleros como Nosotros, Ansiedad, Vereda Tropical, y los tangos como Malena, la que cantaba el tango como ninguna, Caminito, Grisel, Cuartito Azul y aquello de «en un viejo almacén del paseo Colón». La cuota de humor la ponía un caimán de letra pícaro que se iba para Barranquilla, en tanto que la Guerra Mundial había popularizado una canción que al principio -dicen- la cantaban sólo las tropas alemanas, los ingleses la oyeron detrás de las trincheras y la tradujeron, como lo hicieron los franceses y los italianos: Lili Marlene, con el universal tema de la novia que en las puertas del cuartel despedía al soldado que se marchaba a combatir. Por su parte, la música popular idiota, que en menos proporción ya existía entonces, se hacía presente con un ritmo «tropical» que hacía furor en los bailes y decía que «Santa Marta tiene tren pero no tiene tranvía»... y que «Cartagena tiene mar pero no tiene montaña». El noticioso más escuchado era el del mediodía y se titulaba «El Reporter Esso». Radio Cáritas, emisora católica que se había inaugurado en 1939, no emitía tangos ni boleros por sus letras pecaminosas, pero en cambio, tenía programas de vales vieneses y música clásica que iniciaron la tradición cultural de la emisora inaugurada por el inolvidable pa-i Lavorel, hasta nuestros días. En el cine, las parejas que más suspiros provocaban eran la de Jorge Negrete y Gloria Marín, la de Robert Taylor y Greta Garbo, y había una infinidad de películas de propaganda bélica norteamericana, en las que bellos jovencitos rubios que bailaban bugui-bugui en los pueblecitos de tarjeta postal de los Estados Unidos, vestían los uniformes y se marchaban a matar como moscas a japoneses y alemanes, o soñaban en las trincheras con el hogar lejano, contemplando una fotografía de Betty Grable en traje de baño. Mickey Rooney, hoy un anciano enano adiposo y con una nariz de alcohólico irredento, era el jovencito modelo de la retaguardia, que ayudaba al «esfuerzo de guerra» bailando con Judy Garland, una encantadora jovencita entonces.

Los sábados se bailaba mucho, con mucha orquesta y sin ningún altavoz, que fue una novedad posterior, invento diabólico. Músicos jóvenes aparecieron para revolucionar todo, con sus orquestas generalizadamente llamadas «características» que tocaban jazz y ritmos tropicales, y hacían su agosto en Carnaval, cuando después de los floridos corsos en la calle Palma, la juventud iba a bailar al Mbiguá, al Sajonia, al San Antonio o al Martín Pescador, u organizaban «bailes de mamarracho» en las casas de familia, y en las cuales, llevaban las palmas los disfraces más disparatados.

La llegada de la primavera era una celebración especial para la juventud de entonces. Desde mucho antes del 21 de setiembre, chicas y muchachos vivían la angustia de prepararse para el gran día. Ellos, con el inexcusable compromiso de estrenar el nuevo traje blanco, de casi proletario brin, o del más refinado «brin de hilo» o del ostentoso tussor de seda, con el «pantalón bombilla» y la bragueta hasta el ombligo, más o menos: el saco hasta cerca de la rodilla y la camisa con el cuello duro, almidonado hasta adquirir la dureza cercana a la del hierro. En aquel tiempo el muchacho de pequeño burgués para arriba que no estrenaba un traje blanco en primavera, era poco menos que un leproso social, y un excluido total del interés femenino.

Las mismas angustias vivían las chicas con respecto al vestido para la «fiesta de primavera», con el agregado de que si tal vestido no estaba acompañado de un zapato con «plataforma» de corcho, altísimo y capaz de dejar más de un gracioso tobillo femenino seriamente lastimado, no valía la pena.

Lo que más amables recuerdos suscitan son los bailes del Mbiguá. Primero, el romántico cruce de la bahía en asmáticas lanchas, o los impacientes en botes de remos, y luego, un ya desaparecido, alto tablado de madera que cuando los bailarines en multitud llevaban al unísono el mismo compás, se sacudía también en su estructura, como el latido de un corazón enorme, el corazón de la primavera que saludaba a las lindas chicas de entonces, hoy melancólicas abuelas que sentadas en sus mecedoras en penumbrosas salas, atisban por los balcones entreabiertos el paso de la vida que ya las dejó de lado. O recordando con un rescatado rubor, las escapadas desde el tablado hacia la oscura playa arenosa donde más de una virgen dejó de serlo.

En el curso de la mencionada «Época de la Libertad» regresaron del exilio los líderes más prominentes y los dirigentes civiles de mayor prestigio. El Coronel Rafael Franco, héroe de la guerra del Chaco y fundador del partido Febrerista, que tenía entonces gran poderío popular y un casi exclusivo monopolio del estudiantado secundario y universitario, fue recibido en el Puerto, por una bulliciosa muchedumbre que lo acompañó desde el mismo barco, en marcha triunfal, hasta el Panteón Nacional de los Héroes, un monumento por decenios abandonado, y que él restauró durante su breve Gobierno en la década del treinta. La marcha por la calle Palma fue apoteósica, y las fiestas de bienvenida se sucedieron, la principal, en la «Terraza Granados», adyacente al cine del mismo nombre, en Estrella y 25 de Mayo.

Muy distinto, y amargo, fue el regreso del Dr. José P. Guggiari, a quien se atribuía, creo yo como maniobra política que como verdad histórica, la matanza de jóvenes estudiantes frente al Palacio, cuando el 23 de Octubre de 1931 llegó allí una manifestación de jóvenes



que exigía que el país se movilizara, armara y respondiera al avance militar boliviano en el territorio del Chaco, y una ametralladora disparada desde el edificio sembró la muerte entre los manifestantes. Quizás fue en ese episodio que la propaganda, en su forma moderna, apareció en el Paraguay para destruir la imagen de un hombre. «Josepé» era para el vulgo sinónimo de carnicero y asesino de jóvenes, y a la leyenda negra, como si fuera poca, se aditaron detalles macabros, como que durante su presidencia su esposa padecía de una enfermedad misteriosa que sólo se curaba con sangre de niños, rumor perverso que desencadenó una sicosis maternal de espanto y de cautela, y los niños eran recogidos a la seguridad de las casas, apenas caía la noche.

Con tales antecedentes que databan de la década de los años treinta, se produjo el regreso del Dr. José P. Guggiari en la de los años cuarenta, en pleno florecimiento de la «Época de la Libertad». Fue todo lo contrario a lo sucedido con el Coronel Franco. Se intentó repetir y hasta superar el evento del febrerismo. Pero todo fue un desastre. Apenas asomado el cortejo en la calle Palma, empezó la agresión de la multitud. Como era el mes de agosto y toda Asunción estaba arbolada de apepúes, (naranjos agrios de grande, dura y maciza fruta), las frutas -disponibles a miles por las calles- sirvieron de proyectiles para frenar la marcha de la caravana hacia el Panteón Nacional. Sin embargo, el cortejo, de hombres empapados y bañados en jugos y pulpas, siguió adelante soportando el nutrido bombardeo frutal. Cuando estaba a dos cuadras del monumento y parecía que llegaría a destino a pesar de todo, los proyectiles cambiaron porque de inofensivos aunque dolorosos y rotundos apepúes se volvieron de armas de fuego. Habían sonado, ominosos, algunos disparos de fusil y se oían las balas silbar sobre la muchedumbre. Entonces fue la desbandada, y el Dr. Guggiari tuvo que ir a refugiarse en una residencia particular, hasta donde siguió el acoso, con lo que el buen señor decidió embarcarse y partir de nuevo al exilio para no volver jamás.

Un hecho llamativo, es que esos mismos apepúes que frustraron el regreso de un político de fuste, habían sido plantados años antes en las aceras de Asunción, por un sobrino suyo, Bruno Guggiari, si la memoria no me traiciona, considerado como uno de los mejores Intendentes que tuviera nuestra ciudad Capital, creador, entre otras cosas, del Barrio Obrero, extensas manzanas en las que realmente se asentaron auténticos proletarios, Sobre aquel desgraciado repúblico, Dr. José P. Guggiari, se abatió el folklórico vicio nacional de satanizar lo que nos repele y santificar lo que nos halaga. Francia, el Mariscal, Madama Lynch, Benigno Ferreira, Natalicio González y hasta Stroessner, conocen de eso.

El acontecimiento aquel, fue una de las pocas mancillas de la «Época de la Libertad», y castigó de tan cruel manera, a un hombre ilustre a quien la Historia, aunque no el pueblo raso, reivindicó en su inocencia.

Veinticinco

No soy historiador, y de lo poco político que fui no queda nada, porque la desilusión me ha purificado hasta de la última costra en estos tiempos en que descubrí que las más bellas e idealistas ideologías parecen ahogadas con el avance del partidismo descarnado,

angurriente de poder, y sobre todo, ordinario, sin señorío y perverso. La moral ha sido desterrada y la convivencia pacífica una ilusión de líricos. La víctima de hoy es el verdugo de mañana, y en el descenso hacia lo tribal van desapareciendo valores y los principios se sacrifican en el altar de las ambiciones, el sentido de nación va desapareciendo, y el pueblo no es sino una palanca deshumanizada del poder que ayuda a conquistar sólo para caer en la servidumbre de él. Sin la profundidad del historiador ni el prisma del político, visualizo aquella «Época de la Libertad» que fue breve pero realmente primaveral, en todo su fugaz esplendor cívico y con un pueblo desprevenido por la desgracia que estallaría el 7 de marzo de 1947.

La «Época de la Libertad» que se recuerda, al final, sólo fue un corto interludio en una extraña predestinación que pesa sobre el pueblo paraguayo, a lo largo de su historia, hasta hoy, de vivir en división y encono. A la hora del conflicto, siempre fueron más numerosos los halcones que las palomas. Desde la atalaya de mi más de siete décadas de vida, concluyo con cierta tristeza que los paraguayos somos maniqueos de nacimiento, necesitamos del conflicto para vivir, alimento y adicción tóxica a la vez para el sustento y los dolores de la energía nacional. Toda nuestra historia es una sucesión interminable de conflictos internos, el dictador Francia y sus enemigos, porteñistas e independentistas; López y antilopiztas, nacionalistas y legionarios; colorados y liberales y dentro de ellos innumerables hostilidades, sangrientas tantas veces, «saco pucú» y «saco mbyky», eleccionistas y abstencionistas, guiones y demócratas, militantes y tradicionalistas. En los pueblos del interior, las carreras de caballos y las riñas de gallos tenían sus bandos sedientos de violencia, y hasta en las fiestas patronales los «bailes de primera» dividían a los que por su condición económica y social debían contentarse con los «bailes de segunda». El conflicto, el choque, la impertinencia, la arbitrariedad y la intolerancia, la polémica y el debate bizantinos erizan nuestra historia, mancillan el patriotismo, enajenan el pensamiento lúcido y exilian los ideales de solidaridad, al mismo tiempo, y esto es lo más trágico, que cuando no trababan la libertad y el vuelo de las plumas ilustres que sí tuvimos, las condenaban a la servidumbre a rendir a los salvadores de sable y cañón.

Así como en el mundo se creía que la II Guerra era para el fin de todas las guerras, en el Paraguay de 1945 también se creía que con la libertad vendría el fin de todas las desgracias. Mientras duró la ilusión, hubo holgura de espíritu, se veía horizontes claros, la gente común creyó en la competencia de caballeros, en la validez de todas las confesiones, en la iluminación de la inteligencia sobre la brutalidad de la fuerza, y en la moral presidiendo los ardientes pero pacíficos conflictos de ideas, de ideologías y de banderas. Por un tiempo, no hubo elegidos ni réprobos, discriminados ni favoritos. El país se oxigenó, las calles eran más concurridas, vivas y bullentes. Se multiplicaban las fiestas, no había música prohibida ni polka partidaria que no bailaran todos.

Concurrir a los mítines en la Plaza de la Libertad, que era aquella que Filizzola convirtió en una gran losa de cemento, era una fiesta, un paseo de parejas jóvenes, una oportunidad de airear el espíritu para los más viejos, y una atracción para los jóvenes ansiosos de ideas nuevas a caballo de pulidas, encendidas oratorias. Aunque parezca mentira hoy, la concurrencia era mayor en los mítines del partido Comunista, porque «iba a hablar Óscar Creydt», de palabra galana, discurso cautivante, frases de sonoridad estremecedora.

Pero cuando el poder era de todos, aparecieron, ominosas, las luchas por su monopolio, «como si las serpientes del mal despertaran de una corta hibernación y empezaran a asomar sus cabezas malignas», se escribiría después, y así como por un tiempo la libertad cautivó a todos, la ambición del mando, del protagonismo y del liderazgo partidario comenzaron a enajenar, a embanderar, a dividir y enconar. Los discursos perdieron sus flores de tolerancia y participación y sólo quedaron las espinas de la hostilidad. La asamblea del pueblo se dispersó y se soltó una carrera enloquecida. De pronto, regresó el viejo país de los mandos y los mandados y se movilizaron los candidatos a mandones. Cuando estoy escribiendo estas líneas, hoy 20 de julio de 1999, percibo las mismas tensiones que en aquellas vísperas amargas de 1947, con algunas diferencias. Entonces, los bandos estaban bien delineados e identificados y tenían líderes reconocibles por su calidad humana, su bandera y su riqueza intelectual, cada uno con su verdad, su pasión torcida o sana y sus fines a la vista. Hoy, las verdades se pierden en la confusión, las viejas banderas se prostituyen, las mentiras mimetizan intereses, las causas están al servicio de los hombres y no al revés, los mediocres y aventureros trepan sobre montañas de principios muertos, los mártires no han buscado la muerte, sino la muerte a ellos, desprevenidos e inocentes, y la gente que necesita creer para justificar sacrificios y luchas no tiene nada válido en qué ni en quién creer. Por cierto, en el 47 la libertad se mancilló con intrigas, alianzas anudadas en la mañana y rotas en la noche. Conspiraciones y cabildeos volvían peligrosas las noches y tensos los días. Los caudillos y las masas enardecidas proclamaban a qué bandera le correspondía el monopolio del hacer la historia, sin darse cuenta de que la estaban metiendo en un cono oscuro y sangriento. Hasta que marzo de 1947 estalló la guerra civil. Cambió la Historia, cambió el país.

Y lo que duele más, la inocencia que no se perdió con la guerra del Chaco, se perdió por primera vez con la guerra civil de 1947. Lo malo de las guerras es que terminan con victoriosos soberbios y vencidos humillados. Pero es infinitamente peor cuando en la guerra «civil» vencedores y vencidos son del mismo país, la misma nación, la misma raza y cultura. Hoy, todavía sectariamente se discute la atribución de culpas y responsabilidades. Todos fuimos culpables sin absolución posible. Los paraguayos no supimos dirimir diferencias en paz, no aprendimos a renunciar, a ceder y a ser humildes. Sólo se concebía, como se concibe ahora, que el adversario no es tal sino enemigo, y al enemigo, cuando no se le domina, se le mata o encarcela. Estuvimos entonces, como estamos ahora, sumergidos en la intolerancia, en el egoísmo, en la prepotencia de dueños de verdades absolutas y recreamos ese infortunio que como dijo Roa Bastos, anduvo desde siempre enamorado del país. En el 47 no se vio otro futuro que la guerra civil. Hoy no se sabe siquiera si hay futuro. Joven idealista estudiante secundario, para mi mal, me enrolé en un batallón juvenil, el Blas Garay, que fue destinado a la defensa de Asunción, cuando la entrada de las fuerzas rebeldes parecía inevitable. Era la culminación de combates sin gloria, pillajes, violaciones y humillaciones en ambos bandos. Y sobre todo, fanatismo llevado al extremo. Recuerdo que más tarde, fue funcionaria del Ministerio de Educación, una joven maestra cuyo nombre no daré porque hoy es venerable abuela. Se enorgullecía de que fuera violada en Itacurubí del Rosario durante siete horas por media docena de hombres y «los dejé hacer a estos miserables líbero-franco comunistas, sin pedir clemencia jamás», proclamaba altiva. El heroísmo partidista se empapó tanto de fanatismo, que hasta pasaba por la vagina.

Veintiséis

No soy historiador -no me cansaré de repetir- para explicar las causas de la guerra civil, aunque quizás atine en la verdad cuando piense, como pienso ahora, que la intolerancia del hombre paraguayo fue y es la semilla de todos los males. Pero sí conocí sus efectos, el primero y más desgarrador asistir impotente, en una noche del 13 de agosto del último combate, noche helada en el extenso cañaveral que hoy es el elegante barrio Los Laureles, con una luna llena inmisericorde, a la aniquilación del grupo de combate de los cadetes de último curso, Cataldi y Paquito Parquet, éste, mi amigo de la infancia y compañero de juegos. Y esa misma madrugada de fríos de muerte, en un jeep, acompañar con otros muchachos anonadados, Alejandro Brugada Guanes y Pedro Nolasco Cáceres entre ellos y ya fallecidos ambos, el destrozado cuerpo de mi amigo llevado a casa por su acongojado padre. Nunca se me borró de la mente el desgarrador episodio, y más aún, porque el día de su entierro sonaban campanas no doblando a muerto sino anunciando la victoria.

Predestinación o tenebroso capricho del destino, no sabía entonces que 52 años después, el dolorido padre que llevaría a la tumba a su hijo Paco, sería yo. Los dos Pacos descansan a menos de 200 metros uno del otro, a medio siglo de distancia, pero dueños de un solo dolor.

Pero volvamos -amable lector- a los efectos, como en destructivas ondas expansivas de aquella guerra civil. Por mucho tiempo Asunción perdió su encanto. La gente se recogía en sus casas, la bohemia abandonó las calles, y fue como si las mismas luces se volvieran mortecinas y lóbregas. La desbordada vida nocturna de la «Época de la Libertad» se volvió silencio y cautela. Muchas familias, al igual que la sociedad entera, se dividieron. Perdimos amigos, poetas, músicos, autores, actores, artistas que huyeron al exilio. Las carpas de la Gendarmería de Clorinda estaban llenas de jóvenes ansiosos de dar el salto a Buenos Aires. Los que quedaron tardaron mucho en salir del anonadamiento del éxodo y de la incompreensión de la ausencia. En ambos bandos hubo mucha sangre derramada, muchas cuentas que cobrar, venganzas, resentimientos Y oportunistas de los eternos especuladores de caídas ajenas, y saqueadores de las ruinas que quedaron en las huellas del desastre.

El resultado no determinó por sí mismo las consecuencias de la guerra. Cualquiera hubiera sido el bando ganador, la misma desgracia se abatiría sobre la sociedad, condenada no por los bandos, sino por la guerra misma. Es injusto pontificar que el miliciano colorado fue más salvaje que el liberal, febrerista o comunista o al revés. Fue una guerra salvaje con consecuencias salvajes. La muerte, la prisión o el exilio hubieran caído sobre otra gente, pero la gran perdedora hubiera sido inexorablemente, como lo fue, la comunidad paraguaya.

Estas reflexiones, vale repetir, no son una renuncia ni una denuncia a mi condición de colorado. Es simplemente la meditación de un hombre viejo que de joven se vio sumergido en el error de todos, participó de una culpa colectiva y fue, aunque de coro, actor en una tragedia que no debió suceder, porque ninguna bandera justifica la destrucción de un país y el desgarramiento de un pueblo. Y sobre todo, que mira con aflicción el gran circo romano que la política ha montado de nuevo cincuenta años después, y no quiere que sus nietos sean llevados a la arena, para el mismo sacrificio inútil, para la misma contienda de sordos.

Cuando terminó la guerra civil de 1947 el Banco del Paraguay había quedado casi vacío de funcionarios, y empezaron a tomarlos a como fuera. A mí me admitieron, pero para adjudicarme un puesto debía pasar por un examen de dactilografía. No me alarmó la prueba, porque aunque escribía, como hasta hoy, con tres dedos, lo hacía con velocidad. Craso error, lo que mi examinador de entonces, hasta hoy mi gran amigo Ladislao González quería, era la pulcritud para tipear la pulida y geométrica correspondencia bancaria que tiene sus rígidas normas estéticas y no la velocidad. De tal suerte fracasé, pero en homenaje a mi flamante diploma de honor de combatiente del Batallón Blas Garay fui admitido, pero enviado a la profundidad del archivo de Cuentas Corrientes, donde un irascible jefe, el inolvidable don Luis Ferreira encargó a otro funcionario menor, Máximo Carosini, a adiestrarme en el manejo de una pesada máquina mecánica de contabilidad, que aprendí a la fuerza y al mismo tiempo que me decidía a continuar mis estudios en la escuela de Comercio, con una no muy firme decisión de hacer una carrera bancaria, aunque en el fondo pensaba que si bien eso no era para mí, ya era hora de encarar en serio mi porvenir y no tenía mejor alternativa.

La oficina de Control de Cuentas Corrientes, que así se llamaba la sección donde con otros semidesterrados tipeábamos columnas de números asomados de cheques y depósitos y movíamos pesadas palancas de los engranajes que darían los saldos, quedaba en el sótano del edificio, y este sótano tenía un elevado tragaluz que quedaba al nivel de la acera de la calle 25 de Mayo. Desde mi alto taburete frente a la máquina, no veía pasar a la gente, sino apenas los pies de la gente. Era depresivo. Trabajar en la hondura de una catacumba y ver a la humanidad solamente en sus extremidades inferiores no me sentaba bien, y menos para quien, como yo, estaba acostumbrado a contemplar espacios y escudriñar caras que son como una obsesión desde mi niñez. Decidí salir de ahí, aprendí como se «formatea» decentemente un documento bancario y solicité mi traslado.

Para mi infortunio o para mi bien, según se mire, fui designado secretario de un Gerente Administrativo que como muchos (hoy tampoco es historia extraña) había llegado al alto cargo ejecutivo mediante sus méritos políticos, y que técnicos y administrativos tenía ninguno. Mi experiencia ya me había alertado sobre un axioma válido hasta hoy, de que el torpe, cuando más alto está, más odia al inteligente, y yo lo era en cierta medida, o por lo menos, más «leído» que mi Jefe. Y cometí el error de demostrarlo corrigiendo «s» o poniendo en castellano, algunos informes suyos. Allí floreció la hostilidad que estalló cuando me ordenó pedir al depósito una caja de «cricante». Yo no tenía idea, ni el depositero tampoco, de lo que era el «cricante». Así que volví con las manos vacías, confesando mi fracaso y la ignorancia del depositero. Se volvió encarnado de la ira, me trató de inútil y me plantaba en las narices lo que él llamaba «cricante», que no era otra cosa que un clip grande. Repliqué a la ofensa, lo traté de asno en guerra con el idioma, y ese fue el final de mi carrera bancaria. Fui despedido por insubordinado en la sagrada jerarquía de los bancos.

Por el mismo tiempo, mi amigo Ernesto Báez ya había madurado como actor, se había casado con Aida Reisofer, y con la hermana de ésta, Emigdia, habían formado, los tres, el núcleo de lo que sería una memorable Compañía teatral que después se convertiría en la denominada «Báez - Reisofer - Gómez», con la incorporación de Carlos Gómez. Ernesto provenía de la Compañía de Julio Correa, gloria del teatro costumbrista paraguayo, autor de obras centradas en la guerra y en la posguerra del Chaco, y al mismo tiempo, director y actor de las compañías teatrales que llevaban a escena sus obras en guaraní y castellano, que fueron el fundamento y la base del teatro auténticamente paraguayo. Carlos Gómez, a su vez, se había formado en la Compañía del Ateneo Paraguayo a cargo del exiliado español don Fernando Oca del Valle, y donde adquirió fama y prestigio un grupo de actores magníficos como Nelly Prono, Salim Giralá, Alan Gini, Álex Solhberg, Leandro Cacavelos, Mario Prono, Ninica Segura y otros que mi memoria algo difusa ya no convoca. El grupo del Ateneo Paraguayo fue selecto, brillante y produjo un repertorio que alguna vez tendrá que ser recogido por los historiadores del teatro en el Paraguay. En la periferia de ese grupo, concurrían dos muchachos jóvenes y con la semilla del talento ya creciéndoles por dentro, Augusto Roa Bastos y Ezequiel González Alsina. Augusto, al contrario de lo que él dice y de lo mucho que se publicó en todo el mundo, no se había exiliado como consecuencia de la revolución de 1947, sino, en los años inmediatamente posteriores, ejercía el periodismo, era amigo y protegido de Edgar L. Insfrán, y se preparaba para ser lo que indudablemente es, el más grande novelista y fabulador del Paraguay. Solo se marchó del país en 1954, año en que Perón visitó a Stroessner y el poeta dedicó un poema a ambos. Después se fue, sí, pero no exiliado, sino en misión oficial, junto a Sila Godoy, primero, para «hacer conocer al Paraguay en el exterior» y después, como recopilador de las obras de guitarra culta de Agustín Barrios, Mangoré, dispersa en todo el continente. De su exilio, al menos el de los años cuarenta, puede decirse lo que don Leopoldo Ramos Giménez colocara como epitafio para la tumba de Ortiz Guerrero: «su vida fue su mejor poema». Roa Bastos, con todo respeto, hizo de aquel supuesto exilio, su mejor fábula. Más detalles sobre este punto, con el agudo escritor y polemista don Guido Rodríguez Alcalá, y con él, el politólogo e historiador político Leandro Prieto Yegros. Ezequiel González Alsina, de la mano de su ilustre tío don Arturo Alsina, empezaba a publicar poemas de bello contenido, pero su destino sería muy distinto al de poeta, aunque siguiera escribiendo como tal durante toda su vida. Sucedió que en sus vagabundeos por la Compañía del Ateneo, se enamoró perdidamente de una joven actriz, de torrencial cabellera de oro, enormes ojos azules y rostro marfileño como de una muñeca francesa, Emma Knoop Ortiz, hermosa pero sin mucho talento, pero a quien Ezequiel se decidió hacer estrella, escribiendo para ella una comedia, «La Quijotesca Rubia», que estrenó poco después la Compañía del Ateneo. El resultado fue dispar. El autor fue aclamado pero la actriz pasó desapercibida. Empero, como en un cuento de hadas, el autor terminó casándose con la actriz, acaso en un arranque de fantasía juvenil, porque el matrimonio no fue feliz y pronto se separó. Después, Ezequiel escribió otras obras memorables y su carrera como grande, a la altura de Julio Correa, Roque Centurión Miranda, Arturo Alsina, Luis Ruffinelli o Josefina Pla se interrumpió cuando el brillante joven fue atraído por la política, donde sobresalió por su talento, vigor polémico y magnífica oratoria. Arrancándose de la bohemia, realizó la hazaña de hacer toda la carrera de Derecho en tres años, Doctor Suma Cum Laude incluido. Al respecto, me quedó en la memoria una triste reflexión de don Fernando Oca del Valle: «La política ha ganado uno más, pero el teatro ha perdido un gran autor».

Casi por la misma época, don Roque Centurión Miranda había fundado la «Escuela Municipal de Arte Escénico» con la cooperación entusiasta de Josefina Pla, donde se formaron actores a los que me referiré más adelante. Pero entretanto se producía mi primer contacto con el teatro paraguayo, cuando por invitación de mi amigo Ernesto, concurría a los ensayos de una comedia escrita por Néstor Romero Valdovinos, desde su exilio en Buenos Aires y precisamente, sobre las angustias, las nostalgias y las añoranzas del desterrado, «Hilario en Buenos Aires». Se me grabó en la memoria, asistiendo a aquellos ensayos, una frase que Ernesto, en el papel de Hilario, decía con énfasis y hasta con lágrimas en los ojos: «los paraguayos fuimos fabricados sólo para vivir en el Paraguay». Durante mucho tiempo, hasta hoy, «Hilario en Buenos Aires» es una pieza clásica, testimonial como las de Julio Correa, de momentos históricos de nuestro país.

Los años posteriores a 1947 fueron duros y poco propicios a las manifestaciones artísticas. De a poco, la brillante generación del Ateneo se fue marchando a Buenos Aires hasta quedar reducida a poco menos que a nada a pesar de los esfuerzos de don Fernando Oca del Valle. Sólo muchos años después, Mario Prono y María Elena Sachero harían revivir con denodado esfuerzo, a la Compañía en todo su esplendor, tomando la posta que quedó huérfana al morir don Fernando. Por su parte, a pesar de todo, don Roque Centurión Miranda mantenía en pie su esforzada Escuela Municipal de actores, con un empeño que significó renovación y el surgimiento de una nueva generación para las tablas.

## Veintiocho

Pero, amable lector, ésta no es, ni mucho menos, la historia del teatro paraguayo, sino mi historia, y de mi entorno existencial.

Por fuerza, aquella etapa de placentera vagancia y exploración del mundo bohemio debía terminar, y por gestión de mi hermano Gerardo logré entrar como «operador» en la radioemisora de un gran señor, industrial, empresario y filántropo hoy injustamente olvidado, don Eugenio Friedman, Radio Teleco. Mi trabajo consistía en abrir y cerrar el micrófono desde un tablero cuando el locutor lo pedía con un timbre, y poner los discos que él anunciaba. Como se ve, algo sencillo el trabajo del «operador» que hoy sigue siendo el mismo, pero los «operadores» de ahora se hacen llamar pomposamente «ingeniero de sonidos».

La vida familiar había pagado su tributo al tiempo, y el signo era el de la disgregación. Los hermanos mayores ya habían formado hogar y familia. La abuela Venancia era sólo un recuerdo melancólico. Gerardo, que trabajaba al mismo tiempo en «La Tribuna» y como relator deportivo en radio Teleco, vivía en una pensión donde estaba cerca de su trabajo. Sólo mi hermano Eulalio y yo, acompañábamos aún a la envejecida mamá Elisa, que sobrevivía con un pequeño almacén en 14 de Mayo y Piribebuy.

En esa emisora, radio Teleco, conocí y fui amigo de grandes locutores como Álex Solhberg, Juan Bautista Cazal, Nelly Prono, Juan B. Duarte, Carlos Banks y otros.

Entretanto, a pesar del fracaso de mi carrera bancaria, seguía mis estudios en la Escuela de Comercio e hice nuevos amigos con quienes salíamos de parranda los fines de semana. Recuerdo en primer lugar a Chichito Parodí, con quien formamos un dúo inseparable de conquistadores suburbanos. Lo de «inseparable» duró poco, porque mi amigo era extraordinariamente buen mozo y un bailarín admirable. Moreno, de blanca dentadura, esbelto y sabio para vestirse con elegancia, adonde íbamos. Chichito acaparaba los suspiros femeninos y yo debía conformarme, un poco tímido y bailarín algo torpe como era, a un segundo plano. Además, los trajes que heredaba de mis hermanos mayores no me hacían lucir precisamente como un príncipe de Gales. Así que, reacio a ser segundón, escudero o espectador de las conquistas de mi amigo, tomé distancia y formé un trío aventurero más o menos compensado con dos nuevos amigos, inolvidables hoy, Eduardo González, petiso, retacón y desprolijo en el vestir, y Federico López de Filippis, ya fallecido ahora, alto, estirado, solemne y tieso siempre como una vara, con su invariable cuello duro de celuloide, tanto en verano como en invierno. Nuestras aventuras y correrías han pasado a ser el caudal de picardías y pecados carnales de las que en su momento he de rendir cuentas.

Justamente en tren de estudiantes los tres, nos unimos a un paseo a Quiindy, en un camión de cargas. Esta excursión estudiantil coincidió con otro paseo de chicas «normalistas» como se decía a las jovencitas estudiantes del magisterio, al mismo pueblo. Allí conocí a Zunilda Merlo, con quien me casé en enero de 1948. Toda una pareja de chiquillos que sin embargo salió adelante contra todos los pronósticos, pues creamos una familia que hoy, en la vejez, son nuestro orgullo y nuestro consuelo, aún teniendo en cuenta el fallecimiento, el 5 de junio de 1999, de Paco, nuestro hijo mayor, a quien le sobrevivimos nosotros, y sus hermanos Hugo, Charito, Pedro y Cecilia.

Aún cuando parezca fuera de contexto, el reconocimiento a mi esposa Zunilda forma parte de este capital espiritual que enriquece mi vida. Paciente, compañera, dedicada con femenina abnegación al papel de esposa y madre, supo mantener en más de medio siglo la unidad familiar y la paz hogareña que me permitió mis largas veladas sobre la máquina de escribir. Solidaria y gentil como esposa, maestra como madre, supo encaminar a los hijos por el camino recto. Ninguno quedó a la zaga, todos culminaron carreras universitarias y formaron sus respectivas familias, conformando un grupo familiar homogéneo, bendecido por 18 nietos.

La larga agonía de nuestro querido hijo Paco, víctima de un cáncer cerebral y de dos años de coma y después la muerte, nos unió en el dolor así como el amor nos unió en la felicidad. Hoy nos une el consuelo de haber hecho cuanto fue necesario para el bienestar de nuestro hijo, sobre cuyo lecho volcamos nuestra larga vigilia y la cariñosa solidaridad de los hermanos.

En este drama, aparece la conducta de su compañera y esposa por el sacramento de la abnegación y el sacrificio, Rose Marie Cassanello, que acogió en su casa al amado condenado, pasó interminables noches de desvelo al pie de su cama, fiel a un juramento rendido cuando el enfermo aún tenía conciencia. Ya en estado vegetativo, lo cuidó como un bebé, le administró su alimentación, higiene y las medicinas que ayudaban a mitigar los males de la agonía. Untaba y ungía como una sacerdotisa del amor, el cuerpo herido con



cremas y ungüentos, y cuando murió, aún después de soportar dos años en cama, ni una escara mancillaba la lisura de su piel, como de recién nacido. Rose Marie será por siempre para la familia, una muestra viva de la generosidad femenina y de entrega total del corazón enamorado a una causa perdida, hasta el último suspiro.

## Veintinueve

Los comienzos de aquel matrimonio fueron difíciles pero felices. Gerente del Banco Hipotecario era un gran amigo que nos facilitó la compra de una casa en Antequera entre Primera y Segunda. Terminamos de pagarla pronto, y de «operador» me decidí a ser empresario. Hipotequé la casa y adquirí una ladrillería en lo que es hoy el Bañado Tacumbú, además de un camión Dodge que manejaba yo mismo, acarreando leña desde Piribebuy y sacando ladrillos por los fragorosos humedales del Bañado, sufriendo las angustias del asma alérgico que me producía el penetrante aroma de las flores de las espinosas «aromitas» que cubrían los esterales de un amarillo como de oro. El negocio iba viento en popa, pero el Destino, así como no quiso que fuera banquero, tampoco quiso que fuera ladrillero. Sobrevino una rápida inundación que nos tomó de sorpresa a todos. Incluso mi camión quedó atrapado en el barro y fue imposible retirarlo. El agua creció hasta alcanzar la altura de los galpones y arrasó con el horno de ladrillos y los bueyes. Lo que no se llevó el agua, se llevaron los traviesos conscriptos de la Marina que embarcados en chatas desmantelaban las fábricas. Adiós mi ladrillería, mi camión... y mi casa hipotecada. No pude menos que mudarme a una «casa de alquiler» y reanudar mi oficio de «operador». Al mismo tiempo, con mi amigo Sergio Enrique Dacak, tomamos en alquiler un garaje y montamos una oficina con una mesa y una máquina de escribir. «Estudios Álex», así se llamaba, se llenaría de dinero escribiendo por encargo discursos y otros trabajos. Llegamos a hacer un solo discurso, mortuorio, para un paisano que debía hablar en el sepelio de su compadre. Una variante, las cartas de amor, fueron más abundantes pero menos rentables, de modo que «Estudios Álex» no duró mucho.

Corría más o menos los primeros años de la década del cincuenta. Romero Valdovinos, era un curioso caso de exiliado doble. Venía a Asunción y tenía nostalgias de Buenos Aires y cuando se marchaba a Buenos Aires tenía morriñas de Asunción, en uno de cuyos estados melancólicos escribiera los inolvidables versos de «Tardes Asuncenas». En la época a que me refiero, Romero Valdovinos gozaba o sufría de una breve estada en Asunción y para ir tirando, escribía para Radio Teleco los libretos de un programa titulado «La Pensión de doña Liga», con personajes que representaban cada uno, a un club de fútbol. Así, el cerrista era un chófer de taxi, el olimpista un señor pacato y anciano, el de Nacional un académico, y así el resto, habitantes de la pensión donde imperaba doña Liga, la única mujer del elenco. Ernesto Báez, Carlos Gómez, Nicasio Altamirano daban vida a los personajes. Un día, Romero Valdovinos, cuando faltaba una hora para el programa y no enviaba los libretos, llamó y avisó que estaba enfermo. El elenco se desesperó. Entonces, yo, tímidamente me levanté de mi taburete de operador y me ofrecí a escribir el libreto. Me miraron con sorna, y por fin, Carlos Gómez sentenció que «probar no cuesta nada». Escribí el libreto en treinta minutos, lo emitieron casi sin ensayar, y nadie se dio cuenta de que el libretista había cambiado.

Aquel fue un episodio pasajero, porque Romero Valdovinos volvió a encargarse del programa, pero yo ya había percibido algo, que conocía la técnica radial, sabía manejar los diálogos y los cortes, y que podía intentar convertirme en libretista. La oportunidad se presentó pronto, cuando «La Pensión de doña Liga» terminó su ciclo, mi hermano Gerardo había inaugurado Radio Paraguay y alrededor de 1955, lanzamos el primer programa, una variante del anterior: «La Pensión de ña Lolita», que duró siete años y hacía que el talento y la vena cómica de los actores, atrapar a junto a sus receptores de radio a media Asunción, los viernes, a las 20 horas.

Gran parte de lo mejor del caudal actoral paraguayo, pasó por aquel programa. Las «Ña Lolitas» fueron cambiando con los años. Miriam Celeste, Sarita Rivas Crovato, Celia María Benítez y Graciela Pastor fueron sucesivas «ña Lolitas».

Los actores fueron Rafael Rojas Doria, Alejo Vargas, Raúl Valentino Benítez, Sergio Enrique Dacak, Nicasio Altamirano, César García, creador insuperable del personaje bruto, «Bolidote», y aunque parezca mentira, un famoso rematador de aquella época, insuperable en hacer personajes árabes o alemanes, pero no permitía que se incluyera su nombre en el elenco, Alcibiades Barba. Más adelante, cuando llegue al capítulo que corresponde a mi carrera de autor teatral, volveré a mencionar la participación que tuvieron todos los actores mencionados en la misma. Más tarde, con el programa dueño de una audiencia total, se presentó un jovencito tímido y flaco, manifestando que quería ser parte del elenco. Los veteranos del elenco se burlaron de aquel esmirriado pretendiente a actor, pero decidieron probarlo, dándole del libreto, una parte de los parlamentos que correspondía a Alejo Vargas. El chico se lanzó y deslumbró por la espontánea gracia que daba a su personaje. Y así fue como empezó su carrera César Álvarez Blanco, que en el mismo programa se uniría a Rafael Rojas Doria y a César García para el bloque de «Los Tres Compadres», Curé, Cururú y Cabará, que después se reducirían a dos, con Rojas Doria, Panta, y César Álvarez Blanco, Toma-i, compadres que se harían famosos, hasta hoy, cuando de la radio saltaron al teatro.

En principio, en el libreto, yo escribía los diálogos para los compadres, en yopará o guaraní, pero pronto advertí que entre los tres actores se había establecido una relación casi milagrosa, como que parecían adivinarse el pensamiento. Había en los tres una montaña de humor espontáneo y un verdadero festival de chispas y ocurrencias. Sujetar la caudalosa inventiva de los tres personajes a un libreto era un desperdicio, como encerrar en una jaula a pájaros jóvenes y vigorosos que anhelaban espacios para el vuelo. Entonces, deliberadamente, un viernes, se toparon con que en el bloque correspondiente a los compadres, yo había escrito una sola línea: «Arréglense como puedan». Los tres se pusieron a improvisar frente al micrófono con un resultado verdaderamente sorprendente por el éxito que alcanzaron, y aquello, no otro incidente, fue el nacimiento de un trío, después dúo por el fallecimiento de César García, que lleva ya más de medio siglo unido.

Por la misma época, había ingresado como redactor al diario «La Unión», y como no tenían trabajo que darme, a alguien se le ocurrió designarme «crítico de arte». En tal carácter, una noche de mayo me enviaron al teatro Municipal a ver una obra de Manuel Frutos Pane, «La Lámpara Encendida» y a escribir mi comentario sobre la misma. Para la buena suerte que a pesar de todo, siempre me iluminó y produjo misteriosos episodios que fueron empujándome hacia un destino preciso, la comedia era la peor, la más acartonada y la más discursiva salida de la pluma del gran Manolo. En rigor, una mancha en la carrera autoral de quien estaba llamado a la fama, en simbiosis milagrosa con Juan Carlos Moreno González, para crear la inolvidable serie de zarzuelas paraguayas que inmortalizaría a los dos. Llamativamente, este mal paso de Frutos Pane, me daría la oportunidad de ser autor.

«La Lámpara Encendida» era montada por la Compañía de Ernesto Báez y Emigdia Reisofer. Aburrída a pesar del denodado trabajo de la Compañía, no me fue difícil escribir una crónica pasable, sincera. No me había gustado, escribí por qué, y el comentario se publicó al día siguiente.

Ernesto, enojado, concurrió al diario a reprocharme. Recordando no viejos tiempos en que me tenía bajo su protección no creía merecer tan agrio comentario, que era por la obra, no por él. Sin embargo, se lo tomó a pecho pero no fue directo al grano. Recuerdo que con expresión ofendida me inquirió: «¿Sabes algo de teatro?». «Algo», le respondí cautamente. «¿Te animas a escribir algo mejor que «La Lámpara Encendida»?», me desafió. «Si lo escribo y es mejor ¿me lo estrenas?» contradesafié. «Hecho», me dijo y me dio un pinchazo en la mejilla.

Mis lecturas anteriores de autores españoles importantes vinieron en mi auxilio. Conocía la técnica en teoría, la complicada carpintería de la escritura teatral, y antes que nada, la autenticidad de los personajes, las escenas, las secuencias, la racionalidad de las entradas y salidas, el fraseo, el diálogo, el monólogo, los efectos y los efectismos, los equívocos, el uso del Tiempo abreviado a una hora y media y del Espacio contenido en un escenario de 7x4, y con toda esa carga teórica, escribí mi primera obra en una maquina de escribir enana «Hermes Baby», regalo de Zunilda que hasta hoy conservo, «En Busca de María», y llevé el resultado de mi esfuerzo y desvelo a casa de Ernesto, en Montevideo y Piribebuy, entonces una gran casona colonial, heredad de los Reisofer, de adobe, vieja, húmeda, invadida de plantas, flores y mosquitos, después, el solar, fallido Teatro Carlos Antonio López y hoy elegante Cine Premier. No estaba Ernesto en casa, y dejé la obra a su esposa, Aída Reisofer. Volví al día siguiente, algo anhelante, Ernesto no decía nada y cambiaba de tema una y otra vez. «No me quiere decir que escribí un disparate» pensaba desconsolado. Pero después apareció Emigdia, que venía del frondoso patio con mi carpeta amarilla en una mano y una canastilla de yvapurú en la otra. Me besó suavemente en la mejilla y susurró casi en mis oídos: «ha nacido un gran autor». Desde entonces, el color amarillo es mi preferido, y hace como 25 años, planté un árbol de yvapurú que en todos los inviernos se llena de frutos, frente a mi estudio. Lo de «gran» va por su cuenta, pero cuando poco después se estrenó la obra fue un éxito y por primera vez probé la droga del aplauso, y por añadidura apareció en El País una crónica de Natalicio Chase Sosa que casualmente llevaba por título el mismo juicio amable de Emigdia: «Ha nacido un gran autor». Era el año 1956.

Sin ser muy religioso, debo reconocer que Dios, o la Providencia o mi ángel guardián, siempre me colocó en el momento justo y en el lugar oportuno, en los grandes nudos de mi vida. Eso tal vez se llame oportunidad, pero yo prefiero llamarlo, algo esotéricamente, predestinación. Una enfermedad de Romero Valdovinos me dio la ocasión de entrar en el territorio de los libretos teatrales, todo un entrenamiento para el teatro. Un resbalón autoral de Frutos Pane, la de ser autor teatral. Mi voracidad de lector compulsivo desde la infancia, empezaba a dar resultados. Me había comunicado mucho, y ya había aprendido a comunicar.

Alentado por este resultado, en colaboración con Carlos Gómez, escribimos una comedia muy adecuada a su extraordinario talento de actor. «Mi grillo y yo», en la que la pareja protagónica era un hombre algo «de meno» como diría la abuela Venancia, es decir, un poco ido de la normalidad porque era un anciano en los umbrales de la senilidad, y un grillo que él había domesticado y tenía en una jaulita, y con quien el hombre tenía diálogos pintorescos, y que obligaba a un nuevo ejercicio de la escritura teatral, el «diálogo» supuestamente de dos, pero era de uno solo. Así, la voz que se oía era la del personaje de Carlos, y de sus frases debía inferirse lo que el grillo supuestamente le decía a él. En rigor, en la pequeña jaulita no había grillo alguno, pero el prodigio que hacía Carlos en el papel de interlocutor del grillo burlón, convencía a toda la platea de que realmente había allí un insecto lleno de picardía y algo cínico, y más, cuando éste decidió hacerle una mala pasada a su amo y se introdujo en su ropa interior. Pocas veces se vio en el teatro paraguayo un acto tan perfecto de mímica en el cual un hombre entre enojado y riendo por las cosquillas, trataba de atrapar un grillo en los pliegues de su calzoncillo. El final de la comedia fue dramático, porque uno de los nietos del personaje de Carlitos, que no era otro que Sergio Enrique Dacak, con su hermanito menor, que hacía César Álvarez Blanco, en un arranque de ira, matan al grillo. El dolor del abuelo fue tan real en la expresión y en los movimientos de Carlos, que la platea terminaba derramando lágrimas por la muerte de un grillo... que no existía. Eso es lo que se llama la «magia del teatro», crear en el reducido espacio de un escenario un universo distinto al de la platea, y donde la «realidad» abandona al espectador y se traslada al mundo ficticio del tablado.

### Treinta y uno

En las páginas siguientes intento hacer un relato de mi larga carrera teatral, y también de novelista y autor de cuentos, rogando al lector excuse algunas imprecisiones de fechas, porque el hecho es que el álbum de recortes de diarios, junto a los originales de numerosas obras, más otros objetos de «valor sentimental» como dicen los damnificados por los robos y que estaban guardados en un viejo «carameguá» que fuera de mi abuela Venancia, fueron robados, con «carameguá» incluido en una incursión nocturna de amigos de lo ajeno a mi casa. Mi sentimiento de pérdida fue grande, porque en cierto sentido, en el «carameguá» estaba parte de mi vida, mis desvelos y mis renunciamentos. Llegué a pensar que si se hubieran llevado la casa y me dejaran el cofre, habría quedado más conforme. Por añadidura, los cuidadosos archivos que llevaba como Secretaria del Teatro Municipal, la sensible dama que fuera Isis de Bárcena Echeveste, que incluía fotografías, programas con los repartos de cada obra, fechas de estreno, duración de temporadas, recortes de crónicas y

hasta el «bordereaux», es decir, la cantidad de boletos vendidos y por consiguiente el número de concurrentes a cada función, todo, me dijeron, nunca apareció porque según se rumorea habrían sido -los archivos- quemados cuando la administración municipal cambió, y también cambió la administración del Teatro Municipal que al parecer se tomó muy en serio la consigna de borrar todo rastro del teatro popular de los años cincuenta, sesenta, setenta y parte del ochenta. Lo malo es que semejante daño también alcanzó a los antecedentes de la Compañía del Ateneo Paraguayo, a los de las exitosas zarzuelas, y de otros eventos importantes en el Teatro Municipal. El tan ordenado archivo de la buena de Isis, hubiera servido de invalorable documento testimonial de quien quiera escribir la ya rica historia del teatro en el Paraguay.

Tal es el motivo de las imprecisiones en que he de incurrir, y también el de los olvidos, porque de hecho, mi única fuente es mi memoria.

En todo caso, la ligazón que venía desde la infancia con Ernesto Báez, se convirtió en una vocación común, cuando él se instaló como el actor más popular del Paraguay y director, y yo me descubrí con una escondida veta de autor. Ernesto, como decía él, había sido mi «niñero» en los años infantiles, acorazando con su cariño a mi vulnerable condición de hermanito menor de una cáfila de cinco hermanos mayores. Ocurre que el último de los hijos, el «mitã-pajhagüé» de la cultura ancestral, suele ser el preferido de la madre, el «mimado», como se decía antes a los sujetos de la sobreprotección materna, pero esa condición, siendo al parecer un privilegio, resultaba todo lo contrario cuando se trataba de la relación con los hermanos menos favorecidos por las ternuras maternas. De ahí que eran muy frecuentes los «acãpeté», coscorriones y bofetadas, que hubieran sido más nutridos y repetidos, sin la intervención protectora de Ernesto, o de su madre ña Ermelinda, o de su hermanita Carmen.

Fueron momentos felices para mí cuando la vida y la predestinación nos volvió a unir en el mismo empeño de llevar adelante una carrera teatral, él actor y director, yo autor.

Mis obras, en su totalidad, contenían personajes humildes, del medio rural o de la ciudad. Recomendación de Ernesto fue siempre que los personajes fueran auténticos, es decir, creíbles y comparables con sus modelos de la vida real. Auténticos desde la postura, la vestimenta, la parquedad en el hablar y las costumbres. En ese orden de cosas, recuerdo que Ernesto había ya rechazado más de dos comedias escritas por Manuel Frutos Pane. Manolo no contuvo su enfado y le dijo que se sentía discriminado injustamente. La respuesta de Ernesto me sirvió más a mí que a Frutos Pane. «Ocurre -le dijo- que tus obras tiene siete, ocho o diez personajes distintos. Pero ninguno habla como los creaste. Todos los personajes de Frutos Pane hablan como Frutos Pane». Desde luego, el talento de Frutos Pane brilló cautivante, cuando se encontró más cómodo en la prosa y el verso de las inmortales zarzuelas que compuso con Juan Carlos Moreno González.

La autenticidad fue entonces, una preocupación que nunca me abandonó, y para cuya virtualidad me sirvió mucho la introspección, la curiosidad y el vicio de observar a las personas que me habían acompañado desde mi niñez. Además, toda mi vida fue plural, niño en un mundo rural primitivo primero y en el suburbio asunceno después, estudiante, combatiente, ladrillero, transportista de leña, iba desfilando ante mí todo tipo de gente, que

no sabía, como yo tampoco lo percibía conscientemente, que eran modelos que la imaginación y la memoria iban registrando. Los resultados fueron buenos, al menos, si se tiene en cuenta que la gente y la crítica anotaba la «autenticidad» de los personajes.

Pero sería pecar de soberbio, o de narcisista, si no reconociera un hecho que hace a la dualidad del teatro. Una cosa es que el autor dé autenticidad a un personaje en el papel, y otra muy distinta que el actor lo consiga. El autor se esfuerza en que su personaje parezca auténtico, y el actor tiene que lograr que el mismo personaje sea auténtico. Y es allí donde se imponía la genialidad de Báez, cuando en papel de actor dotaba de una personalidad vigorosa y real a sus personajes, y cuando en funciones de director, exigía hasta el agotamiento a sus actores que dieran en el tono exacto de cada papel. No en vano, generaciones de actores lo tienen a Ernesto, como lo tienen a Centurión Miranda y a Fernando Oca del Valle, como los grandes maestros del teatro en el Paraguay.

### Treinta y dos

Por esos mismos años, fines de 1958 y principios de 1959, yo ya venía tentando escribir una novela, e incluso ya tenía el primer original que obviamente debía pasar por «el doloroso placer de la corrección» como decía Unamuno. Mi novela larval aún se titulaba «Raíces de la Aurora» y se desarrollaba durante la guerra contra la Triple Alianza. Justamente en la misma época, el Coronel Pablo Rojas deseaba filmar una película en el Paraguay sobre aquella contienda. Le exhibí mi manuscrito y quedó tan impresionado con él que contrató a Augusto Roa Bastos para elaborar el guión cinematográfico, trabajo que el gran escritor aceptó, vino de Buenos Aires, recorrió los escenarios naturales a utilizar en la película, y escribió el guión con el nuevo título imaginado por él de «La Sangre y la Semilla». Igualmente, se contrató a la famosa actriz argentina Olga Zubarry para el papel femenino central y actores paraguayos como Ernesto Báez, Carlos Gómez, Sara Giménez, Emigdia Reisofer, Eladio Martínez, el cantor, Mario Prono y otros más. Esto -repito- ocurría entre 1958 y 1960, y dicho sea de paso, los registros y créditos de la película filmada en Itauguá y Capiatá y cuya copia aún existe, desmienten un poco la saga del exiliado con que se rodeó Augusto Roa Bastos «desde 1947».

Por la misma época, la Compañía de Ernesto Báez estrenaba mi comedia «El Impala» en el Teatro Municipal, e iniciábamos con esta obra una abierta crítica social y un soterrado cuestionamiento político que fueron la tónica de nuestros trabajos posteriores. El «Impala», era por aquel entonces un suntuoso automóvil de la línea General Motors, con superlativas aletas de avión en la popa, cuya posesión otorgaba a la burguesía el mismo prestigio que hoy darían los Mercedes Benz o los Rolls Royce. La historia era la de una familia que lo sacrificaba todo, hasta la casa y la comida, para disponer de un «Impala» como prenda de alcurnia. El previsible final era el accidente donde quedaba hecho chatarra el «Impala» y en ruinas a la familia.

Como «En Busca de María», «El Impala» tuvo éxito de público, y por primera vez, se formaban colas frente a la boletería. La autenticidad atraía al público, la reconocible cotidianeidad en la trama de las historias también, y la fresca comicidad con que Ernesto,

Emigdia, Carlos y los demás envolvían como en un celofán, el contenido social y político serio, constituyeron una fórmula propicia para atraer a la gente ansiosa de verse y conocerse, habida cuenta de la fórmula que el mismo Julio Correa había enseñado: «El escenario debe ser un espejo donde la gente se mire y se descubra».

Esas mismas colas de multitudes se repetirían, acaso más densas aún, con las funciones de zarzuelas de Frutos Pane y Moreno González, montadas por el Ateneo Paraguayo. Y lo cierto es que desde entonces, el teatro paraguayo empezó a convertirse en un fenómeno popular, inédito en toda América latina, porque en ninguna ciudad se repetía la irrupción del pueblo al viejo edificio, que duró hasta la ascensión de Carlos Filizzola a la Intendencia, y el cambio de manejo del Teatro Municipal, donde para acceder al escenario, había que firmar solicitudes y presentar currículums, todos, incluso Ernesto Báez y Carlos Gómez, que naturalmente, como todos, se negaron a pasar por semejantes horcas caudinas. Fue la muerte de una época de esplendor del teatro paraguayo.

La presencia masiva del pueblo al teatro fue vista como una ofensa por ciertos círculos refinados que concebían el teatro, no como una sencilla expresión del arte al alcance de la mayoría, sino como experimento y como regodeo de alcurnia culturosa. Y aparecieron las críticas. El teatro no era popular, sino «populachero», las obras eran «concesivas», entendiéndose por esta calificación que halagaban los bajos instintos de la turba, y por añadidura «comerciales», por las elevadas recaudaciones que alcanzaban. Precisamente cuando nos hablaban de lo «comercial» de nuestras puestas, sencillamente preguntábamos qué teatro en el mundo, culto, chabacano, vulgar, de ópera o de vaudeville, no tiene boletería.

La fórmula de la atracción popular, residía simplemente en el humor. Y quien reduzca el humor a una virtud humana de baja categoría, se equivoca. Con independencia de que sea chabacano o fino, que resida en el chiste grueso o en la afilada ironía, el humor es parte del temperamento humano, y principal, porque una existencia sin el humor sería invivible. En el teatro que hacíamos con Ernesto Báez, el humor provenía de la caricatura, de la misma manera que la caricatura gráfica es tomar un modelo real y acentuar sus rasgos. Es decir, no excluíamos la autenticidad de los personajes copiados de la vida real, sino los revestíamos con la gracia que su propia condición arrastraba. En el mundo campesino, en el mundo suburbano y también en la clase alta hay caracteres firmemente perfilados que cuando son atrapados por el teatro sólo son subrayados por el humor, no corrompidos ni desnaturalizados.

Hasta el fin de los días de Ernesto siempre estuvimos de acuerdo en que habíamos recorrido por el buen camino, especialmente porque el teatro, ya en menor escala desde Julio Correa y torrentosamente después, había dejado de ser un afición de minorías para convertirse en la atracción de una inmensa mayoría.

Después de «El Impala» estrenamos «Un Traje Para Jesús», comedia en que Jesús venía de incógnito a ver cómo andaban las cosas de este mundo, y como no andaban muy bien fue atropellado por un ómnibus de la famosa línea 26, notoria entonces por sus alocadas carreras. Una familia lo recoge. En ella hay tres hermanos en permanente pelea y Jesús

interviene y pone las cosas en orden. La intención era evidente, de hacer un llamado a la sociedad paraguaya a olvidar divisiones y restablecer la armonía. La noche del estreno ocurrió algo curioso. Cayó el telón final pero la gente no se retiró, sino al contrario, espontáneamente abrió un debate sobre las claras entrelíneas de la comedia. Fue un debate político y allí se oyeron voces que por mucho tiempo se habían llamado a prudente silencio. Todo terminó en una nota jocosa cuando uno de los participantes en el improvisado panel preguntó al Director de la Compañía por qué había elegido un Jesús tan feo. Se refería al talentoso actor Matías Ferreira Díaz, quien había interpretado a nuestro Señor y no tenía un rostro precisamente hermoso y celestial.

«Un Traje Para Jesús», a pesar de los años, no se ha perdido. Hasta hoy, en las parroquias de la Iglesia Católica, grupos de aficionados montan la comedia en los días de Semana Santa, y fue también en Semana Santa que un elenco de exiliados paraguayos en Buenos Aires la presentó en un concurso de teatro cristiano, y ganó el primer premio.

«El Comisario de Valle Lorito» fue una de esas sorpresas que suele darse en el teatro. Escrita la comedia para la protagonización de Ernesto Báez, en la práctica sobresalió más Carlos Gómez, por un memorable papel de borracho consuetudinario que le tocó interpretar. Carlos Gómez es uno de esos actores que cuando asume un personaje, vive, sueña, gesticula y hasta se esfuerza en hablar como el personaje. Sufre de lo que casi sería una sicosis de doble personalidad, se siente invadido por su personaje, y avanzando más lejos aun, busca en la vida real a personas parecidas al personaje y estudia su comportamiento, sus gestos y sus reacciones.

Para hacer el memorable borracho de «El Comisario de Valle Lorito», Carlos hizo esto último, y vale la pena relatar su experiencia completa.

### Treinta y tres

En la esquina de la calle independencia y Primera Proyectada, frente a la antigua Radio Guaraní de feliz memoria, y calle de por medio de la casa de Carlos Gómez, existía un almacén de estilo antiguo, con un mostrador grasiento, sus estanterías en déficit permanente, el nauseabundo cazamoscas de cristal con su trampa de azúcar y un calendario detenido tres años atrás. El uniforme del viejo almacenero era una camiseta «musculosa», un pantalón pijama sostenido por un cordel que fuera blanco y ya era marrón y un par de zuecos de madera. Su rostro exhibía siempre una barba de tres días, le salían pelos de la nariz y de las orejas, y las patillas de sus anteojos estaban reforzadas con hilo de coser. Así, tan feo como era, tenía el alma transparente de un buen hombre.

También despachaba bebidas -y esto fue lo que le interesó a Carlos- casi con exclusividad poderosa caña, y delante del almacén y sobre la acera, había instalado un precario banco a la sombra de un naranjito frondoso, acaso porque descubrió que los borrachos molestaban menos y tomaban más afuera que apoyados en el mostrador. Además, el banquito compartido era un principio de sociabilidad que parecía dar cierta categoría al acto de emborracharse en grupo.



El grupo lo constituía la espontánea reunión de los vencidos por la vida y aficionados al alcohol, que desde el crepúsculo vespertino hasta la medianoche se reunían frente al viejo almacén. Y es allí y con esa gente que Carlos, según me contó entonces como yo lo cuento ahora, fue a buscar su modelo de borracho y de paso incursionar en las profundidades de la sabiduría del mundo, a veces tan caprichosa que hasta habla por la boca de los borrachos. Se acercaba a escuchar las gruñidas y tartajeantes conversaciones salidas de madre. Identificó a un gordo, sanguíneo y haraposo personaje que renegaba de la santa institución de la familia, acaso porque lo habían echado por alcohólico. Otro, tuerto, había renunciado tanto a todo que ni siquiera se molestaba en poner el consabido parche sobre el ojo muerto cubierto por una repulsiva nube plumiza. Sostenía que había resuelto castigar a Dios que lo trataba tan mal y se declaraba ateo y terrorista. Un tercero, flaco y cadavérico, nunca terminaba de remendar con alambre sus zapatos rotos. El de más allá, que exigía que se le llamara «profesor» lucía un viejo y arruinado traje, aunque lucía siempre la cara cuidadosamente afeitada, como si el diario rito de afeitarse pulcramente fuera el salvavidas que lo sostenía a flote en el mundo de los vivos.

De éstos, el actor recogió modales, vocabulario, posturas, gestos, pero más le llamó la atención un viejecito esmirriado, cubierto siempre por un saco grande para su físico y con mangas demasiado largas, completamente calvo y con un aspecto de pajarillo desnudo recién salido del huevo y caído del nido, que escuchaba atentamente la conversación de los demás, movía la cabeza con desconsuelo, y murmuraba más para sí mismo que para los demás, su eterno latiguillo: «¡I vaí la porte!», cuya traducción no muy literal al castellano podría ser «¡Qué mal andan las cosas!». Los demás hablaban de su miseria y él comentaba «¡I vaí la porte!» o mencionaban un mundo deslumbrante de botellas, con mucha comida y ajeno, y de la misma manera él sentenciaba «¡I vaí la porte!», con su expresión sumida en una terminal conclusión pesimista sobre su propio destino y el destino de todas las cosas.

Cuando se aproximaba la noche, el hombre que había desterrado toda ilusión en un mundo donde todo estaba mal, aferraba un mugroso recipiente que le servía de plato y se marchaba a recibir su cena de mendrugos cuarteros en la cocina de la Intendencia del Ejército, andando con paso extraño, murmurando incoherencias, sacudiendo los hombros y hurgando y buscando nada una y otra vez en los innumerables bolsillos de su enorme saco, sin saber que era seguido por un actor que iba estudiando, para inmortalizarlos, cada uno de sus movimientos y gestos. Y el extraordinario realismo del borracho que hizo Carlos Gómez en «El Comisario de Valle Lorito» constituyó un modelo insuperado de papel característico en el teatro paraguayo.

Otro mérito que el mismo Ernesto Báez asignó a la comedia mencionada, es que su «carpintería» es decir, su trama de pequeña humanidad insertada en el universo del escenario, en el tiempo y en el espacio, no permitía una sola salida del libreto, un solo cambio de personajes, la variación de una sola escena. Y en este punto, la honestidad obliga a confesar que muchos de los momentos más brillantes de mis obras, fueron inesperados, fulgurantes agregados espontáneos que hacían Ernesto Báez y Carlos Gómez por su propia cuenta cuando en plena escena se ponían a improvisar para desesperación de la disciplinada Emigdia, que consideraba sagrado el texto del libro.

Con relación a estas demostraciones de imaginación y chispa, queda para la historia, la anécdota del «gato de Lambaré». El señor Lambaré, que así es su apellido, era y es hasta ahora, encargado y sereno del Teatro Municipal. Tiempo atrás, empresarios que usufructuaron el teatro y lo explotaban como cine, habían concebido un sistema de ventilación consistente en cañerías de material cocido tendidas bajo las plateas, con bocas de salida para el aire proporcionado por un gigantesco ventilador instalado en el sótano. El sistema no funcionó, pero quedaron las cañerías como un hábitat ideal para las ratas que con frecuencia, asomaban bajo los asientos en plena función, con el consiguiente susto, especialmente de la concurrencia femenina. Lambaré se decidió a combatir a las ratas... con gatos. Como media docena de felinos vivían en permanente lucha con las ratas en los soterrados del teatro, pero cuando había funciones, Lambaré los encerraba prudentemente.

En cierta ocasión, uno de los gatos escapó en plena función y cruzó orondamente el iluminado escenario, durante una escena en que dialogaban Ernesto Báez y Carlos Gómez. El paso del gato levantó un murmullo en la platea, pero no inmutó para nada a los dos actores, que empezaron a improvisar sobre las andanzas del gato de Ña Fulana, con tanta gracia y soltura que no sólo la platea sino los propios actores tras las bambalinas estallaban en carcajadas. La escena fue tan real, que al finalizar la función se me aproximó un señor, viejo aficionado al teatro que me preguntó con toda seriedad cómo habíamos conseguido que el gato pasara en el momento oportuno. Creía que el paso del gato estaba establecido en el texto.

### Treinta y cuatro

Eran los comienzos de una época en que el Teatro Municipal atraía multitudes, con puestas en escena de la Compañía Báez - Reisofer - Gómez, del Ateneo Paraguayo con obras en prosa y las famosas zarzuelas, de Rafael Rojas Doria y César Álvarez Blanco, desprendidos de la escuela de Ernesto Báez, y otras Compañías de breve existencia.

La historia del teatro paraguayo no debe olvidar nombres que ya son ilustres, con independencia de que vivan o ya se fueran. Cito los nombres de aquella gente querida que alguna vez integraron el reparto de mis obras, pidiendo de antemano, perdón por las traiciones de mi memoria, y por los olvidos.

Ernesto Báez es toda una época de más de medio siglo de trabajo actoral. Carlos Gómez sigue en pie en sus juveniles ochenta años. Emigdia Reisofer es un recuerdo amable de gentileza, talento y ductilidad, y por su trágica muerte, de la cual en cierto modo siento una culpa indirecta, del modo que relataré más adelante. Alejo Vargas hizo inolvidables sus personajes de comisario o cura, compadre y caudillo de admirable realismo. Javier Franco, perfecto y estirado mucamo de casa rica o desvaído marido dominado cuando no el capanga segundón y servil; Leandro Cacavelos, el burgués típico o el juez de paz venal y ventajista; María Elena Sachero, hasta hoy un talento explosivo y una ductilidad pocas veces superada; la desaparecida Miriam Celeste, bella, de enormes ojos verdes y sin temor alguno de encarnar los personajes más difíciles; Graciela Pastor, siempre una presencia eléctrica y vigorosa en escena, casada después con Roque Sánchez, egresado de la Escuela Municipal

de Arte Escénico y con quien integró la Compañía Sánchez - Pastor que sobrevive hasta hoy a pesar de la desaparición del bueno y estudioso de Roque; Sara Giménez, la incambiable «mamá guazú» de tantas puestas costumbristas; Celia María Benítez, primera dama delicada y fina; Vilma Giménez, de temperamento sensual y lleno de picardía; Matías Ferreira Díaz, ya fallecido, talentoso, sensible y vigoroso actor característico y por añadidura poeta: Alberto Lares; César García, ya fallecido: Gustavo Calderini, Mario Prono, actor y director ya fallecido; May Visconti, que llegó a sustituir a Emigdia Reisofer cuando ésta falleció: Blanca Navarro, la mejor actriz cómica de entonces y de ahora en el teatro paraguayo; Azucena Zelaya: César de Brix; Amador García, fallecido; Sarita Rivas Crovatto en su juvenil belleza, antes de culminar sus cursos de Derecho y de terminar, siendo combativa abogada, asesinada en un episodio nunca del todo aclarado; Lucy Spinzi, a la fecha rigurosa analista de la política y viviendo de la artesanía y la cerámica en Areguá; Mercedes Jané, la gran dama de ojos azules y porte distinguido de tantas obras, hasta hoy en actividad: Juan B. Villa Cabañas: Óscar Barreto Aguayo, ya fallecido, galán cantor de porte esbelto y hermosa voz de tenor; José Olitte; Raúl Valentino Benítez; Nicasio Altamirano, ya fallecido; Kika Da Silva también; Luis de Oliveira, actor hijo de actor, Espartaco Martínez, fallecido, Abel González, una curiosa mezcla, porque como deportista fue campeón sudamericano de baloncesto en Cúcuta, Colombia y después, como actor se especializaba en papeles difíciles en comedias brillantes o de equívocos. Hoy, lamentablemente, Abel González está recluido en el Hospital Neurosiquiátrico.

Cito de manera especial a dos artistas cuya paternidad y creatura, al menos en parte, reclamo, porque yo les uní primero en la radio y después para el más grande éxito del teatro guaraní-castellano, «Plata Ybyguí y Recavo» cuya concurrencia de público no ha sido superada por ninguna otra puesta, incluso por aquellas de concurrencia obligatoria para estudiantes. Los Compadres, Rafael Rojas Doria y César Álvarez Blanco.

Tampoco puedo dejar de mencionar a los hermanos Humberto y Armando Rubín, para quienes escribí una comedia de la que me ocuparé más adelante.

Por la misma época, habían brillado o brillaban en el Ateneo Paraguayo o en Compañías transitorias, Aníbal Romero, extraordinario actor: Blanca Sanabria, su actual esposa; Nelly Prono, fallecida; Álex Solhberg, fallecido; Alan Gini; Salim Giralá, fallecido; Jacinto Herrera, fallecido; Ninica Segura: Rafael B. Argüello; Victorino Báez Irala y otros talentos que hubiera querido poner en el reparto de mis obras.

Eran tiempos en que los buenos resultados de mis obras teatrales me alentaron a otros tipos de narrativa, la novela y el cuento. Abierto un concurso a nivel latinoamericano de cuentos por la Revue Française, de París, intervine sin muchas esperanzas con un cuento: «Perrito». Sin embargo, optó al primer premio y la medalla Víctor Hugo, que me fuera entregada por la Embajada de Francia. Tenía también en la misma época -1965- los originales de mi primera novela: «La Quema de Judas», que intervino en un concurso nacional convocado por el diario La Tribuna. Hubo fallo dividido, y miembros del jurado que aún viven, me aseguran que «La Quema de Judas» fue la novela elegida, suponiéndose, por su estilo, que correspondía a Josefina Pla, pero al abrir el sobre con el seudónimo, se encontraron con la sorpresa de que no era autoría de Josefina Pla, sino de Mario Halley Mora. Por entonces, ya empezaba a germinar la discriminación política que tanto daño

haría después a la literatura. De modo que se cerró el sobre, se volvió a votar. Otra novela logró el primer premio, con fallo dividido porque parte del jurado no consintió el procedimiento pero de todos modos «La Quema de Judas» quedó segunda. Me sirve de consuelo que la novela ganadora sólo tuvo dos ediciones, la primera, publicada por el diario organizador, y una segunda, edición corregida del autor. En cambio «La Quema de Judas» ya lleva siete ediciones, con sello editorial, debidamente registradas.

Ya por entonces, maduraba la convicción de que por «narrativa» no se debe entender sólo la novela y el cuento, sino también el teatro. Son sólo formas distintas de narrar, y todo se reduce a asumir la técnica de cada género. Con el género teatral me sentía más cómodo por la inmediatez del proceso. Se escribía la obra, y al poco tiempo, de la inmovilidad del papel pasaba al dinamismo vital del escenario... y al aplauso o el rechazo del público. Con la Compañía Báez - Reisofer - Gómez hicimos así memorables puestas. «Testigo Falso», de contenido social; «El último Caudillo»; «Magdalena Servín» para la memorable actuación de Emigdia Reisofer; «El Sargento de Compañía»; «El Sacristán»; «I Vaí la Porte», inspirado en el borracho favorito de Carlos Gómez.

Invitado por el Ateneo Paraguayo, produje tres comedias: «Memorias de una Pobre Diabla» con la dirección y actuación de Mario Prono y una sensacional actuación de María Elena Sachero. Más tarde, el mismo elenco montó, en dos temporadas sucesivas, «Interrogante» y «Un Rostro Para Ana», que alcanzaron galardones como que María Elena Sachero fue elegida la mejor actriz del teatro paraguayo, al mismo tiempo que «Interrogante» y «Un Rostro Para Ana» eran incluidas en una antología del teatro latinoamericano, publicada por el Ministerio de Cultura de España.

De la misma manera, a pedido de los hermanos Rubín, Armando y Humberto Rubín, este último con varias actuaciones en diversas obras que le valieron en los diarios la calificación de «galán de perfil mefistofélico», escribí una recordada comedia: «El Conejo es Una Mujer», que no tiene relación alguna con el hijo de Humberto que asumió el sobrenombre de Conejo para su programa de televisión. De hecho, el muchacho aún no había nacido cuando se estrenó la obra que satisfizo las aspiraciones escénicas de los hermanos Rubín, y lanzó a la fama a una actriz que empezaba a destacarse, Miriam Celeste, de la mano de Humberto Rubín y de Mercedes Jané.

De vuelta con la Compañía Báez - Reisofer - Gómez, en sucesivas temporadas estrenamos «El Billeto de Cien Dólares»; «Mujeres Fáciles»; «El Camaleón»; «Un Paraguayo en España», en el que se hizo leyenda el hecho de que Leandro Cacavelos se quedara dormido en escena; «El Solterón», un estudio del machismo de las mujeres paraguayas, que fue durante años caballo de batalla de la Compañía Roque Sánchez - Graciela Pastor en sus andanzas por escenarios campesinos: «La Mano del Hombre»; «Los Zapatos de Dios»; «El Dinero del Cielo»; «La Noticia», obra devenida de mi paso como periodista por el diario El País: «Cuando Ernesto se Hace el Loco»; «Necesito un Hombre Para Caso Urgente», «15 Años»; «Mi Asesino»; «Virutas» y entre una decena más de comedias menores, la substancial «La Madama», que tuviera extraordinario éxito de crítica, de público y de taquilla... pero un trágico resultado. Entre dichas producciones imaginativas, hasta me di tiempo a escribir un librito didáctico: «Vamos a Hacer Teatro».

Treinta y cinco

En efecto, volviendo atrás en el tiempo, el drama asoma su rostro angustiado en este relato. Toda la vida, Ernesto Báez anheló poseer un teatro propio, y lleno de ideales pero sin el menor adiestramiento gerencial, hipotecaron, con su esposa, Aída Reisofer, la vieja casona de Piribebuy y Montevideo para un crédito bancario, que les fue otorgado con dicha garantía. El «Teatro Carlos Antonio López» logró elevarse hasta el techo, pero ahí terminó el dinero, y no hubo refinanciación, ni extensión ni ayuda alguna. El Banco se adjudicó la obra, la equipó, la terminó y la convirtió en el Cine Premier. Ernesto Báez y la familia Reisofer quedaron de hecho, en la calle. Fue un episodio desgarrante, especialmente para un hombre con alma de niño, un artista que creía en la solidaridad de sus compatriotas y las promesas de los políticos, en el amor de los amigos y en la gratitud de tanta gente sobre la que había volcado un diluvio de alegrías y de momentos felices. Tocó vanamente puertas que nunca se abrieron, y él, que nunca se había preocupado por el dinero, cuando quiso utilizarlo para comprar sus sueños, lo encontró insuficiente, escurridizo y perverso. Tarde se dio cuenta de que el artista siempre resultará un pésimo administrador.

Fue un interludio oscuro para el teatro paraguayo. La Compañía quedó prácticamente disuelta, y Ernesto y las Reisofer se marcharon a Buenos Aires.

En uno de mis viajes a esa ciudad, fui a visitarlos a un hotelito de mala muerte que habían arrendado y administraban en un ruinoso edificio de la calle Uriburu casi Corrientes. Llegué justamente cuando a su vez Ernesto regresaba con una bolsa de compras del Mercado de Abasto, y Emigdia sacaba los tachos de basura afuera. Aquello me dolió en el alma y me brotó de muy adentro un discurso. «Que esto no es para Uds. El Paraguay les añora y necesita. Aquí apenas son dos sombras oscuras que sobreviven y allá tienen estrellas que nunca se apagarán». Ernesto me escuchó con atención, y como en la primera vez que me impulsó a escribir «En Busca de María» volvió a desafiarme. «Si me envías una obra que fuera un éxito seguro, me voy», me dijo, y esa vez fui yo el que pronunció «hecho».

De vuelta a Asunción puse manos a la obra y dos meses después le envié el libro de «La Madama». Regresaron, la llevaron a escena y fue el éxito más sensacional de la Compañía Báez - Reisofer - Gómez. Las colas de público ante las ventanillas llegaban hasta el Correo y taponaban la circulación de la calle Presidente Franco. Y fue tan bueno el resultado, que cuando terminó la temporada en el Municipal, el cine Splendid, sobre Estrella, ofreció su sala y los llenos continuaron allí. En medio de la satisfacción que nos llenaba por tan triunfal regreso, no teníamos idea que allí se incubaba otra tragedia mayor.

«La Madama» como otras obras -mías y también de Ernesto- cuyos resultados se publicaban en los medios de comunicación que crecían en alcance, atraían al público del interior, que alquilaba ómnibus para trasladarse en grupo al Teatro Municipal.

Con «La Madama» Ernesto decidió hacer lo contrario, llevar la obra al campo, y al efecto, adquirió una camioneta «Kombi», de hecho un minibus de la marca Volkswagen.

Con ella aprendió a conducir, y ya entonces le manifesté mi aprensión. El que aprende a conducir más allá de los cincuenta años nunca será un buen conductor. Además, Ernesto no tenía idea alguna de los fundamentos mecánicos que deben conocerse para manejar un vehículo, hasta el punto de que apenas había retirado la Kombi pasó por casa a mostrármela y de paso, a confesarme de que «todavía no encontré por donde se le carga el agua». Le costó creer que el motor no se enfriaba con agua, sino con aire.

Con ese vehículo fueron a montar «La Madama» en Villeta, y al regreso por la ruta, en una madrugada oscura fue el accidente que le costó la vida a Emigdia Reisofer. Fue un accidente que como se demostró después no fue por la impericia de Ernesto, sino por la irresponsabilidad de otro transportista que salió de su carril. Pero muy adentro, en el fondo de mi corazón, me reprocho aquel momento, en Buenos Aires, en que prometí un éxito teatral, sin prever que el precio fuera tan doloroso.

Durante las décadas de los sesenta y setenta, prosiguió la insuperada época del teatro en el Paraguay, con numerosas Compañías teatrales que convergían sobre el añoso Teatro Municipal. Zarzuelas paraguayas, comedias y dramas de Néstor Romero Valdovinos, (su mejor obra, «Hilario en Buenos Aires») de Ezequiel González Alsina, (su mejor obra, «Bolí») de Manuel Frutos Pane y Juan Carlos Moreno González, (Sus mejores obras «María Pacurí» y «La Tejedora de Ñandutí») de José María Rivarola Matto, (su mejor obra, «El Fin de Chipí González») de Benigno Villa, (su mejor obra, «Casilda») de Josefina Pla y Roque Centurión Miranda, (su mejor obra, «Aquí No Ha Pasado Nada») de Julio Correa en reposiciones de comedias escritas durante la guerra y la posguerra del Chaco; de Rogelio Silvero, (su mejor obra, «La Vida del Yaguá») de Rovisa, de Alcibiades González Delvalle, y hasta del mismo Ernesto Báez, autor de numerosas comedias costumbristas. La mayoría de estos autores, salvo Rovisa, González Delvalle y Silvero, ya han fallecido. Los muertos, es obvio, ya no escriben. Los vivos, no saben para quien escribir, porque al cerrarse el Teatro Municipal sobrevino la gran sequía teatral que continúa hasta nuestros días, en que, si bien hay buenos actores, no han surgido nuevos autores y no existe una sola sala adecuada al teatro y estímulos del Gobierno o de las Municipalidades, a nivel cero.

Treinta y seis

Después del fallecimiento de Emigdia Reisofer, una fina actriz, May Visconti, ocupó su lugar en el rubro, y siguió la larga trayectoria por la senda del teatro paraguayo. Por mi parte, produje con Neneco Norton una comedia musical, «La Promesera de Caacupé», donde tuvimos el privilegio de contar con la actuación de Óscar Barreto Aguayo. Más tarde, con Florentín Giménez, montamos otra comedia musical, «Loma Tarumá», siendo ésta, la última pieza que dirigiera Mario Prono, poco antes de su muerte. Anecdótico y dolorido, es el hecho de que en los ensayos, reprochaba al bueno de Mario que su energía de director brillante, exigente y riguroso de otros tiempos, de «Interrogante» y «Un Rostro Para Ana» aparecía apenas esbozada, lánguida y conformista en «Loma Tarumá». El hombre callaba y decía «ya vamos a mejorar». Yo no tenía idea de que ya tenía el corazón herido, y se estaba muriendo, como él quería, sobre las tablas.

Años antes, Rafael Rojas Doria y César Álvarez Blanco, desprendiéndose de la Compañía de Ernesto Báez habían formado la propia. Los Compadres, unidos desde 1956, llegaron a constituir en el teatro un fenómeno especial, inédito, de cooperación y de complementación actoral. Eran dos, o son dos, pero al mismo tiempo uno solo. Cuando por breve tiempo y por circunstancias propias del temperamento del artista, se separaban y montaban cualquier comedia prescindiendo uno del otro, no pasaba nada. La comicidad, la gracia, la chispa, la espontaneidad veloz y provocativa se daban en los dos, que de la misma manera que se descubrieron misteriosamente compatibles en radio, en 1956, siguen adivinándose mutuamente en teatro en 1999. Extrañamente, fueron y son prisioneros el uno del otro. Con este dúo y su Compañía, me cabe recordar, en beneficio de la brevedad, una sola pieza que vale por todas las que de ella derivaron después: «Plata Ybygüy Recavo», indiscutible clásico del teatro cómico en guaraní en el Paraguay.

Un capítulo especial corresponde a un excelente actor, Raúl Valentino Benítez, cuando escribí una comedia dedicada al homenaje de los primeros inmigrantes árabes en el Paraguay, que se integraron a la sociedad paraguaya desde los escalones más humildes. El personaje central de «Mustafá» fue Raúl Valentino Benítez, en un pintoresco y respetado personaje de «turco» realizado por el actor con maestría, con recordadas escenas con su contraparte, el legendario ladrón de tiendas «Mbopí Pucú» interpretado por José Olitte. Y por fin, mi última incursión al teatro fue ya entrado en la década del noventa, con la teatralización de una novela de Margot Ayala de Michelagnoli «Ramona Quebranto» que dirigida por Tito Chamorro, fue un éxito en Asunción y Montevideo.

Especial gratitud le guardo al estudioso investigador y fanático «teatrero» Rudy Torga, quien se enamoró de una obra mía: «La Huella de Mangoré» sobre la vida y obra de Agustín Barrios, excelso guitarrista y compositor paraguayo. Rudy Torga mejoró el texto, lo musicalizó y agregó preciosas glosas en guaraní, que hicieron de la obra un espectáculo al mismo tiempo que didáctico, emocionante y dentro de un género híbrido de teatro, literatura y música de brillante resultado en Asunción, en las Misiones natal de Mangoré y hasta en Buenos Aires, debido, más que nada, a la intervención, compaginación, arreglo y dirección del tenaz luchador de la cultura popular que es el señor Rudy Torga.

No todas las comedias escritas en más de 35 años están citadas en este libro. Las que sí son citadas, a mi criterio, son las principales. Llegué a contabilizar 56 títulos entre innumerables comedias breves, recogidas después en libros, comedias largas y hasta dramas. Pero entre tanta tarea, tuve tiempo de repetir en 1982 mi incursión en la narrativa novelística, iniciada en 1965 con «La Quema de Judas». Ese año, en las famosas ediciones «Napa» de Juan Bautista Rivarola Matto, se editó «Los Hombres de Celina», que mereciera juicios elogiosos de Josefina Pla, Roque Vallejos, Hugo Rodríguez Alcalá, Bacón Duarte Prado y José Luis Appleyard. Por su primera edición, me correspondió el «Premio República» de 1983 y el galardón anual de «Los 12 del año» correspondiente a 1984. A la fecha, la novela tiene 6 ediciones más, tanto por la Editorial El Lector, como por la Editorial Comuneros.

Treinta y siete

Considero oportuno a los efectos de este libro, que no es otra que, en vez de narrar, narrarme, incluir algunos juicios que contribuyan a una valoración más cierta de las huellas que alguna vez terminarán en un recodo final. En el prólogo de «Los Hombres de Celina», José Luis Appleyard había escrito:

Por su parte, en el prólogo de la tercera edición, Josefina Pla, expresaba:

vemos pues -con derrotero distinto, sí, invertidos o devaluados, los valores o principios morales; los que consideramos valederos no aparecen valiosos, y se los trastoca tranquilamente, con resultado aparentemente positivo. Pues lo que constituye el rescate de Celina es la condena de Salcedo y la conclusión sería: hay sacrificios contraproducentes. Pero ambas líneas de conducta coinciden en una misma conclusión, para quien las observa y busca su razón y su ley: Lo único válido es el hombre vivo. El sobreviviente. Sobrevivir: That is the question. Así es como -redondeando el pensamiento más arriba insinuado respecto a pícaros y picardía- podría decirse que si el personaje escapa en sí mismo a la definición de pícaro, el mundo en que vive es, éste sí, un mundo de picaresca.

aquí y allá en el bloque que la contiene.



Ya que estamos en juicios valiosos, pido la licencia para citar el de Bacón Duarte Prado, quien expresa en parte del prólogo de «Cuentos y Anticuentos».

En el párrafo final de un extenso prólogo al libro «Los Habitantes del Abismo», escribe el Dr. Roque Vallejos:

En el portal del libro «Teatro Paraguayo Inédito», escribe Francisco Pérez Maricevich:

De la pluma del poeta y crítico Hugo Rodríguez Alcalá, tanto en textos sobre literatura paraguaya como en artículos periodísticos, existen valiosos estudios sobre la estilística literaria que atribuyen a mis cuentos, muy en especial, al lenguaje figurado que descubre el autor en el cuento «El Puente» del que realiza un extenso análisis.

Treinta y nueve

Después de «Los Hombres de Celina», siguió «Memoria Adentro», novela a la que Leandro Prieto Yegros considera la más «desgarrante y devastadora novela paraguaya», que lleva 3 ediciones, incluida la de la Colección de Clásicos Paraguayos de la Editorial El Lector.

También en esa misma colección figuran las siguientes novelas, además de «la Quema de Judas»; «Ocho Mujeres y los Demás»; «Amor de Invierno» y «Manuscrito Alucinado», que llevan, cada una, no menos de 4 ediciones y no más de seis. Con respecto a «Amor de Invierno», muy apreciada por los estudiantes para trabajos prácticos de Literatura, afirma José Luis Appleyard, en el prólogo de la primera edición, lo que expresaba el suscrito en este mismo libro sobre la extensión del término «narrativa» que se refiere tanto a la novela, al cuento y al teatro. En efecto, «Amor de Invierno» es una novela escrita con técnica teatral, y sobre dicho método se explayó el gran poeta y escritor desaparecido, saludando, en el mencionado prólogo, el buen resultado del experimento.

Cierta vez que tuviera una entrevista con estudiantes que hacían un trabajo práctico sobre mi producción literaria, la pregunta de una estudiante me tomó de sorpresa porque descubrió en mí algo que yo mismo no percibía. ¿Por qué, tanto en teatro como en la novela y el cuento sus personajes son mayoritariamente femeninos? Después de satisfacer la pregunta con algún formulismo de ocasión, yo mismo hice un autoexamen. En «Los Hombres de Celina» se narraba la historia de una mujer, en «La Quema de Judas» también. En «Ocho Mujeres y Los Demás» la cuestión era obvia. En «Manuscrito Alucinado» una mujer -difunta para más- lo provocaba todo. En «Memoria Adentro» era también mujer quien desarrollaba la trama. Sólo en «Amor de Invierno» asomaba en primer plano una pareja. En cuanto en el teatro, los más grandes aciertos de mis obras se debían a personajes femeninos, como en «La Madama», «Virutas», «En Busca de María», «Magdalena Servín»,

«El Solterón» y «La Mano del Hombre», donde, estas dos últimas, el papel principal correspondía a la madre del protagonista masculino, en ambos casos, con la interpretación de la inolvidable Sara Giménez.

Examinando la cuestión, la primera conclusión fue que la inclinación por los personajes femeninos nunca fue deliberada. Entonces, como lo haría Freud, había que volver atrás. Y atrás en el tiempo estaba mi infancia. Huérfano de padre muy temprano, mi infancia convivió con dos mujeres de fuerte carácter, mi madre y la abuela Venancia. La primera autoridad que reconocía fue femenina. Elaboraba mis juicios sobre las cosas y las personas, a través del juicio de dos mujeres y empezaba a ver el mundo mirando por el prisma femenino. Creo en tal sentido, que me condicioné sin saberlo para concebir el drama humano mayoritariamente transitado por mujeres.

Por su parte, estudiosos de la literatura paraguaya, en trabajos publicados en el Diario Noticias, consideran que desde «La Quema de Judas» (1965) y siguiendo por todos mis títulos publicados, la narrativa paraguaya abandona su reiterada temática rural e incursiona en el género de narrativa ciudadana, con la ciudad de Asunción como escenario. Me atribuyen así el carácter de iniciador de la novela urbana en el Paraguay, mérito no del todo absoluto, teniendo en cuenta de que en la década de los años veinte, Juan Stefanich ya había escrito y publicado la novela «Aurora» que discurre en la ciudad e incluso describe la catastrófica epidemia de gripe que diezmó a la población asuncena y también se había publicado por entonces una novela lacrimosa, «Papito, Tengo Hambre y Tengo Frío» de Raúl Mendonca, que llegó a ser Director de La Tribuna e hizo llorar a generaciones de amas de casa que nunca habían leído un libro, y cayeron en la fiebre de leer que produjo la novela que tuvo una extensa circulación, constituyendo el primer fenómeno popular de la literatura paraguaya.

Lejos de mí la pretensión de ser excluyente. Lo que estoy narrando es la relación de mis trabajos, pequeña parte de un todo mayúsculo, dentro de un universo donde crecían y se imponían caudalosos talentos de la narrativa paraguaya como Augusto Roa Bastos; Gabriel Casaccia; Hugo Rodríguez Alcalá; Guido Rodríguez Alcalá; los hermanos Juan Bautista y José María Rivarola Matto, Josefina Pla; mi propio hermano Gerardo Halley Mora; José María Villarejo; Ana Iris Chaves de Ferreiro; José Luís Appleyard como novelista; Raquel Saguier, Jesús Ruiz Nestosa; Juan Manuel Marcos y otros grandes fabuladores cuyas obras ya fueron reconocidas y aplaudidas, o recién ahora empiezan a ser revaloradas.

Mi libro «Cuentos y Microcuentos», y «Cuentos y Anticuentos» que llevan numerosas ediciones, contienen invariablemente como portal el cuento «Perrito» conocido y analizado por generaciones de estudiantes secundarios, de la misma manera que entre una veintena, «La Libreta de Almacén», también frecuentemente reproducido en textos de literatura y antologías, tal como los cuentos contenidos en el libro «Los Habitantes del Abismo», en el que se incluye el cuento «La Quiebra del Silencio», plagiado por guionistas paraguayo-brasileños para la película «El Toque del Oboe».

Me han publicado hasta la fecha 25 títulos, incluyendo la edición de mis novelas y los textos teatrales más importantes, incluso, libros de teatro corto como «Para el Pequeño

Tinglado»; «Teatro Breve de Mario Halley Mora» y una antología teatral donde figuran, en el mismo libro, piezas teatrales de Josefina Pla, Ezequiel González Alsina, y quien suscribe.

Incursioné también en la poesía con el librito de poemas «Piel Adentro» en los años ochenta. Roque Vallejos comentó la colección de poemas calificándome, en tanto a poeta, como «centauro ontológico», que hasta hoy no sé si interpretar como insulto o como elogio.

#### Cuarenta

No quedaría completa esta relación de este largo trecho de 73 años de vida, si no me refiriera al periodismo que ejercí durante mucho tiempo, en radios y periódicos, logrando de alguna manera conciliar esta actividad con la de la escritura narrativa en sus tres vertientes, teatral, cuentística y novelística, y hasta con períodos de trabajos como funcionario público, en el Ministerio de Agricultura primero, en el de Educación después, la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia y finalmente en el Ministerio de Industria y Comercio e Instituto de Bienestar Rural, en ninguno de cuyos cargos maneje intereses ni valores, y mucho menos, se me quedaron pegados a las manos, hasta el punto de que si hiciera hoy mi declaración jurada de bienes, sólo incluiría mi casa y un automóvil modelo 1986. Y punto. Pero lo que interesa es el periodismo, de humilde operador en la vieja Radio Teleco, pasé a ser redactor de noticiosos, y esa fue mi primera experiencia. Después pasé al diario El Paraguayo, terminada la revolución de 1947, y que era por entonces órgano oficial del Partido Colorado, al que me había afiliado en 1946, hace 53 años.

Cuando mis hermanos Gerardo y Antonio fundaron Radio Paraguay, también fui redactor de noticiosos, aparte de libretista de numerosos programas radiales. Más tarde, fui co-director, primero con don Leopoldo Ramos Giménez, insigne poeta y prosista de quien aprendí mucho, y después con don Ángel Peralta Arellano, de quien no aprendí nada, del diario El País, que se editaba con las viejas maquinarias del diario El Orden, de la familia Artaza, y que ya habían pasado a pertenecer al Coronel don Pablo Rojas, y después, modernizadas, sirven al actual diario Última Hora, de cuyos inicios también tuve ocasión de participar, en el orden periodístico, naturalmente.

Llegué a hacer, incluso, periodismo cinematográfico, cuando el Coronel Pablo Rojas inició el Noticioso Nacional, para cuya financiación se cobraba un extra a los espectadores de los cines, configurando respetables ingresos que yo, personalmente, nunca llegue a ver, ni a contar, ni administrar y mucho menos ganar. No dudo que alguien se hizo rico con esas recaudaciones. Yo no, porque mi trabajo consistía en llevar los rollos de negativos a un laboratorio de Río de Janeiro, donde se los elaboraban y se agregaban -grabados- los relatos escritos por mí, con la voz de Álex Solhberg, que residía entonces en la «Cidade Maravilhosa» felizmente casado con la hija de un banquero. Aquellos viajes a Río de Janeiro fueron odiseicos, porque tenía que realizarlos en el «Correo Militar Brasileiro», un viejo DC 3 de uso militar, sin asientos y sin tapizados, con el viento frío de las alturas colándose por miles de resquicios. Además, para empeorar las cosas, el avión aterrizaba y

decolaba caprichosamente en cada ciudad, aldea o poblacho de su itinerario, y tardaba como 18 horas en llegar a destino.

No me resisto, en este punto, a contar una anécdota referida al Noticioso Nacional. Tenía un colega, Manuel Chamorro Damus, celoso del trabajo que yo realizaba. Se ofreció a escribir él los textos narrativos, poniendo más pasión y fervor político de los que yo ponía. Le aceptaron y me reemplazó. Pero la cosa no era fácil, porque se grababa a la ventura. En el laboratorio, sólo nos informaban que tal escena tiene tantos pies de película y que a tantos pies de película correspondía tantas líneas de texto y cada línea de texto tanta cantidad de palabras, un verdadero acertijo. El mal resultado se daba cuando se calculaba mal, y el locutor contaba una escena que no correspondía, atrasada o adelantada. Ahí se equivocó el bueno de Chamorro Damus. La escena correspondía a la inauguración del Hipódromo del Jockey Club, donde asistía el Presidente Stroessner. Durante los primeros pies de película, se mostraba el caballo histórico que había ganado la primera carrera en el nuevo circo y de inmediato pasaba a mostrar al Presidente aplaudiéndolo. A Chamorro se le desincronizó el relato verbal, y el que correspondía al caballo quedó para el Presidente, de modo que cuando en escena se lo veía a Stroessner aplaudiendo, el relato decía «y aquí vemos la estampa del noble bruto ganador». Demás está decir que allí terminó la carrera de Chamorro Damus.

Tanto el ejercicio del periodismo como el de la literatura me valieron honores que se resume en la condecoración de la Orden Nacional del Mérito. Pero lo más importante, fue la oportunidad de conocer casi toda Europa, Estados Unidos, Japón, China. Largos fueron los viajes a que fui invitado. Sirvieron para conocer mejor al mundo, y amar más a mi infortunado país.

En el Diccionario de la Literatura Paraguaya, la distinguida autora, Teresa Méndez Faith, incluye mi nombre, Mario Halley Mora, y seguidamente, la información de que fue Jefe de Redacción del diario strosnista Patria, y sólo después, la relación de lo que ella recoge de mi trayectoria literaria. Esa es la síntesis del prejuicio que me marcó durante toda la vida. Primero la postura política, o lo que se considera una postura política, y sólo después, miradas ya a través de un prisma oscuro, la persona y la obra del literato.

Semejante prejuicio penetró tanto, que hasta se dio el caso pintoresco de un crítico norteamericano, redactor de una revista de la Unesco, si mal no recuerdo, de apellido Squiú, que cuando apareció la novela «Los Hombres de Celina», escribió una crítica sin leer el libro, tocando de oído, y manifestando que se trata de una obra rastrera, cortesana y servil con los consabidos elogios y ditirambos al dictador. Quien conoce «Los Hombres de Celina», y no son pocos, conoce que en la novela, como en ninguna de las otras seis y menos en el medio centenar de obras teatrales estrenadas y publicadas muchas, y en la veintena de cuentos, no hay una sola línea cortesana y servil, y a la prueba me remito del examen de lectores y críticos.

Tampoco recuerdo haber publicado un poema, oda o elegía dedicada a Stroessner o a Perón, o a Stroessner y Perón juntos, y a quien me demuestre lo contrario, le pediré humildemente perdón por esta mentira.

Mi tarea como Jefe de Redacción del diario Patria, y el de literato, dramaturgo, cuentista o novelista, siempre se desarrollaron en compartimientos y estancos separados, y a veces hasta conflictivos, hasta el punto de que aquí debo convocar al juicio de un intelectual irreprochable, el Dr. Helio Vera, quien al referirse alguna vez a mi producción teatral, al que vio cargada de sutilezas, entrelíneas y sugerencias audaces, escribió que «no me explico cómo Halley Mora no fue a dar con sus huesos a la cárcel». Esto, no sólo refiriéndose al texto mismo de las obras, sino a los agregados de Ernesto Báez, tantas veces irreverentes y con filos toledanos con la «autoridad» que, lo confieso, me producían escalofríos.

Convencido colorado, ejercí la jefatura del diario Patria como tal. Pensaba sinceramente estar al servicio de mi partido. No fui editorialista ni ideólogo. No avalé con mi firma la clausura de ningún diario ni de ninguna radio, como descubrieron muchos hurgadores de sentinas que buscaron desesperadamente y sin resultado en los archivos algún material que me comprometiera en tal sentido, así como no avalaré hoy, el apresamiento y la persecución política, judicial y policíaca de hombres de prensa.

Mi cargo de Jefe de Redacción, evidentemente implicaba una responsabilidad política y moral, que no rehuyo porque yo, ni nadie entonces, podía salirse de las circunstancias imperantes sin tener algún poderoso padrino empresarial-periodístico, ni de sustraerse al universo nacional y político, ni caer en el extrañamiento propio y de su familia dándose el lujo de orinar contra el viento. Quién era yo, quién era Juan Pueblo, para oponerse a la fuerza incontenible de un régimen bendecido por sus virtudes anticomunistas por los mismísimos Estados Unidos de Norteamérica. Además, creía que Stroessner lo estaba haciendo bien dentro de las circunstancias históricas y políticas de la época, y sigo pensando lo mismo hoy, con perdón a los que sufrieron los rigores de un sistema autoritario que fue un mal necesario después de la anarquía entre 1947 y 1954, que se repite con otros perfiles de 1989 hasta hoy, aunque con los moños y los oropeles de una vestidura «democrática», y el oficialismo está en todas partes, la oposición en ninguna o callada, y la ciudadanía es una convidada de piedra en la merienda de negros, con el perdón de los negros, en que se ha convertido todo.

No obstante, si mi conciencia me hacía reclamos, los aceptaba y encontraba escape en el mismo diario Patria, donde hice famosa y recordada la columna, totalmente apolítica de «Comentario-i», por la que hasta se me reclama reunir en un libro, y donde -en el diario- mi preocupación era la diagramación aceptable del diario, y fuera del diario, en mi producción en general, impolutamente virgen de compromiso político (Recuerdo un apunte periodístico de Roque Vallejos, de que mi obra literaria carece de compromiso político), partidario o sectario. Somos productos de nuestras circunstancias, y cuando ellas son recias y determinantes, siempre cabe la respuesta de algún sesgo de libertad interior, como sucediera con mi producción en las tres caras de la narrativa.

Si el cargo me hacía strosnista, pues entonces lo fui, en igual medida que los que después lo derrocaron a Stroessner, y que luego de beneficiarse de sus privilegios (yo no alcancé ninguno) abjuraron de su posición, denostaron al Gran Jefe, asumieron mimetismo de demócratas, y hoy están de nuevo de vuelta con un nuevo discurso y no muy distintos métodos, salvo excepciones.

Yo era colorado, y si el coloradismo, por lo menos el formal, era stronista o no era coloradismo, yo, necesariamente era strosnista, como lo eran todos los colorados y todos los opositores que no siendo strosnistas, legitimaron al strosnismo participando en los obedientes parlamentos de la época, y de esos sobreviven y hasta se han ensalzado muchos grandes «referentes de la libertad» de hoy, que han olvidado prudentemente su pasado. Yo, por un acto de decencia, no niego el mío, no lo niego ni me afilio a ningún rabioso, condenatorio, y oportunista anti-strosnismo, pero en esta hora crepuscular de mi vida, con la mano sobre el corazón, afirmo que aunque nunca fui perfecto, ni santo ni virtuoso y pequé, tuve debilidades vergonzantes, conflictos duros y ríspidos, gimnasias espinales dolorosas e inevitables en la vida de todo ser humano, odios irracionales y amores prohibidos, jamás robé, ni apresé, ni clausuré, ni delaté, ni hice que nadie quedara sin el pan con un acto de arbitrariedad. Mi blasón es haber llegado a la ancianidad, un poco, sólo un poco, más que pobre. Y en paz con la gente y con mi conciencia, con pocos buenos amigos, pero sin un solo enemigo.

En algún capítulo anterior, mencioné la revolución de 1947, con la que la sociedad perdió, por primera vez, su pastoral inocencia. La segunda vez, en la década de los años sesenta, se produjo con Itaipú. El proyecto, por su majestuosidad deslumbró al pueblo ingenuo y anhelante de progreso. Íbamos, por fin, tener energía inagotable, limpia y barata. El país se iluminaría y los trenes eléctricos trazarían una red de itinerarios por todo el territorio de la República. La electricidad llevaría civilización y bienestar a todos los rincones del país, movería fábricas y nos facilitaría tecnologías de avanzada. Se llegó a acuñar la proclama optimista de que el Paraguay sería el Kuwait hidroeléctrico de América.

El monstruo benefactor costaría dos mil millones de dólares y nosotros sólo pondríamos el río. Costó veinte mil millones y terminamos endeudados por generaciones. Pero lo peor que sobrevino, aunque parezca paradójico, es el río de dinero que la obra volcó sobre el país, que no se canalizó para beneficio de muchos, sino se embalsó para privilegio de pocos.

Donde fluye el dinero hay codicia, y donde hay codicia los valores se pierden, la inocencia se renuncia, la solidaridad se borra. El amigo se vuelve socio, el socio, mañoso, el competidor, sin ética. Itaipú rompió la inocencia y los paraguayos aprendimos a especular para la ganancia fácil. Allí empezó el proceso que nos llevó al vicio nacional del deslumbramiento de la riqueza, haciéndonos corsarios, piratas, falsificadores y contrabandistas. Los paraguayos son los cartagineses de América Latina, dijeron de nosotros en Chile.

Hoy, mi reflexión es que Stroessner hizo mucho bien material al país -se palpa en la comparación de la calidad de vida de entonces a hoy- y quizás hizo mal a mucha gente, inocente o culpable según la tabla de valores de entonces que nadie en el partido Colorado se atrevió a atacar, y muy pocos valientes fuera de él.

Dejo para el análisis la contrastación que deban hacer los estudiosos. Con Stroessner los derechos humanos eran desconocidos, (en rigor, no eran el garrote norteamericano que son hoy) hoy los hay pero van declinando en la medida en que la política se judicializó, el poder

judicial se politizó, y la policía no es auxiliar como debe ser sino protagonista como lo es. Con el autoritarismo había miedo y la delación era una de las caras de la perversidad personal y política. Hoy también ha asomado la fea cara del miedo y la delación reduce a nivel de vecindario la vida política nacional, instalándose hasta en el Congreso, salvo las excepciones que confirman la regla, de algunos señores que han envuelto su señorío en cauto silencio, cuando no en ambigua definición de posiciones. Sólo cambiaron los cucos porque antes eran los policías y los pyragüés y hoy son los jueces, los fiscales y los caudillejos de barrio o de villorrios ensalzados a portavoces de las verdades absolutas. Antes no había democracia, pero había menos pobreza. Había más seguridad entonces, pero no había la libertad que existe ahora, aunque reducida por prudente autocensura. Antes teníamos una corrupción administrada por el Único Líder, hoy la tenemos suelta y en manos de líderes locales -pequeños aprendices de Stroessner- que comparten y compiten el poder a la manera de los generales chinos antiguos, cada cual con su ejército, dicho en forma figurada. El autoritarismo era intrínsecamente inmoral, hoy la democracia la es por contagio y herencia. Antes el inconforme, rebelde o perseguido se exiliaba en el extranjero si se salvaba de la prisión: hoy grandes sectores de la población, pobres de la periferia pestilente de las ciudades y campesinos sin campos, indigentes, olvidados, indios, niños, excluidos en general, viven exiliados en su propio país, abandonados de la Justicia y víctimas de la paternidad irresponsable del Estado que no atina a concebir su propio papel. El Poder, con mayúsculas, fue antes privilegio de políticos y/o financieros; hoy cambió poco, es de político-financieros. Incapaces de resolver nuestros propios problemas, por mucho tiempo, los políticos golpeaban las puertas de los cuarteles; hoy seguimos en lo mismo, sólo que tocamos el timbre de las embajadas. Curiosamente, con el régimen autoritario floreció el teatro y se publicaron más libros que hoy. Merecemos una explicación del por qué la democracia, o lo que asumimos como tal hoy, provoca tanta modorra cultural.

No defiendo la opresión del pasado, sino la incoherencia de todos los tiempos, genética, racial, folklórica. Asumo que hubo opresión en los cercanos tiempos autoritarios, y que en cierta manera, aunque fuera por omisión, formé parte de ella. Si es culpa, la he asumido, y la he pagado y la pago con el pudor de mi silencio, de no meterme de rondón y con un cinismo que no tengo, en el mundo de la política, porque no puedo exhibir credenciales válidas, ni me siento cómodo en un partido que ya no es lo que fue y en un país que no ha logrado ser lo que debe. Además, hoy sólo prevalece el clamor apatotado de los jóvenes cuyo fresco idealismo no se escucha sino se manipula, y así, se pierde en el estruendo de los fuegos artificiales la débil voz de alerta de los viejos o se pierde también en el naufragio de la propia claudicación. No es lo mío arrepentimiento, sino razonamiento. No es expiación, sino respeto a la conciencia.

La vida, amable lector, es aparte de la acumulación de los años y de experiencias, también acumulación de enigmas existenciales. Por qué fui lo que fui y por qué soy lo que soy, son interrogantes sin respuestas que irán aferradas, como las semillas espinosas de la yerba mala (tajhá-tajhá) enganchadas a las vestiduras del caminante, hasta la mortaja final.

Si en cada ser humano conviven un ángel y un demonio, cuál de ellos se llevará el alma al final del camino, sólo Dios lo sabe.

En qué país viví, qué país le dejo a mis nietos. En la respuesta, o en la falta de ella, está la luz de nuestra inocencia o la carga de nuestra culpa.

Yo anduve por aquí  
Mario Halley Mora

### Prólogo

La vida está hecha de grandes acontecimientos y de pequeños detalles. Aquellos no tendrían sentido sin éstos. El Gran Arquitecto diseña la fachada de nuestra existencia pero somos nosotros los que vamos poniendo ladrillos, puertas, ventanas, galerías, arcadas y columnatas. En este libro mi vida dura 200 páginas, más o menos, y 73 años cargados con las impresiones, la gente, los detalles grandes y nimios, las personas importantes o pasajeras, los tiempos felices y los desgraciados, emociones, memoria, experiencia.

La mente, o la memoria, tiene misteriosos mecanismos. Parece registrar a capricho y olvidar al azar. Resucita para alimento de la nostalgia o condena al olvido. No otra fuente tiene este libro.

PLANTÉ, hace 25 años, un árbol de yvapurú, que se llena de frutos cada Setiembre, y es mi satisfacción.

TUVE, de mi matrimonio, cinco hijos que son mi felicidad y mi tristeza.

ESCRIBÍ y publiqué 25 libros, buenos o malos no importa, porque son mi justificación.

### Introducción

Éste no es un libro de memoria, y menos de historia, sino, apenas, un libro de desolvidos. No hay disciplinas cronológicas ni apelaciones documentales. No me he puesto a investigar en descoloridas colecciones de diarios ni en viejos archivos. Mi única proveedora es la memoria. Todo se reduce a recordar y escribir, y de ese modo, dar



testimonio de que yo anduve por aquí, en este mundo ancho y ajeno, como diría Ciro Alegría, sabiendo nada más que el camino andado es largo, y el por andar, previsiblemente corto. Empiezo este libro, ocho días después de haber dado sepultura a mi hijo Paco, como un homenaje a él y como un escape a mi aflicción, que no creo acabe nunca, pero al final de cuentas, es mayor consuelo ponerme a trabajar antes que sentarme a cavilar sobre las injusticias del destino, el peor de las cuales es cuando la lógica existencial se vuelve cabeza abajo, y ya no cabe el dulce consuelo de esperar que mi hijo me entierre a mí, sino vivir la agonía de enterrar a mi hijo. En fin, en memoria de mi querido Paco, van estos deshilvanados recuerdos.

Curándome en salud advierto de nuevo al lector que de la misma manera que éste no es un libro de memorias, tampoco es de historia. Se menciona nombres, hechos, cosas y circunstancias tal como los registrara mi memoria, de niño primero, de adulto después. Los recuerdos son tornadizos y caprichosos. Aparecen torrenciales o escapan como duendes huidizos en los recovecos del tiempo. De ahí el énfasis en esta aclaración previa, en previsión de que el lector encuentre contradicciones y olvidos, fracturas de tiempo o de espacio que deben atribuirse -repito- a la mecánica del recuerdo que tiene su propia tabla de valores para rubricar los hechos insignificantes o no. Un gran poeta medieval alemán, Pope, escribió alguna vez «Puesto que la vida no puede darnos más que echar una ojeada a nuestro alrededor y morir, alcemos libremente nuestro vuelo sobre todo este escenario de la humanidad». De eso se trata, de un vistazo a la humanidad, o de una molécula de ella que fuera mi entorno. Esta recurrencia única a la memoria, acaso idealice a los acontecimientos o las personas, pero como mi mente los registró así, así fluyen sobre el teclado de la máquina. Tal vez haya errores o saltos sincopados para atrás o delante, de fechas o de épocas, pero esos mismos errores, nunca equívocos, son parte de esta substancia que empiezo a construir con los ingredientes de mis observaciones, padeceres y placeres en mi paso por la vida, y más o menos que con estilo literario, con el periodístico que se adecua mejor a lo que es este libro.

## Uno

Fui el sexto hijo varón de don Miguel Halley -sirio- y de doña Elisa Mora, siendo el primero Antonio y el segundo Pedro, que combatieron en la Guerra del Chaco. Después Gerardo, Agustín, Eulalio y yo. Hubo otro varón, Roque, que murió de niño, de modo que me salvé de ser el séptimo varón, proclive, según la leyenda, a convertirse en Lobisón, o Luisón, como se dice en el Paraguay. En el momento de escribir este libro quedamos en pie Gerardo y quien lo escribe. No faltó en la familia el toque de la tragedia. Mi padre, Miguel y su hermano gemelo, Manuel, fueron acribillados a tiros en 1937 en Ajos, hoy Coronel Oviedo, pueblo de mi nacimiento. Contaba mi madre que nunca aquellos gemelos se separaron. Viajaron juntos al Paraguay, trabajaron juntos, vivieron juntos y murieron el mismo día. Juntos, desde el seno materno hasta una tumba doble, extraña caricatura de un útero de la Eternidad. Igual destino le tocó a mi hermano Antonio, asesinado a tiros por la espalda por su cuñado, Carlos Vargas, en vísperas de la Navidad de 1959.

De Ajos tengo vagos recuerdos, aunque por lo contado por mi madre y mis hermanos mayores era poco más que una aldea de frontera, porque más allá sólo se extendía el inmenso bosque del Caaguazú hasta el río Paraná. Tierra de malevos, refugio de fugitivos que tenían la selva donde escabullirse en el patio de los ranchos, la mala fama de Ajos era legendaria. No había Comisario que durara tres meses en el cargo, y no porque se jubilaba sino porque se lo enterraba con las pompas del caso, o con ninguna, víctima de algún entrevero en el que tuvo el desatino de querer imponer su autoridad. Era el pueblo de Ajos de entonces, muy distinto a la culta Villarrica o a la señorial Caazapá, de mucho más contenido tradicional en la composición de la sociedad y de la familia, el cultivo de las artes y la asimilación de una inmigración de pioneros europeos que fundaron familias ilustres. La escuela de Ajos sólo tenía hasta el tercer grado, y aunque no faltara maestra para el cuarto, faltaban alumnos, ya que al despuntar la adolescencia, siempre temprana en el campo, tiempo de concurrir modosamente al cuarto grado, el púber ya se sentía muy hombre como para dedicarse a minucias escueleras, exigía a la familia el correspondiente caballo que certificaba una nascente virilidad de jinete, y no faltaban padres que les ponían como rúbrica un revolver al cinto como resumen y símbolo de iniciación varonil. El siguiente paso era «perjudicar» a alguna desprevénida doncella, en un episodio de estío desolado y cántaro roto, y con el mayor escándalo posible, porque la costumbre mandaba que la cosa tenía que saberse, para la consabida alabanza masculina al macho que despuntaba y la también consabida condena femenina -madre incluida- a la perversa de calzones flojos que había «tentado» al doncel.

Mis recuerdos de aquella niñez en Ajos son esfumados como un espejismo, como sólo pueden serlo los de un niño de cinco o seis años. No obstante, todavía mi memoria se activa cuando mis narices perciben el fuerte olor de los fardos de alfalfa o de tabaco, el del sudor de los caballos mezclado con el aroma del cuero, la boñiga de los bueyes y la exhalación de madera vieja de las carretas. Todavía viene a mi memoria las noches cerradas, erizada de grillos y la asombrosa bóveda del cielo nocturno, donde estrellas y constelaciones brillaban triunfales, sin la palidez de la polución lumínica de hoy que nos deja sólo el esbozo de un cielo que fue. Noche, estrellas, inmensidad y brisa convocaban la idea de la humildad del hombre ante la vastedad del universo, y su pequeñez ante la Creación que se instalaba en el entorno como en una escenografía majestuosa, abrumadora. Apagadas las luces, solía salir al patio o asomarme en alguna galería para contemplar la noche, y de entonces vuelve el recuerdo recurrente y nunca borrado. El de un candil movedizo -vela de sebo dentro de un caja de vidrio-. El farol mbopí, que se desplazaba oscilante en la negrura de la noche, sostenido por algún jefe de familia a su vez seguido por la mujer y los hijos. Sombras que venían de la oscuridad y caminaban por la oscuridad hacia la oscuridad, transitando un camino jalonado de tristes cruces que eran los hitos que la muerte había plantado para indicar el lugar de una desgracia, una emboscada, un entrevero sangriento, un «guazú apí» (tiro al venado) alevé y cobarde, y allí se ponía la cruz, en vano intento de convocar poderes milagrosos. Siluetas fantasmales apenas delineadas tras el mínimo resplandor andante, a las que la noche sorprendía en el camino e iban hacia su destino hendiendo la espesa negrura. A lo largo de mi ya larga vida, siempre recuerdo aquella noche del candil errante alumbrando una caminata de almas en pena, y hasta hoy me pregunto el significado último de esta impresión que no se borra de la memoria, como si mi propia niñez quisiera enviarme un mensaje, una enseñanza o una experiencia sobre el significado de la vida, que

al final de cuentas no es otra cosa que ir abriéndose paso a tientas y con una breve ascua de luz hacia lo desconocido.

Mi mente infante -curiosamente- asociaba la noche al candil guiando a las sombras errantes. A esas sombras al camino -apenas un sendero para caminantes que innumerables pies descalzos fueron trazando en el suelo verde- y al camino con las cruces que la tragedia plantaba como postas para que la memoria de la gente guardara las andaduras de la desgracia. Aún recuerdo el «curuzú Adelina», a la vera de un espeso bosque, donde Adelina pagó con la vida una traición de amor. El «curuzú angelito», donde un chico de tres años, en andas de un padre borracho cayó del caballo y se mató. Y el «curuzú Teodoro», en memoria de un tropero de ese nombre cayó fulminado por un tiro venido de la espesura, sin que nunca se supiera por qué ni por quién. Ornados siempre con su renovado «pañó», aquellas cruces irradiaban milagros -al menos la gente creía eso- y siempre recibían el homenaje peregrino de una oración y de una vela de sebo que cuando el viento no apagaba terminaba derretida en una mancha blancuzca dispersa en el suelo.

Dos

Quizás por esa presencia ubicua de la muerte, y de la santificación de la muerte que tan bien estudia Octavio Paz como fenómeno de la cultura mejicana en su «Laberinto de la Soledad» mi madre se santiguaba despavorida, nativa como era de la sosegada Quiindy, madre de seis varones destinados a hacerse hombres, crecer y tal vez morir a temprana edad en ese universo violento, con moralidad de frontera, donde el acto de matar no hacía asesinos sino arquetipos de arrojo y de hombría, con hombres curtidos prontos a echar mano al revólver o el puñal.

La síntesis de su pavor maternal quizás era el pequeño altar de su pieza de costura, donde siempre ardían velas para Jesucristo, la Virgen y todos los santos protectores de cada desgracia que acecha la vida del varón. Recuerdo que entre esa surtida imagería resaltaba la imagen de su devoción más intensa: Nuestro Señor de la Buena Muerte, o San La Muerte, como se lo conocía en otros parajes rurales, que no evitaba la muerte, sino por lo menos la hacía dulce y pacífica, y era un esqueleto humano sentado y sosteniendo una guadaña. Alguna vez, un seminarista joven de paso por el pueblo, con ínfulas de poseedor de la cultura clásica, le dijo que semejante icono no era cristiano, sino pagano, la Parca de los antiguos y de los infieles. No indujo en mi madre duda alguna, sino indignación ante la descalificación sacrílega del objeto de su devoción y de su esperanza, y si alguna semilla de duda le quedó en el alma, se disipó cuando un viejo cura de Villarrica, que de vez en cuando se atrevía a realizar algún breve y prudente paseo pastoral por Ajos, le afirmó que más importante que el objeto de la fe, era la fe misma, toda vez que fuera sincera y sentida.

Tranquilizada en ese aspecto, el desasosiego de criar varones en un universo tan violento no cesaba. Juntó valor y se enfrentó al marido.

-Llevemos a nuestros hijos a Asunción, quiero que se eduquen.

-Aquí tengo mi negocio, no puedo dejarlo.

«Y también a su hermano gemelo, del que jamás se separa» -habría pensado mi madre-. Y que por otra parte, ya tenía su propia familia aposentada allí.

El negocio aquel, aparece descrito en las primeras páginas de mi novela Los Hombres de Celina, tal como yo lo recuerdo, aunque los personajes de la narración imaginaria son otros.

El conflicto duró poco. Con todos los bártulos en una carreta, mamá Elisa y sus seis retoños iniciaron la dura jornada hasta Villarrica, donde tomarían el tren a Asunción. Papá Miguel, cuyo negocio, almacén, tienda, ferretería, acopio de frutos del país, era realmente grande, según sospecho, recuperó algún soñado celibato, no tardó en traer a una nueva señora en casa e inició otra camada como la que se fuera, tan numerosa que aún hasta hoy día, andando por perdidos parajes, suelo toparme con sonrientes caballeros y amables damas que me preguntan si yo soy yo, les respondo que sí soy yo, y me dicen con fraternal sonrisa «yo soy tu hermano», o tu hermana, según el caso, cosa que acepto tras el breve escrutinio de la nariz pronunciada y los ojos pequeños que son el inconfundible certificado genético de la descendencia de mi padre.

Con el viaje a Asunción, terminó para mí una niñez donde el paisaje agreste y bello ofrecían, al menos al niño aún acorazado en inocencia contra las brutalidades adultas, lo más parecido a un Edén infantil, porque el espacio ilimitado es igual a libertad y la libertad es el señorío sobre el barranco y el arroyo, el fruto y el viento, la miel silvestre y el trote holgazán de aquella yegua panzona que fuera mi primera y única cabalgadura: la exploración de los matorrales y de las hilachas de monte que se introducían en la periferia del poblado, y en el monte, el entrever de los vuelos furtivos de los pájaros asustadizos, flechas vivas de colores plurales, aleteos castigando el viento y estremeciendo las ramas, vida y vuelo, vuelo y misterio. Fascinado, acompañaba a mis hermanos mayores a la floresta. Un machetazo hería el tronco del Curupica'y y al día siguiente el árbol ya había derramado su sangre espesa, alquitrán lechoso y blanco que daba el material para el «mangaysy» donde cardenales y calandrias tortolitas y piritas venían a quedar engrillados tras posarse imprudentemente en el palillo engomado. Ser un niño, tener en las manos un pájaro cautivo, hijo del vuelo, del cielo y de la libertad, produce una sensación de poder y de soberbia que todas las humildades futuras no logran desterrar del alma.

Tantas veces me han preguntado y me he preguntado también a mí mismo, sobre cuándo se formó mi sensibilidad que generó después una vocación de escritor y cronista del entorno humano. La respuesta quizás se dé en mi infancia, y en ella, el contacto con la naturaleza y con la gente, cosa que no cambió cuando la familia se trasladó a Asunción en los años treinta, cuando tuvimos la suerte de instalarnos en una casa quinta de inmenso patio arbolado. Haciendo una comparación burda pero necesaria, no es lo mismo ver el mundo y sus deslumbramientos en la pantalla de un televisor que pisar el suelo, hundir los pies en el barro, cuidarse de las víboras, cazar lagartos, loros y liebres y trepar al árbol a secuestrar pichones; caminar descalzos por el arenal ardiente de verano saltando de hierba en hierba para no quemarse los pies, amasar la tierra roja para fabricar bodoques - proyectiles letales de la «hondita»- o sentarse a mirar la esclavitud circular del caballo moviendo el trapiche cuyos dientes de recia madera ordeñaban de la caña dulce, el mosto

invitante que encendía la sed en la garganta. Todas las sensaciones, los conocimientos y las percepciones son en vivo, abrumando los oídos, deslumbrando los ojos y penetrando por la piel. El viento y la polvareda, la impudicia de la flor desnuda y la tentación del fruto, y hasta el miedo a la soledad pesada y amenazante de la siesta, hacían sentir su imperio, su poder. La roja avispa agresiva, el salto de las liebres escurridizas de mata en mata, las noches en que las luciérnagas salían a volar con sus faritos verdes titilantes, extrañas esmeraldas danzantes de las sombras, los amaneceres anunciados por conciertos de trinos, o por el canto de los gallos que descendían del árbol dormidero a esperar el disciplinado descenso de las gallinas de su harén, que parecían entrenadas a respetar un riguroso turno para recibir su primera ración de amor del infatigable macho. El monte siempre estaba cerca y omnipresente. Arboleda umbría, apretada y con ramas entrelazadas en un verde caos, a través de cuya espesura nunca cesaba el viento pulsando cuerdas invisibles y soplando flautas vegetales, produciendo un sonido constante, musical, himno a la magia de la fronda y a la vida, vibrando en los nidos de las leyendas donde se escondían los genios de la siesta y de la noche, amables, pícaros o lascivos, niños de cabellera rubia o nativos faunos de verga poderosa. Toda la inocencia del mundo en el alma, y el mundo abierto a la exploración curiosa, sin secretos, plantaron las semillas que germinarían en un niño para crecer y convertirse en la naturaleza, el carácter y la misión del hombre.

Tres

Y también la gente, y entre la gente, los arquetipos humanos surgidos de una escala de valores primitiva, y por primitiva pura. Especialmente en los años infantiles de Ajos, donde todo era sobrevalorado, el coraje, la cobardía, el honor. El hombre, paradigma vivo de lo macho, debía ser hombre sin debilidades, y si las tuviera, perdía consideración y estima. La mujer era mujer sin altanerías, y si incurría en ellas no tardaba en entrar a funcionar la «guacha» o el rebenque. La hermosura lo era más si iba ornada de mansedumbre y obediencia y la virilidad se acentuaba en la medida del vigor y de la audacia para demostrarla. Las madres y las abuelas gozaban del respeto hasta el punto de que el hijo varón juntaba las manos y les pedía la bendición; los padres y los abuelos campeaban por la veneración con cierto sesgo de saludable temor. Un buen jefe de familia no era precisamente el padre tierno, sino el severo, el que dictaba la ley y la hacía respetar al mismo tiempo.

Sobresalía sobre este paisaje humano el caudillo, que era en sí mismo y por sí mismo un padre superlativo. Como los caciques del ancestro guaraní, el caudillo era el producto de su propia fortaleza, de su hombría y de su coraje probado en lides extremas. Su casa era el centro de la irradiación de la autoridad, y su autoridad era válida en la medida de su justicia y de su generosidad. Nunca el caudillo campesino de aquellos tiempos fue arbitrario en el sentido que se le da ahora a la palabra. Era acaso bárbaro en el castigo y de extrema crueldad en la revancha, pero también magnánimo en el perdón y solidario en la desgracia. En su entorno, los favoritos trataban de ser la réplica en tono menor del jefe, y los réprobos, mejor se buscaran otros horizontes. No había ley ni estatuto ni código que regulara el ejercicio de su autoridad. La ley y el estatuto eran él mismo. El código nacía de su talante y era distinto en cada detalle, pero siempre igual en el ejercicio de su mando.

Llegaba a su categoría por imperio de su voluntad, su arrojo, y sus condiciones viriles unidos a su astucia y a su «arandú», virtud que no tenía certificación académica, sino era la mezcla de la inteligencia, la penetración en el juzgamiento de los hombres, el conocimiento del alma humana, la prudencia y la picardía, y como suma de todo, el «arandú», cuya traducción más aproximada al castellano es la sabiduría, visceral, infalible, arraigada en un cultura de siglos.

«Guapo» no era el hombre esbelto y carilindo, sino el hombre rudo de poncho y puñal, capaz de domar el caballo más arisco, derribar a hachazos el árbol más robusto, «hombrear» (cargar al hombro) la bolsa más pesada, obligar a los músicos a tocar su polka preferida o solucionar a tiros un problema, lo mismo de polleras que de negocios o de honor. Y por supuesto, guapo admirado era el hombre, semental andariego y furtivo, de mucha descendencia con una diversidad de madres. De la misma manera, «guapa» no era la mujer de airoso porte, sino la laboriosa y servicial, aunque fuera gorda y patizamba, de cántaro a la cabeza, de dar de comer a las gallinas, ordeñar la vaca o desviscerar el choncho con extrema eficiencia, y experta en el fuego del horno; la que encendía el brasero a carbón en la madrugada y durante el día se empeñaba en hacer la vida familiar más placentera, el mate espumoso y en su punto para su hombre, las comidas a hora, la camisa almidonada y las sábanas de blancura impecable.

En proporción directa a la alta autoestima del varón, la tabla de las ofensas era nutrida y la de los halagos reducida, porque la cortesía era comprendida y aceptada, pero la adulación convocaba desprecio. Era imperdonable rehusarse a compartir el vaso de caña, sacar a bailar a una doncella sin el permiso paterno, o en última instancia, materno. Se tenía como agravio mirar con lascivia a las mujeres de la familia, fueran esposas o hijas, y agravio era también pisar los pies del prójimo, si descalzo, en mayor grado, y sin tomar en cuenta que fuera accidental o deliberado. Sacarse el sombrero ante el hombre mayor, en edad o autoridad, era una prenda de cortesía y de respeto, y no sacárselo una ofensa. No era saludable entrar a casa ajena si el jefe de familia estuviera ausente, en cuyo caso había que marcharse enseguida. Símbolo de superlativa hombría eran el caballo y el revólver. Burlarse del caballo atraía consecuencias que tantas veces fueron trágicas. Desarmar a un hombre casi equivalía a castrarlo, tanto por la humillación personal como por el antiguo significado fálico del arma. Solía contarse de hombres levantiscos que «la autoridad» pretendía desarmar y que prefirieron morir antes que someterse a semejante vejamen.

En esa cultura primitiva, la muerte no era un culto en sí mismo, sino un accidente más de la vida que hasta producía un talante desafiante. «Ña manonte arã voí nico». «De todos modos tenemos que morir» era la filosofía del hombre llamado a enfrentar los desafíos. Coraje o fatalismo, semejante forma de encarar el último trance, era acaso la razón del legendario heroísmo del hombre paraguayo en las dos terribles guerras que su país tuvo que soportar. Pequeño país destruido y resurrecto por desnudos, había dicho alguna vez Pablo Neruda.

Si bien a la muerte más bien se lo desafiaba antes que rendir culto, sí se lo rendía a los muertos. En los velorios, las lloronas taladraban la noche con interminables lamentaciones, y no faltaba el amigo del difunto de palabra fácil y de oratoria sonante y nada llorosa, que

dedicaba «loas» al que se marchaba de este mundo, resaltando sus virtudes y alabando su reciedumbre en su paso por la vida. Último vestigio de esta costumbre de «loar» al muerto, encontramos en la letra de una canción guerrera de Emiliano R. Fernández, que llorando la muerte, la primera en las vísperas de la guerra del Chaco, del Teniente Rojas Silva, dice cuando él a su vez marcha a la guerra: «a loá jhaguä ayujhuro Rojas Silva Curuzú». «Para loar si la encuentro, a la cruz de Rojas Silva». Eso, porque por mucho tiempo, la tumba del soldado no era hallada.

En los velorios de los niños que morían -los angelitos- no faltaba la música del arpa y la guitarra, los tragos y las chanzas de los hombres, mientras las mujeres que rezaban y lloraban rescataban también para sí mismas algo de la alegría masculina, porque el niño que moría era el ángel que nacía, y si la angustia afligía en la tierra había que compartir el júbilo del cielo.

Creo recordar, que en el velatorio de los adultos también había música, como testimonia un episodio muy particular que quedó grabado en mi memoria. Mi padre, fuerte comerciante, solía organizar caravanas de carretas repletas de mercancías y con fuerte escolta armada y se internaba en las selvas del Caaguazú, rumbo a la localidad de Yhú, punto de suministro de los obrajes de la zona, y otra avanzada de la civilización, como Ajos, antes de la espesura. Nunca supe qué ocurrencia le motivó para llevarme en uno de esos viajes alucinantes por huellas apenas esbozadas en la selva, soportando el asedio de los mosquitos, del mbarigüí y de las feroces avispa roja, el letal «cava pytä». Caía la noche y la gente empezaba a acampar. El silencio y el descanso de las fatigas se unían para dar lugar a los tenebrosos ruidos de la selva nocturna, porque el silencio del monte nunca es total sino con una cargazón de rumores que producen pavores hondos. Siempre hay algo que trepa entre las ramas, que susurra, amenaza, aúlla o se queja en las altas copas, reptando sinuosa en los matorrales, esconde su andadura en el rumor del viento o se desliza furtivo en los matorrales bajos. La floresta es un rumor vivo, acechante, vitalidad que los miedos ancestrales adivinan perversa, porque convoca la amenaza de la garra o del colmillo, y sugiere la presencia de fantasmas malévolos chupadores de almas. Ese silencio flagelado de rumores y sonidos pesaba sobre la gente cansada cuando de pronto, llegó a mis oídos el sonido de una canción acompañada por las cuerdas de un arpa y guitarras. Más que canción, aquello parecía un largo, untuoso y dolido lamento surgido de un dolor abismal, y la música misma en medio de la verde inmensidad como una intrusión extraña en el concierto forestal de aquella noche. Pregunté a Sebastián, el correoso y callado capataz de la carretada y responsable personal de mi seguridad, qué era aquella música. Sucedió que en la vecindad, había un puesto forestal, y en él, un rancho solitario donde velaban a un obrajero aplastado por un alzaprima. A la canción, Sebastián denominaba «Polka Lasánima» (contracción de Polka para las Ánimas) que se cantaba solamente en noches de difuntos. Hoy día, suelo recordar aquella ordalía nocturna y la canción que tal vez Ortiz Guerrero, que andaba en su juventud por esos rumbos buscando la huella de la india bella mezcla de diosa y pantera, habría escuchado para concebir la guaranía que le sugiriera más tarde a José Asunción Flores. Sin embargo, aún en los más agudos estudiosos de las costumbres paraguayas, nunca encontré referencia alguna a la Polka Lasánima, pero que la oí, lo juro con la mano sobre el corazón.

Cuatro

La familia llegó a Asunción cuando poco antes de estallar la guerra del Chaco. Cuando estalló, mis hermanos Antonio y Pedro, que eran estudiantes secundarios, pasaron, casi adolescentes aún por la apresurada escuela de Aspirantes, y poco después, ya iban camino al campo de batalla, como tenientes. En la misma época, vino a vivir en casa, la abuela, Venancia Mora, madre de mi madre, que de niña conociera los sufrimientos de la Guerra de la Triple Alianza, y no ocultaba para nada un odio visceral a la memoria de Madama Lynch, porque según ella sabía, la Madama quería ser reina del Brasil, y en represalia, Don Pedro II, que padeciendo esté en el infierno, había mandado hordas de esclavos negros a destruir al Paraguay. En los años que duró la guerra, el Señor de la Buena Muerte y el variado santoral del altarcito familiar, consumieron cirios en grandes cantidades, y al parecer funcionó, porque Antonio regresó sano y salvo, y Pedro también, aunque herido y después de pasar un cautiverio hasta 1935 en Bolivia, prisionero como fue en la desastrosa batalla de Strongest. Recuerdo además que mi hermano Gerardo y su amigo del alma, Ernesto Báez, intentaron ir también a la guerra falsificando sus edades. Fueron descubiertos en la maniobra, y los militares los devolvieron a casa con una aleccionadora rapada de cabeza número cero. Pero esa es otra historia, referida apenas para servir de marco existencial y temporal de mi vida, no muy cómoda, de hermanito menor.

La casa donde nos instalamos quedaba en la calle Amambay, hoy Rodríguez de Francia, entre Battilana y Colibrí, es decir, en el centro mismo de lo que es hoy el zoco marroquí del Mercado 4. Era lo que se diría entonces, vivir en las afueras, sobre un callejón arenoso, sin luz eléctrica, con la bendición de un aljibe y con un patio que era toda una manzana. La casa de ladrillos era enorme y rústica, de recios pilares y ancho corredor al frente, con pisos de baldosas cuyos diseños moriscos que se entrelazaban entre baldosa y baldosa me fascinaban extrañamente. El patio en sí mismo, era una selva en miniatura. Llegué a contar como 40 plantas de robustos mangos, con una cohorte de naranjas, aguái, espeso nidal de murciélagos, aguacate, naranjas, limas de Persia, guavirá, y bajhai, mandarinas, el secular yvapovó, escenario salvaje del diario y crepuscular festival de gorriones, tres o cuatro cocoteros cuyas copas era escenario de ruidosas asambleas de pirititas y anós, pomarrosas de azucarado fruto, cedro, araticú guazú, y desde luego, la obligada planta medicinal de limón «sutil» que después me enteré que era «ceutín» por provenir de Ceuta. Mirando y admirando cada árbol, un niño frente a la explosión de la naturaleza, cumplía sin saberlo, el rito de los pueblos antiguos habitantes de los bosques que concebían al árbol como símbolo de la dualidad del hombre, con las raíces clavadas en tierra, y el espíritu expresado en el follaje que buscaba las alturas del cielo. Frente al corredor, la infaltable «parralera» que daba uvas maduras en Navidad y en el cercado de alambre tejido trepaban enredaderas silvestres de flores azules y acampanilladas unas, perladadas otras y coloridas todas. Centinela de la propiedad, sobre la calle Amambay -paraíso de los turistas, la llamó Ortiz Guerrero, nunca supe por qué- era un inmenso árbol de tatarë, espinoso y hosco. Duele pensar hoy que la riqueza forestal del Paraguay, que incluía hasta los patios y las quintas de Asunción, haya quedado reducida, si no aún a nada, a muy poco.

La variedad de pájaros era incontable. En las tardes de verano, cuando el sol ya estaba bajo, pasaban de horizonte a horizonte miles de golondrinas «cola de tijera» (Tuguai



yetapá) que buscando el sol huían de los inviernos, y eran tantas que obscurecían el cielo. Entre las matas del yuqueri espinoso saltaba de rama en rama el pajarillo que nunca quedaba quieto, el masacaragua'i: en las copas anidaba el pitogüé bullanguero cuyo canto anunciaba algún embarazo no deseado según la leyenda. Cardenales y chovys picoteaban y arruinaban los frutos de la chirimoya, del guayabo y de la naranja; en la siesta se escuchaba, siempre lejano, el arrullo de aquella palomita enana de plumaje celeste que llamábamos tortolita, los anós (por otros paisajes lo llaman cuervo) de renegrado plumaje se posaban en las ramas bajas acechando los insectos del suelo, y las piriritas (creo que son las urracas castizas) exploraban en busca de botines insólitos que llevar al nido, donde alguna vez descubrí la peineta que se le perdió a mi madre, botones y cuanto objeto brillaba y el pájaro corsario consideraba digno de formar parte de su extraño tesoro. Pasaban haciendo ruido infernal bandadas de loros y de cotorras en el alto cielo azul, en perfecta formación en V, escuadrillas de aves migratorias designadas genéricamente «tuyuyú cartelero»: el gorrión anidaba en la techumbre de la casa, los tucanes de coloreado pico descomunal siempre estaban de paso y su posada de viajeros era la copa inaccesible del tatarë espinoso. Veloces colibríes de plumajes verdes, azules y amarillos de brillo metálico, fulguraban veloces de flor en flor, el pajarillo de San Francisco, o chorlito, o «benditoseadiós», recibía la llegada de la noche con un último trino que realmente parecía implorar una bendición, por lo que mi abuela Venancia se santiguaba y susurraba amén. El caso contrario, ocurría con el «pájaro de mal agüero», cuya especie nunca averigüé, que durante la noche cerrada pasaba sobre la casa batiendo sus alas negras y lanzando un graznido casi amenazador. La costumbre y la tradición obligaban a responder el tenebroso augurio de mala suerte con el insulto más grueso posible, y doy fe de que la abuela Venancia tenía un repertorio capaz de ahuyentar al demonio más perverso, en forma de pájaro oscuro o como fuera.

En ese patio inmenso, oscuro en las noches cerradas y de follaje verde plateado cuando la luna llena reinaba en el cielo, el niño que fui tuvo su primer contacto con lo sobrenatural, sobre todo ayudado por la abuela, dueña de un rico repertorio de leyendas y de mitos. Yo sabía que por las oscuras arboledas nocturnas circulaban el «pombero» una suerte de genio vicioso y contrahecho que una noche había «tocado» a nuestro perro «Yeb» que murió entre convulsiones, y el «caraí pyjharë», (feo y lascivo señor de la noche) cuya hostilidad se debía calmar con una ofrenda de caña y cigarros al pie de un robusto árbol de cedro; el «pora» o fantasma doliente, acaso el alma no liberada de ataduras terrenas de algún muerto pecador. Y también en el silencio de la siesta, el «yasy yateré», un niño rubio, hermoso, seductor y malvado, cuyo silbido mágico atraía a los niños para secuestrarlos y llevarlos para siempre al mundo de lo desconocido y del miedo. De la época de la Guerra contra la Triple Alianza, venía la leyenda, o tal vez la verdad, habida cuenta del saqueo que perpetraban las tropas de negros brasileiros, de que las familias enterraban en cántaros sus joyas y sus monedas de oro, de «libras esterlinas», y que esos «entierros» o «plata ybygüy», sobrevivieron bajo tierra, en lugares recónditos, a sus propios dueños. Para la abuela, y para todo el pueblo raso, los sitios de los entierros, eran marcados por luces misteriosas o por dolientes centinelas fantasmales que no se liberarían de sus ataduras terrenas mientras el tesoro no era descubierto y desenterrado. La búsqueda de tales riquezas creó una profesión de buscadores que de la misma manera que investigaban apariciones, hurgaban en las historias de las viejas familias, paseaban por los andurriales con mágicos «detectores de oro» o agudas «sondas» de hierro, o invocaban a los espíritus que delataran el sitio de la riqueza escondida. Era creencia popular que muchas fortunas rápidas e inesperadas se

originaran en el descubrimiento, deliberado o fortuito por la erosión del suelo por las lluvias, de un escondido «plata ybygü».

Estos primeros contactos con lo sobrenatural, fue para aquel niño que yo fuera, el principio de la herencia de los miedos ancestrales, los terrores, y los escalofríos ante el poder de las potencias ocultas, que al fin de cuentas, forman parte de la cultura de la humanidad y persisten en el combate milenario entre las tenebrosas aperturas de la superstición, la fe o los dogmas, frente a la presuntuosa libertad racionalista de la ciencia.

## Cinco

El cambio de los agrestes parajes de Ajos por aquel patio arbolado no fue muy traumático, considerando que aunque en reducida escala, volvía a encontrar la naturaleza que ya me había acostumbrado a amar, explorar y comprender. Niño era yo, notorio por su suspensión a la introversión y al ensimismamiento, tanto que la abuela Venancia, rústica matrona de Quiindy, me miraba con desconfianza y le susurraba a mi madre: «Nde Elisa, co ne memby pajhagüé nicó i de meno nungá». (Elisa, este hijo último tuyo es algo «de meno»). En el guaraní castellanizado al «yopará», el «de meno» significaba en términos actuales, algo así como infradotado. No era acertado por cierto el diagnóstico de la abuela de venerada memoria. Uno nace introvertido o extravertido, y a mí me tocó lo primero y creo haber sido afortunado, porque el mundo interior es más rico, la imaginación de mayores vuelos, la observación más aguda y la fantasía inagotable.

En ese tren, tomé posesión de mis nuevos dominios. Le puse nombre a cada árbol, y con el nombre, la calificación de amistoso, hostil o indiferente. Me trepé a cada uno de ellos explorando la accesibilidad de los troncos, la nervadura de las ramas y el azúcar de cada fruto. Abrí senderos en los matorrales, estudié cada nido, identifiqué arañas, escarabajos y mariposas con una curiosidad insaciable. En el gran patio, había una planta de morera, y de ella colgaban crisálidas de seda donde un gusano esperaba convertirse en mariposa. Horas, días, pasaba vigilando el momento milagroso en que la repulsiva larva se liberaría para metamorfosearse en alada flor, colorida bailarina del viento. Una vez, la aprensión de la abuela Venancia subió de punto cuando me vio ensimismado contemplando a las hormigas. Sucedió que mi hermano Gerardo había leído, de Mauricio Maeterlink, un libro, «La Inteligencia de las Hormigas», en el que ponía en la escala de la organización social a las hormigas y a las abejas en primer lugar. Mi hermano me había comentado la lectura, y decidí por mi cuenta, hacer un experimento para saber si las hormigas tenían noción del peso y la fuerza necesaria para moverlo. Coloqué una pizca de carne cruda cerca de un hormiguero, apareció una exploradora y contorneó el manjar como calculando su envergadura, después regresó velozmente al nido y reapareció con media docena de compañeras que cargaron diligentemente la carne y se la llevaron. Siguiendo con el experimento, coloqué otro cebo más grande y más pesado en el mismo lugar. Reapareció la consabida exploradora, midió, calculó, fue velozmente al hormiguero y volvió acompañada por más de seis, tal vez ocho o diez, portadoras. ¡Las hormigas sabían calcular!, fue mi jubilosa comprobación.

Pero nada de júbilo había en el rostro de la abuela Venancia, al observar aquel nieto que parecía camino a una idiotez irremediable, sentado en cuclillas y con la vista fija en el piso.

Hoy, doy gracias al Creador por aquella curiosidad germinal de averiguar el cómo y el por qué de las cosas y de las personas, porque lo poco que hice en esta vida y lo mucho que escribí para bien o para mal, fue porque el niño fantasioso, solitario y ensimismado que fui, me habitó toda la vida, y dicho sea sin exageración, me mostró el camino del propósito y del destino.

Llegó la edad de ir a la escuela, República Argentina, donde tendría por compañeros, nada menos que a Miguel Ángel Pangrazio y Rolando Niella. El primer día de clase fue toda una aventura.

Seis años cumplidos, las orejas limpias de roña, las uñas cortadas al ras, el guardapolvos almidonado crujendo de tan acartonado, los zapatos lustrados emanando un fuerte aroma de betún, y en la cabeza un recorte «cepillo» recién estrenado y oliendo a jabón de coco. Entonces los «útiles» iniciales no pesaban tanto en la que ahora se denomina «canasta familiar» porque consistían en un libro de lecturas elementales y una pizarra con su correspondiente esponja-borrador colgando de un hilo. Y el «lápiz de pizarra» que cuando en casa hacía mis ejercicios previos, chirriaba sobre la pizarra y provocaba en las despobladas encías de la abuela como un shock eléctrico que le hacía salir a la disparada. Después vendrían el cuaderno de veinte hojas «doble raya» y el lápiz «Faber Número Dos» con los cuales trazar los palotes pulcros y ordenado como soldaditos en un desfile. La memoria de aquel día no se borra. Salimos de casa con mi madre, tomados de la mano y con una sensación de fiesta, de un nuevo mundo inaugurado tras un descubrimiento feliz. Pero cuanto más nos acercábamos a la escuela un sinuoso temor invadía y crecía en la medida en que estábamos llegando. Pronto, la tibia mano materna ya no me bastaba como ancla y como refugio. Me aferraba a su vestido y anhelaba meterme en lo más profundo y cálido de su regazo, aprendiendo sin saberlo y por primera vez en esta vida que la primordial respuesta al miedo es siempre el intento de regreso al inexpugnable y sosegado universo fetal.

El convertirme en «escuelero» había perdido todo su encanto. Quería simplemente ser niño toda la vida. Mi madre advertía mi pánico, sonreía y me preguntaba dónde está mi hombrecito valiente. Yo no quería ser hombrecito valiente sino simplemente volver a casa. Pero inevitablemente, llegamos. Los veteranos del segundo grado para arriba me parecían una horda de monstruos burlones. Frente a la escuela, en el portal, una «portera» vieja, gorda y de notorio bozo bigoteril sobre los labios ordenaba imperativa y con eficiencia de tropero que «las mamás se quedan afuera». Aferré las manos de mi madre con más fuerza y noté que ella me miraba con dulzura y con una humedad nuevas en los ojos, acaso, pienso hoy, abriendo en la contabilidad de su largo amor, el primer adiós en la cadena de adioses que fue su vida. Liberó sus manos de mis garras desesperadas y fue, como si todas las tormentas de los cielos se abatieran sobre mí lanzándome a remolinos de miedo y de abandono. Recordé lo de hombrecito y no lloré para no acompañar el coro de aullidos de los otros reclutitas de la vida como yo. Y de pronto, otra mano más joven, dulce y bienvenida, tomó las mías. Alcé la vista agradecido y era mi maestra del primer grado, Delia Bernardes, con una sonrisa de hada buena en su bello rostro perfecto. Me sentí

seguro, amparado y en tierra firme y me encaminé con ella a formar la fila de dolientes del Primero A. Volví la mirada a la calle y aún estaba allí mi madre que sonreía un poco crispada, con la mano en alto, como en un muelle para la despedida. Entramos a la clase al fin, y percibí por primera vez el olor a escuela, mezcla de tiza, inocencia, sudor y almidón, que aún hoy, al pasar por una escuela, convoca mi nostalgia.

Hoy, que tengo nietos y nietas abrumados por un programa escolar de salvaje rigor, alienante y complicado, recuerdo la sencillez sabia de la escolaridad de aquellos tiempos. Del primero al sexto grado, la vida escolar transcurría apacible, con horarios que contemplaban el ocio del niño, su tiempo para la pelota, el trompo (de madera de guayabo, que sonaba musicalmente al girar) y la pandorga, y con la única obligación diaria de llenar los «cuadernos de deberes» en casa, aprender la lección de historia o geografía y practicar con los mayores algo de aritmética. Sin la parafernalia académica de hoy, que intenta volcar sobre el niño un diluvio de conocimientos e hipotecar el tiempo extraescolar en trabajos fatigosos, la enseñanza de aquellos tiempos, que por cierto no produjo una generación de tarados sino todo lo contrario a tenor de los ex compañeros de escuela que aún viven y que han llegado, muchos, a grandes honores académicos, se centraba en los libros de lectura de Ramón I. Cardozo, incomparables hasta hoy, las «Lecciones de Aritmética» de Lucía Tavarozzi, y las asignaturas de contenido práctico como Historia, la nuestra en primer lugar, Geografía también, además de las llamadas «Conocimientos útiles», Cívica y Moral, Música, Lenguaje, que consistía en leer en voz alta prosas y versos escogidos: Caligrafía, Música, Trabajo Manual y Castellano. Para esta última asignatura debíamos tener el «cuaderno de dictado», que fue la manera más práctica que conozco hasta hoy de aprender a escribir, porque consistía en que la maestra iba dictando trozos escogidos de la literatura castellana y el alumno los iba transcribiendo en su cuaderno que después sería corregido con enérgicos apuntes de lápiz rojo por la maestra. El enunciado constitucional de 1870 -vigente entonces- sobre la materia decía que la enseñanza primaria era gratuita y obligatoria. Y no sonaba a hueco, porque niño hallado en la calle en horas de clase iba a parar a la Comisaría policial, y allí se convocaba a los padres para retirar a sus retoños y a recibir la reprimenda correspondiente.

Los años escolares transcurrieron alegres y fecundos. Hicimos los primeros amigos y caímos cautivos de los primeros amores, tiernos, ensoñadores y ruborosos. Maestras tuvimos que no pertenecían a sindicatos, sino a santorales cívicos de los que surgían severas y bondadosas, mujeres que comprendían eso que es hoy una frase hueca cuando se habla del «apostolado de la enseñanza», nos mandaban de vuelta a casa cuando en mayo no lucíamos la escarapela tricolor, vivían en decorosa pobreza y enseñaban con rigor implacable. Almas sensibles que nos daban una amable bienvenida al empezar el año, y lloraban al terminarlo, y lo que es más importante, antes que aplicar sobre el niño las deshumanizadas fórmulas de la pedagogía, ayudaban a entender y comprender con calor y ternura de «segunda madre» como decían los recitados protocolares del Día de la Maestra.

Aún durante la guerra, la vida familiar era pastoral e inocente. Madre y abuela eran la autoridad máxima, como en todas las familias asuncenas en las que persistía el matriarcado espontáneo que se generara en una población masculina diezmada en el genocidio de la Triple Alianza en 1865-70. Severas y dulces eran las madres, buenas las esposas, fértiles las tierras del patio o de la quinta, alegre la casa, dura y sana la economía familiar, libres las gallinas de anidar y empollar en los matorrales. Símbolo acaso de aquella inocencia casi edénica, era para mí, la panzuda lámpara que se encendía cuando cerraba la noche. A la luz de esa lámpara dorada, a kerosene y con su caliente tubo de vidrio, la familia cenaba, los estudiantes leían y los niños hacían los deberes. A su resplandor también madre y abuela dictaban las cartas para los hijos en guerra, que las escribía mi hermano Gerardo, y a su luz también se leía con avidez las cartas que venían del Chaco. «Querida mamá. Quiero que estés tranquila porque me encuentro bien de salud. No creerás que me he dejado la barba porque afeitarse es difícil...» Madre y abuela se crispaban entre el llanto y la risa, imaginando al hijo adolescente con barba. El mobiliario rústico y práctico, que incluía el «catre tijera» portátil, bastidor de madera que soportaba una cama de lona, generalmente proveniente de bolsas desechadas de yerba «Ley, de Segundo Ibarra», que en las noches de verano se instalaban en el patio, jardín y hasta en la acera para pernoctar bajo la brisa nocturna. No había nada parecido al refrigerador, la cocina eléctrica o a gas ni al lavarropas. Se conservaba los alimentos en la «fiamblera» de tejido metálico apretado para impedir el acceso de moscas y cucarachas, se cocinaba en el brasero a carbón y la ropa lavaba la «lavandera» que la retiraba sucia y la devolvía limpia y planchada dos días después. La leche y las pocas verduras que se conocían antes de la llegada de los inmigrantes japoneses, eran traídas a la ciudad por las «burreras» con sus árganas de cuero en los burritos «repletas de naranja y mandi'ó» como dice la canción, provenientes de los lejanos parajes de Lambaré, Ysaty o Villa Elisa. Las comidas eran sencillas, tradicionales y variadas, porque entonces, el fuego, como lo es hoy, no era caro, y el tiempo sosegado y sin velocidades que facilitaba la paciente preparación de los menús. Los menajes de cocina eran sencillos y elementales. El horno o «tatacuá» de ladrillos y barro cocido sobre una pequeña plataforma de madera, se alzaba en el patio. En la cocina misma, reinaba la famosa «ollajhú», negra, de hierro, como de hierro era también la pava y las sartenes, aunque ya existían las de aluminio o de enlozado que concitaban el desprecio de las mujeres, porque cosa consabida era que el calor del hierro y del carbón vegetal o la leña, daban su auténtico sabor a las comidas, o del mate cocido en la pava. La cafetera, el cucharón de variado uso y el infaltable mortero de madera labrada para moler maíz y todo lo molible en el ceremonial «ñembisó yobai» de las dos mujeres de la casa. En un pequeño estante, estaban los condimentos conocidos de entonces, la sal, la pimienta, el comino, el orégano, el curatü, el ajo, la cebolla, la albahaca y el perejil. El menú incluía la rutinaria sopa de puchero, ensalada de lechuga o de berros, carne vacuna en diversas formas, la más deliciosa en «asado a la olla» con mandioca tierna y acabada de hervir. El espeso «locro Ipócué», sopa de locro en la que hervía y se volvía gelatina una pata de vacuno era una delicia que sólo debía consumirse una vez por semana, porque tenía demasiado «alimento», como decía la abuela, y hacía estallar la gordura. El horno se calentaba sólo en días de fiesta, para el «ryguazú ca'ë», gallina asada, la sopa paraguaya que como se sabe no es sopa sino sólida torta de maíz, más rica si la receta incluye el «quesú Paraguay», el huevo y una pizca de leche cuajada: el chipá aramirö y el caburé acú, (caliente) pan cocido en una varilla de rama verde, de un subproducto del almidón, el tpyraty que se vendía en los almacenes en grandes bolas como balas de cañón, y que había que comerlo sujeto a su rama, y caliente,

porque al enfriarse se volvía duro como la piedra. La carne secada en tiras colgadas del maderamen del techo, a la que se llamaba cecina, acompañaba también al locro de patas o puestas directamente sobre el fuego del carbón se asaban y obligaban a un ejercicio de masticación esforzada y paciente. Recuerdo que a aquellos asaditos rápidos, espontáneos a los que se recurría para saciar rápidamente apetitos inesperados y urgentes, la abuela llamaba «chambuchina» una palabra guaranizada, a partir de la castiza «chamusquina» que hasta hoy es plato popular en España. El desayuno habitual consistía en café, con leche, o mate cocido con leche y galletas, en grandes jarros enlozados. Del andai, zapallo dulce, salía el exquisito quibebé, una suerte de puré azucarado que constituía el postre más apreciado, suavizado su sabor con un poco de leche. A propósito, no existía la palabra postre como se la usa ahora para designar la golosina con que terminan los almuerzos y las cenas, que entonces se denominaba curiosamente «sobremesa». Existía también, pero para fechas especiales, la variedad de comidas típicas que se renuevan hoy en las Fiestas de San Juan, como el chicharö, el payaguá mascada, y las demás delicias de la rica culinaria criolla.

Como la lámpara emblemática del espíritu del hogar, también recordamos el cántaro de agua. Colocando en el rincón más fresco de la casa, el cántaro casi púrpura, de gruesa arcilla cocida contenía el agua para beber, traída del aljibe o el pozo, colada con un trapo immaculado con la ingenua pretensión de que el elemental filtro retuviera todos los agentes patógenos. Sobre la boca del cántaro, un plato a la manera de tapa, y sobre el plato, un jarro. Todos bebíamos de esa agua y con ese jarro, y ofrecer al visitante acalorado un jarro de agua del cántaro hogareño era una señal de hospitalidad y de cortesía. Ocurría algunas veces que el visitante que bebía del jarro común, primero extraía un poco de agua, enjuagaba el jarro, derramaba y sólo después volvía a extraer el agua. Esto de enjuagar el jarro era lo más parecido a una ofensa, si mis recuerdos de la reacción de la abuela Venancia no me mienten, y que consistía en una expresión murmurada de enfado sobre que el individuo estaba muy equivocado si creía que estaba bebiendo agua de una familia de leprosos o de tísicos.

Recién en los cuarenta aparecieron los primeros refrigeradores, los más codiciados «Servel Electrolux», que aunque parezca mentira, funcionaron a kerosene, y los receptores de radio metidos en suntuosos muebles que pasaban a ser orgullo y adorno de las salas distinguidas.

Las diversiones infantiles eran pocas e inocentes. Tras las procesiones, las calesitas y los juegos de azar. La que más me embelesaba eran los paseos «al Mandarin», un campo como de cien hectáreas perteneciente a un europeo, sobre lo que es hoy la Avenida General Santos, entonces barrancosa y de tierra colorada. En época de fructificación, millares de plantas de mandarinas maduraban sus frutos, que eran tantos que se perdían, de modo que el generoso caballero permitía que caravanas de paseantes entraran libremente en la perfumada heredad, a hartarse de mandarinas dulces y doradas, o llevarlas a casa en bolsas o canastas. Iba yo de la mano y al cuidado de María Ana, una vecina joven y hermosa, hija de don Mbatuí, sobre el que nos referiremos más adelante, y hoy una anciana ya y próspera empresaria en el Mercado 4. Otras distracciones eran el fútbol, el «bolero» y el trompo, con el que se jugaba el canibalesco torneo que terminaba con la destrucción, a golpes de púas, del trompo adversario. Pero el juego que más capturaba mi imaginación era el de hacer

volar pandorgas, y entablar riñas aéreas con ellas. De un libro anterior mío, «Parece Que Fue Ayer» extraigo lo que sigue:

«LA PANDORGA. En rigor, debería titular este espacio con el más castizo «barrilete» o «corneta», pero prefiero pandorga, porque es así como los niños conocimos aquel delicado artefacto volador. Su construcción requería una pericia artesanal que no excluía elementos artísticos, y curiosamente, un conocimiento sorprendente de las leyes de la física, y en ellas, las de aerodinámica. Liviana para ser dócil al empuje del viento, equilibrada para aprovechar al máximo su fuerza ascensional, ciencia aerodinámica instintiva, acaso derivada de la observación del vuelo de los pájaros, presidía la construcción de la pandorga, y existían artesanos improvisados, pero famosos por la precisión y donaire de sus productos. Todo empezaba con el cuidadoso pulido de sus «palitos» extraídos de la tacuara, que en cantidad de cuatro, seis u ocho, nunca en número impar, formaría el «armaje» de la pandorga, un círculo perfecto de tacuara y hilo, que los fabricantes puntillosos colgaban de un hilo atado exactamente en el centro. Si el «armaje» suspendido de esa forma no adoptaba una horizontalidad perfecta, no habría equilibrio y se corregía el armazón, una y otra vez. Después empezaba la parte artística. Al «armaje» habría que recubrir de papel de seda de diversos colores que se combinaban estéticamente formando caprichosos diseños, como la «media luna», «tajada», «tajada cortada», «tajadita» o «tajadita cortada», con los trocitos de papel combinados con ciertas reminiscencias del arte vitral. Se descartaba como pegamento la «goma arábica» porque agregaba mucho peso, y se prefería en cambio el «engrudo» que era una mezcla de harina con el jugo de algún cítrico que se amasaba cuidadosamente. Pegado el papel al «armaje», venía la parte ornamental, en forma del llamado «centro», una suerte de encaje redondo de papel de color contrastante con los de la pandorga, que se pegaba en el centro exacto de la joyita voladora que iba tomando forma. Más adelante, las «piriritas» que eran tiras de papel de colores variados pegadas a manera de airosas cabelleras alrededor del círculo, y que al volar la pandorga producía un atrayente siseo y un armonioso efecto de coquetería femenina, de diosa de seda haciendo jugar el viento con sus largos cabellos. Una variante de la «piririta» era la «perereta» consistente en un hilo flojo que cruzaba horizontalmente, de borde a borde la pandorga, y que tenía, el hilo, pegado una cadena como de dedos de papel que al recibir el viento, batían la lisura de la pandorga como si fuera la tensa piel de un tambor. De la primera fase artesanal y de la segunda fase ornamental, se pasaba a la física, con los «barbijos». El «barbijo de hilo» debía ser un triángulo perfecto de riendas, a la manera de tres tensores. Uno que partía del costado superior de la pandorga, otro que partía del izquierdo, y el tercero, del centro, para unirse más o menos a 20 centímetros. Cualquier desequilibrio echaba a perder el vuelo, y sobre todo, si el tensor del centro era más largo de lo debido el vuelo era desfalleciente y perezoso, y si más corto, caprichoso y difícil de controlar. Terminado el «barbijo de hilo» venía el «barbijo de cola» con hilos tensores que partían de los costados inferiores, a izquierda y derecha de la pandorga, formando también un ángulo colgante cuyo tercer tensor, era el sitio exacto de donde colgar la cola del artefacto volador, ni muy pesada, porque ponía lastre el vuelo, ni muy liviana, porque «cabeceaba», giraba y se incrustaba de cabeza en el suelo, o en el ramaje inaccesible de un árbol alto. El material para la cola provenía generalmente de los retazos de telas celosamente atesorados en el costurero materno, convertidos en finas tiras. El hilo preferido para remontar las pandorgas era el de marca «Cadena» y número 16, grueso y fuerte, pero no tan pesado como para producir el «kyjhá» o hamaca, como se decía a la curva que mostraba el hilo de la pandorga en vuelo,

ocasionada por su peso. Tener mucho «kyjhá» era un desdoro para todo pandorguero que se respetara. Durante el vuelo se producían incidentes o accidentes. La pandorga cabeceaba enloquecida si tenía cola liviana y generalmente iba a encontrar su triste «cali'ú» (catástrofe) destrozada en el suelo. Otras veces una ráfaga de viento particularmente fuerte ocasionaba la rotura del hilo y la pandorga se precipitaba desde las alturas y era llevada por el viento, girando desmayadamente. Entonces, de la chiquillería sonaba el grito de «O sóoo» (se soltó) que era como una señal para que la turba infantil se lanzara a la carrera al rescate de la náufraga de los cielos, pues imperaba la ley con reminiscencias de códigos marinos, por la cual pertenecía al más hábil, veloz y sacrificado de los rescatadores, habida cuenta de que había que atravesar patios ajenos alambrados con púas o vigilados por perros, sortear zanjas, matorrales espinosos y hasta trepar a un árbol para el rescate. En ese oficio de corsario se especializaba un amiguito mío, hoy ya fallecido, Sebastián Benítez, que arteramente roía a hurtadillas la parte del hilo que quedaba en tierra, y cuando «se le daba hilo» a la pandorga para que subiera más alto, se soltaba y el accidente encontraba ya a Sebastián en el sitio exacto, acaso a un kilómetro, donde caería la pandorga.

Frecuentemente, una mala maniobra significaba que la cola se enredara con el hilo, la pandorga perdía equilibrio y caía girando sobre sí misma, hecha un amasijo de colores, trapo y hilo. A este accidente se denominaba «catillo kay», devenida de «quema de castillo» como se denominaba en otros tiempos a fuegos artificiales que dibujaban la silueta de un castillo en llamas. Pero lo que me suscita mejores y más emocionantes recuerdos, era los «ñua'á» o desafíos, riña o combate aéreo entre pandorgas que generalmente no eran tramados de antemano, sino desafíos espontáneos. Sucedió que un grupo de chicos volaba pacíficamente sus pandorgas, cuando otra, remontada desde otra calle u otro barrio, hacía una aparición amenazante, desafiante, y por encima de las desafiadas. Las más peligrosas eran aquellas que irrumpían armadas con dos hojitas de afeitar colocadas en cruz en la punta de la cola, que se transformaba así como en el arma letal del escorpión. Su intención era cortar el hilo de la pandorga atacada y someterla al pillaje de los espectadores anhelantes. A su vez, la pandorga atacada tenía la posibilidad de un ascenso veloz, «enredar» a la agresora y según la rapidez con la que se recogía el hilo, derribarla en territorio amigo, en cuyo caso, la prisionera pertenecía al victorioso. Para la suerte del combate, eran fundamentales las características de las pandorgas. «I pua'é» (es rápida) significaba que respondía con velocidad a los tirones para subir agresivamente en persecución del enemigo. «Jho'á porá» (cae bien) se decía de aquellas que para atacar o escapar del ataque, casi libre del hilo, caían a plomo sin perder sustentación. Hasta hoy, a tantos años de distancia, recuerdo nítidamente algunos épicos duelos aéreos de primorosas y valientes pandorgas, a las que asistía siempre solo como espectador, porque se daba el caso de que yo era mal piloto de pandorgas, porque mirar a las alturas azules e infinitas donde se debatían las aladas guerreras de papel de colores, me producía vértigos. En la inocente niñez de entonces, negarse a un desafío era una cobardía que echaba una severa sanción moral sobre el «py'á mirí» (espíritu débil) que rehuía el combate. Pero sí había derecho a negarse a combatir, cuando la desafiante era una pandorga derrengada, barata y de papel tosco. Algo así como que el caballero de brillante armadura no podía perder decoro aceptando el reto de un plebeyo montado en mula.

La pandorga clásica, redonda, tenía algunas variantes como el «aeroplano» cuyo armaje simulaba el fuselaje de un avión con alas, torpe de remontar y difícil de sostener en vuelo. El plebeyo de la raza era el «cuarullé», deformación de cuadrillé, que era de dos palitos en



cruz y forma cuadrada, armado con papel de estraza y sin gracia alguna. El «cururú» (sapo) tenía tres palitos y realmente parecía un batracio en vuelo. El «taguató», nombre de un ave de presa era solo de dos palitos, uno largo y otro corto y en cruz. Armado, tenía forma de barco. Se lo confeccionaba solo para el combate aéreo y era temible por su velocidad. Pero en la cúspide estaba el «lucero» de complicado «armaje» sobrepuesto, recargado de colores, «coronas», «piriritas» y «pereretas» de vuelo majestuoso y lento, por lo que era un abuso atacarlo en vuelo, y despreciable acto de pillaje y vandalismo. Un adorno en el cielo, que aquella infancia de antaño, destructiva en muchos aspectos, respetaba por su belleza.

En estos tiempos, suelo ver pandorgas de plástico, hechas en serie posiblemente en el Brasil. Acaso en diseño, material y construcción, sean más fáciles de volar y menos destructibles que las hermosas y frágiles pandorgas manuales de mi tiempo infantil. Pero no tendrán aquellas pandorgas importadas la magia y el espíritu y el duende de las joyas artesanales que se elevaban desafiantes a las alturas, inconscientes de su endebles de seda y tacuara fina, y sólo orgullosas de su brío, del airoso revoleo de sus cabelleras ostentosas y del tamboreo marcial sobre su pecho de papel de seda. Pandorgas que vi nacer hechas a mano, proyectadas sobre un plano de fantasía, galeón milagroso para el descubrimiento de las alturas o bergantín para el combate en el mar azul del espacio. Y sobre todo, fecundadora de imaginación y del sueño, de la ilusión de explorar espacios desconocidos, el país del viento y el nido de las tormentas con una sonda curiosa cautiva de un hilo; de las viscerales, antiguas leyes del combate, las reglas del honor infante, del pillaje justificado o no, como un universo en miniatura para una humanidad en miniatura que era entonces la niñez, despertando a la vida en medio de la inocencia pura, sin la traba ni el aporte de la electrónica que lo facilita todo, lo mueve todo, vive con sólo presionar un botón, ahorrando el esfuerzo muscular y la incursión alocada, como de mariposa borracha, de la imaginación, de lo repentino, de lo espontáneo, lo hábil, del puro reflejo de la reacción ante el viento y el sol; la furia o la mansedumbre de los elementos contra la fragilidad de un hilo que sostiene allá en lo alto una fantasía viva amenazada por la hostilidad de un «yilé» pendiente de la cola de un jinete cataclísmico galopando en la vastedad del cielo.

Siete

Con perdón por esta digresión, retornemos el tema. Creo haber descrito desmañadamente el nuevo hábitat que me tocara con el traslado de la familia a Asunción. Casi al mismo tiempo estallaba la guerra del Chaco y los hermanos mayores habían marchado a ella. La contienda marcó toda una época de la vida familiar. Existía una veneración de héroes para quienes iban a combatir y un desprecio absoluto para el que eludía su deber con la patria. De esa manera frente al gesto heroico del combatiente se alzaba la despreciable figura del «emboscado» (o sandía ybygüy - sandía bajo tierra) como se designaba al cobarde. Solía contarse al respecto, el rumor o la leyenda o acaso la certidumbre, del hijo de un ilustre poeta cantor de las glorias nacionales, que vivió los tres años de la contienda en un aljibe. Desechado, por supuesto. Yo, personalmente conocí a un hombre que vivía en los fondos de nuestra propiedad, llamado Julio, que intentó pasar los años de guerra apoyándose lamentablemente en un par de muletas luciendo la estampa doliente del «mutilado de guerra» pero no contó con los famosos y temidos «pomberos»,

que eran una patrulla de tres fusileros que se lanzaban a reclutar a punta de fusil a cualquiera que tuviera edad para combatir y no tenía uniforme, para enviarlos sin demora a la primera línea de combate. Semejante mala suerte le tocó a Julio, descubierto en su disfraz heroico, a quien, dicho sea de paso, recuerdo como el más fino artesano constructor de pandorgas, y que lamentablemente jamás volvió de la guerra.

En el hogar familiar la guerra era una presencia constante y amenazadora. Mamá Elisa y abuela Venancia rezaban diariamente por la suerte y el amparo de los muchachos en el Chaco, y encomendaban su vida y su bienestar a todos los santos del altar familiar. Otro trabajo era la preparación de las «encomiendas», que consistían en paquetes de abastecimientos que la Cruz Roja hacía llegar a los jóvenes en las trincheras. Limitada en su peso y tamaño, la «encomienda» debía ser de gran utilidad práctica y liviana al mismo tiempo. Una de las grandes necesidades del combatiente eran el alimento, las medicinas y el agua. Con el agua, no había modo, pero en cuanto a los alimentos, la sabiduría de la abuela Venancia, que jamás había leído un almanaque siquiera y mucho menos algún código alimenticio, concibió una síntesis de la buena alimentación sobre la base del poder energético del azúcar. La «encomienda», por tanto, consistía en provisiones de dulce de maní, de guayaba o de batata, poderosamente azucarados, y una lata de poco más de un kilogramo con un preparado con una fórmula de su invención, maní tostado y molido con maíz también tostado y molido, con un poco de canela, anís, y desde luego, mucho azúcar. Se formaba así una apretada y poderosa pasta alimenticia, repleta de proteínas vegetales e hidrato de carbono, pero que de sal, no tenía nada, porque la sal produce sed.

Habría que citar, por lo menos para la información, a las «madrinas de guerra» que también enviaban «encomiendas», y muchas, cartas amables, alentadoras, dulces, que acompañaban la soledad y los sacrificios del soldado. No conozco en la historia de las guerras esta costumbre de generosidad, desprendimiento y solidaridad femeninas con el combatiente, pero era vigente aquí, durante la guerra del Chaco, acaso el último episodio histórico donde funcionara con todo su vigor, la virtud del patriotismo que hoy parece haberse perdido. Ellas, calmaban con sus envíos y sus cartas la sed de comunicación que angustiaba al soldado en el infierno verde y seco, aunque no la otra, la sed auténtica, el ansia por el agua que fuera en tantas batallas la diferencia entre la vida y la muerte, la victoria o la derrota.

Este horror a la sed estaba justificado porque el Chaco era un campo de batalla sin agua, y los combates por la conquista del pozo, la aguada o la laguna, al margen de otras consideraciones estratégicas. El soldado podía olvidar su fusil, pero no su «caramañola» como se designaba a la cantimplora, recipiente para el agua que formaba parte de su equipo. Y después de la guerra se mentaba que en ambos bandos hubo más bajas mortales por la sed y por la ingestión del agua contaminada que producía tifus y disenterías, que por las balas adversarias.

No faltó en aquellos tiempos, un alemán borracho, inteligente y aprovechado que inventó, a manera de las conocidas bombillas de tomar mate, un tubo de latón que terminaba en un extraño artilugio. A este artilugio el alemán llamaba «filtro purificante» y según él, con el tubo se podía sorber el agua más pútrida que llegaba pura a la boca. Mi madre compró aquel aparato con intención de incluirlo en la próxima «encomienda», pero

la abuela Venancia, desconfiada, decidió probarlo por sí misma. Sorbió el agua más sucia de un charco en el gallinero, y naturalmente, contrajo una severa colitis con grandes calambres estomacales. Pero no se quejó, porque había demostrado que el alemán borracho era un estafador que medraba con las angustias del prójimo.

La ciudad de entonces era una gran aldea sosegada y dormida, llena de sonidos. Durante las noches calmas se escuchaba en la ciudad las campanadas del reloj de la Catedral o el gemir de los tranvías -ya eléctricos- acelerando en las pendientes de la Avenida Colombia, hoy Mariscal López. Tan silente eran las noches, que también se escuchaban el canto de los gallos en la profundidad de las horas, una cadena sonora que anunciaba lluvias o tormentas, y los silbatos de vigilia de los agentes policíacos de la noche, que daban así fe de que estaban despiertos y alertas y no dormidos en algún apacible zaguán. Los cañoneros Humaitá y Paraguay eran los principales transportes de tropas al frente, además de otros barcos de pasajeros convertidos para usos militares. Pero el más notorio era el vapor «Cuyabá», que también transportaba soldados y fue famoso por su poderosa sirena que sonaba cuando partía del Puerto llevando su carga heroica. El sonido de aquella sirena llegaba a los últimos confines de Asunción, con una resonancia lamentosa y dolida casi de ceremonial fúnebre, porque parecía llanto, aullido de dolor desesperado. Las mujeres, al escuchar el desgarrador lamento, se santiguaban y oraban a los santos por la suerte de los alegres soldaditos que parecían ir a una fiesta más que a una guerra.

Aneecdótico pero sugerente de aquellos tiempos viriles, es la existencia, a orillas del río Paraguay, de un paraje que los soldados bautizaron «Puerto Yepetí». Era apenas una curva del río donde concurrían a ejercer su oficio las lavanderas. Cuando pasaban los barcos cargados de soldados, aquellas mujeres no concebían mejor saludo que alzarse las polleras (el yepetí guaraní) y exhibir el trasero para gozo y jolgorio de la soldadesca. Durante años, procuré desentrañar el significado de este ceremonial de glúteos al aire, y todo lo que se me ocurrió, acaso llevado por mi imaginación poética, es que las humildes mujeres rendían el homenaje de su feminidad más oculta a la virilidad del hombre que iba a combatir, como diciendo «vayan, combatan, venzan y vuelvan a tomarnos».

Pero no todas las sirenas eran heraldos del dolor y del adiós. Había otras que sonaban triunfales anunciando los «partes de guerra» que daban noticias de las victorias en la guerra. Sonaban las sirenas de las fábricas, de los barcos surtos en el Puerto y de los molinos, el silbato de los trenes y la inconfundible sirena del diario La Tribuna, que además instalaba en la fachada de su edificio de la calle General Díaz un pizarrón con el texto del comunicado triunfal... y la lista de los caídos en la hazaña. La gente corría, cuaderno en mano, a copiar estas listas con la aprensión de encontrar el nombre de un amigo o un pariente caído en combate. También en esos tiempos, el genio previsor de Eligio Ayala, que anticipaba la guerra inevitable y adquiriría armamentos, también se había extendido a la necesidad de las comunicaciones, y según cuenta mi hermano Gerardo, facilitó a un señor Artaza la instalación de la primera emisora de Radio en el Paraguay, ZPI Radio El País. A ocho cuadras de mi casa, sobre la calle Perú, la última empedrada y con luz eléctrica antes de los andurriales periféricos de la ciudad, vivía un próspero caballero que disponía de un enorme receptor Telefunken. Cuando la radio difundía noticias de guerra, el buen señor ponía el armatoste a todo volumen y abría las ventanas de su casa para que la multitud ansiosa y apiñada se enterara por este medio de las informaciones del frente. Éste y no otro,

fue el comienzo de la radiofonía de servicio público en el Paraguay, cuya historia está por escribirse.

La prensa escrita era escasa, y el diario La Tribuna el más leído y difundido. Un caso digno de investigaciones más profundas era el pequeño y rústico semanario «Ocara Poty cué mí», que puede traducirse como «pequeñas florecillas del campo», y era del tamaño de un cuaderno escolar, de 36 páginas y editado por un pionero con imprenta propia, don Félix Trujillo, y con tipografía a mano, de caja. De pequeño formato, ya aparecía antes del estallido de la guerra y difundía en versos en guaraní la naturaleza de la amenaza boliviana. Era de gran demanda popular y los niños que la voceaban proclamaban a gritos el estribillo de: «Ocara poty cué mí, pe yoguá ke lo guaymí chaque bolí o ñe mo angüí». (Ocara Poty cué mí, compren las viejas, que los bolivianos se vienen acercando). Durante y después de la guerra, el pequeño semanario ayudó a crear un riquísimo repertorio poético de la contienda, recogiendo los versos inmortales de Emiliano R. Fernández y de otros poetas combatientes, en idioma guaraní, que han dejado testimonio escrito, cantado y grabado en discos hasta hoy, de la naturaleza heroica de las batallas y de las victorias del Chaco, los sufrimientos del soldado y las paciencias y angustias de la retaguardia. Hoy día, la descendencia del diligente señor Trujillo, es la única que posee la colección completa del semanario heroico, y se cuenta que se niega a venderla ni por su peso en oro. La prensa argentina, especialmente el diario Crítica, que hasta disponía de un avión para sus corresponsales en el frente, era adicta en general a la causa paraguaya, y el público esperaba con avidez el «vapor de la carrera», o «paquetes» de la Compañía Mihanovich, cómodos, lujosos transportes fluviales de pasajeros (Ciudad de Asunción, Ciudad de Corrientes, Ciudad de Montevideo) que llegaban a Asunción los sábados, procedentes de Buenos Aires, trayendo los ejemplares del mencionado diario, y de los otros.

## Ocho

Para ir cerrando este capítulo de mi niñez durante la guerra cabe mencionar que de la misma manera que la producción agrícola del país no sufrió mengua alguna por la ausencia de los hombres, se mantuvo estable, y ¡hasta aumentó!, con el trabajo de las mujeres paraguayas. Nunca hubo «desabastecimiento» (como se dice hoy) alguno, y por añadidura, cada familia que tenía un combatiente en el frente, adquiría derecho a retirar «provistas» de la Intendencia de Guerra, a cargo del General Sampson Harrison, alto, de ojos azules, que más parecía un lord inglés que un General paraguayo, que me tomó afecto y me hizo confeccionar un uniforme verde olivo de mi tamaño. Yo solía acompañar a mi madre a ese edificio que aún está en la calle Chile y Rodríguez de Francia, con un carrito alquilado, a retirar los «bastimentos» como decía la abuela, que correspondían a dos oficiales en servicio, e incluía una bolsa mensual de la famosa «galleta cuartel», tan dura que había que romperla prensándola entre una puerta recia y su marco, con frecuentes resultados de que a veces se rompía la puerta y no la galleta, según se chanceaba sobre la cuestión.

Finalmente, como corolario de estos desolvidos y para dar una idea, desde la perspectiva de un niño, no de un historiador ni mucho menos, de lo que fuera aquella época, cabe mencionar a los prisioneros de guerra bolivianos. Habían caído en tanta cantidad, que era

imposible alimentarlos y alimentar a nuestras tropas al mismo tiempo. Entonces, casi a la mayoría se la entregaba como auxiliares, peones y hasta cocineros, a las familias que tenían a sus hombres en la guerra. Eran humildes, serviciales, con rara habilidad manual para fabricar juguetes de madera o de piedra, y en homenaje a la sensibilidad solidaria paraguaya, se puede afirmar que eran tratados con amabilidad y espíritu de caridad por las familias, aún por aquellas que tenían luto por parientes caídos en combate. Mi hermano Pedro, herido y prisionero en Strongest, con un proyectil boliviano cerca del corazón que nunca pudo ser extraído y murió con él ya en edad avanzada, era atendido en Bolivia por una familia que a su vez, tenía un prisionero en el Paraguay, el teniente Zárate, estudiante de medicina en Oruro, moreno, delgado, fino y cultísimo que se hospedaba en mi casa, con la nunca entera confianza de la abuela, y curiosamente, fue el que me enseñó a leer, aún antes de ir a la escuela. Con razón se dice que a pesar de las infernales condiciones del escenario de la guerra del Chaco, esta fue la última guerra caballeresca en el siglo XX. Después de las sangrientas batallas, el agua y el alimento se compartían, y el vencido de cualquiera de los bandos era tratado con hidalguía. Por lo demás, la guerra era guerra entre guerreros, en un escenario bien delimitado, y nunca hubo baja alguna en la población civil.

Como dato curioso, apuntemos que durante la guerra se construyó el primer asfaltado en el Paraguay, entonces llamado «macadam», por Mc Adams, su inventor. Fue el tramo de 12 kilómetros entre Dos Bocas y San Lorenzo, y lo construyeron prisioneros bolivianos que acarreaban las piedras desde el cerro Tacumbú, hoy aplanado, en un trencito de zorras, que cruzaba toda la ciudad. Eran como 600 hombres, vigilados por un aburrido guardia que dormitaba en la primera zorra.

En aquella década de los años treinta la ciudad era chata y pequeña, pero amable. Lo de «perfumada de azahares y jazmines» no era exageración poética, sino realidad, porque en toda la ciudad crecían los apegúes y naranjos agrios, haciendo sombra a las veredas, mitigando el sol ardiente de verano y dispersando esencias por calles, callejas, zaguanes y rincones. En los jardines florecían los jazmines de todo tipo, como arbustos o como trepadoras, enredaderas de flores azules se aferraban a los cercados y se desbordaban de los muros, y de noche, florecía otro tipo de enredadera a la que llamaban «dama de noche», porque sus flores recogidas durante la luz del sol se abrían con la llegada de las sombras como una perlada boca abierta ansiosa de beber rocío. Los crotos de hojas lustrosas y caprichosos colores crecían robustos comprometiendo la estabilidad de las planteras. Frente a los portales hogareños, además de las sinesias y los rosales, se alzaba el árbol casi heráldico de las casas de entonces que la gente llamaba «jazmín mango» y mucho más tarde me enteré de que era «jazmín magno», de flores generosas de tamaño, algunas con el color del coral y otras de blancura plateada como de luz luna. Alguna vez en mis largas andaduras llegué a Hawai y en el aeropuerto, una nativa de piel de cobre y cintura sinuosa y sensual me colocó gentilmente un collar de flores en el cuello. Quedé boquiabierto, no tanto por la belleza de la chica sino porque el collar estaba hecho de... «jazmín magno!», la recordada flor de mis años niños, al otro lado del mundo.

El punto más elevado de la Asunción, y referencia para el viajero que llegaba por el río, era la Iglesia de la Encarnación. La Catedral con su reloj daba las horas que no se discutían y era costumbre que fuera orgullo de los caballeros tener su reloj de bolsillo «por la Catedral» cuyas campanadas se habían elevado a jerarquía de hora oficial, El Oratorio de

Asunción dormitaba encerrado en un entramado de madera. El horizonte era de casas coloniales con techumbre de tejas rojas que se mezclaban con el verde explosivo de la vegetación casi selvática, hasta el punto de que un viajero argentino decía que «no sé si la ciudad está en la selva o la selva en la ciudad».

Sin agua corriente la ciudad, un empresario emprendedor importó el primer equipo para perforar pozos artesianos e instalar una torre de metal con aspas para que el viento accionara la bomba. Las veletas que oponían las aspas a la dirección del viento llevaban la inscripción de «Manuel Ferreira S. A. C.» firma que instaló el sistema en las casas de los ricos que podían pagarlo, añadiendo al horizonte asunceno, a más de los techos rojos y la vegetación esmeralda, un bosque de torres con aspas bailarinas que se alzaban por doquier.

Hasta entonces, las familias más acomodadas tenían pozos cavados a pala y pico, con balde y aparejo a rueda los más modestos y con pesadas bombas de mano los más sofisticados. En el escalón más bajo de la burguesía empeñada en no caer en el proletariado, se instalaba la casa con aljibe, un gran depósito subterráneo donde por una cañería caía el agua proveniente del techo cuando llovía. Lo malo era que en el profundo estanque no sólo caía el agua, sino algún gato parrandero o un sapo curioso que morían ahogados y había que proceder al fatigoso «desagüe» del aljibe, balde a balde. La última instancia, correspondía a los que se proveían de agua de los pesados carros «aguateros» o de los chiquillos «aguateros» montados en burro, que cargaban a babor y estribor del pollino sendas latas de veinte litros, desecho de las importaciones de nafta que se hacían con ese envase.

Definitivamente, el agua era el elemento que más incidía en el costo de los alquileres y las ventas de las propiedades. Alquilo casa con pozo artesiano, hacía atractiva pero cara la oferta. Menor gasto suponía alquilar «una casa con pozo», y más bajo aún, la «casa con aljibe». Cuando no se mencionaba el agua, es que no lo tenía, y el alquiler o la venta se hacía más problemático.

Tampoco había servicio de cloacas. Las letrinas, el «servicio», los «excusados» o el «común» «como decía abuela Venancia, estaban lo más alejados posible de las habitaciones, no existía el «papel higiénico» y la falta se suplía con papel diario o el papel de estraza con el que venían envuelto del almacén los artículos de consumo diario, y las miserias humanas se depositaban en los llamados «pozos ciegos» que alguna vez se llenaban y había que desagotarlos de su repelente contenido. Tampoco existía el asiento del inodoro y la cuestión era aliviarse de las «aguas mayores» a la turca, es decir, sentados en cuclillas. Otro diligente empresario montó una empresa que ofrecía el servicio de desagote, y la misma estaba provista de un camión, varios toneles de madera y una tropilla de obreros que vaciaban los pozos ciegos a pala, y según se mentaba se entregaban a abundantes libaciones de caña antes de meterse a «palea» las inmundicias, desnudos y con los ojos vidriosos, como la única manera de soportar el olor nauseabundo que producía su trabajo. Como proletarios fantasmales, o tal vez por alguna disposición municipal, aquellas tareas sólo debían ser ejecutadas en la profundidad de la noche, cosa que no ayudaba mucho a la vecindad de dos cuadras a la redonda, sorprendida en el apacible sueño por poderosas emanaciones nada aromáticas, que obligaban a cerrar puertas y ventanas, hundir las narices en las almohadas, o envolverse en sábanas de pies a cabeza. En mala hora, aquel

empresario le puso su apellido a la empresa, y muy pronto, el apellido, castizo por otra parte y que no menciono por respeto a la distinguida descendencia del caballero, se transformó en sinónimo de olores desagradables, hasta el punto de que cualquier desaprensivo que en un grupo de personas soltaba un pedo de aroma especialmente agresivo, era bautizado de inmediato con el apellido de aquel buen señor que se había equivocado en la denominación de su empresa.

Nueve

Así como en Ajos mi curiosidad de niño fue perfilando a hombres y mujeres del paisaje humano, también desde la casa solariega y periférica en Asunción ejercí tan útil costumbre, porque como allá en el valle, mis conclusiones me sirvieron toda la vida para que a mi vez, dibujara mis personajes de tantas obras de ficción, que nunca fueron hijos de la imaginación pura, sino nacidos en la memoria, la observación, la retención por «memoria fotográfica» de los tipos humanos, y mi poco, sólo un poco, de imaginación. El escenario para mis exploraciones, que eran antropológicas sin yo saberlo, era el vecindario de mi barrio, que no era al fin un conglomerado de seres humanos solamente, sino de «personajes» que se fueron incorporando a mis recuerdos primero y a mis experiencias después. Teníamos por vecino a don Tomás Guerrero, un caudillo colorado de los de antes, que se ajustaban a un paradigma recio y viril, alcanzaban el imperio de su mando por sus luchas, sus fugas, sus desplantes valientes y lo que se llamaba «trayectoria», que consistía en un trajinar geográfico, histórico y político por caminos y encrucijadas, preñados de conflictos, lealtades y traiciones donde el hombre ganaba su prestigio arriesgando su suerte y su cabeza al mismo tiempo. Así los hombres llegaban a caudillos en este eje político del país que era Asunción, a pulso, y no como ahora, por Decreto o decisión oportuna de los «amigos». Tenía don Tomás el aspecto de un senador romano, el pelo blanco y duro cortado a «cepillo», de gran estatura, barriga prominente y dueño de un vozarrón de trueno. Contaba para su servicio a un chiquillo descalzo, servicial, diligente y sobre todo, empeñado en aprender abrevando en aquella montaña humana de fervores cívicos. El muchachito hacía de todo, «escuelero», mandadero, mensajero escurridizo, furtivo y casi siempre nocturno de esquelas, consignas y claves para las recurrentes «conspiraciones» que parecían ser los motores que movían las pasiones del caudillo, y hasta secretario. El chico era un amigo de mi edad, se llamaba Chacho, aunque su nombre completo es Adriano Jara Carmona.

Con frecuencia don Tomás convocaba en su casa reuniones políticas, que eran nocturnas y donde acudían arrebujadas sombras correigionarias, cautelosas y silentes. En la sala había una mesa grande, en el centro de la mesa una lámpara a kerosene atenuada en su resplandor, y en torno, los compañeros de causa. Con Chacho espiábamos por la ventana, desde la sombra de un guayabo, con intereses distintos, porque Chacho ya había decidido ser colorado y empezaba a cargar las baterías de su pasión republicana con la palabra de aquellos gigantes de la llanura que deliberaban al débil resplandor de la lámpara cómplice. En cambio, a mí me interesaba el conjunto, el misterio, lo temeroso y lo heroico, la radiante energía furtiva de las ideas fuertes que se expresaban en susurros, lo que se diría hoy, la

parte humana de la política, en nuestro país, entonces y ahora, la espada de dos filos que a veces decapita y otras abre caminos.

Por extraña paradoja, no cayó en las manos sedientas de Chacho sino en las mías, un manuscrito antiguo, sin firma y trazado con delicada caligrafía en tinta china, que don Tomás tenía enmarcado en la pared. «El Estado está hecho para el hombre, y no el hombre para el Estado. El ciudadano no debe envolver al hombre, es el hombre el que debe envolver al ciudadano. El Estado expresa sólo una parte de la naturaleza humana. La política está por todos los conceptos subordinada a la moral, ésta, en lo que esencialmente la constituye, es independiente de la política». Hasta hoy conservo este pensamiento enmarcado, y que yo sepa, el paso de los años no ha variado su interpretación.

Pocos diarios partidistas existían, las emisiones de radio eran para las noticias urgentes y la música, y la televisión, una ficción fantasiosa que sólo se veía en las historietas de Flash Gordon, que ya existían entonces, en el suplemento del diario argentino Crítica. Caudillos como don Tomás no eran producto de la propaganda ni híbridos de trompeteros de feria y oportunistas devenidos de ubicuas y recurrentes presencias en periódicos y pantallas. Eran hombres de substancia maciza, parcos en la palabra, valientes en la acción y sobre todo, apasionados en sus lecturas que sabían identificarse lo mismo con el campesino, con el obrero, el estudiante, que nunca consintieron en ser rebaño sino gente pensante que si bien seguía con apasionamientos al caudillo, exigía de éste, la titularidad de una cátedra de coraje, autenticidad, prudencia, inteligencia y señorío. Hoy, la masificación de la política ha desterrado a aquellos repúblicos colorados y liberales, que dieron lustre a las jornadas cívicas de nuestra historia durante la primera mitad del siglo XX. La moral de aquellos tiempos, hoy perdida, pesa como una lápida sobre el sepulcro de los valores políticos auténticos.

Frente a la casa de don Tomás, vivía el personaje siniestro del barrio, en una casa chata y oscura, defendida sobre la calle por un cerco vivo de amapolas de espinos -decían que- venenosos. Su nombre era simplemente Don Jorge, y su profesión «procurador», es decir, abogado sin título pero dueño, como todos los de su gremio, de la sabiduría jurídica y de las otras, acumulada en años de transitar por los pasillos y explorar debilidades de los jueces. Vestía siempre traje negro y empuñaba un bastón, y si menciono que vivía solo no diría la verdad, porque gozaba de sucesivas compañías femeninas, preferentemente chicas jóvenes y rústicas del campo. Criaditas, -decía él- que se quedaban un tiempo a atender las necesidades, en el sentido más lato de la palabra, del oscuro personaje, y después se marchaban con un sospechoso bulto en el vientre, para ser reemplazadas por otras provenientes de la inagotable cantera de la pobreza campesina.

Como contraparte suya, vivía calle abajo un señor Lettieri, vecino laborioso, amable y cortés... cuando estaba sobrio. Sus borracheras eran memorables, porque el alcohol lo cambiaba completamente, como si convivieran dentro de él un ángel y un demonio. «Bebido», paseaba por las callejas armado de un respetable cuchillo, amenazando a todo el mundo, y obligando a la vecindad a asegurar puertas y ventanas. Le tenía un odio especial a don Jorge, que cuando asomaba Lettieri perdía su señorial compostura y se refugiaba a la carrera en la seguridad de su casa.



El hombre -don Jorge- escandalizaba a la abuela Venancia, y no por su promiscuidad sexual calendarizada, que al final de cuentas «era cosa de hombres» sino porque don Jorge era «masón», según le habían dicho. En la elemental escala de valores de la abuela, el masón era el demonio enemigo de Dios, lector de la Biblia, que era un libro maldito si no lo leía e interpretaba un cura. Cuando luciendo su bastón y su estampa negra pasaba frente a casa, la abuela se santiguaba y aprovechaba la oportunidad para lanzar alguna imprecación marginal contra Madama Lynch, que conforme ella contaba, había sido puesta al lado del querido Mariscal por la masonería para perderlo y hundir a la Patria en la catástrofe.

Memoria especial guardo para don Félix, zapatero remendón de mi vecindad. Casi anciano ya, flaco, rubio y de ojos increíblemente azules, transparentes como los de un querubín. A pesar de su oficio, don Félix era un gran lector, y admirador de los intelectuales de entonces se declaraba pomposamente librepensador, ateo y anarcosindicalista, pero a pesar de tan tenebrosas confesiones era bondadoso y servicial como un alma de Dios. Tenía libros sobre sus aficiones políticas y un gran retrato de Lenin en la pared de su pequeño taller. Era hombre de poca cultura aunque de muchos pensamientos profundos, devoto de la palabra escrita y un soñador que anhelaba la Revolución mundial. Me había tomado mucha simpatía porque yo lo visitaba en su lugar de trabajo, más fascinado por su arte en la trincheta, la media suela y el taco que por su conversación y sus lecciones y consejos como que yo debería contribuir cuando fuera grande a la destrucción de este mundo capitalista para construir sobre las ruinas el paraíso socialista. Para alentarme en el camino hacia mi destino anarquista, extraía del estante un libro de Marx o sobre Marx, el Manifiesto comunista, o de José Ingenieros, y me leía en voz alta y apasionada párrafos cuyo contenido no entendía, aunque sí empezaba a entender subliminalmente la relación del hombre, sus pasiones y acaso sus rebeldías de proletario irredento con las ideas que en esos tiempos conmovían el mundo y seducían a los intelectuales jóvenes. Veía en don Félix al ser humano que se construía desde afuera, erguido y con el pecho abierto en la ruta de las tormentas y deseoso de empaparse de historia y alzarse desde su humildad al protagonismo del cambio.

Distinto era don Pancho, el almacenero de la esquina, gordo, grasiento y absolutamente impermeable a forma alguna de cultura. La estantería de su almacén era nutrida con existencia de todo, desde clavos hasta fideos en bolsas de papel, aceite en un tambor con canilla para venderlo por cuartos de litro, y latas de grasa de chanco que daban a las frituras un dorado más crocante y un sabor más espeso. De la estantería colgaba siempre el famoso «queso de chanco» antecesor de las mortadelas y otros chacinados que vendrían después, y que entonces recibía el nombre de «Oca ú va rembi ú» (Comida del borracho) habida cuenta de lo prudente que era para el bebedor de la poderosa caña blanca que también despachaba don Pancho al pie del mostrador, tragarse una buena ración del engrasado «queso de chanco» antes de arremeter contra el vaso de alcohol. En otras instancias en que faltara el «queso de chanco» ya se fabricaba en forma casera la butifarra que recogía en su envoltura de tripa todo lo desechado en la matanza del cerdo, incluido, tantas veces, hasta los pelos. Las bolsas con las bocas remangadas de yerba «Ley», de locro, locrillo, arroz, galletas, maíz y de los porotos secos, que convertidos en ración de soldados se convirtieron en el famoso «saporó» durante la guerra, reposaban simplemente en el suelo, como en el suelo estaban los cajones de lavar «Campana», de la jabonería de don Cayetano Ré, no el adiestrador de fútbol, sino de su padre, pionero de la industria.

Sobre el mostrador, la balanza y la colección de pesas de un kilogramo, medio kilogramo, doscientos cincuenta gramos y hasta las minúsculas de cincuenta gramos, todas, luciendo modosas su lastre interior de plomo con el sello de «Fiel Contraste» que la autoridad municipal exigía como garantía de peso exacto, o de litro exacto para las medidas líquidas. Y generalmente, a la vera de la balanza, un artilugio de cristal redondo como la bola de un adivino, trampa con azúcar para atrapar las moscas, algunas de las cuales caían en la prisión de cristal, pero la mayoría padecía muerte más rápida y menos piadosa, con el certero golpe de la pantalla de hojas tejidas de palma, que en verano o en invierno, era el complemento infaltable en las manos del almacenero de la esquina.

Curioso como un mono y lascivo como un chivo, don Pancho tenía dos debilidades, averiguar la vida y milagros de la gente a través de una sabia lectura de la «libreta de almacén» y acariciar a las jovencitas, criadas y sirvientas, que concurrían a su almacén a hacer las compras diarias. Las chicas ya le habían puesto al almacenero un sobrenombre sugerente, «don Tapocomí». «Tapocomí» significa en castellano «permíteme tocarte un poquito». En efecto, víctima acaso de algún destete temprano en su lejana niñez, don Pancho tenía una fascinación enfermiza por los pechos femeninos. Llegaba la joven cliente, tuviera el pecho rotundo o aún plano de la adolescente, y ya la sonrisa viciosa y las manos exploradoras de don Pancho entraban en funciones. Decía con mansedumbre el «tapocomí» y ya estaba sobando las glándulas mamarias de fámulas y criadas, muchas de las cuales no se resistían porque generalmente se ganaban el premio de un dulce de maní, un «mantecado» o media docena de caramelos. Era curioso, pienso ahora, que nunca la exploración manual de don Pancho se extendiera a los glúteos o las entrepiernas. El objeto de su devoción eran los pechos, nada más que los pechos, a los que, pienso en descargo de don Pancho, no daba un valor erótico, sino acaso simbólico sin saberlo él, por el significado ancestral de vida, fertilidad y alimento que simbolizan lo senos femeninos.

La «libreta de almacén», costumbre en nivel de extinción hoy día, era generalmente un cuaderno escolar donde a manera de cuenta corriente, don Pancho iba anotando las compras de sus clientes, a las que daba a crédito hasta fin de mes, contradiciendo sus propias consignas comerciales inscritas en dos cartelitos que colgaban de la estantería. «Hoy no se fía, mañana sí», decía sin mucho alarde de imaginación uno de ellos, y otro más elaborado cuyo texto no recuerdo, pero era una sentencia sobre el no prestar dinero al amigo, porque se terminaba perdiendo el dinero y el amigo al mismo tiempo. A la «libreta de almacén» que va desapareciendo en la medida en que los coreanos empujan hacia el olvido a los don Panchos, don Pancho manejaba con más destreza de sicólogo que de aritmético. Sabido es que una familia es lo que come, cuánto come, cuánto ahorra en comida y cómo come. En suma, por la rutina de las compras, don Pancho colegía lo que se llama hoy el «standard de vida» de sus clientes, si vivían en la abundancia o en apreturas, si sacrificaba lo necesario por lo suntuario, si se alimentaba bien y se vestía mal o vice versa. El «almacenero de la esquina» fue en la inocente cultura ciudadana de aquellos tiempos, algo así como el cronista historiador de la vida del barrio, sabía de sus miserias y de sus bienandanzas, expuestas -como decía- en las compras y en la naturaleza de las compras e interpretadas sabiamente por el almacenero. Conocía también de amores y desilusiones, lealtades y cuernos, casamientos apresurados y noviazgos interminables. Acompañaba las transformaciones de las familias por imperio del tiempo, los padres que morían, los hijos que crecían, las niñas que se volvían «señoritas», los duelos y las alegrías, la lenta

transfiguración de las casas alegres cuando eran castigadas por las ausencias, los quebrantos económicos o la disgregación de las familias que las convertían en sombrías, aisladas fortalezas de la tristeza. El orgullo de don Pancho era conocer la intimidad de las transitorias glorias y las pequeñas tragedias del barrio, el ascenso de los que triunfaban y el derrumbe de los que caían. En aquellos tiempos, ya vendía él artículos como «polvo de arroz perfumado para la cara», en minúsculos sobrecitos de un papel rojo que su vez, mojado en saliva, proporcionaba un color de rouge para los labios femeninos. La excesiva compra de semejante artículo comparada con flacas compras de galleta o de fideos, ya servía a don Pancho para concluir que en aquella casa se daba mayor importancia a la «moda» que a la necesidad. Curiosamente, en estos tiempos, en los que lectores, críticos y profesores de castellano que lo incluyen en sus textos consideran el mejor cuento de mi producción, se titula «La Libreta de Almacén» y está inspirado en la observación que hice en tiempos tan aurales de mi infancia sobre las virtudes deductivas de don Pancho, partiendo, justamente, de la «libreta de almacén».

Anexo a su almacén, don Pancho disponía de un pequeño patio, donde se congregaban los jugadores de «sapo», extrañas mezclas de deportistas y bebedores. El «sapo» era realmente un batracio de bronce con la boca abierta, y la cuestión era embocar aquellas fauces con un disco de madera. El juego era por lo general nocturno y para bebedores impenitentes, y como no había luz eléctrica, el patio se iluminaba con una «lámpara de carburo», de luz potente, cegadora y blanca, pero que despedía al arder un olor nauseabundo, tan desagradable que por extensión y por similitud, a las personas que padecían del denostado «yurú né» o mal aliento, se le aplicaba sin piedad el apelativo de «carburo».

## Diez

También en las cercanías de mi casa, vivía Ña Dejesús, madre viuda de cuatro hijos, tres de los cuales fueron a la guerra, pero el cuarto, Cipriano, no. No porque no tuviera edad para ser soldado, sino porque era notoriamente afeminado, y en aquellos tiempos, el desprecio y el rechazo era hasta brutal con personas así, y realmente, era imposible imaginar en aquellos tiempos al delicado doncel vistiendo el uniforme guerrero, aunque según se rumorea mucho, las cosas hoy han cambiado bastante, en cantidades y jerarquías. Pero esa es historia contemporánea. La que aquí se narra es otra, y en este caso incluye a mi abuela Venancia, que despreciativamente llamaba «monflórito» al bueno de Cipriano y en referencia a su sexualidad ambigua. Sólo mucho después, intuí que el adjetivo, absolutamente peyorativo, tal vez derivaba de «hermafrodita», como muchas otras palabras pensadas y dichas en guaraní que nacen del castellano como «arambojhá» por almohada, «coserevá» (dulces de frutas) por conserva, o cabayú por caballo. En tal sentido (otra vez la digresión) la gente guaraní parlante de antes adaptaba las palabras que no existían en el idioma primitivo dándoles un contenido guaraní. Hoy día, con la pretensión de enriquecer el guaraní se lo barbariza, se ignora que cuando hay choques y machiembrados de culturas y están en juego los idiomas respectivos, se adaptan unas a otras. Hay palabras y raíces latinas y griegas en los idiomas romances, hay palabras castellanas en el inglés y vice versa y hay miles de palabras árabes en el castellano. Un academicismo nativo absolutamente

equivocado se afana en fabricar palabras desde las alturas cuando que las cosas son al revés, es decir, el habla popular crea las palabras y las academias las recogen y consagran. Obviamente, en el guaraní de nuestros ancestros selváticos no existía palabra alguna para la televisión y los diarios, pero los vocablos no fueron guaranizados como se hacía con el «cabayú», sino alambicadamente traducidos en otros que son el tormento de los escolares y estudiantes obligados a estudiar el guaraní. Para televisión, se inventó el «ta angá mbyry» que es una idea de imagen lejana, y para el diario el «cuatiá ñe é», papel que habla, que, repito no provienen del pueblo, sino de la imaginación de los puristas sin brújula ni conocimientos lingüísticos y antropológicos.

Pero, amable lector, salgamos de estas honduras y volvamos al desgraciado Cipriano, pobre víctima de algún error genético, biológico o celular, mal mirado hasta por su propia madre, a quien no consolaba para nada la diligencia de Cipriano en encarar con prolijidad y entusiasmo las labores femeninas de la casa, desde lavar la ropa, cocinar, barrer los corredores y mantener vivo un florido jardín. A mí especialmente, me embelesaba la manera delicada con la que Cipriano comía la fruta del mango, que en nuestro patio, cada verano, caía desde los copudos árboles como grandes granizos dorados. El mango es desde luego un fruto delicioso y comerlo con gusto implicaba embadurnarse la cara, untarse las manos y mancharse la ropa con el jugo amarillo y persistente. Pero no para Cipriano. Con las limpias uñas pelaba minuciosamente, tira a tira, la cáscara del fruto, sin mancharse siquiera la punta de los dedos. Expuesta al fin la pulpa húmeda y dulce, no la emprendía a mordiscos como era la costumbre, dejando que el jugo resbalase desde la boca hasta la camisa, sino con suaves lengüeteos y chupaditas de colibrí. Consumida toda la fruta, Cipriano lucía la boca y las manos limpias y la camisa inmaculada. Lo dicho, extrañamente, hasta hoy, cuando recuerdo a Cipriano, veo la imagen de un muchacho moreno, espigado y fino, consumiendo mango sin la mácula de una gota, no sé aún si paradigma de qué en mi mundo de paradigmas y arquetipos, o acaso para recordar cómo trataban de ser discretos los antecesores de los travestís y transformistas de hoy, que si los viera la abuela Venancia, moriría de horror la buena señora, «residenta» juvenil sobreviviente como fue de aquella gesta titánica y viril de la guerra del Setenta.

En la esquina hoy formada por la calle Rodríguez de Francia, entonces Amambay se dijo, y Battilana, tenía su rancho y su gran patio, un viejo patriarca, de numerosa prole, don Mbatuí, cuyo verdadero nombre no recuerdo. Su principal tarea era la cría de gallos de riña, esbeltos, lustrosos y feroces guerreros emplumados de letales espuelas, que los fines de semana, eran llevados a combatir a Lambaré o San Lorenzo. Aquellos gallos airosos, de canto corto y agresivo, de cresta breve, cabeza casi heráldica y aguzado pico de halcón eran mi envidia y la de mi hermano mayor en la escala de seis, Eulalio, defraudados como vivíamos porque por nuestro patio y matorrales picoteaban sueltas unas cuarenta gallinas con sus gallos «purutué», deformación de portugués, cuando no «mbatará» que recibían esa denominación por la caótica mezcla de colores de su plumaje, y ambas razas, de ejemplares gordos, robustos, aunque los «purutué», diferentes del «mbatará» eran de grandes crestas rojas y floridas y plumaje rojo metálico. La vergüenza de poseer semejantes gallos burgueses y poltrones, nos corroía el alma, especialmente cuando alguno de los gallos de don Mbatuí hacía una incursión en nuestro patio y masacraba sin piedad al «purutué» o al «mbatará» que se atreviera a defender su harén. De alguna forma oscura y primordial, de la misma manera que la gallardía de un hombre se identifica con su caballo, nuestra gallardía

y orgullo familiar se identificaba con los gallos, y la humillación era mayúscula cuando nuestros pesados combatientes eran vencidos de manera tan vergonzante. Decididos a saldar esa diferencia, concebimos, Eulalio y yo, hacernos de un gallo de riña, y como no era cuestión de gastar dinero, siempre escaso, conjuramos perpetrar un robo nocturno, no de un gallo, sino de un par de huevos de la raza bélica, del gallinero de don Mbatuí. La incursión fue un éxito. Reptando bajo las alambradas de púas, entramos en la heredad del viejo patriarca, conscientes de la ferocidad de «Vickers» (marca de cañones victoriosos en el Chaco), su perro guardián que gracias a la Providencia no se dio por enterado o teníamos olor de amigos para él, y volvimos con el producto de nuestra rapiña: dos huevos frescos puestos por las desvaídas y fibrosas gallinas de la estirpe guerrera. Colocamos los huevos en la nidada de una «mbatará» clueca oportunamente, y pasamos los 19 días de gestación, ansiosos y esperanzados con el nacimiento de dos gallos capaces de defender el honor de la familia y emparchar nuestros orgullos heridos. Día a día, vigilábamos el proceso, y cumplido el plazo, los pollitos empezaron a asomar sus piquitos, rompiendo la cáscara del huevo para salir a la vida y la libertad. Nacieron así, muy distintos a los demás, los pollitos de los huevos sustraídos, dos pollitos pelados, feísimos, todo pico y ano al descubierto y rosado, mientras los otros eran dorados y graciosos pompones de suave pelusa. Tuvimos la inmediata certidumbre de que ya contábamos con dos futuros campeones, pero ocurre que por entonces, el sexo de los pollitos era tan misterioso como el de los ángeles, y había que esperar a que crecieran a pollejos para conocerlo. En ese orden de cosas, nuestra decepción fue total cuando descubrimos más tarde que nuestros gallos de clandestina procedencia, eran gallinas. Nos resignamos a seguir soportando las indignidades emergentes de la torpeza de nuestros «mbatará» y «purutueses».

Una anécdota costumbrista, se suma a la historia de don Mbatuí, cuando la memoria rescata a la vaca lechera de su vieja compañera. A las cinco de la mañana, la buena señora sacaba la vaca a la calle, bajo un gigantesco árbol de ombú que creció en la esquina misma de Amambay y Battilana, el primero y el último que vi en mi vida y que tenía bajo su inmenso tronco y raíces, unas oscuras cuevas que bien podían ser el nido del «pombero» o del «caraí pyjharé». Su comercio -de la señora- consistía en vender por jarros la leche espumosa y tibia extraída del animal, el «camby acú» al que se atribuía generosos poderes fortificantes, especialmente para los niños. Tenía por tanto yo, la obligación de madrugar, proveerme del jarro de cuarto de litro que ya contenía una cucharada de azúcar y otra de canela, e ir a beber la leche acabada de ordeñar, lo que se dice, al pie de la vaca.

Una variante sucedió cuando sobrevino una peste de «tos convulsa», o tos ferina, como lo llamaban los médicos, molestísima y asfixiante, que me afectó a mí y a Eulalio. No había medicamentos para el mal en las farmacias, los médicos decían que hay que esperar que se curen solos mientras nosotros padecíamos los ataques. Sin embargo, la abuela Venancia tenía el remedio empírico: leche de burra. Nunca se me borra de la memoria las heladas madrugadas de agosto en que en doliente caravana, mi madre, Eulalio y yo, caminábamos hasta Ysaty, donde ña Pascuala ordeñaba de su burra la leche milagrosa. Nos curamos al fin, hasta ahora no atino a saber si por el poder terapéutico de semejante, espesa y maloliente leche, o por la exposición al frío de la madrugada de agosto.

A propósito de médicos, eran pocos y de la antigua, pastoral categoría de médicos de familia, que lo mismo atendía un parto en casa, a veces auxiliado por una vieja partera

empírica y sabia, u operaba una amígdala, si la infección no cedía con «Azul de Metileno» o con las gárgaras de limón o zumo de hojas de guayabo con sal. No existía el Seguro Médico, ni la medicina empresarial que deshumaniza hoy la función del médico y los sanatorios eran pocos y sin la parafernalia informática que hoy auxilia, y encarece, la medicina. El médico de familia, venía a la casa como un amigo generoso, casi como un semidiós milagroso y paternal, atendía el paciente y se daba tiempo a tomar mate con la familia, charlar con intimidad cálida y luego marcharse a continuar su ronda de visitas médicas después de suscribir las recetas que no eran de productos de laboratorio, sino de su propia sabiduría que elaboraba fórmulas que el farmacéutico preparaba. Aplicaba él mismo «inyecciones antiptógenas» para las infecciones, recomendaba el Mentholatum y la aspirina para las fiebres, las «lavativas» (cuando no la purga con «aceite de castor») para las indigestiones, y el lavado con agua oxigenada y las pomadas de «Óxido de zinc» para las úlceras de la piel. Recomendaba que se tuviera siempre un frasco de tintura de yodo y otro de alcohol «rectificado» para las heridas y accidentes sangrientos, y para la anemia, recetaba el «Aceite de Hígado de Bacalao del Dr. Scott». Un monumento vivo de aquel tipo de médico era en mi niñez el «Doctor Arbo», Higinio Arbo, caritativo, amable, infalible, sanador de toda enfermedad y de toda angustia para la familia, un hombre sabio y bondadoso para mi madre y abuela, tanto, que poco faltaba para que pusieran su retrato en el altar de los santos protectores del hogar.

Igual halo de santidad daba la gente humilde a otros médicos ilustres, como, valga el ejemplo, el famoso Dr. Franco, amado por las madres pero terror de los chicos, pues era fama de que arrancaba las amígdalas, o «glándulas» como se decían entonces, con una poderosa tenaza.

## Once

Prosiguiendo con este inventario de vecinos inolvidables, recuerdo a un rudo y borrachín personaje de apellido Quiñónez, petiso, forzudo, con un mínimo de frente entre la ceja peluda y el cabello espeso, que hacía de todo, levantar un muro de ladrillos, reparar cañerías de aljibe, reponer tejas rotas o cercar un gallinero. Lo llamaban «don quiñento», porque no tenía en su mente estrecha, noción alguna de aritmética o de economía, y a cuanto presupuesto se le pedía para un trabajo respondía invariablemente «quiñento peso» fuera el corte de un árbol o el encalado de una pared. De hecho, se le pagara diez o veinte pesos, él estaba convencido de que había cobrado su invariable «quiñento peso».

Muy cerca de casa tenía un minúsculo almacén, una viuda ya madura, Ña Beatriz, que para aumentar sus ventas acaparadas definitivamente por don Pancho, hacía sorteos con premios de caramelos y de galletitas entre sus escasos clientes, y vendía «Caramelos Cine», cuyas envolturas lucían la fotografía de las estrellas y divos de las películas de entonces, Mary Pickford, Douglas Fairbanks, Ton Mix o Buck Jones, entre otros ídolos del cine silente. Supuestamente, tener una colección completa, de veinte «figuritas», significaba que la empresa caramelera regalara una bicicleta. Más tarde, lanzaron los «Caramelos Deportes» con las efigies de los famosos del fútbol argentino, Varallo, Gualeo y compañía con las cuales había que coleccionar un equipo completo, de once, para la mentada

bicicleta. La trampa estaba en que jamás podía completarse la colección exigida, porque estaban las «figuritas difíciles» que nunca aparecían, y en cambio, abundaban las que se repetían para desconsuelo de los chicos que soñaban con una bicicleta (¡Bianchi, Legnano, Hércules!) como venida del cielo. De ese juego inocente nació la expresión de «figurita repetida» que los adultos aplicaban al prójimo desubicado y empeñado en aparecer continuamente donde no se le invitaba, charlatán y molesto, puntual en sus apariciones nunca bienvenidas. Con ese gancho comercial, ña Beatriz lograba mantener en pie su modesto almacén, que a pesar de tener su «despacho de bebidas», eufemismo para significar que expedía caña al pie del mostrador, imán para borrachos, no contaba con un solo cliente, sobrio o beodo. La causa, hoy lo comprendo pero no me explico, era que ña Beatriz tenía dos hijas que iban saliendo de la adolescencia, Elvira y Elena, rubias, altas, hermosas, esbeltas y de ojos verdes. Un par de ladies inglesas, finas y altivas en un almacén de barrio, pobres, bellas figuras insertas en un medio primitivo y casi pueblerino. Podía pensarse que tanta belleza atrajera a la gente sencilla del entorno, pero la cosa era al revés, porque sumada a la fiera vigilancia de la madre sobre las dos doradas doncellas, se suscitaba la envidia y los celos de las mujeres y la timidez de los hombres. Ni el borracho más desinhibido y corajudo por la ingestión del alcohol se atrevía a alzar los ojos hasta aquellas pupilas verdes y abismales, de divinidad femenina misteriosa y mágica, ni el galán ni el «cajetillo» (pobretón pretencioso que gastaba todo en ropa) mejor vestido se atrevían a la profanación de su deseo o del coqueteo con las diosas. Aisladas en la prisión inalcanzable de su propia belleza y de la vigilancia espartana de la madre, Elvira y Elena vegetaban solitarias, casi monásticas, como aves del paraíso desterradas a la aridez de un erial desierto. Muchos años después, cuando ya era adulto, las volvía a ver, siempre juntas, marchitas y con la lozanía arrasada por los años, compartiendo la irremediable soledad de las solteras. Dura y caprichosa consigna del destino, no se casaron de jóvenes porque eran demasiadas bellas, ni de maduras, porque ya eran demasiado viejas.

Más extensa era la galería de personajes del barrio en la década del treinta. Don Jaime Benítez fue el primer sastre que conocí. Cerca de su casa, vivía el señor Cantero, padre de un niño prodigio del ajedrez que llegó a ser campeón nacional de ese deporte-ciencia, Ronald Cantero. Don Juan Grange fue el mejor joyero de la ciudad, padre de un gran futbolista del Olimpia, Eulalio Grange, y también, entre varios hermanos, de la bella Chinita Grange, que en su adolescencia floral se suicidó por amor. La familia Pizzurno dio profesionales destacados a la sociedad. Vecina a mi casa, la familia Laurent, con dos chicos que fueron compañeritos de juego, Nene, cuya pista perdí, y Hilda, hoy austera matrona de nuestra sociedad. Ya sobre la calle Perú, los Ginés con mi inolvidable amigo Lalo, y desde luego, la mansión del enriquecido don Toribio Vargas, con cuya bella hija Benefrida, se casó mi hermano Antonio al volver de la guerra, para tener, en 1959, un trágico final en manos de su cuñado Carlos Vargas. Sobre la calle Battilana, entre Amambay y Río Blanco, vivía un chiquillo flaco y travieso algo mayor que yo y tenía un hermano menor, Sócrates, tullido de una pierna. El primero estaba destinado a ser uno de los más grandes periodistas y dramaturgos del Paraguay, y se llamaba Néstor Romero Valdovinos. No lejos de casa, sobre la misma calle Amambay, vivía una matrona maternal y solidaria con el poverío del contorno, ña Ermelinda, madre de Carmen y Ernesto, información que no tendría trascendencia, si el tal Ernesto no fuera Ernesto Báez, hijo «natural» como se decía entonces, y sobrino de Cecilio Báez, diez años mayor que yo y amigo infaltable de mis hermanos mayores, especialmente Gerardo, y mal visto siempre no sé por qué por mi

hermano Agustín (o Tutín), el más agresivo y «soquero» de la familia, de cuyos coscorriones y tirones de oreja me defendía valientemente Ernesto, que me daba una protección especial, tal vez presintiendo la pasión teatral que nos uniría en largos años de colaboración en el futuro. Relativo a su relación hostil con Tutín, guardo una anécdota. Jugaban fútbol en la misma cancha pedregosa del Salesianito donde había ensayado también sus saltos un espigado muchachito llamado Arsenio Erico. Ernesto y Tutín en equipos distintos, y en mal momento, al travieso Ernesto se le escapaba Tutín llevando la pelota al arco, y no le ocurrió mejor manera de parar el impetuoso avance que alcanzarlo y meterle un dedo allí donde la dignidad del macho es más sensible. El ofendido reaccionó, el ofensor escapó a la carrera, y Ernesto me solía jurar que la persecución llegó hasta Lambaré.

Al mencionar al Salesianito -ya que este libro se va escribiendo sin documentación alguna sino al correr de los recuerdos y con la misma secuencia con que ellos asoman a la memoria- cabe el recuerdo amable para el padre Juan Casanello, gordo, sanguíneo, paternal, poeta épico de poemas marciales que él mismo recitaba con voz de trueno, y autor teatral. Fue no sólo evangelizador en los términos más puros, sino también maestro, benefactor y propulsor de muchas vocaciones artísticas en el Salesianito, especialmente el teatro, donde subieron por primera vez al escenario Ernesto Báez y Javier Franco. Lo substituyeron cuando se fue, el pa-i Pecci primero, y el famoso pa-i Pérez después de regresar de la guerra del Chaco donde nunca abandonó el frente, predicando, haciendo misa bajo las balas, consolando heridos, suplicando por el perdón de los desertores que serían fusilados y dando el viático a los muertos. En el Salesianito, formó el marcial sacerdote el Batallón de Scouts Rojas Silva, y de su banda de música salieron entre otros quienes fueron después compositores de valía como Neneco Norton, y ejecutantes como Leopoldo Cabañas, saxofonista primero de la juvenil Orquesta Universitaria de admirada memoria, en la que se canalizó la extraña fascinación que sienten los estudiantes de medicina y médicos por la música, y prestigioso médico -el Dr. Cabañas, decimos- después, que murió a edad temprana, pero mientras vivió fue hombre famoso por su buen humor y sus bromas pesadas a pesar de su rango académico, como pasear sujeta a una cuerda en una distinguida exposición canina del Kennel Club, a una perra en celo que recogiera en la calle, con el consiguiente escándalo perruno y humano que se suscitara. Extraño caso el del Dr. Cabañas. Juramentado para salvar vidas, tal vez creía en el fondo de su carácter burlón en el valor terapéutico del buen humor y de la ironía contra todo lo establecido, y fue tan prestigioso por su capacidad de radiólogo, como por su habilidad con el saxo y su torrencial capacidad de burlarse de la gente, sin distinción alguna, ya que se cuenta que cuando tuvo que hacerle una radiografía al mismísimo General Stroessner, se echó a reír estruendosamente -sin parar mientes en el enojo del ilustre paciente- cuando el General quedó en calzoncillos, desnudo y grotesco sin sus empaques militares. Me enorgullece decir que Leopoldo, fue también uno de mis amigos de la infancia temprana.

Once

Variada y típica de aquellos años, fueron los ejemplares humanos que la memoria rescata. Papilí, el borracho del barrio, astroso y vencido, cuya única posesión era una lata



herrumbrosa que fuera de un kilo de «Conservas de Tomate Pomodoro», con la que él mendigaba comida en las casas del vecindario. «Pa-i Cacá» un submental que se creía cantor, y por unas galletas cantaba la única canción que conocía: «En un barrio de Asunción, paraje de Varadero, arecó peteí kuñá, jherava Marcelina Rosa Rivero». Las vendedoras de «achuras» que pasaban todas las tardes con un recipiente de latón oliendo a vísceras aún tibias sobre la cabeza, y seguida por un cortejo de moscas y de perros caminadores. Niños y niñas de guardapolvos blancos rumbo a la escuela y se juntaba para ir en caravanas blancas. Muchachones orilleros en lucha contra la ignorancia que terminado el trabajo en el taller o en la fábrica, iban a la «escuela Pyjharé», turno nocturno de las escuelas primarias para escolares fuera de edad y sin tiempo para concurrir de día, que lamentablemente ya no funcionan, como ya no funciona la famosa escuela de Artes y Oficios, que recogía los niños de la calle, los sometían a rigurosa disciplina militar, los uniformaba de marineritos pigmeos, los alfabetizaban y le enseñaban sastrería, carpintería, mecánica y zapatería, y produjo generaciones de expertos trabajadores de los respectivos oficios. Hasta ña Salomé y su hija apodaba «Tren so'ó» (tren de la carne) por su andar rápido y a pasitos saltarines, prostitutas madre e hija que vivían sobre un barranco que fuera la que es hoy la calle República Francesa, ponían la nota del escándalo y la miseria en aquella sociedad inocente. Ya había llegado los primeros inmigrantes árabes, sirios y libaneses, a los que se decían «turcos» que como los coreanos de hoy, eran vendedores ambulantes, gran valija a cuestas, que llegaban a puertas y portones y ofrecían en dificultoso castellano «Bolbos, beines, beinetas, zabatilla barai y barfumes». Aquellos esforzados trabajadores, cuando no enviaban a buscar esposas en el país natal, se casaron con paraguayas, se integraron totalmente a la sociedad, y hoy en toda la nomenclatura del país figuran, cuando no estirpes de empresarios millonarios, médicos ilustres, abogados, ingenieros y académicos en general que honran sus apellidos y reivindican -no todos, claro- la humildad de su origen.

Halaga y despierta nostalgias, el hecho de que las vecindades en los barrios de Asunción tenían una virtud común, hoy antañosa y casi desconocida. La solidaridad entre la gente, las familias y los grupos. No era conducta traída de los pelos, para el regodeo del ego y la proclamación publicitaria. La solidaridad era espontánea, viva y sentida, llevada a las excelsitudes de la proximidad y de la generosidad con el semejante enfermo, enlutado o sin pan. Una familia no se aislaba de otras familias, una casa, siempre estaba abierta a los demás, una mesa lista a acoger al invitado, o al necesitado que llegaba en busca de auxilio. A quien llegaba en horas de almorzar o de cenar, no se le saludaba con un impersonal «hola» sino con un «a buen tiempo», que significaba que había una silla en la mesa, un plato de comida, o una tortilla, un chipá o un trozo de milanesa en la fiambreira. Se conocía quien estaba enfermo y se corría en su ayuda, qué hogar sufría una tragedia y allí se volcaba la solidaridad, el consuelo y el bálsamo de la compañía y la participación. Tomar en préstamo un vestido o un zapato no era un desdoro para quien pedía ni de soberbia para quien daba. Interesarse en los demás, aplaudir sus logros y compartir sus desdichas era la regla no escrita. Nunca hubo discriminación racial, ni económica ni social. Los estudiosos alababan ya entonces lo que algo pomposamente se denomina ahora «movilidad social» por la cual, el hijo de la cocinera podía llegar a Capitán o General, o el retoño del compadre campesino que venía a Asunción podía alcanzar los honores de Doctor o el jovencito estudioso y aplicado de la familia pobre del rancherío marginal quizás llegara a Obispo.

Asunción dependía mucho más que hoy del río para el comercio internacional del país. Y por esa misma razón el río de entonces era distinto al de ahora, por su constante navegación fluvial de vapores y de lanchas de motores ruidosos, por sus poblaciones ribereñas laboriosas, y hasta por los barrios asuncenos, Varadero, Loma San Jerónimo o Sajonia, que tenían en su sencilla arquitectura vestigios marinos, y hasta un folklore costumbrista que provenía del río, de la navegación y de sus fatigas. Famosos eran algunos barcos que iban al norte y al sur con pasajeros y carga, la mayoría a vapor y con grandes paletas giratorias a babor y estribor, como el «Pingo», temido por su falta de estabilidad, el «Anita Barthe», perteneciente a un precursor de la navegación comercial, don Luis Camihort, el «Olimpo», el «Cruz de Malta», propiedad de otro empresario dinámico, don Luis Cattáneo y del que se decía que había introducido la novedad del motor diesel substituyendo a las calderas a leña; el archiconocido y denostado «Tembey» que ya viejo y herrumbroso, transportó lo que se puede calificar como el primer «tour» turístico en el Paraguay con destino a Buenos Aires, ya en los años cuarenta, supongo, e integrado por respetables familias asuncenas que pasaron una odisea en el inadecuado barco, con una sola letrina para más de 50 pasajeros embutidos en incómodos camarotes con hamacas a manera de cama y una cocina minúscula e inadecuada que obligaba a comer, cuando se comía, por turnos como obviamente por turnos era hacer lo contrario. Tardaron como dos semanas en llegar a Buenos Aires, y como allí el barco se dio por vencido o los pasajeros no tuvieron el coraje para regresar por la misma vía, el «tour» terminó en desastre, y cada turista volvió como pudo. Cruzaban las aguas otras embarcaciones de diverso porte, que eran tantas, que originaron tipos humanos como los recordados como se decía del marinero bohemio que saltaba de barco en barco, tanto para trabajar como para ejercer su vicio de consumidor de horizontes, y estaba siempre ausente de su casa con el resultado de que una mujer, esposa de «embarcadizo» siempre era proclive a volver cornudo al aventurero. El «embarcadizo» era inferior en la escala social del «navegante», menos bohemio y más práctico, que cuando no se embarcaba como maquinista o timonel, se volvía comerciante para llevar mercancías a lejanos puertos, estancias y obrajes.

El movimiento fluvial era tan intenso que ocupaba a muchos trabajadores que crearon el sindicato de «marítimos» con obreros que nunca habían visto el mar. Este sindicato se acoplaba a un activo sindicalismo, distinto a los agitadores políticos de hoy, centrados como fueron en sus reivindicaciones laborales y en actividades culturales y deportivas, tanto, que el sindicato de los sastres llegó a tener su equipo de fútbol con cancha propia, el «Sastre Sport» que intervenía en campeonatos, como lo hacía también el equipo de «Cerveceros», formado por trabajadores de la Cervecería Nacional. Activos y famosos fueron los sindicatos de mozos, por los de cafés, restaurantes y hoteles, de «mozos de cordel» por los changadores del Puerto, de zapateros, carpinteros, el poderoso sindicato de tranviarios, y de otros oficios.

Las fiestas de la sociedad asuncena de alto copete, eran amenizadas por tres grandes orquestas que competían en la preferencia de la gente, antes que los famosos Orrego de raíz luquena, campeaban por sus méritos, en la década del treinta, con un repertorio de tangos, valeses, foxtrot y «pasodobles». Recuerdo de mi infancia estas orquestas, porque mucho se debatió para el fastuoso casamiento de mi hermano Antonio y la bella Benefrida, si se contrataba a la orquesta «Ibis», «Iris» o «Calabró». Tocó esta última, y recuerdo que mi primera fascinación por la música, que me duró toda la vida, nació porque durante toda la

fiesta permanecí hipnotizado por el arte del pianista, la gallardía del violinista y la expresión arrobada del bandoneonista, extendiendo y comprimiendo sobre las rodillas su mágico instrumento.

## Doce

Eran tiempos de descubrimientos y de deslumbramientos. Tiempos de jugar y de aprender, o acaso de aprender jugando. No habían los artilugios electrónicos de hoy, ni los milagrosos motorcitos a pilas que mueven todo, ni robots ni robocops. El juguete de mayor lujo para un chico era un autito a cuerdas y para las niñas una muñeca de rubicunda carita de porcelana para las chiquillas pudientes o de carey y desnuditas para las humildes. En los niveles menos favorecidos, las mamás hacendosas y las madrinas querendonas fabricaban muñecas de trapo para las nenas, que las exhibían con cierta vergüenza y humillación, como pequeñas madres de bebés tullidos.

A veces se podía alcanzar un autito de hojalata con sus pasajeros pintados e inevitablemente «Made in Japán». En bicicletas ni había que pensar, pues era lujo de ricos, aunque los menos afortunados podían alcanzar un «monopatín», especie de bicicleta chata y proletaria que se impulsaba dando talonazos en el piso.

Entonces se echaba mano a los juegos accesibles, como el de la «balita» nombre que se daba a las académicas canicas. Las había de cristal, consideradas un poco para «kuñá-i» o afeminados, las de cemento, más apreciadas, de arcilla, un poco pobretonas y los «acerí» esferitas de acero, restos de rodamientos de bolas que se encontraban en algunos talleres mecánicos. El juego tenía dos escenarios, el empedrado en el que más de un mago infantil sabía aprovechar los rebotes de la balita y los desniveles de la piedra. Y la tierra rojiza, arcillosa y dura, donde se jugaba el «balita joyo» (por hoyo) en el que se hacía un agujero pequeño en el lugar más alto e inaccesible del terreno donde se jugaba, y se trazaba en la arcilla caprichosos laberintos en los que la balita se perdía en su propósito de alcanzar el hoyo. Finalmente, la «balita corá» que se jugaba dentro de un círculo trazado en tierra, y con reminiscencias de billar americano. En todos los casos, la balita se impulsaba desde el pulgar y el índice, y siempre, en la posición de sentado en cuclillas, porque jugar arrodillado era cosa de afeminados. Los defectos en el estilo de lanzar la balita llevaba feos calificativos, como «cuá chapí» (dedos de torpe) o «cuá león», por extensión, dedos de bestia.

El juego de las balitas tenía varias categorías. Por monedas en primer lugar, costumbre perseguida por los «tajhachí», agentes de policía, o por los «particú», agente descalzos y de civil, generalmente borrachines y ladrones que consideraban más cómodo ponerse al lado de la Ley y prestaban servicios en las comisarías, siendo uno de los más temidos, por veloz e implacable, un sujeto llamado «Malacara» por su rostro surcado de cicatrices. Los menos audaces jugaban por las etiquetas de caramelos «Cine» o «Deportes», y en la última escala, estaban los que jugaban por «firraca» deformación de la palabra «figura» y que consistía simplemente en la parte superior de las cajitas de los «Fósforos Fuego» de feliz memoria para la industria nacional.

Del arte fantástico de remontar pandorgas y reñir torneos épicos en el cielo, ya tuvimos en este libro un episodio especial. Entonces recordemos el trompo, que fuera arma y escudo de rudas batallas infantiles. Algunos artesanos, como don Valentín Pereira, se ingeniaban montando primitivos tornos de madera, en los que fabricaban los trompos. Si el interesado prefería una madera especial para su trompo, de guayabo para que zumbara musicalmente o de cedro para que fuera duro como el hierro, debía incursionar en las grandes quintas de las afueras y cortar una rama de respetable diámetro para tornearla como trompo. Las más de las veces, se mendigaba en las carpinterías trozos y refugos de madera. Esta selección de maderas tenía su importancia, conforme al destino del trompo. Si la cuestión consistía en escuchar la deleitosa música del trompo al girar -repito- se elegía una rama fuerte de guayabo (arazá) o de yvapurú, que tenían la característica de emitir un melodioso zumbido, tanto, que una de las composiciones musicales de Herminio Giménez más prestigiosa, se titula «Che Trompo Arazá» (Mi trompo de guayabo). Pero el trompo musical era sólo la parte lírica de la cuestión, muy por debajo del trompo guerrero, que se hacía tornear en madera dura para los «ñua'á» o duelo de trompos, que consistía en quien arrojaba con mayor fuerza y puntería y girando con su «liña» (hilo de pescar de un metro o más) su trompo sobre el trompo adversario para producirle un raspón, un agujero, una mutilación, o partirlo en dos.

Esta suerte de torneo hacía que los chiquillos sometieran a la «púa» (la punta metálica de su eje) a una limadura hasta tomar forma de cuchilla. Un golpe de esta «Púa» era letal, pero significaba que al girar el trompo adoleciera de «púa tarará», una enloquecida, torpe y ruda manera de girar. Hasta hoy, por similitud, se aplica la expresión de «Púa tarará» a personajes excéntricos, insoportables e impredecibles. El trompo con este defecto deliberado, que sacrificaba la gracia por la eficiencia guerrera, producía desagradable sonido de tambores rotos, algo bastante desdorado de acuerdo a una tabla de funcionamiento del trompo que elogiaba la elegancia y la suavidad del giro, hasta alcanzar el desiderátum de «oké» (duerme) que se aplicaba al trompo de tan perfecto girar, que parecía inmóvil.

El mismo tornero casero que producía el trompo, fabricaba también el balero, pero que entonces había que decir «bolero» porque «balero» era cosa de «curepís» (argentinos). Con el bolero la competencia era menos destructiva, porque consistía primero en el «cutú» (clavar, ensartar) y el «recutú» volver a clavar una y otra vez la esfera en la espiga, haciéndola girar en el aire. A propósito de «recutú», la palabra quedó incorporada al lenguaje popular y especialmente en el argot de la política, en los que significa conseguir una y otra vez el mismo puesto, el mismo rango o el mismo privilegio, y es de comentar que en la actualidad, muchos «referentes» de la clase política son genios del «recutú»... sin haber visto un bolero en su vida.

El «descanso», parecido a la rayuela y el «caracol», una rayuela circular, eran juegos exclusivos de niñas, y todo varón que los practicara era mirado con absoluto desprecio, y como renunciante a la virilidad.

El «tuca'é», sin embargo, se podía jugar entre chicos y chicas, y consistía en perseguirse unos a otros hasta tocar al perseguido, o la perseguida, con lo cual el juego se invertía.

Hasta hoy, sospecho por propia y lejana experiencia que nuestra anuencia varonil en participar del «tuca'é, se debía más que nada al pecaminoso, oculto deseo de tocar a la perseguida con un matiz poco lúdico, de caricia y empezar a gustar las misteriosas mieles del contacto físico, primer aperitivo erótico en el amanecer de la vida. Más oportunidades daba de gustar estas primicias, el «tuca'é cañy» (escondido) en el cual había que descubrir el escondite de las chicas, y dentro de él, tocarla y de paso, con audacia sin límite, robar el primer e inocente beso, a veces con el ruboroso consentimiento de ella, y otras, con la furiosa reacción de «le voy a contar a mi papá».

Mixto era también el juego de «liberado, aunque menor propicio al toqueteo inocente. El juego de la «prenda» que se practicaba cuando no había luz del día para actividades más libres, se prestaba a la caricia de las manos, y el recuerdo me trae a más de un amiguito tímido que al depositar la «prenda» entre las manos unidas, cálidas y tiernas de su amada secreta, se ruborizaba y se ponía rojo hasta la raíz de los cabellos.

También se jugaban otras diversiones exclusivamente masculinos como el pelota «joyo» por hoyo, en el que había que acertar desde lejos una pelota de trapo en uno de los varios hoyos cavados en tierra. El castigo de perdedor significaba ser «fusilado», poniéndose de espaldas contra la pared para que lo rivales, de a uno, le propinaran fuertes pelotazos, más dolorosos cuanto más maciza y dura era la pelota de trapos usada para el juego.

«Tevy trapo», (culo de trapo) era más bien un juego jocoso destinado a ridiculizar al perdedor. El «toky» se jugaba con planchitas circulares de metal, generalmente tapitas de cerveza aplanadas a martillazos, aunque sistema más práctico y con resultados mejores era colocar las tapitas en las vías del tranvía.

Y finalmente, el juego de «primera» con monedas y por monedas, y donde tiene derecho a echar suertes con varias monedas, el jugador que previamente arroja su moneda y más se acerca a una pared. En este caso, tenía el derecho de arrojar al aire su moneda y la de los rivales. No se mencionaba cara o cruz, sino una versión distinta, «suerte» por el escudo, y «culo» por los números. Las monedas (más bien se decía níqueles) eran «suerte» para el que los arrojaba y los cosechaba, y el juego seguía para los demás con los que caían «culo», con perdón.

## Trece

Para dar una idea de lo que era la rutina asuncena de aquellos tiempos de guerra primero y de posguerra después, me instalo en el recuerdo, en una esquina céntrica, de calles empedradas con basalto azul y la acera sombreada por naranjos o perfumada por las «ovenias» cuyos frutos parecían momias de insectos raros y eran dulcísimos al masticarlos. De un cable tendido entre dos aceras, cuelga el farol eléctrico, con la exacta forma de un sombrero invertido. Recuerdo que se encendía a las siete de la tarde y se apagaba a las once de la noche, cuando la ciudad quedaba sumida en el silencio nocturno y los noctámbulos atrevidos no pasaban de la medianoche. Ambos, farol y tranvía, alimentados por la energía de la Compañía Americana de Luz y Tracción, o CALT, con su usina a leña en Puerto

Sajonia. Pero en nuestra esquina es de día. El tranvía ha pasado veloz por la calle Estrella, con sus contactos aéreos desparramando chispas verdes y rojas. Las burreras que abandonan el centro pasan en grupos, todas ellas montando sendos asnos, dando talonazos en los ijares y masticando, casi todas, sus gruesos «cigarro poguazú» apagados. Casi todas llevan manto negro en los hombros, (si fuera invierno, serían rebozos de lana) pero las más veleidosas, paraguas negros devenidos en eficaces sombrillas. Miran con desprecio desde la altura de sus burros a las «placeras» de a pie, con canastas equilibradas en la cabeza por el «apyté aó» (o ropa de coronilla, que no es ropa, sino un rollo circular de trapos a manera de base para el peso de la carga), vendedoras de chipá, hortalizas o «pojhá ro"ysä», yerbas curativas de la rica farmacopea guaraní, dulces de maní (ka'i ladrillo o ladrillo del mono), dulces de guayaba, «coserevá» (conserva) de naranjo agrio, o damajuanas de miel de caña. Por la esquina, traqueteando sobre las piedras desiguales pasan los automóviles de los personajes conocidos, identificados con el rango y señorío de sus dueños, el Studebaker del Dr. González, el Hudson del Ingeniero Mengano, el señorial Packard «aerodinámico» del General Zutano, los Chevrolet guapos, los Ford veloces, los Chrysler, De Soto y Dodge. Y también los taxis, que no se llaman taxis, sino «autos de alquiler» o más someramente «chapablanco» por el color de la patente y cuyos conductores son famosos en la medida de su habilidad para evitar el empedrado y deslizarse silenciosos y raudos sobre las vías del tranvía, sin caer de ellas ni en las curvas. Un señor Rugilo, de este oficio, es «el Rey de las Vías» porque nadie lo supera en semejante arte. Pero los automóviles son raros en nuestra esquina, en las que, por otra parte, cruzarla «sin tocar bocina» era falta pasible de multa. Los camiones de carga al servicio de industrias y comercios mayores casi han desaparecido durante la guerra, movilizadas para tareas bélicas, junto a los heroicos camiones Chevrolet y Ford 4 que el Ejército había importado poco antes de comenzar la contienda. Pero pasan por nuestra esquina los carros a mulas, los livianos carritos techados y de una sola mula repartidores de pan, que llevan impresa en letras elaboradas el nombre fragante de la panadería: los pesados carros aguateros de tres acémilas con su tanque de agua sobre los bastidores de madera y sus llantas de hierro haciendo un ruido infernal sobre el empedrado, sobre todo en la sagrada hora de la siesta en que atruenan sembrando sobresaltos y malhumor a los durmientes, y los carros «repartidores» de los negocios «al por mayor», tirados hasta por cinco animales y llevando surtida carga para el «reparto» a los «almacenes al por menor». No falta en la esquina, el paso del carrito del «colchonero» que son los primeros talleres móviles, porque llevaban las máquinas y las herramientas del oficio de fabricar colchones. Y también pasa la gente con paso tardo, sin prisa, sin urgencias. Un poco después, avanzaría con paso lento la carreta del repartidor de carbón con la cara y las manos ennegrecidas por su mercancía que una vez distribuida, llevaría su carreta a desuncir los bueyes en un gran corralón frente a la actual cancha del Guaraní donde después, el señor Estragó instaló su famoso cine «España». Ese corralón repleto de bueyes cansados, carretas en reposo y carreteros empolvados de negro hollín, daban al equipo de Guaraní el sobrenombre de «los carboneros» que más tarde se cambió a «aborígenes», que fue invención de mi hermano Gerardo, en sus tiempos de periodista deportivo. Pasa frente a mí la gente, los hombres, aún los más humildes con sombreros que a la manera de los autos determinan categorías, porque no es lo mismo llevar un sombrero deforme en la cabeza que lucir airoso un duro «pajilla blanca» o «rancho», un «Panamá» color perla, o un «Borsalino» de flexibles alas. No se concibe aún en la mayor pobreza, andar con la cabeza descubierta o en camisa por la calle, y hasta el más pobre, si no tuviera saco debía proveerse de una blusa. Las mujeres humildes llevan mantos o rebozos y van descalzas, las

de la burguesía para arriba «sombrecitos» y «taco alto», y los niños, gorras o «yokis» (por Jockey). Los y las elegantes de aquel tiempo no tenían problemas cuando se tratara de elegir prendas finas. «La Gran Casa Francesa» disponía de todo, francés y de moda, la «Tienda Gastón» competía en excelencias con «Segura, Latorre y Cía» cuyo lema de «donde su peso vale dos» siempre me confundía, porque no atinaba a precisar si el peso valía dos para el comprador o el vendedor, «La Gran Galera» se especializaba en sombreros y los demás accesorios de la elegancia masculina y de la misma manera que la «Casa Derby». En cuanto a «Rius y Jorba» a la manera de los «shoppings» modernos, tenía de todo, desde herramientas hasta telas. Después, como terminó la guerra, los camiones sobrevivientes regresan y muchos se convierten en los primeros ómnibus, llamados «camiones de pasajeros» y se han creado las primeras líneas, de Pinozá a Puerto, de Sajonia a Puerto, de Barrio Jara a Puerto, de Tuyucúa a Puerto, como las líneas tranviarias, que tienen su «llegada» a dos cuadras del Puerto, en Colón y Estrella. El Puerto, activo y rumoroso es el imán, punto de llegada y salida del país, y sobre él converge toda la dinámica de la ciudad, en mayor grado que sobre la Estación o el Mercado Guazú. Los ómnibus son de madera, con asientos que son meros bancos a lo largo de la carrocería, y llevan diversas denominaciones, Primavera, Golondrina, Chacoré, Corochiré, «Subayvamo», Oroité, Boquerón, Nanawa o «Voy y Vengo».

## Catorce

Es inolvidable en aquella época de los años treinta, y más tarde de los cuarenta y cincuenta, la presencia del tranvía. Por mucho tiempo, Asunción era una ciudad de añoranzas. Hasta hace poco tiempo, añoro el tranvía y tengo vehementes sospechas de que esta nostalgia tiene viejas raíces en el recuerdo de un tiempo en que el pasajero era pasajero y no un montón de carne a transportar, porque cuando se viajaba en tranvía, aunque sea de pie, uno tenía la sensación de ser persona y no bulto. Quizás en eso radique los denodados esfuerzos que se hicieron hasta cercanos tiempos para mantener, aunque traqueteantes y con pinturas de payaso rodante, algunos de los viejos vehículos eléctricos, los últimos que quedaban, melancólicos supervivientes de una especie en extinción que alegró y adecentó el paisaje asunceno.

Asunción no quería desprenderse del tranvía, como un ser vivo que no quiere despojarse de su alma antigua, más señorial, linajuda y humana, cuyos jirones quedan en las últimas «casas de azoteas» y ocultos jardines rodeando a los hierros elaborados de un aljibe cegado. Por eso, cuando pensamos en el tranvía los asuncenos de la tercera edad, nos viene a la mente una palabra un poco pacata: decoro.

Precisamente porque viajar en tranvía era decoroso. La gente la abordaba limpia, y descendía limpia, nadie caía para ir a parar bajos las ruedas, y los conductores y guardas tenían sobrios uniformes y eran respetuosos trabajadores que conocían la olvidada virtud de la cortesía. El vehículo, siempre iluminado a pleno durante la noche, llevaba letreros que decían «Prohibido hablar al motorman», «Prohibido escupir» y «Prohibido viajar en la plataforma», y aquellos letreros no eran desafíos, sino invitaciones a una buena calidad de vida, expresión que antes no se conocía, pero se vivía. Respetar las normas era cuestión de

buen gusto, decencia y vergüenza, y no el modelo a escala humana de transporte de ganado en que se han convertido los ómnibus.

Es revelador que las capitales europeas más cultas, Berlín. Viena, Bruselas, Praga, no sólo han mantenido servicios tranviarios sino han renovado y modernizado el material y se puede ver así a los raudos vehículos corriendo a respetable velocidad con un pequeño zumbido de sus motores silenciosos, y con la gente ubicada cómodamente en sus funcionales asientos.

Asunción de las décadas que rescata nuestra memoria, contó con un buen servicio tranviario, pero se cometió el error de «estatizar» el servicio, y como consecuencia, dejar morir de vejez a las vías y tranvías, en la creencia de que el sistema era una antigualla condenada a desaparecer en la vida moderna, o acaso, como una muestra de la incapacidad y la corrupción del Estado como empresario, aunque la corrupción y la voracidad de los monopolios privados no han de ser menores, con lo que entonces y ahora nos encontramos en el mismo callejón sin salida.

En todo caso, cabe consolarse con el recuerdo de los tiempos en que el tranvía era el orgullo de Asunción. De la Línea 2, que partía de Belvedere, en España y Brasil, daba un círculo completo por la parte céntrica de la ciudad, pasando por las cercanías del Puerto, por el Mercado Guazú, largo trecho por Chile a la ida, por Independencia Nacional a la vuelta, por Estrella, Teniente Fariña y Estados Unidos hasta llegar nuevamente a su punto de partida. En los atardeceres no era raro que se decidiera hacer con la familia, o con la novia y el hermanito, un paseo en tranvía, en esa Línea 2 que conducía a Belvedere donde acaso se podía ver una «cinta de amor» o «de cowboy», y tomar un helado, que se llamaba entonces «sorbete».

La Línea 7 salía de «cambio Grande», que eran los enormes depósitos del Ferrocarril hasta ahora subsistentes sobre la avenida Artigas casi Perú. Llegaba al Puerto y volvía. La Línea 4 salía de Colón y Estrella y llegaba a Sajonia, recorriendo la calle Montevideo, unas cuadras de Colón y la larga Avenida Carlos Antonio López, hasta alcanzar el barrio ribereño del río, para regresar luego por el mismo itinerario. La Línea 5 salía del mismo nudo de Colón y Estrella y llegaba hasta Tuyucú para volver enseguida. Su terminal en Tuyucú quedaba frente a la iglesia de la Virgen de las Mercedes, y fue la Línea que subsistió más tiempo. La Línea 9 iba del Puerto a Villa Morra, por la entonces «calle Colombia», hoy Mariscal López, pasando por la «Para (o Parada) Uno», donde está el estadio del Olimpia y por el cementerio de la Recoleta, con una prolongación después de Villa Morra, cruzando Villa Aurelia, hasta llegar, por la Avenida Boggiani, hasta Zavala Cué, hoy Fernando de la Mora.

No llegó a figurar en ningún catálogo de curiosidades, pero por mucho tiempo Asunción fue la única ciudad en el mundo en que los difuntos iban a su última morada en tranvía, acompañados, también en tranvía por los deudos y amigos dolientes. Para el efecto la Empresa contaba con una elaborada carroza fúnebre, de torneada madera a estilo barroco, coronada con una cruz y forrada por dentro en terciopelo negro, que llevaba el ataúd, hasta las puertas mismas del cementerio de la Recoleta, con su antigua iglesia cuyas campanas, ahora mudas, tocaban a duelo.



Valorado a veces, saludado otras, Asunción se caracterizaba por el «silencio», palabra que significaba no sólo la ausencia de los ruidos, sino el manto de sosiego y quietud que imperaba sobre la ciudad, y la volvía apacible y tranquila. «Silencio» era el recogimiento de las casas como arrebujadas sobre sí mismas, fortalezas de la privacidad y de la intimidad; la espesura recoleta de bosquecillos y jardines, el paso tardo de los peatones, la inexistencia de motores rugientes, de altavoces enloquecidos o de músicas puestas a todo volumen. Avenidas casi desiertas, plazas y parques de árboles frondosos albergando a veces el paseo o la cita de parejas discretas, las noches con nada de actividad virtuosa y algo de viciosa en la que hasta los noctámbulos más recalcitrantes se imponían la consigna de deambular con el menor ruido posible, respetando el recogimiento de las familias y el reposo de las casas, y hasta las serenatas (con permiso policial, ojo) al pie de ventanas guardianas de sueños tiernos sonaban como a sordina, como si la música y el canto sólo quisieran llegar a los oídos de la amada, sin activar la curiosidad de vecinos chismosos o de progenitores celosos. Tan silenciosa era Asunción, que el sonido que hoy pasaría sin ser notado, era percibido muy lejos. Al respecto, me contaba Néstor Romero Valdovinos que exiliado a Clorinda tras la Revolución de 1947, comiendo el amargo pan del gendarme y esperando medios para viajar a Buenos Aires, en una noche silenciosa pudo escuchar, allí, en Clorinda, el zumbido agudo del tranvía asunceno acelerando en una pendiente. Me confesó que se puso a llorar. El «silencio» era palpable, espeso, impregnación de tranquilidad y respeto, simplemente, ausencia de la vitalidad ruidosa que traería más tarde la vida moderna, con su concierto de ruidos, sonidos y estampidos. Hoy que lo pienso, el «silencio» era como el rasgo de la inocencia virtuosa de una gran aldea que después la perdió.

Abandono la esquina imaginaria y voy caminando la cuesta empedrada de la calle Colón. Apenas llego al suburbio donde se alza la Iglesia de Cristo Rey, miro al sur y allá en el horizonte se alza un alto cerro azulado. Hoy ese cerro ya no está porque la industria del empedrado lo convirtió en alfombra para la ciudad. Es el cerro Tacumbú.

## Quince

En 1937 mueren asesinados en Ajos mi padre y su hermano gemelo, llevándose al morir, ellos también, a dos de sus atacantes. Se cuenta que en la noche del asesinato el populacho irrumpió en el vasto negocio y saqueó todo lo existente. Es la ruina, mi madre vende mi adorada casona selvática y alquila un local en la calle Pettirossi para abrir un almacén. Adiós a mi patio de árboles parientes y amigos, adiós a los mangos, las pomarrosas y el aguacate. Adiós a mis gallos gordos y cobardes, a las nidadas de pollitos aún húmedos que aparecían inesperadamente siguiendo a la madre desde el yuyal espeso. Adiós, experiencia primera de la infancia, a mi Edén personal perdido. Pienso hoy que tal vez la Providencia me tenía programado para ir transitando desde muy niño diferentes y aleccionadores escenarios de formación mental y espiritual. De los rudos parajes de Ajos, con su escenario salvaje y sus personajes primitivos, a la bucólica casa quinta de Asunción con su lozanía verde y pacífica y su vecindario amable, y de ese enclave lírico suburbano, al mundo urbano distinto, más limitado de la calle Pettirossi. El almacén, con vivienda estrecha al fondo, es alquilada de don Antonio Araujo, padre de dos bellezas, China y Pochó, y de mi

amigo Juan Araujo, y esposo de la delicada doña Ana, enferma y anémica que se apagó como una flor, víctima de una enfermedad mortal. El almacén estaba frente al «mercadito Pettrossi», que no era sino una manzana en cuya única acera sobre Pettrossi, se alineaban casillas elementales donde se expendían tortillas, mbeyú, chipás, queso Paraguay, yerbas medicinales y algo de hortalizas y verduras. En el fondo, bajo un enorme yvápovó, tenía su comedero público doña Presenta, dueña de una olla de hierro negra y enorme, como gorda, tiznada, enorme y morena era la buena señora que hizo famosos sus guisados de arroz y fideo, el «so'ó yosopy» después reducido a «soyo» y el «locro ipocué» que servía a los comensales sentados sobre cajones vacíos de jabón sus manjares en grandes platos de latón, en un largo tablón sobre caballetes que hacía de mesa a la sombra del árbol. En el «mercadito Pettrossi» también trabajaba ña Josefa, que fritaba y vendía riquísimas tortillas de harina, queso y huevos bautizadas como «guaymí nambí», orejas de vieja, porque tan tiernas y delicadas, las tortillas eran casi transparentes. Cuesta hoy imaginar que aquella somera feria de apenas una cuadra, fuera la semilla que inició el después monstruoso y caótico Mercado 4, que si no me equivoco abarca como cinco manzanas.

Posiblemente el lector avisado o con espíritu crítico, detecte en las siguientes páginas un cambio sutil en el estilo. Sucede así, porque al abandonar la gran casa quinta, perdía contacto con un mundo mágico que me acompañó desde que tomé conciencia, y entré a otro más real, donde la luz eléctrica substituyó a la lámpara emblemática, y el tosco empedrado urbano a la calle arenosa. La poesía siguió instalada en mí, pero el entorno se había vuelto más material, prosaico.

Había perdido mi gran patio selvático para la exploración, la cosecha de frutas y el descubrimiento. Instalada la familia en una vivienda con pequeño patio, me consolé vagando por los alrededores y descubriendo el baldío. El Baldío, como un rasgo del perfil y de la identidad de la gran aldea asuncena. El baldío no era sólo un trozo de terreno, era una institución, la «sede social» de la chiquillada que tenían allí su «canchita», su selva, su isla misteriosa, su noche fría de agosto para encender allí una fogata aventurera, en un mundo de fantasía, pequeña y limitada patria de la infancia, independiente de la autoridad paterna y de la vigilancia materna.

Chiquillos que hoy ya no están limpiaron una parte y abrieron una cancha de fútbol, delimitando las porterías con los zapatos de uno y la camisa de otro, pero la mayor parte quedó salvaje, fecunda, con un apretado matorral donde las campanillas azules trepaban por los arbustos altos y florecían con gloriosa inocencia color cielo; la calabacita ofrecía su pequeña fruta pulposa y roja, las «flores de agosto» fingían ser margaritas amarillas y doraban pequeños prados con su inundación dorada. Semillas arrastradas desde los jardines por las aguas pluviales habían brotado y crecían glicinas, florecían camelias, violetas, pensamientos y rosas con estallido salvaje y alegre. En el fondo, al borde la infaltable lagunita de fondo arcilloso, se alzaban lirios y narcisos. Verdes, caudalosas matas de arbustos salvajes florecidos con inesperados colores cárdenos, amarillos, blanco marfil; el yuquerí agresivo apuntaba sus espinos a todos los vientos amenazando desgarrar todo, piel y ropas que se ponían a su alcance. También allí, las aguas de lluvia llevaron alguna vez la semilla de una sandía, y la planta germinó rastrera pero vigorosa, y de pronto, un día dio un fruto redondo, verde, estriado, pequeño primero y después más grande, más rotundo, con su crecimiento vigilado, medido, venerado con respetuosa unción por los chiquillos de pronto

propietarios y devotos del milagro de la sandía, que no era «una sandía» sino «la sandía» especial, única, perfecta, nuestra creatura, con ancestral prestigio de tótem, porque nadie la había plantado pero había brotado para todos, como la ofrenda que hacía el baldío a la niñez adpta a su espacio y a sus secretos.

Tal vez no fuera una sandía, sino un zapallo, un melón, o un «andaí» materia prima del «quibebé» con sabor a mamá y cocina a leña. Lo mismo daba, porque en cualquiera de esos frutos la naturaleza virgen del baldío estaba enseñando su vigor y su milagro y su generosidad, -y como en los tiempos antiguos, la inocencia humana se reunía devota en torno a esa rozagante muestra de la fertilidad con mayúsculas, y de la memoria racial de cada niño nacía brotaba sin que él lo supiera la antigua veneración del hombre por los misterios del cielo, el alimento y la fecundidad.

Como muchas veces sucedía, un día el baldío desapareció. Se limpió, se cortó, se derribó, se arrasó con todo. Las campanillas azules, las «damas de noche», la sandía, el zapallo, el guayabo de generosidad estacional y la canchita de fútbol desaparecieron paulatinamente, y es por eso, porque se fueron los baldíos, los niños se han exiliado a la calle donde ni el empedrado ni el asfalto tienen magia ni oportunidad de descubrimiento y deslumbramiento, porque allí no hay nidos, ni panales ni flores, ni zumbar de avispas y de gordos moscardones negros, ni filas disciplinadas de hormigas llevando un trozo de hoja como velamen verde, ni arañas cazadoras, ni escorpiones terribles, ni «alonsitos» yendo y viniendo en la construcción infatigable de su nido de barro, todos, materia prima para la aventura de observar y aprender para la capacidad de proyectar la imaginación a mundos maravillosos y desconocidos.

La fantasía hizo del baldío selva, isla, lugar exacto del mapa infante donde está el tesoro escondido. Muchos baldíos conocí, exploré y amé, cuando de habitante del suburbio, el destino me llevó a una casa urbana de la calle Pettirossi.

Diez y seis

Allí, mi inventario de humanidad cambia. Hago nuevos amigos y conozco nueva gente. Ya mencionamos a don Antonio Araujo, propietario próspero y dueño del único auto del barrio, un Fiat amarillo y ruidoso. Vecina al almacén de la familia, la farmacia «La Estrella» de don Carlos Valdovinos, un alma de Dios, generoso y solidario que no cobraba nada por curar pústulas, aplicar antipiógenas y recetar «Píldoras Ross» gratis de sus pocas existencias. Para mí tuvo un afecto especial, porque conociendo mi angurria de lector compulsivo, me obsequiaba aquellos hermosos «Almanaques Bristol» y publicaciones de folletos para niños de la firma Bayer. Sobre la misma acera, el almacén de don Roberto Duarte, hincha famoso del Nacional, de voz potente y sonora, inventor del grito de «¡Nacional querido!» que después se hizo clisé en el club denominado también «La Academia» porque la mayoría de sus jugadores eran estudiantes universitarios.

Vecina a la farmacia, el almacén de un matrimonio anciano, don Cristóbal y ña Petrona, en el que no volaba una mosca, y clientes, menos, por el senil malhumor con que atendían a

la gente. Más allá la casa y el depósito de tabaco de don Genaro Parquet, esposo de la bondadosa doña Roquita, que solía inundar de música el vecindario con las interpretaciones de su piano. La familia, además la componía las traviesas hermanitas Dina y Margarita, Paco, Baby, Nenín y Fernando. Gente alegre, feliz, solidaria, tuvo una extraña e incomprensible predestinación para la tragedia porque más tarde, Paco, convertido en cadete de último curso de la Escuela Militar, murió en combate en el último día de la Revolución de 1947. Su hermano menor, Baby, apenas dos meses después, también moría en un accidente de automóvil en la ruta, y otro más, Fernandito, también moriría al chocar su motocicleta. Sobreviven hoy, felices abuelas, Dina y Margarita, o Totila y Marichú, y Nenín, o si se prefiere el Profesor Dr. Guido Parquet Sánchez.

Mis dos mejores amigos de la infancia, compañeros de juegos y de concurrencia a los matinés de cine (de «covoy», no «de beso») del Teatro Nacional, ahora Municipal, fueron precisamente Paquito Parquet y Juancito Araujo. En verano, salíamos de la sala bañados en sudor o con la huella de un escupitajo lanzado desde el «paraíso». El chiquillo que era entonces, no imaginaba que años después, mediante el talento de Ernesto Báez y de Emigdia Reisofer, ese mismo teatro me recibiría como autor teatral. A pocas cuerdas, invadíamos el Mercado Guazú a reponer líquidos y tomar litros de «aleja» lejano antecedente de las gaseosas, antes de que aparecieran el «Naranjín», el «Manzanet» y el «Sinalco», y hecha, la «aloja», de agua, limón y miel de caña que se servía en un jarro desde un depósito de latón de veinte litros. Lo que les ocurrió después a Paco y a Juan, es como una síntesis de lo que nunca más debe ocurrir en nuestro país. Paco murió en combate en la revolución de 1947, y Juan, como consecuencia de la misma revolución, se exilió en Buenos Aires donde desempeñaba oficios menores. Murió también él cuando sacaba brillo a la vidriera de un banco y en ese instante explotó dentro del edificio una bomba terrorista que acabó con su vida. Escapó del peligro en su patria para ir a morir en patria ajena.

Con Paco y Juan formábamos un trío inseparable. Intercambiamos revistas de historietas, íbamos de excursión y de aventuras al arroyo Ferreira o al Mburicaó, que entonces eran torrentes puras y cristalinas, explorábamos la floresta inmensa de la «Quinta Escauriza», una vasta propiedad, lindante con otra, la «Quinta Escobar» que empezaban en la calle Fernando de la Mora y terminaban en Lambaré, entonces selváticas e intocadas, donde era fácil cazar cardenales de penacho rojo, recoger chirimoyas, guayabas, guavirá, yvajhai o yvapurú silvestres, hallar inesperados manantiales, perseguir huidizos lagartos verdes o romper a pedradas panales de abejas silvestres para la rapiña de la miel. Cuando no íbamos a la cancha a tratar de entrar bajo las vallas de alambre, íbamos al Parque Moco-roa donde libraban sus repetidas batallas los dos únicos boxeadores pesos pesados que teníamos, Battilana y Pío Páez. Allí y en ese tiempo, descubrí el sentido de la amistad con su condimento de afecto y de lealtad, de participación en el peligro y de una prueba permanente de solidaridad y entrega. Hoy, a tantos años, Paco y Juan son sólo dos recuerdos melancólicos, y la quinta Escauriza se convirtió en urbanizaciones para casi todos los barrios que se alzaron al sur del casco urbano asunceno. Como la inocencia de la ciudad, los arroyos Mburicaó y Ferreira perdieron su pureza cristalina, y son sólo lúgubres sumideros de las miserias del crecimiento ciudadano.

Recuerdo también, como pioneros de lo que es hoy el caudaloso movimiento comercial de la calle Pettirossi, los almacenes y panadería de don Terol, el negocio de compra venta

de hierros y herramientas de don Guido, el almacén «El Aviador» de un ciudadano español, don Nunes, padre de quien fuera estrella y campeona sudamericana de basket, Edith Nunes, y a quien -al padre, digo- una vez le pregunté, por el nombre de su negocio, si había sido piloto en el pasado, a lo que me contestó con hispano acento que lo de aviador venía de suministrar avíos, no de pilotar un avión. Don Juan Roca, otro español, tenía también su enorme negocio, pegado a la fastuosa mansión de los Bernardes y no muy lejos de la no menos señorial de los Laterza. En Dos Bocas, los laboriosos y amables hermanos Parcerisa, habían abierto su extraña combinación de panadería, librería y agencia de diarios y revistas extranjeras. Atribuyo a la generosidad de estas bondadosas personas, la alimentación gratuita de mi casi obsesiva manía infantil de leer todo lo que viniera en letras de imprenta. Los sábados y los miércoles, la agencia recibía las revistas de historietas que se ya se multiplicaban en Buenos Aires, y era mi privilegio tomarlas en préstamo y leerlos gratis. Sobre este episodio, volveré más adelante, pero entre tanto, prosigo mi inventario vecinal con la mención de los traviesos hermanos Godoy, vecinos a la panadería-librería-agencia de los Parcerisa. Estos chicos tenían por diversión capturar alguno de los burros sueltos por la calle, atarles al rabo una batería de latas vacías, soltarlos previo a un cintarazo, de modo que el pobre pollino salía a la disparada perseguido por el estruendo de las latas contra el empedrado. También en dos Bocas vivía, con una casa antigua bajo un frondoso yvaporovó, la familia Acosta Moreno, una de cuyas niñas, Lila, fuera también después, campeona sudamericana de basket, como Edith Nunes. La memoria me trae también la imagen del carnicero del barrio, don Andrés, gordo y bonachón como todos los de su gremio. A don Andrés le recuerdo porque adoraba a mi perrito «Kiko», petiso, lanudo y cruza de innumerables razas, que yo había adiestrado para llevar él solo, sin compañía ni vigilancia y sujeta entre los dientes la canasta de compras con un papelito que detallaba el pedido, puchero, costilla o carnaza, y desde luego, el dinero. Para admiración y regocijo de don Pancho, «Kiko» llegaba a su negocio, se apoyaba en el mostrador y exhibía la canasta. Don Pancho la cargaba con el pedido, tomaba el dinero, depositaba el vuelto junto a la carne y le daba una palmada al perro, que volvía modosamente a casa. Su premio era un sabroso hueso, generalmente agregado por don Pancho, feliz de participar en ese rutinario espectáculo de circo vecinal.

«Kiko», mi perrito de la infancia, fue el primero que tuve y el que más recuerdo porque me inspiró el cuento «Perrito», que ganó un primer premio en un concurso latinoamericano de la «Revue Française» de París, y después, insertado en libros escolares y secundarios, hizo derramar lágrimas a generaciones de escolares y de estudiantes. Le siguieron otros a lo largo de mi vida, porque nunca dejé de tener conmigo una mascota, un perro que cuando se le quiere bien, devuelve amor por amor, es compañía, confidente, una mirada transparente de admiración y de lealtad, un rabo solidario que se abate entre las piernas traseras cuando hay tristeza o se bate enloquecido cuando hay alegría. Comentario aparte, suelo pensar que quien no ama y es amado por una mascota, es difícil que sea buena persona.

Don Carlos Valdovinos también tenía su perro, un gran perro de aguas, grande, macizo, de pelo largo y dorado y bonachón al que llamaba Camel, la marca de cigarrillos que el amo fumaba. Paciente con los niños, se volvía un león cuando don Antonio Araujo soltaba su perro, Zeppelin, un «barcino colí» que también era un nervudo combatiente, las peleas eran épicas, sangrientas y en el esfuerzo de separarlos colaboraba todo el vecindario. Don Gómez, el peluquero (me resisto a poner «barbero») del barrio tenía también el suyo,

enorme, adormilado y pacifista, que apenas despertaba, bostezaba y se volvía a dormir aún cuando la pelea de Camel y Zepelín era más ruidosa, pero a don Gómez lo recuerdo no sólo por su perro, sino por su maquinita mecánica, no de cortar sino de esquilarse, que más que cortar el pelo, lo arrancaba dolorosamente, y por ser uno de los primeros del gremio que amenizaba sus labores, instalando en su peluquería un receptor de radio para beneficio de sus clientes. Que yo recuerde, aún teniendo la peluquería la consabida cajita con tapa de cristal para las herramientas del oficio con la leyenda «Desinfección formol», don Gómez no tenía muchas nociones de la asepsia de sus instrumentos, porque cuando «asentaba» el filo de su navaja sobre el bastidor de cuero tenso, solía murmurar que «Koicha co ya yuká paité la microbio cuera». Así se matan todos los microbios.

### Diez y siete

Cuando vuelve a mi memoria la generosidad de los hermanos Parcerisa que me proporcionaban de niño material de lectura, suelo asociar esa remembranza dulzona con las preguntas contenidas en los cuestionarios de estudiantes que tienen por tarea estudiar alguna obra teatral, cuento o novela de mi firma. Una de esas preguntas, repetidas en todos los cuestionarios, es «¿Cuándo nació su vocación de escribir?». Generalmente suelo decir que las ganas de escribir vienen leyendo, leyendo mucho, con paciencia y desde niño. Sin quererlo, aplico a la respuesta mi propia experiencia. Desde que aprendí a leer me convertí en lector voraz, y el devenir del tiempo, me proporcionó una inopinada pero útil secuencia en la elección de mis lecturas. En la inocente infancia, fueron las revistas de historietas, El Tony, Tit Bits, El Gorrión y El Purrete, las que pusieron a mi alcance, a Tarzán y Jane con su sugerencia de regreso al paraíso perdido, sueño visceral de todo ser humano, y por lo que vi, ya larval en el niño. Y a Flash Gordon, que entonces era Jorge, el Hombre Relámpago, el símbolo de lo bueno vagando por la pluralidad de los mundos y en el infinito territorio de la fantasía, desafiando al malvado Emperador Ming, prototipo de todo lo malo. Me entusiasmaba Jim de la Selva, un valiente explorador investigando los misterios de territorios vírgenes, salvajes, desconocidos. Seguía semana a semana las andanzas de Dick y su caballo Llama, y a La Sombra, hoy llamado Fántomas, que vive en una cueva en forma de calavera, y su fiel compañero Lobo, un lobo amaestrado. Con estos dos personajes, Dick y La Sombra, empecé a tener una idea de lo que las lecturas más serias me enseñó después en el sentido de la importancia del caballo y el perro en la gesta de la evolución de la civilización. Me fascinaba Mandrake el mago, que por algo sigue apareciendo aún con su peinado de Carlos Gardel y su frac anticuado, con su inseparable compañero negro, Lothar. En esa extraña pareja, el niño aprendió que el blanco era el amo y el negro el sirviente, pero con el correr de los años y la explosión de una nueva cultura, en el curso de mi propia vida, las cosas cambiaron tanto que si en el pasado yo leía que Lothar decía a Mandrake «sí, amo», ahora tendría que estar diciéndole: «Sí, flaco».

De tal galería de héroes se alimentaron mis lecturas e iba germinando la vocación de imaginar y de crear, ya instalada en tiempos más tiernos por Caperucita, La Cenicienta y el Patito Feo, que ya me parecían «cuentos de bebés» y abandoné así el camino raigal transitado con los fabulistas como los hermanos Grimm, Anderson, Esopo, y Samaniego, que dejé atrás para proseguir con Edgar Rice Burroughs, a quien creo se inspiró en el

Mowgli del «Libro de las Tierras Vírgenes» de Ruyard Kipling para concebir su Tarzán, y Lee Falk. Con ellos descubrí que la pasión por la lectura, que esclaviza, sorbe el tiempo, prohíbe el ocio, enajena la mente prisionera del «querer saber», tiene algo de vicio, mucho de hedonismo sano y una pizca de masoquismo tal vez, pero sigue siendo el ejercicio intelectual que no tiene sustituto.

Pero llegó el momento de buscar emociones más fuertes y menos sintéticas que las historietas, y al filo de los nueve, diez u once años descubrí a los grandes folletinos, Rafael Sabattini, Emilio Salgari, Julio Verne, considerados antes literatos menores, plebeyos de la pluma, urdidores de fantasías baratas, pero son rehabilitados en la medida en que la imaginación se revalora, la aventura libera y la fantasía abre horizontes y en el caso de Julio Verne, predice el futuro, y el papel de la literatura para adolescentes cobra importancia, porque la exploración del espacio ya es una realidad, porque piratas y corsarios habrá siempre con variado disfraz y renovados discursos, como siempre habrá secuestros y rescates, princesas bellas y esclavas seductoras, ferocidad, valentía, honor de caballeros y ladrones, aventuras que vivir y territorios por descubrir, mundos que conquistar y sobre todo, inagotables lecciones que aprender sobre la cambiadiza naturaleza humana.

Ya por entonces, sentía en mí mismo, voraz lector, una urgencia nueva, escribir. Y sin saberlo empezaba a aprender que escribir es comunicar y que para comunicar es necesario estar comunicado, es decir, estar leyendo siempre, que al fin y al cabo, lo sé ahora, la escritura propia se enraíza en el rico sedimento primordial que dejaron en mí las apasionadas y apasionantes lecturas de la niñez y de la adolescencia, alimento para la buena tierra de la «lectura sería» que venía asomando en el horizonte.

Porque si de adolescencia hablamos, ni qué decir de las incursiones a los estremecedores folletines de un loco genial, Vargas Vila, con sus novelitas como «Flor de Fango», «Ibis», y otras entregas de infinita ferocidad contra la mujer. «No ames a tu madre -decía- porque te concibió en un orgasmo de placer. No ames a la mujer, ama a las mujeres», y con semejante lenguaje de fuego conseguía lo contrario, adoraba a las mujeres sólo como en el despertar de la vida se puede adorar.

El aprendizaje de la aventura llevada al extremo de la alegría y de la picardía estaba en un espadachín genial, Rocambole. «Las Aventuras de Dick Turpin», un ladrón generoso, eterno burlador de los agentes de la ley, me indujeron cierta saludable irreverencia intelectual ante la santidad de los «valores constituidos», más útil de lo que se cree en el oficio de escribir. Y desde luego, en ese escalar, llegué a la novela policial convertida en gimnasia mental, con Arthur Conan Doyle y su detective Sherlock Holmes, (en el que se inspiró Humberto Eco para su «El Nombre de la Rosa) del que aprendí con mayor celeridad que el torpe de su compañero el Dr. Watson, los misterios y la mecánica de la deducción.

De los grandes folletinos, pasé al fin a los mayores que apenas eluden esa condición porque aparecen más serios y elaborados, como Alejandro Dumas con sus tres mosqueteros, Balzac con «La Piel de Zapa» y «Ascanio»; Stendhal con su «Rojo y Negro»; y desde luego, con mayor rigor académico, Benito Pérez Galdós y toda la constelación asombrosa de los insuperables clásicos españoles, que ya fueron palabras mayores, como

después lo fueron Dostoievsky, Tolstoy, Cronin, Dickens o Mark Twain que enriquecieron mis lecturas juveniles, de la misma manera que lo hicieron Beeker, Nervo, Rubén Darío, Claudio de Alas, Espronceda y tantos otros poetas cuyos versos injertaron en mi mundo interior, un fragante lirismo que aún hoy, en plena tercera edad, perfuman y melancolizan mis días.

También en el vecindario de la calle Pettirossi, mi imaginación y mi memoria registraron tipos y arquetipos, humanos. Las caravanas de burreras que desde el medio día, pasaban al trotecito cansado de sus burros rumbo a Ysaty, Zavala Cué, Villa Elisa o San Antonio, comunidades absolutamente rurales que eran la despensa de la ciudad. Aunque parezca al lector un exceso de imaginación, hasta a los burros daba yo una identidad y una calificación, porque los había airosos y caminadores de pasito cortos y regulares, los llamados guapos, y los había de orejas gachas, resentidos, de andar cansino y resabiado, como hartos de una vida de servidumbre, que recibían de sus propias amas el calificativo de «ate'y» o holgazán o perezoso. No en pocas oportunidades, el burro no era burro, sino burra, y tenía la desgracia de estar en celo en horas laborales. Los machos percibían el aroma invitante al amor de la burra en tales condiciones, y más de uno arrojaba al suelo a su ama e intentaba el acoplamiento con el consiguiente jolgorio de la vecindad. Curiosamente, existía una reglamentación policial. Si el acto se consumaba y había penetración, la dueña incurría en «escándalo en la vía pública» y pagaba una multa. No era raro entonces que la intervención de la burrera propietaria del macho, consistiera en aferrarse frenéticamente a la poderosa verga del animal, tratando de evitar que diera en el blanco. Si el intento de amor era frustrado, no pasaba de una reprimenda. Dicho sea de paso, también besarse en público y orinar en la calle, eran también «escándalo» que convocaba la acción policial.

Aunque parezca absurdo, el burro perezoso o diligente no se quedó en mi fuero interno como una anécdota, sino como un símil de la naturaleza humana en la que las personas viven, unas como a desgano, otras, como con ansias de ir consumiendo futuros y en el futuro, luces y éxitos. Y aún fui más lejos al descubrir en la gente variantes insólitas, pues en el largo curso de mi vida, especialmente en el mundo de la creación literaria y periodística, conocí a hombres de enorme talento y otros incurablemente torpes, que parecían responder a una regla que tenía muchas excepciones, pues los talentosos resultaban incurablemente haraganes, viciosos y vagos, y muchos torpes, tozudos y voluntariosos llegaban más lejos de lo que se esperaba de su escasa cuota de talento. El clisé de que el genio se identifica con la bohemia, en muchos casos, cortó trayectorias que pudieran ser deslumbrantes y admiradas.

Digresión al margen, aquellos últimos años de la década de los años treinta, fue una época, es meritorio remarcarlo, en que la ciudad entera se alimentaba mediante el burro. No existía otra manera de abastecer a la ciudad, hasta que más adelante, en la década del cuarenta, cuando terminó la II Guerra Mundial y desapareció el «racionamiento» de naftas y de llantas de goma, aparecieron los híbridos camiones de pasajeros suburbanos llamados «mixtos», pues lo mismo cargaban pasajeros y mercancías que antes fueran monopolio de las burreras, que no tuvieron mucha vacilación para cambiar las duras jornadas en burro, por las más cómodas en camión.



## Diez y ocho

Por aquellos mismos tiempos, la tranquilidad pastoril de la vida asuncena, se rompía frecuentemente, con la noticia alarmante de que se gestaba una «revolución», y esto vale también para los años cuarenta y parte del cincuenta. En todo caso, los incidentes eran los mismos. La noche antes, ya corrían rumores. Se estaba gestando una «revolución», y el cabecilla, al menos visible y conocible, era el Coronel Fulano. Por la mañana, los rumores se habían convertido en certidumbre, las amas de casa sintieron el viejo y conocido toque de los zafarranchos de combate. Corrían a los almacenes a hacer provisiones. Las bolsas de galleta quedaban vacías, y el fideo, el arroz y el aceite o la grasa de chanco se agotaban. También los paquetes de «velas de esperma», generalmente destinadas a menesteres piadosos desaparecieron, por si en el curso del combate se cortaba la lánguida corriente eléctrica de la C.A.L.T. Los más pudientes sumaban a sus provisiones y previsiones algunas latas de sardina, picadillos o carne conservada. Los más precavidos, o temerosos, acorazaban las ventanas con colchones, y cuando a la silente mañana amenazante empezaban las noticias de que «los Cañoneros entraron a la bahía y apuntan hacia la Capital» no faltaban los que cavaban refugios en el patio, y le daban con mayor velocidad y pánico a la pala y al pico cuando a la presencia de los cañoneros se sumaba otro peligro tenebroso con «la Artillería que viene de Paraguarí por tren» y de los «Regimientos del Chaco» que se suponía avanzaban a marchas forzadas a la Capital.

De pronto, estallaba la fusilería mezclada con el tableteo de las ametralladoras y uno que otro estremecedor estampido de cañón. Los corrillos formados en la esquina se desbandaban de prisa, el almacenero cerraba las puertas y las mamás de numerosa prole iban y venían arreando a los chicos desaprensivos que no buscaban refugio y podían recibir una «bala perdida».

Los más valientes subían a las azoteas con ganas de contemplar el combate, y allí permanecían hasta que un proyectil pasaba cerca espantando con su ominoso silbido, y el observador valiente optaba por la seguridad de la planta baja.

Los combates eran recios por la mañana, amenguaban al mediodía y recomenzaban con mayor brío a la tarde, hasta que iban apagándose al caer la noche, y cesar por completo un poco más tarde. Con el silencio, la gente se atrevía tímidamente a salir a la calle, a recoger noticias a través de las dos o tres emisoras de radio que funcionaban. Al fin la noticia cundía, el Gobierno había caído, el Presidente estaba preso y el Coronel Fulano hacía leer una proclama: «hemos salido de nuestros cuarteles ante el peligro que corrían nuestras instituciones republicanas...» Y así, sucesivamente.

## Diez y nueve

Desgraciadamente, el almacén de la calle Pettirossi fracasó. Y la familia, ya reducida a cuatro hermanos porque los mayores ya se habían casado y formaron hogar, se mudó a la

calle Perú. Para mí, otro universo para la experiencia enriquecedora y el ejercicio de la imaginación y la observación, Allí, fui víctima del primer amor, cándido, celeste y tímido.

Tenía cabellos dorados, y a veces, cuando el sol del crepúsculo la daba oblicuo, tenía como un halo sobre la cabecita. Once años tal vez, o doce, ojos de color cambiante, los más extraños que haya visto, que cambiaban en infinitos matices del verde o azulado con la intensidad de la luz, tiernos labios de tersura frutal y piernecitas de colibrí. Se llamaba Ruth, hija de una familia judía que presionada por la antigua actitud defensiva de su raza, en esta Asunción que no tenía ghettos ni idea alguna de lo que es el antisemitismo, había convertido su casa en ghetto, porque en aquel tiempo ya en toda Europa se empezaba a culpar a los judíos de todos los males del mundo, anticipando el holocausto que vendría después con un tal Hitler. La casa de Ruth, amplia, confortable, arbolada, estaba protegida por altísimos cercos de alambre a los costados, y con una sólida, alta muralla sobre la calle.

El padre de Ruth era un señor tieso como una vara de madera dura, vestido severamente, y si no recuerdo mal, ejecutivo, empleado o socio de una firma importadora. Usaba los anteojos que popularizaba después John Lennon, e iba y venía por las calles del barrio saludando apenas a la vecindad con un correcto, breve «buenos días» o «buenas tardes», según el caso. Además de Ruth, tenía otra hija mayor que estudiaba en la secundaria del Colegio Internacional, y su esposa, doña Rebeca, hacendosa, hogareña y rubia parecía un hada madura y un poco gorda cuando trabajaba entre los rosales del jardín a la luz deslumbrante del sol.

Era notorio e incomprensible para mis pocos años que el estirado de don Samuel, que así se llamaba el padre de Ruth, había establecido una veda en cuanto a las relaciones con los pobladores del barrio. Hasta en eso -pienso hoy- funcionaba la ancestral autodefensa de su raza. Yo, que vivía en la casa vecina solía ver a Ruth jugando en el gran patio, traviesa como yasyateré niña, subiendo a los árboles o sentada a la sombra de un naranjo y cambiando ropitas a su muñeca, a veces, regañándola con una vocecita musical que el viento traía a mis oídos y me parecía estar oyendo el sonido de cristales del idioma de los ángeles. Casi a escondidas, la contemplaba, arrobado y enamorado, hasta que la voz de la madre la llamaba a tomar la taza de cacao de las cinco.

En el patio de mi casa había un gran árbol de pomarrosa, y una rama se extendía sobrepasando el cerco de alambres y haciendo sombra en el patio de Ruth. El bendito árbol tenía frutas y un día una de ellas, madura, cayó de la rama intrusa. Vi a Ruth recogerla, examinar con curiosidad su cáscara amarilla y su lisura de perla, y después, morderla con sus pequeños dientes de muñeca, saborearla cautelosamente y acto seguido gustar con deleite la pulpa crujiente y el caudaloso y perfumado azúcar de la fruta. Con los labios mojados de miel, se volvió a mí, me sonrió y me pidió: «¿Me das más?». Un chimpancé envidiaría la velocidad que trepé al árbol para hacerme de una provisión de pomarrosas maduras y descender después a poner a los pies de Ruth mi ofrenda de frutas, lo que es un decir, porque tuvieron que pasar, una a una y entre risas, por los huecos del tupido tejido de alambre. Esa noche, soñé que yo era Tarzán y ella Jane, y teníamos nuestra casa en un árbol de pomarrosas.

Al día siguiente vi a Ruth, no subiendo a los árboles ni arrullando a su muñeca, sino prendida al cerco, en actitud de espera. La certidumbre de que me esperaba produjo en mi corazón la primera taquicardia de mi vida. Me acerqué al tronco del árbol dispuesto a renovar su provisión de pomarrosas, pero ella me dijo que no, que aún tenía las de ayer, y diciendo esto, me alcanzaba algo entre los alambres, envuelto en un papel que parecía oro. Examiné el regalo, una golosina, la despojé del papel que deslumbraba con el sol y gusté aquello. Hasta hoy, cuando paladeo un chocolate suizo, sé que en él está el sabor de mi primer amor.

Otra novedad que aprendí y que es válida hasta hoy, es que el amor en estado puro no necesita de diálogos. Porque entonces, ella me enviaba una sonrisa a través del cerco de metal, y para mí, esa sonrisa contenía toda la enciclopedia de la dulzura y del sueño. Una vez que nos hablamos, me contó que sus padres habían venido de un país llamado Hungría, que ella había nacido allí, pero no lo recordaba, y después pasó a decirme que yo le resultaba cómico porque había observado mi costumbre de trepar a lo más alto del yvapovó a leer mis revistas de historietas y mis libritos de folletín. «Me imagino un mono leyendo» - decía- y se reía, y se rió aún más, cuando le confesé que mi madre y mi abuela cuidaban de mi salud mental prohibiendo ese tipo de lecturas, y que yo, para estar con mis amados personajes de fantasía, me fugaba y escondía en las alturas inaccesibles del yvapovó.

Un día ella me obsequió un libro de cuentos, español, de dura y colorida tapa y de fabulosas ilustraciones, pero se planteó el problema de pasarlo a través de la trama metálica de la cerca. Era imposible. Entonces, sintiéndome héroe cavé con mis uñas una especie de canal bajo la urdimbre. Por ese cauce fluyó el precioso libro, y sus manos, que toqué por primera y única vez, y al contacto con su piel rosada, supe entonces en qué consistía el tocar el cielo con las manos, apresar una melodía celeste, acariciar la cuna donde una perla duerme su sueño submarino. Presentía que ella sentía lo mismo y el contacto duró nada más que segundos y un poquito menos que una eternidad. Se marchó sonrojada y feliz, saltando como si tuviera muelles en los talones, y yo quedé allí, pasmado por aquel primer contacto con el más dorado prodigio de la vida, el amor, que había vuelto de pronto el mundo todo de color rosado.

Cuando pasó la noche y el amanecer se anunciaba con el aroma del azúcar quemada para el mate cocido, me levanté y miré el cerco. Una cintita rosa tremolaba prendida al alambre, acariciada por el viento. Me acerqué lleno de palpitaciones ansiosas. Con la cintita de seda había un papelito y en el papelito un dibujo hecho por Ruth, un mono leyendo en un árbol, y debajo, dos palabras: «te quiero». Me sentí lanzado a las selvas edénicas de Tarzán, al mundo mágico de Mandrake y a planetas azules y verdes y rojos y dorados de Flash Gordon. Esa noche resistí al sueño. No quería dormir porque durmiendo dejaría de sentir en mis manos la textura del papelito y la caricia de la cinta de seda. Y de algún modo, escribí mi respuesta, la sujeté con la cinta y amparado por la noche fui a sujetar mi mensaje en el mismo sitio milagroso del cerco. A la mañana siguiente, la cinta rosada ya no estaba. Ella había recibido mi respuesta: «yo también». Muchas cartas de amor escribí y recibí en mi vida, pero nunca los mensajes tuvieron tanta intensidad como aquellas cuatro palabras que compartimos con Ruth en el amanecer de los sentimientos.

Después del descubrimiento nos volvimos más tímidos, o acaso más cómplices y cuidadosos de descubrir el maravilloso secreto compartido. Y aquel primer amor que hoy recuerdo se redujo al intercambio de miradas y de sonrisas en instantes fugaces, pero con la fugacidad del relámpago que deja hondas huellas en el alma y la memoria, como huellas deja el rayo de quemazones en los maderos.

De pronto, la rutina en casa de Ruth cambió. Un movimiento intenso parecía anticipar viajes y mudanzas, instalando en mi corazón una larva de desesperanza. No sabía qué pasaba. «¿Cómo llamar a Ruth y preguntarle?». No se hizo al fin necesario llamarla. Se aproximó al cerco al atardecer y se sentó aferrando el alambre. Me acerqué a mi vez y como ella me senté sobre mis rodillas. Su carita era seria. «Nos vamos a Hungría». «¿Volverás?». «No sé». Pasó el dedo índice hacia mi parte del mundo. Me tocó la cara con la punta del dedo, y hasta hoy me pregunto si fue mi imaginación, o es mi memoria que poetiza todo, si realmente aquel dedito de nácar trazó desde mis ojos hasta el mentón el surco de una lágrima.

Nunca la volví a ver. Dos años después estalló la II Guerra Mundial y poco a poco, las noticias del espanto sacudieron al mundo. Estaban matando a los judíos y quemándolos en hornos en toda Europa... incluida Hungría.

Hasta hoy me pregunto si Ruth se salvó del holocausto. Veo viejos terribles documentales y me parece ver a Ruth mil veces repetida y prendida a las faldas de su madre, en doliente y aterrorizada caravana.

Y cuando voy al Jardín Botánico donde todavía existen pomarrosas, suelo recoger una fruta caída. La muerdo, percibo el mismo azúcar que empapó la boca de Ruth, cierro los ojos, y allí está la cintita rosa presa en el cerco de alambre, tremolando con el viento del amanecer.

## Veinte

En el domicilio de la calle Perú, a principio de los años cuarenta. Hice nuevos amigos y me llené de nuevas experiencias y observaciones sobre la vida, la competencia y la gente. Amigo de mi edad fue Justo González, que llegó a prestigioso economista, Albino Rojas, de una dinastía de industriales panaderos, y Euclides Penayo, que después fue médico y emigró a la Argentina, hijo de un famoso abogado; los chicos de la familia Sarubbi, de los Grange, Pizzurno. La inclinación, desde muy temprano, a mezclarme con los chicos mayores, hace que recuerde como amigos de infancia a quienes la estaban dejando. Ernesto Báez ya empezaba a subir a las tablas, Néstor Romero Valdovinos y mi hermano Gerardo se iniciaban como periodistas deportivos en el diario La Tribuna. Fue Néstor, algo mayor que yo, y especie de padrino protector como Ernesto quien me prestó una colección de seis novelas de clásicos españoles y de las obras teatrales de Benavente y los hermanos Álvarez Quinteros. Recuerdo especialmente a un muchacho lleno de chispa y alegría, alto flaco y obviamente italiano de apellido Amábile, a quien apreciaba todo el vecindario porque con su buen humor y simpatía hacía honor a su apellido, y con tristeza a Eduardo Benítez, mi

compañero de escuela y de correrías que murió ahogado en el tenebroso riacho Cará Cará, en los bajos del Parque Caballero, que con letal correntada unía a la bahía con el río, y después fue cerrado. Ya había estallado la II Guerra Mundial y la vida en Asunción era un poco estrecha, con «racionamiento» de todo, combustibles, gomas de automóviles y camiones, harina, azúcar, como coletazo de la economía mundial presionada por la producción bélica. Como es de prever, uno de mis mejores amigos eran don Aníbal, un mutilado de la guerra del Chaco que había instalado en un kiosko, en la calle Perú y Pettirossi, uno de los primeros puestos de revistas, y algo de libros. Hice un acuerdo con él. Yo le llevaba a media mañana una ración de tortilla y pan, y él me permitía leer, sentado en un escalón, el material que yo eligiera. Recuerdo de aquella esquina que realmente era una de las colinas más altas de Asunción, que desde allí se veía hacia el sur un paisaje inmenso y de transparentes colores que abarcaba el río y más allá la verde sabana del Chaco. El único edificio que se alzaba en este paisaje era la planta alta del Colegio Internacional. En esa misma esquina, también existía una centenaria planta de samuhú, bajo cuya copa frondosa se instalaba con su carrito un heladero y en los meses de verano, cuando el árbol abría sus enormes capullos de blanca seda voladora, éstos se dispersaban con el viento, como impensada nevada bajo el sol ardiente de noviembre, velozmente llevados por el caliente viento norte y transportando la semilla con la cual el viejo samuhú se sembraba a sí mismo. Un poco más allá, la acera frontal, sobre Pettirossi recibía sombra de nudosos ybyrarós, y se abrían negocios que recuerdo vagamente, como uno especial, frente a la residencia de la tradicional familia Taboada, la «Santería» de don Cosme, un señor de edad, alto, arrugado y ceñudo, de expresión permanentemente amarga y malhumorada, que modelaba él mismo, y las pintaba, pequeñas imágenes de Jesucristo, la Virgen y todos los santos y santas del Cielo cristiano. Curiosamente, este señor, perito en la imaginería, que conocía el color de los mantos y túnicas de cada elegido o elegida del Señor, su postura martirizada y su expresión de angustia, sufrimiento o éxtasis, se declaraba ateo. Esta contradicción, ya en las puertas de mi adolescencia, me suscitó profundas y complicadas reflexiones, y todo lo que saqué en limpio fue que si hay personas que viven de su trabajo pero odian su trabajo, lo odian todo, a sí mismos, a su cincel, a sus conocimientos y a sus pinturas, y terminan por odiar al mundo, como lo certificaba su expresión de amargo y permanente enfado, su rechazo a los amigos y a las mujeres (vivía y trabajaba solo) y su dura descortesía con todo el mundo. En ese personaje, después, se inspiró mi hermano Gerardo para escribir su novela «El Santero».

Hoy, en 1999, acaso sobreviva Sixto Durañona, que era «Contador» en los negocios grandes del barrio, y había optado su título en 1938. Vivía muy lejos, en Barrio Jara, pero como trabajaba de mañana y de tarde, buscó donde almorzar y lo encontró en casa, por recomendación de Della Pérez, amiga de mi madre. En la mesa nos hicimos amigos porque compartíamos la misma afición por las novelitas de aventura y las revistas de historietas. Tiempo después, a comienzos de los años ochenta, en el hall del Teatro Municipal donde se acababa de estrenar una obra mía por la Compañía de Ernesto Báez, se me acercó a saludar un señor ya anciano, que reconocí vagamente, pero no sabía de dónde ni de cuándo. Se dio a conocer. Era Sixto Durañona. Lo invité a cenar, no en un restaurant, sino en las catacumbas del teatro, donde el bueno de Coronel, el maquinista, en sociedad con Lambaré, hasta ahora guardián del fantasmal teatro, habían montado un comedero concurrido por toda la bohemia teatral. Me ocurrió lo de siempre. La gente, cuando conoce a un autor, está convencida de que tiene una historia digna de llevarse a las tablas, o a la novela.

Matemáticamente, esa historia es la suya. Así que durante la cena, Sixto Durañona me contó la saga de su vida, que al principio no merecía algo más que una cortés atención, pero de a poco me fue interesando porque al fin, era la síntesis de cómo el Tiempo devora a la Vida, de modo que tomé nota y ahora al revisarla, la encuentro digna de este largo anecdotario en el que yo, en cierta manera, soy un poco Sixto Durañona, como él, protagonista de una larga andadura, aunque fuera toda su vida el anodino señor «Etc.» o Etcétera que se ubica al final de las listas de los que merecen ser nombrados. Además, conozco por experiencia, la historia de Sixto puede ser la de muchos hombres de edad avanzada, acaso médicos, ingenieros o abogados que se reconocerán en él, paradigma como es sin saberlo, de que la vejez se define como el tiempo de despedir a los amigos que se van o de recordar a los que se fueron. La vejez es también un tiempo de aprendizaje, que nunca termina.

Me contaba Sixto que fue Contador de la Promoción 1938. Treinta en total, que durante la era estudiantil integraron un grupo solidario y unido. Finalizada la carrera y al despedirse del Colegio los treinta Contadores hicieron un juramento: cada 30 de octubre, a las nueve de la mañana se encontrarían todos frente al Panteón Nacional y de allí irían a celebrar el aniversario en un bar o restaurant del centro de la ciudad. Durante años fueron fieles al compromiso. Sin embargo, el quinto año consecutivo, sólo aparecieron 27. Uno murió en un accidente, otro se fue al extranjero y un tercero no apareció sin explicación ni excusa. Simplemente se evaporó. La Revolución de 1947 causó un serio golpe al grupo, que se redujo a 16. Conservaba una fotografía tomada en 1956 donde sólo quedaban 12. Pero felizmente esa docena de «sobrevivientes» de la promoción se mantuvo unida y sin ausencias hasta 1962, en que se redujo a 11, por el fallecimiento de uno de ellos. En 1974 el grupo se había reducido a 5. Y por fin, Sixto llega al episodio que es el desolado epílogo de su historia. Era el 30 de octubre de 1979, a las 8 de la mañana. Un hombre de paso ya inseguro por los años y encorvado -Sixto Durañona- concurrió puntualmente a la cita. Miró a uno y otro lado y nadie aparecía. Trató de consolarse pensando que «claro, la vejez nos vuelve a todos perezosos e impuntuales, pero alguien vendrá». El reloj marcó las 8.30, las 9, las 9.30 y nadie concurría a la cita. A las 10 de la mañana, Sixto no tuvo más remedio que convencerse: había quedado solo. Aquel grupo bullicioso, juvenil de 1938 ya no era sino una caravana de fantasmas, una suma de recuerdos arrastrados hacia el olvido por un desfile de almas exiliadas. Ya no eran amigos, sino memoria de los amigos. Ya no eran hombres con quienes elevar una copa y brindar, sino lápidas grabadas en el mármol de la consumación de todo. Caminó por las calles y sus pasos le condujeron a las puertas del antiguo restaurant alemán de la calle Eligio Ayala bajo cuyas añosas palmeras brindaron en grupo por el ayer, hermoso, por los ya ausentes y por la buena fortuna de los presentes. Pidió un chopp que se lo trajeron. Un chopp tamaño «imperial», color oro líquido, helado y con una espuma blanca, de copo de nieve. Contempló su vaso. Lo elevó brindando por los fantasmas del pasado y murmuró «Salud, muchachos» conteniendo una sonrisa amarga por lo delirante de desear salud a los muertos. Y bebió todo, de una vez.

Sixto Durañona, es obvio, tampoco ya estará, y como es de rigor en tanta gente anónima, sólo queda de él este episodio que forma parte del desvaído folklore de la existencia humana. Y del mío.

## Veintiuno

En la misma época ya estaban apareciendo más diarios. A la decana La Tribuna se sumaban El Orden, El País, El Tiempo, El Diario, El Paraguayo y otros. Tenían secciones que revelaban el espíritu todavía aldeano de la ciudad, como la denominada «Registro Civil». Allí, diariamente se anotaba la crónica familiar de la comunidad. «Defunciones 10, Mujeres 6, Varones 4. Casamientos. Fulano de tal con Mengana de cual, y seguía la lista de las uniones nupciales, cinco o seis por día. Pero la que más interesaba era la columna de «Diligencias Previas», es decir, parejas que hacían gestiones para casarse, y se publicaban los nombres de los futuros casados, a manera, aunque no con el mismo fin, de las admoniciones eclesiales y para reconocimiento de la curiosidad social, y no pocas, para desencadenar un escándalo de novias engañadas y de familias frustradas por la inesperada desertión y traición de un novio que ya parecía asegurado para la «nena» y tomaba otros rumbos inesperados.

Ya entonces, la malsana curiosidad social, maliciosa a veces por el regodeo que produce la desgracia ajena, encontraba su respuesta en la publicaciones en los periódicos de los «remates judiciales», que si no eran realizadas por don Miguel Masi, lo eran por su contendor, don Enrique de Jérica. Una humillante descripción de bienes a rematarse, desde los inmuebles hasta menajes de cocina, el mueblerío íntimo de los dormitorios y el presuntuoso mobiliario de las salas, con sus cuadros y hasta pianos, eran minuciosamente descritas y publicadas como los restos de un naufragio familiar por vía judicial.

En la columna de Sociales también se publicaban noticias que hoy causarían curiosidad y gracia. Por entonces, la gente tenía una extraña manía de convertir sus dolencias en noticia de Sociedad. «Enfermos. Guarda cama en su domicilio, aquejada de una enfermedad, la señora Patrocinia Ortiz de Cabrera. Amigos y parientes concurren a ofrecer solidaridad a la ilustre dama, a quien deseamos pronto restablecimiento». En la columna especial de «Viajeros», consignaban que «en el vapor de la carrera, se trasladó a Buenos Aires, el caballero don Atanasio Gutiérrez, en misión de estudios, siendo despedido en el Puerto de la capital por familiares y amigos» o, informaciones que hoy parecen chiste como que «En el tren de la víspera, partió en viaje de descanso a Estación Patiño y San Bernardino, la familia de Florindo Martínez con sus hijos menores Flavio, Raúl, Julio y Norma, a quienes deseamos felices vacaciones».

En esa misma esquina de Perú y Pettirossi, se instaló también la terminal de una nueva línea de ómnibus, la primera de carácter empresarial, pionera, porque hasta entonces, las líneas de ómnibus estaban servidas por vehículos de propiedad personal de cada uno de sus conductores. La nueva línea pertenecía a la S.A.P.T. (Sociedad Anónima Paraguaya de Transportes) y como tenía pintada en las carrocerías las siglas de SAPT, y eran pequeños, panzudos y amarillos, la gente los bautizó «sapitos». Fueron los primeros ómnibus modernos, todo metálicos, fabricados en los Estados Unidos, con sus asientos tapizados en cuero, y sobre robustos chasis de camiones International Harvester. Partían de Perú y Pettirossi, iban al centro y volvían al punto de partida, y fueron también los primeros que expedían boletos a los pasajeros y que no permitían que nadie viajara de pie. Estos primeros ómnibus realmente modernos, tuvieron su antecesor un par de años atrás, en un monstruoso

y enorme ómnibus lujoso y de manufactura americana también, con un humeante motor diesel, que intentó cubrir el itinerario entre Asunción y Zavala Cué. Pesado y lento, el ómnibus aquel, pomposamente bautizado «Normandía» por el transatlántico de moda entonces, no soportó las durezas inmisericordes del empedrado asunceno, y padecía de tantos desperfectos en pleno servicio, que el vulgo defraudado rebautizó al vehículo, que del pretencioso «Normandía», se redujo al peyorativo «Tembey», nombre de aquel astroso barco que hiciera el primer y catastrófico tour fluvial a Buenos Aires.

Los «Sapitos» a su vez, antecedieron a lo que vendrían años después, los famosos «Merceditas», ómnibus Mercedes Benz carrozados en Alemania, que prestaron heroicos servicios sobre los ya entonces aborrecidos empedrados de Asunción. Más tarde, Asunción se regocijó por la importación de una flota de ómnibus Berliet, franceses. Fue en su tiempo un escándalo con visos de estafa financiera. Los ómnibus se caían a pedazos, y alguien (si no me equivoco, el Estado o la Municipalidad) tuvo que pagar cuantiosa suma a algún avisado importador, por aquella flota de chatarra. Pero esa es otra historia de las que en este libro, apenas sirven de marco de referencia temporal y existencial para el protagonista del mismo, yo.

Ya me había tocado la adolescencia. Ya había ingresado al primer curso del Colegio Nacional, exactamente en 1940, cuando enseñaba castellano don Gustavo Lezcano y su hermana Aída, de la dinastía de los profesores Lezcano que enseñaron a generaciones de paraguayos a leer y escribir correctamente. Y latín el venerable pa-i Velloso, que cuando tomaba el examen y susurraba al final un «vete con Dios, hijo mío» significaba un seguro aplazamiento, y también, para el latín, el irascible profesor alemán «Mr. Teichman», y dibujo don Jaime Bestard, y matemáticas el profesor Doutrelpau, y francés Monsieur «De Vilé», en rigor de Vilaire; y otras asignaturas con otros profesores que hacían de la cátedra un altar de la excelencia, como el inolvidable profesor Alfonso B. Campos, pequeñito y vivaz como un gamo siempre joven, su traje negro, sus zapatos «enterizos» de militar, y su fanatismo por la moral, la ética y la perfección en los más mínimos detalles de la vida. Poco durarían mis años de estudiante secundario, incapaz como era de asumir enseñanzas reglamentadas y distraído como era en las clases, que hicieron que fueron vanos los intentos, porque nunca pasé del tercer curso ni en el Colegio Nacional, ni en la Escuela de Comercio, ni en la Escuela Militar y ya que en tren de confesión entramos, en compensación a esta ignorancia académica-pedagógica, afirmo que más aprendí de los libros leídos desordenada y vorazmente que de los voluntariosos y exigentes profesores de antaño. En mi adolescencia y juventud era reacio a toda disciplina, salvo a la que me imponía a mí mismo.

Felizmente, a uno de los excelentes profesores que desperdiicé, el profesor Gustavo Lezcano, le debo la experiencia de que para escribir, bien o mal, hay que concurrir con denuedo a la escritura ajena. Y el profesor tenía un método que creo valioso. Nos hacía aprender de memoria, trozos escogidos de literatura española.

Hasta puedo recitar «Íbamos por el herradero de novillos. El patio empedrado, sombrío bajo el inmenso y ardiente cielo azul de la tardecita, vibraba sonoro el relinchar de los caballos pujantes, del reír fresco de las mujeres, de los afilados ladridos de los perros. Platero, en un rincón se impacientaba». El texto es de Juan Ramón Giménez. La exigencia



del profesor obedecía a su creencia de que el idioma existe como algo concreto, pero el «buen decir» es el producto de una elaboración excelsa. Enseñaba el maestro que la buena prosa castellana tiene musicalidad, un ritmo cadencioso, casi mágico, como estaban presentes en el texto en el breve trozo que memorizábamos, cuidando la modulación, el acento y las pausas de la puntuación, hasta percibir que el idioma «cantaba» en cierto sentido. Sólo mucho tiempo después descubrimos el motivo de la condición de leer en voz alta y memorizar palabras y ritmos, que no es otra cosa que fijar en la memoria la «música de la prosa», es decir, la cadencia armoniosa de las palabras bien elaboradas y combinadas con sabiduría y gentilmente insertadas en el contexto de una frase o de un pensamiento. La cuestión no resulta muy difícil, sino más bien elemental, porque la memoria moviliza el mismo mecanismo que utiliza para saturarnos de las melodías «pegadizas» como las que casi inconscientemente silbamos o canturreamos mientras nos afeitamos o conducimos el automóvil. La prosa bien escrita tiene también esa misma condición de alimentar a la memoria de sonoridades amables que asoman espontáneas, cuando a nuestra vez, acometemos el difícil compromiso de escribir.

#### Veintidós

Ya en edad de trabajar, por entonces, trabajé como «ayudante de camión» que era algo así como auxiliar contable que acompañaba al chófer y hacía el papeleo de las entregas y recepciones de las mercaderías. Tuve en tal oficio, la ocasión de palpar, oler y empararme del ambiente de los grandes comercios de aquellos tiempos, adustos, serios, organizados, en el que se imponía un clima señorial, porque en esos negocios «al por mayor y menor» había como cierta nobleza antigua, acaso porque en aquellos tiempos los grandes negocios tuvieran linaje, tradiciones y sobre todo, un toque de austeridad que el contrabando, ni el agio ni la especulación ni la «contabilidad negra» aún no habían mancillado.

Recuerdo las estanterías ordenadas de oscura madera. Largos mostradores añosos y macizos, la clientela atendida con cortesía, sin prisas ni voces destempladas. A un costado, la «Entrada de Vehículos» para los recién llegados camiones de carga o para los pesados carros de cinco mulas, estrecha, pero que se ampliaba en el patio de cargas empedrado, con su humedad de boñiga y de barro, al que se abrían las puertas de los depósitos con inmensas «estibas» de bolsas de diversos productos, papas aún cubiertas de tierra negra que deformaban los sacos, cebollas que emanaban leve impronta de madurez, maíz, arroz, aquellas macizas bolsas de Yerba Ley de Segundo Ibarra, con sus setenta kilos de yerba que eran el desafío al machismo de los peones «hombreadores» o portadores de carga al hombro; cajones de lavar de olor ácido, apretados fardos de tabaco o de alfalfa, y en estantes de madera, puntillosamente limpios, grandes tortas de «queso de rallar» de pura procedencia italiana y legítima leche de cabra con sus gruesas cubiertas de protección negras a veces, marrones otras. Y vinos en polvorientas botellas o en panzudas damajuanas acorazadas en mimbre tejido y hasta en toneles de mágicas maderas que, entonces ya tenían la proceridad del tiempo. En secciones apartadas, las bebidas finas importadas, con sus desmañadas estampillas de «impuestos internos» pagos pegadas sobre los corchos refinados, y generalmente, en un rincón, una gran barrica llena de sal, y en la sal, así como vinieran de algún lejano país nórdico, las tiras de bacalao seco.

Conservas de tomate en latas, de marca y leyenda italianas, sardinas, aceites de oliva en plateados envases de verde metal y floridos logotipos. Un mundo pródigo, austero, ordenado, limpio, con una variedad de mercancías que exhalaban en conjunto un olor especial que la memoria retiene. Un olor mezcla de olores, desde la cebolla claudicante a la papa que empezaba a reventar retoños en la humedad de las bolsas. Y entre ellos, el de la alfalfa con su reminiscencia de hierba cortada bajo el rocío, y el del tabaco que picaba la nariz, y el de los cajones de jabón que mezclaban las esencias de la madera y la arremetida de la grasa y la lejía. Polvo desprendido de damajuanas, botellas y barricas, flotante y danzarán a la luz del sol atrapada por las claraboyas, con su aroma sugerente de resabios de oscuras bodegas, europeas, como aderezando el perceptible aliento de madurez exhalando de las bolsas de loco, de porotos, que a su vez no podían imponerse al fuerte perfume del café que sobrevolaba sobre todas las sensaciones capturadas por el olfato, hasta sobre la yerba que oponía su invencible presencia de monte salvaje rendido a machetazo y fuego.

Sobre una sólida plataforma cercana a la entrada principal de los depósitos, la hercúlea, puritana y exacta báscula, con su gran brazo miligramado con trazos firmes sobre la dura regla de pulido bronce. La balanza, su hermana menor, símbolo de la honestidad comercial, jamás admitía un gramo de menos ni de más, pesándolo todo con su elegante platillo colgante, sus pesas y contrapesas con su cuño de pureza marcado en el hierro, inviolable a toda maña, severa ante todo error.

De los depósitos íbamos a los escritorios con sus grandes pupitres que tenían exactas perforaciones en la parte superior, para el tintero, y «cunas» talladas en el madero para las lapiceras, y el lugar exacto para el curvado «papel secante». El tablero, inclinado a la altura suficiente para que los «tenedores de libros», con camisa y corbata y una visera verde protectora sobre los ojos porque recibían luz de un alto ventanal, trabajaran cómodos, sentados en su alto taburete, parecidos a monjes amanuenses de viejos monasterios. Sobre aquellos pupitres, que eran varios vigilados por el todopoderoso señor Contador desde su atalaya, los grandes libros Diario, Contabilidad, Teneduría e Inventario. Enormes, de durísima tapa, pesados, monumentales, honestos libros de un registro riguroso, certero, veraz, sin trampas, sin ocultaciones, imposible, porque todo estaba escrito con cuidadosa caligrafía, sin consentirse jamás el pecado inexcusable de un borrón, una corrección, una enmienda, todo, con tanta limpidez comercial que el mismo Señor Jesucristo, si fuera Inspector de Hacienda, saldría satisfecho.

Sobre una mesa robusta, la prensa de copiar documentos, dos planchas de hierro pulido y obediente a una manija que operaba un mecanismo atornillado en espiral. Y a su lado, el trapo de mojar y la provisión de lápiz-tinta en que se escribían los documentos que someter a la copia. Y por fin, para la correspondencia, la máquina de escribir «de escritorio» Royal, o quizás Underwood, Smith Corona o Remington.

En la Gerencia, dos grandes mesas de escritorio de madera elaborada con adusta artesanía y con leves esbozos de escultura en cada esquina. Cada cajón con su llave, y con llave también los armarios-archivos adosados a la pared. Las dos mesas con su sillón giratorio y en una esquina de la oficina, una alta percha de numerosos brazos que ofrecían soporte al saco, el sombrero, al «perramus» o al paraguas, para el cual, el perchero sostenía

un disco con perforaciones. En la otra, el ostentoso reloj de pie, con la esfera marcada con números elegantes y trabajados, con su péndulo dorado oscilando detrás de los cristales y su carillón que contaba con sonoridad discreta las horas, las medias y los cuartos, con la solemnidad del bronce en un templo.

Así de austero, linajudo, era aquel negocio hoy memorizado fielmente, posiblemente poetizado por la imaginación a caballo de la nostalgia, pero en esencia, así, comercio ennoblecido por la calidad humana de los hombres y por la transparente, decorosa personalidad del comerciante.

Como él, otras empresas comerciales parecidas funcionaban en Asunción de la década de los años cuarenta, y es imposible resistirse a dejar en letra impresa el recuerdo que se va borrando de la memoria de la ciudad, o pronto empezará a borrarse. Al correr de la pluma, memoramos:

Etchegaray y Díaz de Espada S.A., en Montevideo entre Presidente Franco y Palma, Casa Módiga: en Ayolas entre Presidente Franco y Palma; Francisco Borrel, en Colón casi General Díaz; Lorenzo Manzoni, en Presidente Franco y Montevideo; Casa Saceo, en Montevideo y Buenos Aires (hoy Paraguayo Independiente). La siempre rumorosa Casa Viola, en Montevideo y Playa (a metros del embarcadero de la «Playa Montevideo») con su bulliciosa clientela de navegantes y mercachifles fluviales y con su competencia cerca, la Casa Casola. El Almacén y Panadería Carioca, en 14 de Julio y O'Leary; Casa Pappalardo, en Iturbe y Caballero; La Palmera S.A. en Montevideo y Benjamín Constant.

Ha de recordarse el linaje de los Cuevas, Justo Cuevas, primero en 25 de Mayo casi Yegros, y después en Colón entre Palma y Estrella; Cuevas Hermanos, en Coronel Bogado y Tacuary; Rogelio Cuevas, en Iturbe y Teniente Fariña: Carrillo y León, en Teniente Fariña y Estados Unidos, Amadeo Buonghermini, en Eusebio Ayala y Bruno Guggiari; Cazenave Hermanos, en Luis Alberto de Herrera entre Estados Unidos y Brasil: Casa Marimón, en Nuestra Señora de la Asunción y Piribebuy; Adorno y Espínola, en Estados Unidos y 25 de Mayo.; Silvio A. Fiore, en Eligio Ayala y Antequera; el Almacén de Pepito Camps, hasta hoy abierto en Teniente Fariña y Brasil: don Miguel Vera, ilustre comerciante en México y Aquidabán; don Andrés González, del ramo «al por mayor», dueño de enormes depósitos en las cercanías de Dos Bocas, y de quien se decía era hermano de Natalicio González.

Grandes comerciantes de la vieja escuela de la Asunción de antes, que los tiene grabados en las crónicas de sus días sin polución del agua, ni del suelo, ni del espíritu, ni de la moral.

En el aspecto menos austero de aquella época de inicio de los años cuarenta, cada vez que podía me escapaba al centro de la ciudad. Me gustaba la música, y la tenía servida en orquesta, de mañana o de tarde, en el Bar Vila, si mal no recuerdo, en Montevideo o Convención, casi Palma. Muy joven o con nada de dinero para entrar, miraba y escuchaba con «la ñata contra el vidrio» como dice el tango, y era mi preferida la «Orquesta Bolia» que allí tocaba, y de tangos, valsos y uno que otro «pasodoble» era su repertorio. Con ella, la música se mezcló por primera vez con el deporte, cuando el director de la orquesta compuso y tocó el tango «Olimpia». «Soy del Olimpia, campeón de campeones con sus once leones, cansados de ganar...» Sin perder tiempo, el eterno rival, Cerro Porteño, para marcar la diferencia entre lo distinguido y lo popular, convocó a Herminio Giménez que produjo una polka, «Irala el Gran Presidente que con su ejemplo así enseñó...». Olimpia replicó después con varias polkas, una de las mejores con letra de Cayo Frutos Pane que las malas lenguas atribuyeron a su hermano Manuel, quien años después crearía con Juan Carlos Moreno González una sucesión de zarzuelas paraguayas, inolvidables como los hoyuelos y la voz de Kikina Zarza y la planta varonil de Óscar Aguayo. También el Bar La Bolsa, en la misma esquina en que hoy está el «Bolsi», disponía de orquesta. Y llamativamente, en ambos bares asistía una bohemia asuncena mañanera, caballeros que vivían de renta, que faltaban al trabajo o no tenían trabajo y no se preocupaban mucho, periodistas, poetas, escritores y deportistas, que cuando no estaban en el Bar Vila o La Bolsa, podía estar en el Felsina tomando café y jugando al billar, holgando en el Bar Tokio y esperando la noche para ir a cenar en el «Rubio», sobre la calle Colón, cuyo plato principal era su famoso «a caballo», un enorme bife de lomito con tres o cuatro huevos fritos sobre cubierta, un verdadero ataque masivo de colesterol que llevó a mejor vida a muchos bohemios valiosos, como el famoso periodista Sindulfo Martínez, que escribía sus crónicas deportivas con prosa poética y rigor académico.

Fue también para mí aquella pos adolescencia, tiempo de postergar estudios y de leer con gozo inolvidables novelas. «Crimen y Castigo» de Dostoievsky, me deslumbró y la considero hasta hoy el más profundo y perfecto estudio de la condición humana. «Cuán Verde Era mi Valle», «La Historia de San Michele», «Los Miserables», «El Vizconde de Bragelonne», «Los últimos Días de Pompeya», «La Guerra y la Paz» «Ben Hur», una novela estremecedora del único premio Nobel noruego, Knut Hamnsun, titulada «Hambre» y cuantos más ricos novelones me fueron nutriendo de sueños, aventuras, fantasías e historia. Leí toda la producción de Charles Dickens con voracidad, especialmente una novela titulada «Los Grillos del Hogar». Recién hoy, cuando en plena vejez me regodeo releendo aquellas primicias de adolescencia, advierto que Dickens fue el que mejor testimonio diera del cambio en la humanidad. En efecto, instala sus novelas, en la época en que al mismo tiempo se inventa el motor a vapor un poco más que a mediados del siglo pasado y comienzos de este que termina, y los telares mecánicos. Es el inicio de la Revolución Industrial con el mismo ímpetu renovador en que hoy comienza la Revolución Informática. Con la Revolución Industrial aparecía una nueva forma de explotación del hombre, de la mujer en los talleres, de los niños en los fragorosos sótanos de las grandes fábricas. Nadie mejor que Dickens retrata esa época en que aparece una nueva clase destinada a pesar en la historia de la humanidad, el proletariado industrial.

Otras lecturas no faltaban, porque en la impensada aún carrera de autodidacta, leía cuanto texto de historia, geografía o de literatura caía en mis manos. Por algún tiempo tuve

acceso libre a la biblioteca de un abogado vecino, cuyo nombre me reservo por respeto a su memoria, tiempo en que leía tratados de Derecho, de Economía y Sociología. Obras sobre Criminalística y Balística, de las cuales nacieron la pasión que me dura hasta hoy por las novelas policiales, las buenas como las de Conan Doyle, William Iris, Ross Mc Donald y otros que priorizan la investigación deductiva. No es casualidad que mis dos libros favoritos, «Crimen y Castigo», de Fedor Dostoievsky y «El Nombre de la Rosa», de Umberto Eco, son grandes novelas policiales. Había accedido así a cuantos libros tenía mi vecino en su enorme biblioteca. Lástima que este idilio con los libros llegó a su fin al cabo de dos años, porque intuí que el idilio con los libros debía incluir ya no más, otro idilio antinatural con el propietario. Menos mal que había aprendido a leer «con la vista» y en forma rápida, y mi cosecha fue pródiga mientras duró. Y me acostumbró para toda la vida a aprovechar los momentos de ocio, para leer cuanto estaba a mi alcance, con una obsesión casi enfermiza.

#### Veinticuatro

En 1945 termina la II Guerra Mundial, y las potencias occidentales victoriosas terminan su romance con los regímenes fuertes de América del Sur. Exigen democratización y el Paraguay no escapa a esta exigencia. Se inaugura lo que después se llamara la «Época de la Libertad». Todos los partidos políticos son libres y legítimos, incluido el partido Comunista, con sus partidarios orgullosos de la participación del bonachón «Tío Pepe» como la propaganda aliada bautizó a Stalin cuando el Ejército Rojo trituraba a Alemania. Después, con la Guerra Fría cambiaría la historia, y el tío Pepe sería el carnicero que amenazaba al mundo. Pero entretanto, florecía la «Época de la Libertad» en Asunción, con sus calles atoradas de manifestaciones populares, sus plazas donde se sucedían mítines colorados, liberales, febreristas, comunistas, y se acuñaba una nueva forma de calificar a los oradores más castizos, profundos y sonoros: «picos de oro».

La vida social era intensa, especialmente para los jóvenes que íbamos saliendo de la adolescencia. Se instalaban y transmitían nuevas emisoras de radio con programas exclusivamente musicales y alguna media hora dedicada a las noticias. Pero se escuchaba radio para escuchar música. Los temas de moda eran los boleros como Nosotros, Ansiedad, Vereda Tropical, y los tangos como Malena, la que cantaba el tango como ninguna, Caminito, Grisel, Cuartito Azul y aquello de «en un viejo almacén del paseo Colón». La cuota de humor la ponía un caimán de letra pícaro que se iba para Barranquilla, en tanto que la Guerra Mundial había popularizado una canción que al principio -dicen- la cantaban sólo las tropas alemanas, los ingleses la oyeron detrás de las trincheras y la tradujeron, como lo hicieron los franceses y los italianos: Lili Marlene, con el universal tema de la novia que en las puertas del cuartel despedía al soldado que se marchaba a combatir. Por su parte, la música popular idiota, que en menos proporción ya existía entonces, se hacía presente con un ritmo «tropical» que hacía furor en los bailes y decía que «Santa Marta tiene tren pero no tiene tranvía»... y que «Cartagena tiene mar pero no tiene montaña». El noticioso más escuchado era el del mediodía y se titulaba «El Reporter Esso». Radio Cáritas, emisora católica que se había inaugurado en 1939, no emitía tangos ni boleros por sus letras pecaminosas, pero en cambio, tenía programas de vals vieneses y música clásica que

iniciaron la tradición cultural de la emisora inaugurada por el inolvidable pa-i Lavorel, hasta nuestros días. En el cine, las parejas que más suspiros provocaban eran la de Jorge Negrete y Gloria Marín, la de Robert Taylor y Greta Garbo, y había una infinidad de películas de propaganda bélica norteamericana, en las que bellos jovencitos rubios que bailaban bugui-bugui en los pueblecitos de tarjeta postal de los Estados Unidos, vestían los uniformes y se marchaban a matar como moscas a japoneses y alemanes, o soñaban en las trincheras con el hogar lejano, contemplando una fotografía de Betty Grable en traje de baño. Mickey Rooney, hoy un anciano enano adiposo y con una nariz de alcohólico irredento, era el jovencito modelo de la retaguardia, que ayudaba al «esfuerzo de guerra» bailando con Judy Garland, una encantadora jovencita entonces.

Los sábados se bailaba mucho, con mucha orquesta y sin ningún altavoz, que fue una novedad posterior, invento diabólico. Músicos jóvenes aparecieron para revolucionar todo, con sus orquestas generalizadamente llamadas «características» que tocaban jazz y ritmos tropicales, y hacían su agosto en Carnaval, cuando después de los floridos corsos en la calle Palma, la juventud iba a bailar al Mbiguá, al Sajonia, al San Antonio o al Martín Pescador, u organizaban «bailes de mamarracho» en las casas de familia, y en las cuales, llevaban las palmas los disfraces más disparatados.

La llegada de la primavera era una celebración especial para la juventud de entonces. Desde mucho antes del 21 de setiembre, chicas y muchachos vivían la angustia de prepararse para el gran día. Ellos, con el inexcusable compromiso de estrenar el nuevo traje blanco, de casi proletario brin, o del más refinado «brin de hilo» o del ostentoso tussor de seda, con el «pantalón bombilla» y la bragueta hasta el ombligo, más o menos: el saco hasta cerca de la rodilla y la camisa con el cuello duro, almidonado hasta adquirir la dureza cercana a la del hierro. En aquel tiempo el muchacho de pequeño burgués para arriba que no estrenaba un traje blanco en primavera, era poco menos que un leproso social, y un excluido total del interés femenino.

Las mismas angustias vivían las chicas con respecto al vestido para la «fiesta de primavera», con el agregado de que si tal vestido no estaba acompañado de un zapato con «plataforma» de corcho, altísimo y capaz de dejar más de un gracioso tobillo femenino seriamente lastimado, no valía la pena.

Lo que más amables recuerdos suscitan son los bailes del Mbiguá. Primero, el romántico cruce de la bahía en asmáticas lanchas, o los impacientes en botes de remos, y luego, un ya desaparecido, alto tablado de madera que cuando los bailarines en multitud llevaban al unísono el mismo compás, se sacudía también en su estructura, como el latido de un corazón enorme, el corazón de la primavera que saludaba a las lindas chicas de entonces, hoy melancólicas abuelas que sentadas en sus mecedoras en penumbrosas salas, atisban por los balcones entreabiertos el paso de la vida que ya las dejó de lado. O recordando con un rescatado rubor, las escapadas desde el tablado hacia la oscura playa arenosa donde más de una virgen dejó de serlo.

En el curso de la mencionada «Época de la Libertad» regresaron del exilio los líderes más prominentes y los dirigentes civiles de mayor prestigio. El Coronel Rafael Franco, héroe de la guerra del Chaco y fundador del partido Febrerista, que tenía entonces gran

poderío popular y un casi exclusivo monopolio del estudiantado secundario y universitario, fue recibido en el Puerto, por una bulliciosa muchedumbre que lo acompañó desde el mismo barco, en marcha triunfal, hasta el Panteón Nacional de los Héroes, un monumento por decenios abandonado, y que él restauró durante su breve Gobierno en la década del treinta. La marcha por la calle Palma fue apoteósica, y las fiestas de bienvenida se sucedieron, la principal, en la «Terraza Granados», adyacente al cine del mismo nombre, en Estrella y 25 de Mayo.

Muy distinto, y amargo, fue el regreso del Dr. José P. Guggiari, a quien se atribuía, creo yo como maniobra política que como verdad histórica, la matanza de jóvenes estudiantes frente al Palacio, cuando el 23 de Octubre de 1931 llegó allí una manifestación de jóvenes que exigía que el país se movilizara, armara y respondiera al avance militar boliviano en el territorio del Chaco, y una ametralladora disparada desde el edificio sembró la muerte entre los manifestantes. Quizás fue en ese episodio que la propaganda, en su forma moderna, apareció en el Paraguay para destruir la imagen de un hombre. «Josepé» era para el vulgo sinónimo de carnicero y asesino de jóvenes, y a la leyenda negra, como si fuera poca, se aditaron detalles macabros, como que durante su presidencia su esposa padecía de una enfermedad misteriosa que sólo se curaba con sangre de niños, rumor perverso que desencadenó una sicosis maternal de espanto y de cautela, y los niños eran recogidos a la seguridad de las casas, apenas caía la noche.

Con tales antecedentes que databan de la década de los años treinta, se produjo el regreso del Dr. José P. Guggiari en la de los años cuarenta, en pleno florecimiento de la «Época de la Libertad». Fue todo lo contrario a lo sucedido con el Coronel Franco. Se intentó repetir y hasta superar el evento del febrerismo. Pero todo fue un desastre. Apenas asomado el cortejo en la calle Palma, empezó la agresión de la multitud. Como era el mes de agosto y toda Asunción estaba arbolada de aepéús, (naranjos agrios de grande, dura y maciza fruta), las frutas -disponibles a miles por las calles- sirvieron de proyectiles para frenar la marcha de la caravana hacia el Panteón Nacional. Sin embargo, el cortejo, de hombres empapados y bañados en jugos y pulpas, siguió adelante soportando el nutrido bombardeo frutal. Cuando estaba a dos cuadras del monumento y parecía que llegaría a destino a pesar de todo, los proyectiles cambiaron porque de inofensivos aunque dolorosos y rotundos aepéús se volvieron de armas de fuego. Habían sonado, ominosos, algunos disparos de fusil y se oían las balas silbar sobre la muchedumbre. Entonces fue la desbandada, y el Dr. Guggiari tuvo que ir a refugiarse en una residencia particular, hasta donde siguió el acoso, con lo que el buen señor decidió embarcarse y partir de nuevo al exilio para no volver jamás.

Un hecho llamativo, es que esos mismos aepéús que frustraron el regreso de un político de fuste, habían sido plantados años antes en las aceras de Asunción, por un sobrino suyo, Bruno Guggiari, si la memoria no me traiciona, considerado como uno de los mejores Intendentes que tuviera nuestra ciudad Capital, creador, entre otras cosas, del Barrio Obrero, extensas manzanas en las que realmente se asentaron auténticos proletarios, Sobre aquel desgraciado repúblico, Dr. José P. Guggiari, se abatió el folklórico vicio nacional de satanizar lo que nos repele y santificar lo que nos halaga. Francia, el Mariscal, Madama Lynch, Benigno Ferreira, Natalicio González y hasta Stroessner, conocen de eso.

El acontecimiento aquel, fue una de las pocas mancillas de la «Época de la Libertad», y castigó de tan cruel manera, a un hombre ilustre a quien la Historia, aunque no el pueblo raso, reivindicó en su inocencia.

## Veinticinco

No soy historiador, y de lo poco político que fui no queda nada, porque la desilusión me ha purificado hasta de la última costra en estos tiempos en que descubrí que las más bellas e idealistas ideologías perecen ahogadas con el avance del partidismo descarnado, angurriente de poder, y sobre todo, ordinario, sin señorío y perverso. La moral ha sido desterrada y la convivencia pacífica una ilusión de líricos. La víctima de hoy es el verdugo de mañana, y en el descenso hacia lo tribal van desapareciendo valores y los principios se sacrifican en el altar de las ambiciones, el sentido de nación va desapareciendo, y el pueblo no es sino una palanca deshumanizada del poder que ayuda a conquistar sólo para caer en la servidumbre de él. Sin la profundidad del historiador ni el prisma del político, visualizo aquella «Época de la Libertad» que fue breve pero realmente primaveral, en todo su fugaz esplendor cívico y con un pueblo desprevenido por la desgracia que estallaría el 7 de marzo de 1947.

La «Época de la Libertad» que se recuerda, al final, sólo fue un corto interludio en una extraña predestinación que pesa sobre el pueblo paraguayo, a lo largo de su historia, hasta hoy, de vivir en división y encono. A la hora del conflicto, siempre fueron más numerosos los halcones que las palomas. Desde la atalaya de mi más de siete décadas de vida, concluyo con cierta tristeza que los paraguayos somos maniqueos de nacimiento, necesitamos del conflicto para vivir, alimento y adicción tóxica a la vez para el sustento y los dolores de la energía nacional. Toda nuestra historia es una sucesión interminable de conflictos internos, el dictador Francia y sus enemigos, porteñistas e independentistas; López y antilopiztas, nacionalistas y legionarios; colorados y liberales y dentro de ellos innumerables hostilidades, sangrientas tantas veces, «saco pucú» y «saco mbyky», eleccionistas y abstencionistas, guiones y demócratas, militantes y tradicionalistas. En los pueblos del interior, las carreras de caballos y las riñas de gallos tenían sus bandos sedientos de violencia, y hasta en las fiestas patronales los «bailes de primera» dividían a los que por su condición económica y social debían contentarse con los «bailes de segunda». El conflicto, el choque, la impertinencia, la arbitrariedad y la intolerancia, la polémica y el debate bizantinos erizan nuestra historia, mancillan el patriotismo, enajenan el pensamiento lúcido y exilian los ideales de solidaridad, al mismo tiempo, y esto es lo más trágico, que cuando no trababan la libertad y el vuelo de las plumas ilustres que sí tuvimos, las condenaban a la servidumbre a rendir a los salvadores de sable y cañón.

Así como en el mundo se creía que la II Guerra era para el fin de todas las guerras, en el Paraguay de 1945 también se creía que con la libertad vendría el fin de todas las desgracias. Mientras duró la ilusión, hubo holgura de espíritu, se veía horizontes claros, la gente común creyó en la competencia de caballeros, en la validez de todas las confesiones, en la iluminación de la inteligencia sobre la brutalidad de la fuerza, y en la moral presidiendo los ardientes pero pacíficos conflictos de ideas, de ideologías y de banderas. Por un tiempo, no



hubo elegidos ni réprobos, discriminados ni favoritos. El país se oxigenó, las calles eran más concurridas, vivas y bullentes. Se multiplicaban las fiestas, no había música prohibida ni polka partidaria que no bailaran todos.

Concurrir a los mítines en la Plaza de la Libertad, que era aquella que Filizzola convirtió en una gran losa de cemento, era una fiesta, un paseo de parejas jóvenes, una oportunidad de airear el espíritu para los más viejos, y una atracción para los jóvenes ansiosos de ideas nuevas a caballo de pulidas, encendidas oratorias. Aunque parezca mentira hoy, la concurrencia era mayor en los mítines del partido Comunista, porque «iba a hablar Óscar Creydt», de palabra galana, discurso cautivante, frases de sonoridad estremecedora.

Pero cuando el poder era de todos, aparecieron, ominosas, las luchas por su monopolio, «como si las serpientes del mal despertaran de una corta hibernación y empezaran a asomar sus cabezas malignas», se escribiría después, y así como por un tiempo la libertad cautivó a todos, la ambición del mando, del protagonismo y del liderazgo partidario comenzaron a enajenar, a embanderar, a dividir y enconar. Los discursos perdieron sus flores de tolerancia y participación y sólo quedaron las espinas de la hostilidad. La asamblea del pueblo se dispersó y se soltó una carrera enloquecida. De pronto, regresó el viejo país de los mandos y los mandados y se movilizaron los candidatos a mandones. Cuando estoy escribiendo estas líneas, hoy 20 de julio de 1999, percibo las mismas tensiones que en aquellas vísperas amargas de 1947, con algunas diferencias. Entonces, los bandos estaban bien delineados e identificados y tenían líderes reconocibles por su calidad humana, su bandera y su riqueza intelectual, cada uno con su verdad, su pasión torcida o sana y sus fines a la vista. Hoy, las verdades se pierden en la confusión, las viejas banderas se prostituyen, las mentiras mimetizan intereses, las causas están al servicio de los hombres y no al revés, los mediocres y aventureros trepan sobre montañas de principios muertos, los mártires no han buscado la muerte, sino la muerte a ellos, desprevenidos e inocentes, y la gente que necesita creer para justificar sacrificios y luchas no tiene nada válido en qué ni en quién creer. Por cierto, en el 47 la libertad se mancilló con intrigas, alianzas anudadas en la mañana y rotas en la noche. Conspiraciones y cabildeos volvían peligrosas las noches y tensos los días. Los caudillos y las masas enardecidas proclamaban a qué bandera le correspondía el monopolio del hacer la historia, sin darse cuenta de que la estaban metiendo en un cono oscuro y sangriento. Hasta que marzo de 1947 estalló la guerra civil. Cambió la Historia, cambió el país.

Y lo que duele más, la inocencia que no se perdió con la guerra del Chaco, se perdió por primera vez con la guerra civil de 1947. Lo malo de las guerras es que terminan con victoriosos soberbios y vencidos humillados. Pero es infinitamente peor cuando en la guerra «civil» vencedores y vencidos son del mismo país, la misma nación, la misma raza y cultura. Hoy, todavía sectariamente se discute la atribución de culpas y responsabilidades. Todos fuimos culpables sin absolución posible. Los paraguayos no supimos dirimir diferencias en paz, no aprendimos a renunciar, a ceder y a ser humildes. Sólo se concebía, como se concibe ahora, que el adversario no es tal sino enemigo, y al enemigo, cuando no se le domina, se le mata o encarcela. Estuvimos entonces, como estamos ahora, sumergidos en la intolerancia, en el egoísmo, en la prepotencia de dueños de verdades absolutas y recreamos ese infortunio que como dijo Roa Bastos, anduvo desde siempre enamorado del país. En el 47 no se vio otro futuro que la guerra civil. Hoy no se sabe siquiera si hay futuro. Joven idealista estudiante secundario, para mi mal, me enrolé en un batallón juvenil,

el Blas Garay, que fue destinado a la defensa de Asunción, cuando la entrada de las fuerzas rebeldes parecía inevitable. Era la culminación de combates sin gloria, pillajes, violaciones y humillaciones en ambos bandos. Y sobre todo, fanatismo llevado al extremo. Recuerdo que más tarde, fue funcionaria del Ministerio de Educación, una joven maestra cuyo nombre no daré porque hoy es venerable abuela. Se enorgullecía de que fuera violada en Itacurubí del Rosario durante siete horas por media docena de hombres y «los dejé hacer a estos miserables líbero-franco comunistas, sin pedir clemencia jamás», proclamaba altiva. El heroísmo partidista se empapó tanto de fanatismo, que hasta pasaba por la vagina.

### Veintiséis

No soy historiador -no me cansaré de repetir- para explicar las causas de la guerra civil, aunque quizás atine en la verdad cuando piense, como pienso ahora, que la intolerancia del hombre paraguayo fue y es la semilla de todos los males. Pero sí conocí sus efectos, el primero y más desgarrador asistir impotente, en una noche del 13 de agosto del último combate, noche helada en el extenso cañaveral que hoy es el elegante barrio Los Laureles, con una luna llena inmisericorde, a la aniquilación del grupo de combate de los cadetes de último curso, Cataldi y Paquito Parquet, éste, mi amigo de la infancia y compañero de juegos. Y esa misma madrugada de fríos de muerte, en un jeep, acompañar con otros muchachos anonadados, Alejandro Brugada Guanes y Pedro Nolasco Cáceres entre ellos y ya fallecidos ambos, el destrozado cuerpo de mi amigo llevado a casa por su acongojado padre. Nunca se me borró de la mente el desgarrador episodio, y más aún, porque el día de su entierro sonaban campanas no doblando a muerto sino anunciando la victoria.

Predestinación o tenebroso capricho del destino, no sabía entonces que 52 años después, el dolorido padre que llevaría a la tumba a su hijo Paco, sería yo. Los dos Pacos descansan a menos de 200 metros uno del otro, a medio siglo de distancia, pero dueños de un solo dolor.

Pero volvamos -amable lector- a los efectos, como en destructivas ondas expansivas de aquella guerra civil. Por mucho tiempo Asunción perdió su encanto. La gente se recogía en sus casas, la bohemia abandonó las calles, y fue como si las mismas luces se volvieran mortecinas y lóbregas. La desbordada vida nocturna de la «Época de la Libertad» se volvió silencio y cautela. Muchas familias, al igual que la sociedad entera, se dividieron. Perdimos amigos, poetas, músicos, autores, actores, artistas que huyeron al exilio. Las carpas de la Gendarmería de Clorinda estaban llenas de jóvenes ansiosos de dar el salto a Buenos Aires. Los que quedaron tardaron mucho en salir del anonadamiento del éxodo y de la incomprensión de la ausencia. En ambos bandos hubo mucha sangre derramada, muchas cuentas que cobrar, venganzas, resentimientos Y oportunistas de los eternos especuladores de caídas ajenas, y saqueadores de las ruinas que quedaron en las huellas del desastre.

El resultado no determinó por sí mismo las consecuencias de la guerra. Cualquiera hubiera sido el bando ganador, la misma desgracia se abatiría sobre la sociedad, condenada no por los bandos, sino por la guerra misma. Es injusto pontificar que el miliciano colorado fue más salvaje que el liberal, febrerista o comunista o al revés. Fue una guerra salvaje con

consecuencias salvajes. La muerte, la prisión o el exilio hubieran caído sobre otra gente, pero la gran perdedora hubiera sido inexorablemente, como lo fue, la comunidad paraguaya.

Estas reflexiones, vale repetir, no son una renuncia ni una denuncia a mi condición de colorado. Es simplemente la meditación de un hombre viejo que de joven se vio sumergido en el error de todos, participó de una culpa colectiva y fue, aunque de coro, actor en una tragedia que no debió suceder, porque ninguna bandera justifica la destrucción de un país y el desgarramiento de un pueblo. Y sobre todo, que mira con aflicción el gran circo romano que la política ha montado de nuevo cincuenta años después, y no quiere que sus nietos sean llevados a la arena, para el mismo sacrificio inútil, para la misma contienda de sordos.

Cuando terminó la guerra civil de 1947 el Banco del Paraguay había quedado casi vacío de funcionarios, y empezaron a tomarlos a como fuera. A mí me admitieron, pero para adjudicarme un puesto debía pasar por un examen de dactilografía. No me alarmó la prueba, porque aunque escribía, como hasta hoy, con tres dedos, lo hacía con velocidad. Craso error, lo que mi examinador de entonces, hasta hoy mi gran amigo Ladislao González quería, era la pulcritud para tipear la pulida y geométrica correspondencia bancaria que tiene sus rígidas normas estéticas y no la velocidad. De tal suerte fracasé, pero en homenaje a mi flamante diploma de honor de combatiente del Batallón Blas Garay fui admitido, pero enviado a la profundidad del archivo de Cuentas Corrientes, donde un irascible jefe, el inolvidable don Luis Ferreira encargó a otro funcionario menor, Máximo Carosini, a adiestrarme en el manejo de una pesada máquina mecánica de contabilidad, que aprendí a la fuerza y al mismo tiempo que me decidía a continuar mis estudios en la escuela de Comercio, con una no muy firme decisión de hacer una carrera bancaria, aunque en el fondo pensaba que si bien eso no era para mí, ya era hora de encarar en serio mi porvenir y no tenía mejor alternativa.

La oficina de Control de Cuentas Corrientes, que así se llamaba la sección donde con otros semidesterrados tipeábamos columnas de números asomados de cheques y depósitos y movíamos pesadas palancas de los engranajes que darían los saldos, quedaba en el sótano del edificio, y este sótano tenía un elevado tragaluz que quedaba al nivel de la acera de la calle 25 de Mayo. Desde mi alto taburete frente a la máquina, no veía pasar a la gente, sino apenas los pies de la gente. Era depresivo. Trabajar en la hondura de una catacumba y ver a la humanidad solamente en sus extremidades inferiores no me sentaba bien, y menos para quien, como yo, estaba acostumbrado a contemplar espacios y escudriñar caras que son como una obsesión desde mi niñez. Decidí salir de ahí, aprendí como se «formatea» decentemente un documento bancario y solicité mi traslado.

Para mi infortunio o para mi bien, según se mire, fui designado secretario de un Gerente Administrativo que como muchos (hoy tampoco es historia extraña) había llegado al alto cargo ejecutivo mediante sus méritos políticos, y que técnicos y administrativos tenía ninguno. Mi experiencia ya me había alertado sobre un axioma válido hasta hoy, de que el torpe, cuando más alto está, más odia al inteligente, y yo lo era en cierta medida, o por lo menos, más «leído» que mi Jefe. Y cometí el error de demostrarlo corrigiendo «s» o poniendo en castellano, algunos informes suyos. Allí floreció la hostilidad que estalló cuando me ordenó pedir al depósito una caja de «cricrante». Yo no tenía idea, ni el

depositoro tampoco, de lo que era el «cricrante». Así que volví con las manos vacías, confesando mi fracaso y la ignorancia del depositero. Se volvió encarnado de la ira, me trató de inútil y me plantaba en las narices lo que él llamaba «cricrante», que no era otra cosa que un clip grande. Repliqué a la ofensa, lo traté de asno en guerra con el idioma, y ese fue el final de mi carrera bancaria. Fui despedido por insubordinado en la sagrada jerarquía de los bancos.

## Veintisiete

Por el mismo tiempo, mi amigo Ernesto Báez ya había madurado como actor, se había casado con Aida Reisofer, y con la hermana de ésta, Emigdia, habían formado, los tres, el núcleo de lo que sería una memorable Compañía teatral que después se convertiría en la denominada «Báez - Reisofer - Gómez», con la incorporación de Carlos Gómez. Ernesto provenía de la Compañía de Julio Correa, gloria del teatro costumbrista paraguayo, autor de obras centradas en la guerra y en la posguerra del Chaco, y al mismo tiempo, director y actor de las compañías teatrales que llevaban a escena sus obras en guaraní y castellano, que fueron el fundamento y la base del teatro auténticamente paraguayo. Carlos Gómez, a su vez, se había formado en la Compañía del Ateneo Paraguayo a cargo del exiliado español don Fernando Oca del Valle, y donde adquirió fama y prestigio un grupo de actores magníficos como Nelly Prono, Salim Giralá, Alan Gini, Álex Solhberg, Leandro Cavelos, Mario Prono, Ninica Segura y otros que mi memoria algo difusa ya no convoca. El grupo del Ateneo Paraguayo fue selecto, brillante y produjo un repertorio que alguna vez tendrá que ser recogido por los historiadores del teatro en el Paraguay. En la periferia de ese grupo, concurrían dos muchachos jóvenes y con la semilla del talento ya creciéndoles por dentro, Augusto Roa Bastos y Ezequiel González Alsina. Augusto, al contrario de lo que él dice y de lo mucho que se publicó en todo el mundo, no se había exiliado como consecuencia de la revolución de 1947, sino, en los años inmediatamente posteriores, ejercía el periodismo, era amigo y protegido de Edgar L. Insfrán, y se preparaba para ser lo que indudablemente es, el más grande novelista y fabulador del Paraguay. Solo se marchó del país en 1954, año en que Perón visitó a Stroessner y el poeta dedicó un poema a ambos. Después se fue, sí, pero no exiliado, sino en misión oficial, junto a Sila Godoy, primero, para «hacer conocer al Paraguay en el exterior» y después, como recopilador de las obras de guitarra culta de Agustín Barrios, Mangoré, dispersa en todo el continente. De su exilio, al menos el de los años cuarenta, puede decirse lo que don Leopoldo Ramos Giménez colocara como epitafio para la tumba de Ortiz Guerrero: «su vida fue su mejor poema». Roa Bastos, con todo respeto, hizo de aquel supuesto exilio, su mejor fábula. Más detalles sobre este punto, con el agudo escritor y polemista don Guido Rodríguez Alcalá, y con él, el politólogo e historiador político Leandro Prieto Yegros. Ezequiel González Alsina, de la mano de su ilustre tío don Arturo Alsina, empezaba a publicar poemas de bello contenido, pero su destino sería muy distinto al de poeta, aunque siguiera escribiendo como tal durante toda su vida. Sucedió que en sus vagabundeos por la Compañía del Ateneo, se enamoró perdidamente de una joven actriz, de torrencial cabellera de oro, enormes ojos azules y rostro marfileño como de una muñeca francesa, Emma Knoop Ortiz, hermosa pero sin mucho talento, pero a quien Ezequiel se decidió hacer estrella, escribiendo para ella una comedia, «La Quijotesca Rubia», que estrenó poco después la Compañía del Ateneo. El

resultado fue dispar. El autor fue aclamado pero la actriz pasó desapercibida. Empero, como en un cuento de hadas, el autor terminó casándose con la actriz, acaso en un arranque de fantasía juvenil, porque el matrimonio no fue feliz y pronto se separó. Después, Ezequiel escribió otras obras memorables y su carrera como grande, a la altura de Julio Correa, Roque Centurión Miranda, Arturo Alsina, Luis Ruffinelli o Josefina Pla se interrumpió cuando el brillante joven fue atraído por la política, donde sobresalió por su talento, vigor polémico y magnífica oratoria. Arrancándose de la bohemia, realizó la hazaña de hacer toda la carrera de Derecho en tres años, Doctor Suma Cum Laude incluido. Al respecto, me quedó en la memoria una triste reflexión de don Fernando Oca del Valle: «La política ha ganado uno más, pero el teatro ha perdido un gran autor».

Casi por la misma época, don Roque Centurión Miranda había fundado la «Escuela Municipal de Arte Escénico» con la cooperación entusiasta de Josefina Pla, donde se formaron actores a los que me referiré más adelante. Pero entretanto se producía mi primer contacto con el teatro paraguayo, cuando por invitación de mi amigo Ernesto, concurría a los ensayos de una comedia escrita por Néstor Romero Valdovinos, desde su exilio en Buenos Aires y precisamente, sobre las angustias, las nostalgias y las añoranzas del desterrado, «Hilario en Buenos Aires». Se me grabó en la memoria, asistiendo a aquellos ensayos, una frase que Ernesto, en el papel de Hilario, decía con énfasis y hasta con lágrimas en los ojos: «los paraguayos fuimos fabricados sólo para vivir en el Paraguay». Durante mucho tiempo, hasta hoy, «Hilario en Buenos Aires» es una pieza clásica, testimonial como las de Julio Correa, de momentos históricos de nuestro país.

Los años posteriores a 1947 fueron duros y poco propicios a las manifestaciones artísticas. De a poco, la brillante generación del Ateneo se fue marchando a Buenos Aires hasta quedar reducida a poco menos que a nada a pesar de los esfuerzos de don Fernando Oca del Valle. Sólo muchos años después, Mario Prono y María Elena Sachero harían revivir con denodado esfuerzo, a la Compañía en todo su esplendor, tomando la posta que quedó huérfana al morir don Fernando. Por su parte, a pesar de todo, don Roque Centurión Miranda mantenía en pie su esforzada Escuela Municipal de actores, con un empeño que significó renovación y el surgimiento de una nueva generación para las tablas.

## Veintiocho

Pero, amable lector, ésta no es, ni mucho menos, la historia del teatro paraguayo, sino mi historia, y de mi entorno existencial.

Por fuerza, aquella etapa de placentera vagancia y exploración del mundo bohemio debía terminar, y por gestión de mi hermano Gerardo logré entrar como «operador» en la radioemisora de un gran señor, industrial, empresario y filántropo hoy injustamente olvidado, don Eugenio Friedman, Radio Teleco. Mi trabajo consistía en abrir y cerrar el micrófono desde un tablero cuando el locutor lo pedía con un timbre, y poner los discos que él anunciaba. Como se ve, algo sencillo el trabajo del «operador» que hoy sigue siendo el mismo, pero los «operadores» de ahora se hacen llamar pomposamente «ingeniero de sonidos».

La vida familiar había pagado su tributo al tiempo, y el signo era el de la disgregación. Los hermanos mayores ya habían formado hogar y familia. La abuela Venancia era sólo un recuerdo melancólico. Gerardo, que trabajaba al mismo tiempo en «La Tribuna» y como relator deportivo en radio Teleco, vivía en una pensión donde estaba cerca de su trabajo. Sólo mi hermano Eulalio y yo, acompañábamos aún a la envejecida mamá Elisa, que sobrevivía con un pequeño almacén en 14 de Mayo y Piribebuy.

En esa emisora, radio Teleco, conocí y fui amigo de grandes locutores como Álex Solhberg, Juan Bautista Cazal, Nelly Prono, Juan B. Duarte, Carlos Banks y otros.

Entretanto, a pesar del fracaso de mi carrera bancaria, seguía mis estudios en la Escuela de Comercio e hice nuevos amigos con quienes salíamos de parranda los fines de semana. Recuerdo en primer lugar a Chichito Parodi, con quien formamos un dúo inseparable de conquistadores suburbanos. Lo de «inseparable» duró poco, porque mi amigo era extraordinariamente buen mozo y un bailarín admirable. Moreno, de blanca dentadura, esbelto y sabio para vestirse con elegancia, adonde íbamos. Chichito acaparaba los suspiros femeninos y yo debía conformarme, un poco tímido y bailarín algo torpe como era, a un segundo plano. Además, los trajes que heredaba de mis hermanos mayores no me hacían lucir precisamente como un príncipe de Gales. Así que, reacio a ser segundón, escudero o espectador de las conquistas de mi amigo, tomé distancia y formé un trío aventurero más o menos compensado con dos nuevos amigos, inolvidables hoy, Eduardo González, petiso, retacón y desprolijo en el vestir, y Federico López de Filippis, ya fallecido ahora, alto, estirado, solemne y tieso siempre como una vara, con su invariable cuello duro de celuloide, tanto en verano como en invierno. Nuestras aventuras y correrías han pasado a ser el caudal de picardías y pecados carnales de las que en su momento he de rendir cuentas.

Justamente en tren de estudiantes los tres, nos unimos a un paseo a Quiindy, en un camión de cargas. Esta excursión estudiantil coincidió con otro paseo de chicas «normalistas» como se decía a las jovencitas estudiantes del magisterio, al mismo pueblo. Allí conocí a Zunilda Merlo, con quien me casé en enero de 1948. Toda una pareja de chiquillos que sin embargo salió adelante contra todos los pronósticos, pues creamos una familia que hoy, en la vejez, son nuestro orgullo y nuestro consuelo, aún teniendo en cuenta el fallecimiento, el 5 de junio de 1999, de Paco, nuestro hijo mayor, a quien le sobrevivimos nosotros, y sus hermanos Hugo, Charito, Pedro y Cecilia.

Aún cuando parezca fuera de contexto, el reconocimiento a mi esposa Zunilda forma parte de este capital espiritual que enriquece mi vida. Paciente, compañera, dedicada con femenina abnegación al papel de esposa y madre, supo mantener en más de medio siglo la unidad familiar y la paz hogareña que me permitió mis largas veladas sobre la máquina de escribir. Solidaria y gentil como esposa, maestra como madre, supo encaminar a los hijos por el camino recto. Ninguno quedó a la zaga, todos culminaron carreras universitarias y formaron sus respectivas familias, conformando un grupo familiar homogéneo, bendecido por 18 nietos.

La larga agonía de nuestro querido hijo Paco, víctima de un cáncer cerebral y de dos años de coma y después la muerte, nos unió en el dolor así como el amor nos unió en la felicidad. Hoy nos une el consuelo de haber hecho cuanto fue necesario para el bienestar de nuestro hijo, sobre cuyo lecho volcamos nuestra larga vigilia y la cariñosa solidaridad de los hermanos.

En este drama, aparece la conducta de su compañera y esposa por el sacramento de la abnegación y el sacrificio, Rose Marie Cassanello, que acogió en su casa al amado condenado, pasó interminables noches de desvelo al pie de su cama, fiel a un juramento rendido cuando el enfermo aún tenía conciencia. Ya en estado vegetativo, lo cuidó como un bebé, le administró su alimentación, higiene y las medicinas que ayudaban a mitigar los males de la agonía. Untaba y ungía como una sacerdotisa del amor, el cuerpo herido con cremas y ungüentos, y cuando murió, aún después de soportar dos años en cama, ni una escara mancillaba la lisura de su piel, como de recién nacido. Rose Marie será por siempre para la familia, una muestra viva de la generosidad femenina y de entrega total del corazón enamorado a una causa perdida, hasta el último suspiro.

#### Veintinueve

Los comienzos de aquel matrimonio fueron difíciles pero felices. Gerente del Banco Hipotecario era un gran amigo que nos facilitó la compra de una casa en Antequera entre Primera y Segunda. Terminamos de pagarla pronto, y de «operador» me decidí a ser empresario. Hipotequé la casa y adquirí una ladrillería en lo que es hoy el Bañado Tacumbú, además de un camión Dodge que manejaba yo mismo, acarreando leña desde Piribebuy y sacando ladrillos por los fragorosos humedales del Bañado, sufriendo las angustias del asma alérgico que me producía el penetrante aroma de las flores de las espinosas «aromitas» que cubrían los esterales de un amarillo como de oro. El negocio iba viento en popa, pero el Destino, así como no quiso que fuera banquero, tampoco quiso que fuera ladrillero. Sobrevino una rápida inundación que nos tomó de sorpresa a todos. Incluso mi camión quedó atrapado en el barro y fue imposible retirarlo. El agua creció hasta alcanzar la altura de los galpones y arrasó con el horno de ladrillos y los bueyes. Lo que no se llevó el agua, se llevaron los traviesos conscriptos de la Marina que embarcados en chatas dismantelaban las fábricas. Adiós mi ladrillería, mi camión... y mi casa hipotecada. No pude menos que mudarme a una «casa de alquiler» y reanudar mi oficio de «operador». Al mismo tiempo, con mi amigo Sergio Enrique Dacak, tomamos en alquiler un garaje y montamos una oficina con una mesa y una máquina de escribir. «Estudios Álex», así se llamaba, se llenaría de dinero escribiendo por encargo discursos y otros trabajos. Llegamos a hacer un solo discurso, mortuorio, para un paisano que debía hablar en el sepelio de su compadre. Una variante, las cartas de amor, fueron más abundantes pero menos rentables, de modo que «Estudios Álex» no duró mucho.

Corría más o menos los primeros años de la década del cincuenta. Romero Valdovinos, era un curioso caso de exiliado doble. Venía a Asunción y tenía nostalgias de Buenos Aires y cuando se marchaba a Buenos Aires tenía morriñas de Asunción, en uno de cuyos estados melancólicos escribiera los inolvidables versos de «Tardes Asuncenas». En la época a que

me refiero, Romero Valdovinos gozaba o sufría de una breve estada en Asunción y para ir tirando, escribía para Radio Teleco los libretos de un programa titulado «La Pensión de doña Liga», con personajes que representaban cada uno, a un club de fútbol. Así, el cerrista era un chófer de taxi, el olimpista un señor pacato y anciano, el de Nacional un académico, y así el resto, habitantes de la pensión donde imperaba doña Liga, la única mujer del elenco. Ernesto Báez, Carlos Gómez, Nicasio Altamirano daban vida a los personajes. Un día, Romero Valdovinos, cuando faltaba una hora para el programa y no enviaba los libretos, llamó y avisó que estaba enfermo. El elenco se desesperó. Entonces, yo, tímidamente me levanté de mi taburete de operador y me ofrecí a escribir el libreto. Me miraron con sorna, y por fin, Carlos Gómez sentenció que «probar no cuesta nada». Escribí el libreto en treinta minutos, lo emitieron casi sin ensayar, y nadie se dio cuenta de que el libretista había cambiado.

Aquel fue un episodio pasajero, porque Romero Valdovinos volvió a encargarse del programa, pero yo ya había percibido algo, que conocía la técnica radial, sabía manejar los diálogos y los cortes, y que podía intentar convertirme en libretista. La oportunidad se presentó pronto, cuando «La Pensión de doña Liga» terminó su ciclo, mi hermano Gerardo había inaugurado Radio Paraguay y alrededor de 1955, lanzamos el primer programa, una variante del anterior: «La Pensión de ña Lolita», que duró siete años y hacía que el talento y la vena cómica de los actores, atrapara junto a sus receptores de radio a media Asunción, los viernes, a las 20 horas.

Gran parte de lo mejor del caudal actoral paraguayo, pasó por aquel programa. Las «Ña Lolitas» fueron cambiando con los años. Miriam Celeste, Sarita Rivas Crovato, Celia María Benítez y Graciela Pastor fueron sucesivas «ña Lolitas».

Los actores fueron Rafael Rojas Doria, Alejo Vargas, Raúl Valentino Benítez, Sergio Enrique Dacak, Nicasio Altamirano, César García, creador insuperable del personaje bruto, «Bolidote», y aunque parezca mentira, un famoso rematador de aquella época, insuperable en hacer personajes árabes o alemanes, pero no permitía que se incluyera su nombre en el elenco, Alcibiades Barba. Más adelante, cuando llegue al capítulo que corresponde a mi carrera de autor teatral, volveré a mencionar la participación que tuvieron todos los actores mencionados en la misma. Más tarde, con el programa dueño de una audiencia total, se presentó un jovencito tímido y flaco, manifestando que quería ser parte del elenco. Los veteranos del elenco se burlaron de aquel esmirriado pretendiente a actor, pero decidieron probarlo, dándole del libreto, una parte de los parlamentos que correspondía a Alejo Vargas. El chico se lanzó y deslumbró por la espontánea gracia que daba a su personaje. Y así fue como empezó su carrera César Álvarez Blanco, que en el mismo programa se uniría a Rafael Rojas Doria y a César García para el bloque de «Los Tres Compadres», Curé, Cururú y Cabará, que después se reducirían a dos, con Rojas Doria, Panta, y César Álvarez Blanco, Toma-i, compadres que se harían famosos, hasta hoy, cuando de la radio saltaron al teatro.

En principio, en el libreto, yo escribía los diálogos para los compadres, en yopará o guaraní, pero pronto advertí que entre los tres actores se había establecido una relación casi milagrosa, como que parecían adivinarse el pensamiento. Había en los tres una montaña de humor espontáneo y un verdadero festival de chispas y ocurrencias. Sujetar la caudalosa



inventiva de los tres personajes a un libreto era un desperdicio, como encerrar en una jaula a pájaros jóvenes y vigorosos que anhelaban espacios para el vuelo. Entonces, deliberadamente, un viernes, se toparon con que en el bloque correspondiente a los compadres, yo había escrito una sola línea: «Arréglense como puedan». Los tres se pusieron a improvisar frente al micrófono con un resultado verdaderamente sorprendente por el éxito que alcanzaron, y aquello, no otro incidente, fue el nacimiento de un trío, después dúo por el fallecimiento de César García, que lleva ya más de medio siglo unido.

### Treinta

Por la misma época, había ingresado como redactor al diario «La Unión», y como no tenían trabajo que darme, a alguien se le ocurrió designarme «crítico de arte». En tal carácter, una noche de mayo me enviaron al teatro Municipal a ver una obra de Manuel Frutos Pane, «La Lámpara Encendida» y a escribir mi comentario sobre la misma. Para la buena suerte que a pesar de todo, siempre me iluminó y produjo misteriosos episodios que fueron empujándome hacia un destino preciso, la comedia era la peor, la más acartonada y la más discursiva salida de la pluma del gran Manolo. En rigor, una mancha en la carrera autoral de quien estaba llamado a la fama, en simbiosis milagrosa con Juan Carlos Moreno González, para crear la inolvidable serie de zarzuelas paraguayas que inmortalizaría a los dos. Llamativamente, este mal paso de Frutos Pane, me daría la oportunidad de ser autor.

«La Lámpara Encendida» era montada por la Compañía de Ernesto Báez y Emigdia Reisofer. Aburrida a pesar del denodado trabajo de la Compañía, no me fue difícil escribir una crónica pasable, sincera. No me había gustado, escribí por qué, y el comentario se publicó al día siguiente.

Ernesto, enojado, concurrió al diario a reprocharme. Recordando no viejos tiempos en que me tenía bajo su protección no creía merecer tan agrio comentario, que era por la obra, no por él. Sin embargo, se lo tomó a pecho pero no fue directo al grano. Recuerdo que con expresión ofendida me inquirió: «¿Sabes algo de teatro?». «Algo», le respondí cautamente. «¿Te animas a escribir algo mejor que «La Lámpara Encendida»?», me desafió. «Si lo escribo y es mejor ¿me lo estrenas?» contradesafié. «Hecho», me dijo y me dio un pinchazo en la mejilla.

Mis lecturas anteriores de autores españoles importantes vinieron en mi auxilio. Conocía la técnica en teoría, la complicada carpintería de la escritura teatral, y antes que nada, la autenticidad de los personajes, las escenas, las secuencias, la racionalidad de las entradas y salidas, el fraseo, el diálogo, el monólogo, los efectos y los efectismos, los equívocos, el uso del Tiempo abreviado a una hora y media y del Espacio contenido en un escenario de 7x4, y con toda esa carga teórica, escribí mi primera obra en una maquina de escribir enana «Hermes Baby», regalo de Zunilda que hasta hoy conservo, «En Busca de María», y llevé el resultado de mi esfuerzo y desvelo a casa de Ernesto, en Montevideo y Piribebuy, entonces una gran casona colonial, heredad de los Reisofer, de adobe, vieja, húmeda, invadida de plantas, flores y mosquitos, después, el solar, fallido Teatro Carlos Antonio López y hoy elegante Cine Premier. No estaba Ernesto en casa, y dejé la obra a su esposa,

Aída Reisofer. Volví al día siguiente, algo anhelante, Ernesto no decía nada y cambiaba de tema una y otra vez. «No me quiere decir que escribí un disparate» pensaba desconsolado. Pero después apareció Emigdia, que venía del frondoso patio con mi carpeta amarilla en una mano y una canastilla de yvapurú en la otra. Me besó suavemente en la mejilla y susurró casi en mis oídos: «ha nacido un gran autor». Desde entonces, el color amarillo es mi preferido, y hace como 25 años, planté un árbol de yvapurú que en todos los inviernos se llena de frutos, frente a mi estudio. Lo de «gran» va por su cuenta, pero cuando poco después se estrenó la obra fue un éxito y por primera vez probé la droga del aplauso, y por añadidura apareció en El País una crónica de Natalicio Chase Sosa que casualmente llevaba por título el mismo juicio amable de Emigdia: «Ha nacido un gran autor». Era el año 1956.

Sin ser muy religioso, debo reconocer que Dios, o la Providencia o mi ángel guardián, siempre me colocó en el momento justo y en el lugar oportuno, en los grandes nudos de mi vida. Eso tal vez se llame oportunidad, pero yo prefiero llamarlo, algo esotéricamente, predestinación. Una enfermedad de Romero Valdovinos me dio la ocasión de entrar en el territorio de los libretos teatrales, todo un entrenamiento para el teatro. Un resbalón autoral de Frutos Pane, la de ser autor teatral. Mi voracidad de lector compulsivo desde la infancia, empezaba a dar resultados. Me había comunicado mucho, y ya había aprendido a comunicar.

Alentado por este resultado, en colaboración con Carlos Gómez, escribimos una comedia muy adecuada a su extraordinario talento de actor. «Mi grillo y yo», en la que la pareja protagónica era un hombre algo «de meno» como diría la abuela Venancia, es decir, un poco ido de la normalidad porque era un anciano en los umbrales de la senilidad, y un grillo que él había domesticado y tenía en una jaulita, y con quien el hombre tenía diálogos pintorescos, y que obligaba a un nuevo ejercicio de la escritura teatral, el «diálogo» supuestamente de dos, pero era de uno solo. Así, la voz que se oía era la del personaje de Carlos, y de sus frases debía inferirse lo que el grillo supuestamente le decía a él. En rigor, en la pequeña jaulita no había grillo alguno, pero el prodigio que hacía Carlos en el papel de interlocutor del grillo burlón, convencía a toda la platea de que realmente había allí un insecto lleno de picardía y algo cínico, y más, cuando éste decidió hacerle una mala pasada a su amo y se introdujo en su ropa interior. Pocas veces se vio en el teatro paraguayo un acto tan perfecto de mímica en el cual un hombre entre enojado y riendo por las cosquillas, trataba de atrapar un grillo en los pliegues de su calzoncillo. El final de la comedia fue dramático, porque uno de los nietos del personaje de Carlitos, que no era otro que Sergio Enrique Dacak, con su hermanito menor, que hacía César Álvarez Blanco, en un arranque de ira, matan al grillo. El dolor del abuelo fue tan real en la expresión y en los movimientos de Carlos, que la platea terminaba derramando lágrimas por la muerte de un grillo... que no existía. Eso es lo que se llama la «magia del teatro», crear en el reducido espacio de un escenario un universo distinto al de la platea, y donde la «realidad» abandona al espectador y se traslada al mundo ficticio del tablado.

En las páginas siguientes intento hacer un relato de mi larga carrera teatral, y también de novelista y autor de cuentos, rogando al lector excuse algunas imprecisiones de fechas, porque el hecho es que el álbum de recortes de diarios, junto a los originales de numerosas obras, más otros objetos de «valor sentimental» como dicen los damnificados por los robos y que estaban guardados en un viejo «caramaguá» que fuera de mi abuela Venancia, fueron robados, con «caramaguá» incluido en una incursión nocturna de amigos de lo ajeno a mi casa. Mi sentimiento de pérdida fue grande, porque en cierto sentido, en el «caramaguá» estaba parte de mi vida, mis desvelos y mis renunciamentos. Llegué a pensar que si se hubieran llevado la casa y me dejaran el cofre, habría quedado más conforme. Por añadidura, los cuidadosos archivos que llevaba como Secretaria del Teatro Municipal, la sensible dama que fuera Isis de Bárcena Echeveste, que incluía fotografías, programas con los repartos de cada obra, fechas de estreno, duración de temporadas, recortes de crónicas y hasta el «bordereaux», es decir, la cantidad de boletos vendidos y por consiguiente el número de concurrentes a cada función, todo, me dijeron, nunca apareció porque según se rumorea habrían sido -los archivos- quemados cuando la administración municipal cambió, y también cambió la administración del Teatro Municipal que al parecer se tomó muy en serio la consigna de borrar todo rastro del teatro popular de los años cincuenta, sesenta, setenta y parte del ochenta. Lo malo es que semejante daño también alcanzó a los antecedentes de la Compañía del Ateneo Paraguayo, a los de las exitosas zarzuelas, y de otros eventos importantes en el Teatro Municipal. El tan ordenado archivo de la buena de Isis, hubiera servido de invaluable documento testimonial de quien quiera escribir la ya rica historia del teatro en el Paraguay.

Tal es el motivo de las imprecisiones en que he de incurrir, y también el de los olvidos, porque de hecho, mi única fuente es mi memoria.

En todo caso, la ligazón que venía desde la infancia con Ernesto Báez, se convirtió en una vocación común, cuando él se instaló como el actor más popular del Paraguay y director, y yo me descubrí con una escondida veta de autor. Ernesto, como decía él, había sido mi «niñero» en los años infantes, acorazando con su cariño a mi vulnerable condición de hermanito menor de una cáfila de cinco hermanos mayores. Ocurre que el último de los hijos, el «mitä-pajhagüé» de la cultura ancestral, suele ser el preferido de la madre, el «mimado», como se decía antes a los sujetos de la sobreprotección materna, pero esa condición, siendo al parecer un privilegio, resultaba todo lo contrario cuando se trataba de la relación con los hermanos menos favorecidos por las ternuras maternas. De ahí que eran muy frecuentes los «acäpeté», coscorriones y bofetadas, que hubieran sido más nutridos y repetidos, sin la intervención protectora de Ernesto, o de su madre ña Ermelinda, o de su hermanita Carmen.

Fueron momentos felices para mí cuando la vida y la predestinación nos volvió a unir en el mismo empeño de llevar adelante una carrera teatral, él actor y director, yo autor.

Mis obras, en su totalidad, contenían personajes humildes, del medio rural o de la ciudad. Recomendación de Ernesto fue siempre que los personajes fueran auténticos, es decir, creíbles y comparables con sus modelos de la vida real. Auténticos desde la postura, la vestimenta, la parquedad en el hablar y las costumbres. En ese orden de cosas, recuerdo que Ernesto había ya rechazado más de dos comedias escritas por Manuel Frutos Pane.

Manolo no contuvo su enfado y le dijo que se sentía discriminado injustamente. La respuesta de Ernesto me sirvió más a mí que a Frutos Pane. «Ocurre -le dijo- que tus obras tiene siete, ocho o diez personajes distintos. Pero ninguno habla como los creaste. Todos los personajes de Frutos Pane hablan como Frutos Pane». Desde luego, el talento de Frutos Pane brilló cautivante, cuando se encontró más cómodo en la prosa y el verso de las inmortales zarzuelas que compuso con Juan Carlos Moreno González.

La autenticidad fue entonces, una preocupación que nunca me abandonó, y para cuya virtualidad me sirvió mucho la introspección, la curiosidad y el vicio de observar a las personas que me habían acompañado desde mi niñez. Además, toda mi vida fue plural, niño en un mundo rural primitivo primero y en el suburbio asunceno después, estudiante, combatiente, ladrillero, transportista de leña, iba desfilando ante mí todo tipo de gente, que no sabía, como yo tampoco lo percibía conscientemente, que eran modelos que la imaginación y la memoria iban registrando. Los resultados fueron buenos, al menos, si se tiene en cuenta que la gente y la crítica anotaba la «autenticidad» de los personajes.

Pero sería pecar de soberbio, o de narcisista, si no reconociera un hecho que hace a la dualidad del teatro. Una cosa es que el autor dé autenticidad a un personaje en el papel, y otra muy distinta que el actor lo consiga. El autor se esfuerza en que su personaje parezca auténtico, y el actor tiene que lograr que el mismo personaje sea auténtico. Y es allí donde se imponía la genialidad de Báez, cuando en papel de actor dotaba de una personalidad vigorosa y real a sus personajes, y cuando en funciones de director, exigía hasta el agotamiento a sus actores que dieran en el tono exacto de cada papel. No en vano, generaciones de actores lo tienen a Ernesto, como lo tienen a Centurión Miranda y a Fernando Oca del Valle, como los grandes maestros del teatro en el Paraguay.

Treinta y dos

Por esos mismos años, fines de 1958 y principios de 1959, yo ya venía tentando escribir una novela, e incluso ya tenía el primer original que obviamente debía pasar por «el doloroso placer de la corrección» como decía Unamuno. Mi novela larval aún se titulaba «Raíces de la Aurora» y se desarrollaba durante la guerra contra la Triple Alianza. Justamente en la misma época, el Coronel Pablo Rojas deseaba filmar una película en el Paraguay sobre aquella contienda. Le exhibí mi manuscrito y quedó tan impresionado con él que contrató a Augusto Roa Bastos para elaborar el guión cinematográfico, trabajo que el gran escritor aceptó, vino de Buenos Aires, recorrió los escenarios naturales a utilizar en la película, y escribió el guión con el nuevo título imaginado por él de «La Sangre y la Semilla». Igualmente, se contrató a la famosa actriz argentina Olga Zubarry para el papel femenino central y actores paraguayos como Ernesto Báez, Carlos Gómez, Sara Giménez, Emigdia Reisofer, Eladio Martínez, el cantor, Mario Prono y otros más. Esto -repito- ocurría entre 1958 y 1960, y dicho sea de paso, los registros y créditos de la película filmada en Itauguá y Capiatá y cuya copia aún existe, desmienten un poco la saga del exiliado con que se rodeó Augusto Roa Bastos «desde 1947».

Por la misma época, la Compañía de Ernesto Báez estrenaba mi comedia «El Impala» en el Teatro Municipal, e iniciábamos con esta obra una abierta crítica social y un soterrado cuestionamiento político que fueron la tónica de nuestros trabajos posteriores. El «Impala», era por aquel entonces un suntuoso automóvil de la línea General Motors, con superlativas aletas de avión en la popa, cuya posesión otorgaba a la burguesía el mismo prestigio que hoy darían los Mercedes Benz o los Rolls Royce. La historia era la de una familia que lo sacrificaba todo, hasta la casa y la comida, para disponer de un «Impala» como prenda de alcurnia. El previsible final era el accidente donde quedaba hecho chatarra el «Impala» y en ruinas a la familia.

Como «En Busca de María», «El Impala» tuvo éxito de público, y por primera vez, se formaban colas frente a la boletería. La autenticidad atraía al público, la reconocible cotidianeidad en la trama de las historias también, y la fresca comicidad con que Ernesto, Emigdia, Carlos y los demás envolvían como en un celofán, el contenido social y político serio, constituyeron una fórmula propicia para atraer a la gente ansiosa de verse y conocerse, habida cuenta de la fórmula que el mismo Julio Correa había enseñado: «El escenario debe ser un espejo donde la gente se mire y se descubra».

Esas mismas colas de multitudes se repetirían, acaso más densas aún, con las funciones de zarzuelas de Frutos Pane y Moreno González, montadas por el Ateneo Paraguayo. Y lo cierto es que desde entonces, el teatro paraguayo empezó a convertirse en un fenómeno popular, inédito en toda América latina, porque en ninguna ciudad se repetía la irrupción del pueblo al viejo edificio, que duró hasta la ascensión de Carlos Filizzola a la Intendencia, y el cambio de manejo del Teatro Municipal, donde para acceder al escenario, había que firmar solicitudes y presentar currículums, todos, incluso Ernesto Báez y Carlos Gómez, que naturalmente, como todos, se negaron a pasar por semejantes horcas caudinas. Fue la muerte de una época de esplendor del teatro paraguayo.

La presencia masiva del pueblo al teatro fue vista como una ofensa por ciertos círculos refinados que concebían el teatro, no como una sencilla expresión del arte al alcance de la mayoría, sino como experimento y como regodeo de alcurnia culturosa. Y aparecieron las críticas. El teatro no era popular, sino «populachero», las obras eran «concesivas», entendiéndose por esta calificación que halagaban los bajos instintos de la turba, y por añadidura «comerciales», por las elevadas recaudaciones que alcanzaban. Precisamente cuando nos hablaban de lo «comercial» de nuestras puestas, sencillamente preguntábamos qué teatro en el mundo, culto, chabacano, vulgar, de ópera o de vaudeville, no tiene boletería.

La fórmula de la atracción popular, residía simplemente en el humor. Y quien reduzca el humor a una virtud humana de baja categoría, se equivoca. Con independencia de que sea chabacano o fino, que resida en el chiste grueso o en la afilada ironía, el humor es parte del temperamento humano, y principal, porque una existencia sin el humor sería invivible. En el teatro que hacíamos con Ernesto Báez, el humor provenía de la caricatura, de la misma manera que la caricatura gráfica es tomar un modelo real y acentuar sus rasgos. Es decir, no excluíamos la autenticidad de los personajes copiados de la vida real, sino los revestíamos con la gracia que su propia condición arrastraba. En el mundo campesino, en el mundo

suburbano y también en la clase alta hay caracteres firmemente perfilados que cuando son atrapados por el teatro sólo son subrayados por el humor, no corrompidos ni desnaturalizados.

Hasta el fin de los días de Ernesto siempre estuvimos de acuerdo en que habíamos recorrido por el buen camino, especialmente porque el teatro, ya en menor escala desde Julio Correa y torrentosamente después, había dejado de ser un afición de minorías para convertirse en la atracción de una inmensa mayoría.

Después de «El Impala» estrenamos «Un Traje Para Jesús», comedia en que Jesús venía de incógnito a ver cómo andaban las cosas de este mundo, y como no andaban muy bien fue atropellado por un ómnibus de la famosa línea 26, notoria entonces por sus alocadas carreras. Una familia lo recoge. En ella hay tres hermanos en permanente pelea y Jesús interviene y pone las cosas en orden. La intención era evidente, de hacer un llamado a la sociedad paraguaya a olvidar divisiones y restablecer la armonía. La noche del estreno ocurrió algo curioso. Cayó el telón final pero la gente no se retiró, sino al contrario, espontáneamente abrió un debate sobre las claras entrelíneas de la comedia. Fue un debate político y allí se oyeron voces que por mucho tiempo se habían llamado a prudente silencio. Todo terminó en una nota jocosa cuando uno de los participantes en el improvisado panel preguntó al Director de la Compañía por qué había elegido un Jesús tan feo. Se refería al talentoso actor Matías Ferreira Díaz, quien había interpretado a nuestro Señor y no tenía un rostro precisamente hermoso y celestial.

«Un Traje Para Jesús», a pesar de los años, no se ha perdido. Hasta hoy, en las parroquias de la Iglesia Católica, grupos de aficionados montan la comedia en los días de Semana Santa, y fue también en Semana Santa que un elenco de exiliados paraguayos en Buenos Aires la presentó en un concurso de teatro cristiano, y ganó el primer premio.

«El Comisario de Valle Lorito» fue una de esas sorpresas que suele darse en el teatro. Escrita la comedia para la protagonización de Ernesto Báez, en la práctica sobresalió más Carlos Gómez, por un memorable papel de borracho consuetudinario que le tocó interpretar. Carlos Gómez es uno de esos actores que cuando asume un personaje, vive, sueña, gesticula y hasta se esfuerza en hablar como el personaje. Sufre de lo que casi sería una sicosis de doble personalidad, se siente invadido por su personaje, y avanzando más lejos aun, busca en la vida real a personas parecidas al personaje y estudia su comportamiento, sus gestos y sus reacciones.

Para hacer el memorable borracho de «El Comisario de Valle Lorito», Carlos hizo esto último, y vale la pena relatar su experiencia completa.

Treinta y tres

En la esquina de la calle independencia y Primera Proyectada, frente a la antigua Radio Guaraní de feliz memoria, y calle de por medio de la casa de Carlos Gómez, existía un almacén de estilo antiguo, con un mostrador grasiento, sus estanterías en déficit

permanente, el nauseabundo cazamoscas de cristal con su trampa de azúcar y un calendario detenido tres años atrás. El uniforme del viejo almacenero era una camiseta «musculosa», un pantalón pijama sostenido por un cordel que fuera blanco y ya era marrón y un par de zuecos de madera. Su rostro exhibía siempre una barba de tres días, le salían pelos de la nariz y de las orejas, y las patillas de sus anteojos estaban reforzadas con hilo de coser. Así, tan feo como era, tenía el alma transparente de un buen hombre.

También despachaba bebidas -y esto fue lo que le interesó a Carlos- casi con exclusividad poderosa caña, y delante del almacén y sobre la acera, había instalado un precario banco a la sombra de un naranjito frondoso, acaso porque descubrió que los borrachos molestaban menos y tomaban más afuera que apoyados en el mostrador. Además, el banquito compartido era un principio de sociabilidad que parecía dar cierta categoría al acto de emborracharse en grupo.

El grupo lo constituía la espontánea reunión de los vencidos por la vida y aficionados al alcohol, que desde el crepúsculo vespertino hasta la medianoche se reunían frente al viejo almacén. Y es allí y con esa gente que Carlos, según me contó entonces como yo lo cuento ahora, fue a buscar su modelo de borracho y de paso incursionar en las profundidades de la sabiduría del mundo, a veces tan caprichosa que hasta habla por la boca de los borrachos. Se acercaba a escuchar las gruñidas y tartajeantes conversaciones salidas de madre. Identificó a un gordo, sanguíneo y haraposo personaje que renegaba de la santa institución de la familia, acaso porque lo habían echado por alcohólico. Otro, tuerto, había renunciado tanto a todo que ni siquiera se molestaba en poner el consabido parche sobre el ojo muerto cubierto por una repulsiva nube plumiza. Sostenía que había resuelto castigar a Dios que lo trataba tan mal y se declaraba ateo y terrorista. Un tercero, flaco y cadavérico, nunca terminaba de remendar con alambre sus zapatos rotos. El de más allá, que exigía que se le llamara «profesor» lucía un viejo y arruinado traje, aunque lucía siempre la cara cuidadosamente afeitada, como si el diario rito de afeitarse pulcramente fuera el salvavidas que lo sostenía a flote en el mundo de los vivos.

De éstos, el actor recogió modales, vocabulario, posturas, gestos, pero más le llamó la atención un viejecito esmirriado, cubierto siempre por un saco grande para su físico y con mangas demasiado largas, completamente calvo y con un aspecto de pajarillo desnudo recién salido del huevo y caído del nido, que escuchaba atentamente la conversación de los demás, movía la cabeza con desconsuelo, y murmuraba más para sí mismo que para los demás, su eterno latiguillo: «¡I vaí la porte!», cuya traducción no muy literal al castellano podría ser «¡Qué mal andan las cosas!». Los demás hablaban de su miseria y él comentaba «¡I vaí la porte!» o mencionaban un mundo deslumbrante de botellas, con mucha comida y ajeno, y de la misma manera él sentenciaba «¡I vaí la porte!», con su expresión sumida en una terminal conclusión pesimista sobre su propio destino y el destino de todas las cosas.

Cuando se aproximaba la noche, el hombre que había desterrado toda ilusión en un mundo donde todo estaba mal, aferraba un mugroso recipiente que le servía de plato y se marchaba a recibir su cena de mendrugos cuarteros en la cocina de la Intendencia del Ejército, andando con paso extraño, murmurando incoherencias, sacudiendo los hombros y hurgando y buscando nada una y otra vez en los innumerables bolsillos de su enorme saco, sin saber que era seguido por un actor que iba estudiando, para inmortalizarlos, cada uno de

sus movimientos y gestos. Y el extraordinario realismo del borracho que hizo Carlos Gómez en «El Comisario de Valle Lorito» constituyó un modelo insuperado de papel característico en el teatro paraguayo.

Otro mérito que el mismo Ernesto Báez asignó a la comedia mencionada, es que su «carpintería» es decir, su trama de pequeña humanidad insertada en el universo del escenario, en el tiempo y en el espacio, no permitía una sola salida del libreto, un solo cambio de personajes, la variación de una sola escena. Y en este punto, la honestidad obliga a confesar que muchos de los momentos más brillantes de mis obras, fueron inesperados, fulgurantes agregados espontáneos que hacían Ernesto Báez y Carlos Gómez por su propia cuenta cuando en plena escena se ponían a improvisar para desesperación de la disciplinada Emigdia, que consideraba sagrado el texto del libro.

Con relación a estas demostraciones de imaginación y chispa, queda para la historia, la anécdota del «gato de Lambaré». El señor Lambaré, que así es su apellido, era y es hasta ahora, encargado y sereno del Teatro Municipal. Tiempo atrás, empresarios que usufructuaron el teatro y lo explotaban como cine, habían concebido un sistema de ventilación consistente en cañerías de material cocido tendidas bajo las plateas, con bocas de salida para el aire proporcionado por un gigantesco ventilador instalado en el sótano. El sistema no funcionó, pero quedaron las cañerías como un hábitat ideal para las ratas que con frecuencia, asomaban bajo los asientos en plena función, con el consiguiente susto, especialmente de la concurrencia femenina. Lambaré se decidió a combatir a las ratas... con gatos. Como media docena de felinos vivían en permanente lucha con las ratas en los soterrados del teatro, pero cuando había funciones, Lambaré los encerraba prudentemente.

En cierta ocasión, uno de los gatos escapó en plena función y cruzó orondamente el iluminado escenario, durante una escena en que dialogaban Ernesto Báez y Carlos Gómez. El paso del gato levantó un murmullo en la platea, pero no inmutó para nada a los dos actores, que empezaron a improvisar sobre las andanzas del gato de Ña Fulana, con tanta gracia y soltura que no sólo la platea sino los propios actores tras las bambalinas estallaban en carcajadas. La escena fue tan real, que al finalizar la función se me aproximó un señor, viejo aficionado al teatro que me preguntó con toda seriedad cómo habíamos conseguido que el gato pasara en el momento oportuno. Creía que el paso del gato estaba establecido en el texto.

#### Treinta y cuatro

Eran los comienzos de una época en que el Teatro Municipal atraía multitudes, con puestas en escena de la Compañía Báez - Reisofer - Gómez, del Ateneo Paraguayo con obras en prosa y las famosas zarzuelas, de Rafael Rojas Doria y César Álvarez Blanco, desprendidos de la escuela de Ernesto Báez, y otras Compañías de breve existencia.

La historia del teatro paraguayo no debe olvidar nombres que ya son ilustres, con independencia de que vivan o ya se fueran. Cito los nombres de aquella gente querida que



alguna vez integraron el reparto de mis obras, pidiendo de antemano, perdón por las traiciones de mi memoria, y por los olvidos.

Ernesto Báez es toda una época de más de medio siglo de trabajo actoral. Carlos Gómez sigue en pie en sus juveniles ochenta años. Emigdia Reisofer es un recuerdo amable de gentileza, talento y ductilidad, y por su trágica muerte, de la cual en cierto modo siento una culpa indirecta, del modo que relataré más adelante. Alejo Vargas hizo inolvidables sus personajes de comisario o cura, compadre y caudillo de admirable realismo. Javier Franco, perfecto y estirado mucamo de casa rica o desvaído marido dominado cuando no el capanga segundón y servil; Leandro Cacavelos, el burgués típico o el juez de paz venal y ventajista; María Elena Sachero, hasta hoy un talento explosivo y una ductilidad pocas veces superada; la desaparecida Miriam Celeste, bella, de enormes ojos verdes y sin temor alguno de encarnar los personajes más difíciles; Graciela Pastor, siempre una presencia eléctrica y vigorosa en escena, casada después con Roque Sánchez, egresado de la Escuela Municipal de Arte Escénico y con quien integró la Compañía Sánchez - Pastor que sobrevive hasta hoy a pesar de la desaparición del bueno y estudioso de Roque; Sara Giménez, la incambiable «mamá guazú» de tantas puestas costumbristas; Celia María Benítez, primera dama delicada y fina; Vilma Giménez, de temperamento sensual y lleno de picardía; Matías Ferreira Díaz, ya fallecido, talentoso, sensible y vigoroso actor característico y por añadidura poeta: Alberto Lares; César García, ya fallecido: Gustavo Calderini, Mario Prono, actor y director ya fallecido; May Visconti, que llegó a sustituir a Emigdia Reisofer cuando ésta falleció: Blanca Navarro, la mejor actriz cómica de entonces y de ahora en el teatro paraguayo; Azucena Zelaya: César de Brix; Amador García, fallecido; Sarita Rivas Crovatto en su juvenil belleza, antes de culminar sus cursos de Derecho y de terminar, siendo combativa abogada, asesinada en un episodio nunca del todo aclarado; Lucy Spinzi, a la fecha rigurosa analista de la política y viviendo de la artesanía y la cerámica en Areguá; Mercedes Jané, la gran dama de ojos azules y porte distinguido de tantas obras, hasta hoy en actividad: Juan B. Villa Cabañas: Óscar Barreto Aguayo, ya fallecido, galán cantor de porte esbelto y hermosa voz de tenor; José Olitte; Raúl Valentino Benítez; Nicasio Altamirano, ya fallecido; Kika Da Silva también; Luis de Oliveira, actor hijo de actor, Espartaco Martínez, fallecido, Abel González, una curiosa mezcla, porque como deportista fue campeón sudamericano de baloncesto en Cúcuta, Colombia y después, como actor se especializaba en papeles difíciles en comedias brillantes o de equívocos. Hoy, lamentablemente, Abel González está recluso en el Hospital Neurosiquiátrico.

Cito de manera especial a dos artistas cuya paternidad y creatura, al menos en parte, reclamo, porque yo les uní primero en la radio y después para el más grande éxito del teatro guaraní-castellano, «Plata Ybygüy Recavo» cuya concurrencia de público no ha sido superada por ninguna otra puesta, incluso por aquellas de concurrencia obligatoria para estudiantes. Los Compadres, Rafael Rojas Doria y César Álvarez Blanco.

Tampoco puedo dejar de mencionar a los hermanos Humberto y Armando Rubín, para quienes escribí una comedia de la que me ocuparé más adelante.

Por la misma época, habían brillado o brillaban en el Ateneo Paraguayo o en Compañías transitorias, Aníbal Romero, extraordinario actor: Blanca Sanabria, su actual esposa; Nelly Prono, fallecida; Álex Solhberg, fallecido; Alan Gini; Salim Giralá, fallecido; Jacinto

Herrera, fallecido; Ninica Segura: Rafael B. Argüello; Victorino Báez Irala y otros talentos que hubiera querido poner en el reparto de mis obras.

Eran tiempos en que los buenos resultados de mis obras teatrales me alentaron a otros tipos de narrativa, la novela y el cuento. Abierto un concurso a nivel latinoamericano de cuentos por la Revue Française, de Paris, intervine sin muchas esperanzas con un cuento: «Perrito». Sin embargo, optó al primer premio y la medalla Víctor Hugo, que me fuera entregada por la Embajada de Francia. Tenía también en la misma época -1965- los originales de mi primera novela: «La Quema de Judas», que intervino en un concurso nacional convocado por el diario La Tribuna. Hubo fallo dividido, y miembros del jurado que aún viven, me aseguran que «La Quema de Judas» fue la novela elegida, suponiéndose, por su estilo, que correspondía a Josefina Pla, pero al abrir el sobre con el seudónimo, se encontraron con la sorpresa de que no era autoría de Josefina Pla, sino de Mario Halley Mora. Por entonces, ya empezaba a germinar la discriminación política que tanto daño haría después a la literatura. De modo que se cerró el sobre, se volvió a votar. Otra novela logró el primer premio, con fallo dividido porque parte del jurado no consintió el procedimiento pero de todos modos «La Quema de Judas» quedó segunda. Me sirve de consuelo que la novela ganadora sólo tuvo dos ediciones, la primera, publicada por el diario organizador, y una segunda, edición corregida del autor. En cambio «La Quema de Judas» ya lleva siete ediciones, con sello editorial, debidamente registradas.

Ya por entonces, maduraba la convicción de que por «narrativa» no se debe entender sólo la novela y el cuento, sino también el teatro. Son sólo formas distintas de narrar, y todo se reduce a asumir la técnica de cada género. Con el género teatral me sentía más cómodo por la inmediatez del proceso. Se escribía la obra, y al poco tiempo, de la inmovilidad del papel pasaba al dinamismo vital del escenario... y al aplauso o el rechazo del público. Con la Compañía Báez - Reisofer - Gómez hicimos así memorables puestas. «Testigo Falso», de contenido social; «El último Caudillo»; «Magdalena Servín» para la memorable actuación de Emigdia Reisofer; «El Sargento de Compañía»; «El Sacristán»; «I Vaí la Porte», inspirado en el borracho favorito de Carlos Gómez.

Invitado por el Ateneo Paraguayo, produje tres comedias: «Memorias de una Pobre Diabla» con la dirección y actuación de Mario Prono y una sensacional actuación de María Elena Sachero. Más tarde, el mismo elenco montó, en dos temporadas sucesivas, «Interrogante» y «Un Rostro Para Ana», que alcanzaron galardones como que María Elena Sachero fue elegida la mejor actriz del teatro paraguayo, al mismo tiempo que «Interrogante» y «Un Rostro Para Ana» eran incluidas en una antología del teatro latinoamericano, publicada por el Ministerio de Cultura de España.

De la misma manera, a pedido de los hermanos Rubín, Armando y Humberto Rubín, este último con varias actuaciones en diversas obras que le valieron en los diarios la calificación de «galán de perfil mefistofélico», escribí una recordada comedia: «El Conejo es Una Mujer», que no tiene relación alguna con el hijo de Humberto que asumió el sobrenombre de Conejo para su programa de televisión. De hecho, el muchacho aún no había nacido cuando se estrenó la obra que satisfizo las aspiraciones escénicas de los hermanos Rubín, y lanzó a la fama a una actriz que empezaba a destacarse, Miriam Celeste, de la mano de Humberto Rubín y de Mercedes Jané.

De vuelta con la Compañía Báez - Reisofer - Gómez, en sucesivas temporadas estrenamos «El Billeto de Cien Dólares»; «Mujeres Fáciles»; «El Camaleón»; «Un Paraguayo en España», en el que se hizo leyenda el hecho de que Leandro Cacavelos se quedara dormido en escena; «El Solterón», un estudio del machismo de las mujeres paraguayas, que fue durante años caballo de batalla de la Compañía Roque Sánchez - Graciela Pastor en sus andanzas por escenarios campesinos: «La Mano del Hombre»; «Los Zapatos de Dios»; «El Dinero del Cielo»; «La Noticia», obra devenida de mi paso como periodista por el diario El País: «Cuando Ernesto se Hace el Loco»; «Necesito un Hombre Para Caso Urgente», «15 Años»; «Mi Asesino»; «Virutas» y entre una decena más de comedias menores, la substancial «La Madama», que tuviera extraordinario éxito de crítica, de público y de taquilla... pero un trágico resultado. Entre dichas producciones imaginativas, hasta me di tiempo a escribir un librito didáctico: «Vamos a Hacer Teatro».

### Treinta y cinco

En efecto, volviendo atrás en el tiempo, el drama asoma su rostro angustiado en este relato. Toda la vida, Ernesto Báez anheló poseer un teatro propio, y lleno de ideales pero sin el menor adiestramiento gerencial, hipotecaron, con su esposa, Aída Reisofer, la vieja casona de Piribebuy y Montevideo para un crédito bancario, que les fue otorgado con dicha garantía. El «Teatro Carlos Antonio López» logró elevarse hasta el techo, pero ahí terminó el dinero, y no hubo refinanciación, ni extensión ni ayuda alguna. El Banco se adjudicó la obra, la equipó, la terminó y la convirtió en el Cine Premier. Ernesto Báez y la familia Reisofer quedaron de hecho, en la calle. Fue un episodio desgarrante, especialmente para un hombre con alma de niño, un artista que creía en la solidaridad de sus compatriotas y las promesas de los políticos, en el amor de los amigos y en la gratitud de tanta gente sobre la que había volcado un diluvio de alegrías y de momentos felices. Tocó vanamente puertas que nunca se abrieron, y él, que nunca se había preocupado por el dinero, cuando quiso utilizarlo para comprar sus sueños, lo encontró insuficiente, escurridizo y perverso. Tarde se dio cuenta de que el artista siempre resultará un pésimo administrador.

Fue un interludio oscuro para el teatro paraguayo. La Compañía quedó prácticamente disuelta, y Ernesto y las Reisofer se marcharon a Buenos Aires.

En uno de mis viajes a esa ciudad, fui a visitarlos a un hotelito de mala muerte que habían arrendado y administraban en un ruinoso edificio de la calle Uriburu casi Corrientes. Llegué justamente cuando a su vez Ernesto regresaba con una bolsa de compras del Mercado de Abasto, y Emigdia sacaba los tachos de basura afuera. Aquello me dolió en el alma y me brotó de muy adentro un discurso. «Que esto no es para Uds. El Paraguay les añora y necesita. Aquí apenas son dos sombras oscuras que sobreviven y allá tienen estrellas que nunca se apagarán». Ernesto me escuchó con atención, y como en la primera vez que me impulsó a escribir «En Busca de María» volvió a desafiarme. «Si me envías una obra que fuera un éxito seguro, me voy», me dijo, y esa vez fui yo el que pronunció «hecho».

De vuelta a Asunción puse manos a la obra y dos meses después le envié el libro de «La Madama». Regresaron, la llevaron a escena y fue el éxito más sensacional de la Compañía Báez - Reisofer - Gómez. Las colas de público ante las ventanillas llegaban hasta el Correo y taponaban la circulación de la calle Presidente Franco. Y fue tan bueno el resultado, que cuando terminó la temporada en el Municipal, el cine Splendid, sobre Estrella, ofreció su sala y los llenos continuaron allí. En medio de la satisfacción que nos llenaba por tan triunfal regreso, no teníamos idea que allí se incubaba otra tragedia mayor.

«La Madama» como otras obras -mías y también de Ernesto- cuyos resultados se publicaban en los medios de comunicación que crecían en alcance, atraían al público del interior, que alquilaba ómnibus para trasladarse en grupo al Teatro Municipal.

Con «La Madama» Ernesto decidió hacer lo contrario, llevar la obra al campo, y al efecto, adquirió una camioneta «Kombi», de hecho un minibus de la marca Volkswagen. Con ella aprendió a conducir, y ya entonces le manifesté mi aprensión. El que aprende a conducir más allá de los cincuenta años nunca será un buen conductor. Además, Ernesto no tenía idea alguna de los fundamentos mecánicos que deben conocerse para manejar un vehículo, hasta el punto de que apenas había retirado la Kombi pasó por casa a mostrármela y de paso, a confesarme de que «todavía no encontré por donde se le carga el agua». Le costó creer que el motor no se enfriaba con agua, sino con aire.

Con ese vehículo fueron a montar «La Madama» en Villeta, y al regreso por la ruta, en una madrugada oscura fue el accidente que le costó la vida a Emigdia Reisofer. Fue un accidente que como se demostró después no fue por la impericia de Ernesto, sino por la irresponsabilidad de otro transportista que salió de su carril. Pero muy adentro, en el fondo de mi corazón, me reprocho aquel momento, en Buenos Aires, en que prometí un éxito teatral, sin prever que el precio fuera tan doloroso.

Durante las décadas de los sesenta y setenta, prosiguió la insuperada época del teatro en el Paraguay, con numerosas Compañías teatrales que convergían sobre el añoso Teatro Municipal. Zarzuelas paraguayas, comedias y dramas de Néstor Romero Valdovinos, (su mejor obra, «Hilario en Buenos Aires») de Ezequiel González Alsina, (su mejor obra, «Bolí») de Manuel Frutos Pane y Juan Carlos Moreno González, (Sus mejores obras «María Pacurí» y «La Tejedora de Ñandutí») de José María Rivarola Matto, (su mejor obra, «El Fin de Chipí González») de Benigno Villa, (su mejor obra, «Casilda») de Josefina Pla y Roque Centurión Miranda, (su mejor obra, «Aquí No Ha Pasado Nada») de Julio Correa en reposiciones de comedias escritas durante la guerra y la posguerra del Chaco; de Rogelio Silvero, (su mejor obra, «La Vida del Yaguá») de Rovisa, de Alcibiades González Delvalle, y hasta del mismo Ernesto Báez, autor de numerosas comedias costumbristas. La mayoría de estos autores, salvo Rovisa, González Delvalle y Silvero, ya han fallecido. Los muertos, es obvio, ya no escriben. Los vivos, no saben para quien escribir, porque al cerrarse el Teatro Municipal sobrevino la gran sequía teatral que continúa hasta nuestros días, en que, si bien hay buenos actores, no han surgido nuevos autores y no existe una sola sala adecuada al teatro y estímulos del Gobierno o de las Municipalidades, a nivel cero.

Treinta y seis

Después del fallecimiento de Emigdia Reisofer, una fina actriz, May Visconti, ocupó su lugar en el rubro, y siguió la larga trayectoria por la senda del teatro paraguayo. Por mi parte, produje con Neneco Norton una comedia musical, «La Promesera de Caacupé», donde tuvimos el privilegio de contar con la actuación de Óscar Barreto Aguayo. Más tarde, con Florentín Giménez, montamos otra comedia musical, «Loma Tarumá», siendo ésta, la última pieza que dirigiera Mario Prono, poco antes de su muerte. Anecdótico y dolorido, es el hecho de que en los ensayos, reprochaba al bueno de Mario que su energía de director brillante, exigente y riguroso de otros tiempos, de «Interrogante» y «Un Rostro Para Ana» aparecía apenas esbozada, lánguida y conformista en «Loma Tarumá». El hombre callaba y decía «ya vamos a mejorar». Yo no tenía idea de que ya tenía el corazón herido, y se estaba muriendo, como él quería, sobre las tablas.

Años antes, Rafael Rojas Doria y César Álvarez Blanco, desprendiéndose de la Compañía de Ernesto Báez habían formado la propia. Los Compadres, unidos desde 1956, llegaron a constituir en el teatro un fenómeno especial, inédito, de cooperación y de complementación actoral. Eran dos, o son dos, pero al mismo tiempo uno solo. Cuando por breve tiempo y por circunstancias propias del temperamento del artista, se separaban y montaban cualquier comedia prescindiendo uno del otro, no pasaba nada. La comicidad, la gracia, la chispa, la espontaneidad veloz y provocativa se daban en los dos, que de la misma manera que se descubrieron misteriosamente compatibles en radio, en 1956, siguen adivinándose mutuamente en teatro en 1999. Extrañamente, fueron y son prisioneros el uno del otro. Con este dúo y su Compañía, me cabe recordar, en beneficio de la brevedad, una sola pieza que vale por todas las que de ella derivaron después: «Plata Ybygüy Recavo», indiscutible clásico del teatro cómico en guaraní en el Paraguay.

Un capítulo especial corresponde a un excelente actor, Raúl Valentino Benítez, cuando escribí una comedia dedicada al homenaje de los primeros inmigrantes árabes en el Paraguay, que se integraron a la sociedad paraguaya desde los escalones más humildes. El personaje central de «Mustafá» fue Raúl Valentino Benítez, en un pintoresco y respetado personaje de «turco» realizado por el actor con maestría, con recordadas escenas con su contraparte, el legendario ladrón de tiendas «Mbopí Pucú» interpretado por José Olitte. Y por fin, mi última incursión al teatro fue ya entrado en la década del noventa, con la teatralización de una novela de Margot Ayala de Michelagnoli «Ramona Quebranto» que dirigida por Tito Chamorro, fue un éxito en Asunción y Montevideo.

Especial gratitud le guardo al estudioso investigador y fanático «teatrero» Rudy Torga, quien se enamoró de una obra mía: «La Huella de Mangoré» sobre la vida y obra de Agustín Barrios, excelso guitarrista y compositor paraguayo. Rudy Torga mejoró el texto, lo musicalizó y agregó preciosas glosas en guaraní, que hicieron de la obra un espectáculo al mismo tiempo que didáctico, emocionante y dentro de un género híbrido de teatro, literatura y música de brillante resultado en Asunción, en las Misiones natal de Mangoré y hasta en Buenos Aires, debido, más que nada, a la intervención, compaginación, arreglo y dirección del tenaz luchador de la cultura popular que es el señor Rudy Torga.

No todas las comedias escritas en más de 35 años están citadas en este libro. Las que sí son citadas, a mi criterio, son las principales. Llegué a contabilizar 56 títulos entre innumerables comedias breves, recogidas después en libros, comedias largas y hasta dramas. Pero entre tanta tarea, tuve tiempo de repetir en 1982 mi incursión en la narrativa novelística, iniciada en 1965 con «La Quema de Judas». Ese año, en las famosas ediciones «Napa» de Juan Bautista Rivarola Matto, se editó «Los Hombres de Celina», que mereciera juicios elogiosos de Josefina Pla, Roque Vallejos, Hugo Rodríguez Alcalá, Bacón Duarte Prado y José Luis Appleyard. Por su primera edición, me correspondió el «Premio República» de 1983 y el galardón anual de «Los 12 del año» correspondiente a 1984. A la fecha, la novela tiene 6 ediciones más, tanto por la Editorial El Lector, como por la Editorial Comuneros.

### Treinta y siete

Considero oportuno a los efectos de este libro, que no es otra que, en vez de narrar, narrarme, incluir algunos juicios que contribuyan a una valoración más cierta de las huellas que alguna vez terminarán en un recodo final. En el prólogo de «Los Hombres de Celina», José Luis Appleyard había escrito:

Por su parte, en el prólogo de la tercera edición, Josefina Pla, expresaba:

vemos pues -con derrotero distinto, sí, invertidos o devaluados, los valores o principios morales; los que consideramos valederos no aparecen valiosos, y se los trastoca tranquilamente, con resultado aparentemente positivo. Pues lo que constituye el rescate de

Celina es la condena de Salcedo y la conclusión sería: hay sacrificios contraproducentes. Pero ambas líneas de conducta coinciden en una misma conclusión, para quien las observa y busca su razón y su ley: Lo único válido es el hombre vivo. El sobreviviente. Sobrevivir: That is the question. Así es como -redondeando el pensamiento más arriba insinuado respecto a pícaros y picardía- podría decirse que si el personaje escapa en sí mismo a la definición de pícaro, el mundo en que vive es, éste sí, un mundo de picaresca.

aquí y allá en el bloque que la contiene.

Ya que estamos en juicios valiosos, pido la licencia para citar el de Bacón Duarte Prado, quien expresa en parte del prólogo de «Cuentos y Anticuentos».

En el párrafo final de un extenso prólogo al libro «Los Habitantes del Abismo», escribe el Dr. Roque Vallejos:

En el portal del libro «Teatro Paraguayo Inédito», escribe Francisco Pérez Maricevich:

De la pluma del poeta y crítico Hugo Rodríguez Alcalá, tanto en textos sobre literatura paraguaya como en artículos periodísticos, existen valiosos estudios sobre la estilística literaria que atribuyen a mis cuentos, muy en especial, al lenguaje figurado que descubre el autor en el cuento «El Puente» del que realiza un extenso análisis.

Treinta y nueve

Después de «Los Hombres de Celina», siguió «Memoria Adentro», novela a la que Leandro Prieto Yegros considera la más «desgarrante y devastadora novela paraguaya», que lleva 3 ediciones, incluida la de la Colección de Clásicos Paraguayos de la Editorial El Lector.

También en esa misma colección figuran las siguientes novelas, además de «la Quema de Judas»; «Ocho Mujeres y los Demás»; «Amor de Invierno» y «Manuscrito Alucinado», que llevan, cada una, no menos de 4 ediciones y no más de seis. Con respecto a «Amor de Invierno», muy apreciada por los estudiantes para trabajos prácticos de Literatura, afirma José Luis Appleyard, en el prólogo de la primera edición, lo que expresaba el suscrito en este mismo libro sobre la extensión del término «narrativa» que se refiere tanto a la novela,

al cuento y al teatro. En efecto, «Amor de Invierno» es una novela escrita con técnica teatral, y sobre dicho método se explayó el gran poeta y escritor desaparecido, saludando, en el mencionado prólogo, el buen resultado del experimento.

Cierta vez que tuviera una entrevista con estudiantes que hacían un trabajo práctico sobre mi producción literaria, la pregunta de una estudiante me tomó de sorpresa porque descubrió en mí algo que yo mismo no percibía. ¿Por qué, tanto en teatro como en la novela y el cuento sus personajes son mayoritariamente femeninos? Después de satisfacer la pregunta con algún formulismo de ocasión, yo mismo hice un autoexamen. En «Los Hombres de Celina» se narraba la historia de una mujer, en «La Quema de Judas» también. En «Ocho Mujeres y Los Demás» la cuestión era obvia. En «Manuscrito Alucinado» una mujer -difunta para más- lo provocaba todo. En «Memoria Adentro» era también mujer quien desarrollaba la trama. Sólo en «Amor de Invierno» asomaba en primer plano una pareja. En cuanto en el teatro, los más grandes aciertos de mis obras se debían a personajes femeninos, como en «La Madama», «Virutas», «En Busca de María», «Magdalena Servín», «El Solterón» y «La Mano del Hombre», donde, estas dos últimas, el papel principal correspondía a la madre del protagonista masculino, en ambos casos, con la interpretación de la inolvidable Sara Giménez.

Examinando la cuestión, la primera conclusión fue que la inclinación por los personajes femeninos nunca fue deliberada. Entonces, como lo haría Freud, había que volver atrás. Y atrás en el tiempo estaba mi infancia. Huérfano de padre muy temprano, mi infancia convivió con dos mujeres de fuerte carácter, mi madre y la abuela Venancia. La primera autoridad que reconocía fue femenina. Elaboraba mis juicios sobre las cosas y las personas, a través del juicio de dos mujeres y empezaba a ver el mundo mirando por el prisma femenino. Creo en tal sentido, que me condicioné sin saberlo para concebir el drama humano mayoritariamente transitado por mujeres.

Por su parte, estudiosos de la literatura paraguaya, en trabajos publicados en el Diario Noticias, consideran que desde «La Quema de Judas» (1965) y siguiendo por todos mis títulos publicados, la narrativa paraguaya abandona su reiterada temática rural e incursiona en el género de narrativa ciudadana, con la ciudad de Asunción como escenario. Me atribuyen así el carácter de iniciador de la novela urbana en el Paraguay, mérito no del todo absoluto, teniendo en cuenta de que en la década de los años veinte, Juan Stefanich ya había escrito y publicado la novela «Aurora» que discurre en la ciudad e incluso describe la catastrófica epidemia de gripe que diezmo a la población asuncena y también se había publicado por entonces una novela lacrimosa, «Papito, Tengo Hambre y Tengo Frío» de Raúl Mendonca, que llegó a ser Director de La Tribuna e hizo llorar a generaciones de amas de casa que nunca habían leído un libro, y cayeron en la fiebre de leer que produjo la novela que tuvo una extensa circulación, constituyendo el primer fenómeno popular de la literatura paraguaya.

Lejos de mí la pretensión de ser excluyente. Lo que estoy narrando es la relación de mis trabajos, pequeña parte de un todo mayúsculo, dentro de un universo donde crecían y se imponían caudalosos talentos de la narrativa paraguaya como Augusto Roa Bastos; Gabriel Casaccia; Hugo Rodríguez Alcalá; Guido Rodríguez Alcalá; los hermanos Juan Bautista y José María Rivarola Matto, Josefina Pla; mi propio hermano Gerardo Halley Mora; José



María Villarejo; Ana Iris Chaves de Ferreiro: José Luís Appleyard como novelista; Raquel Saguier, Jesús Ruiz Nestosa; Juan Manuel Marcos y otros grandes fabuladores cuyas obras ya fueron reconocidas y aplaudidas, o recién ahora empiezan a ser revaloradas.

Mi libro «Cuentos y Microcuentos», y «Cuentos y Anticuentos» que llevan numerosas ediciones, contienen invariablemente como portal el cuento «Perrito» conocido y analizado por generaciones de estudiantes secundarios, de la misma manera que entre una veintena, «La Libreta de Almacén», también frecuentemente reproducido en textos de literatura y antologías, tal como los cuentos contenidos en el libro «Los Habitantes del Abismo», en el que se incluye el cuento «La Quiebra del Silencio», plagiado por guionistas paraguayobrasileños para la película «El Toque del Oboe».

Me han publicado hasta la fecha 25 títulos, incluyendo la edición de mis novelas y los textos teatrales más importantes, incluso, libros de teatro corto como «Para el Pequeño Tinglado»; «Teatro Breve de Mario Halley Mora» y una antología teatral donde figuran, en el mismo libro, piezas teatrales de Josefina Pla, Ezequiel González Alsina, y quien suscribe.

Incursioné también en la poesía con el librito de poemas «Piel Adentro» en los años ochenta. Roque Vallejos comentó la colección de poemas calificándome, en tanto a poeta, como «centauro ontológico», que hasta hoy no sé si interpretar como insulto o como elogio.

#### Cuarenta

No quedaría completa esta relación de este largo trecho de 73 años de vida, si no me refiriera al periodismo que ejercí durante mucho tiempo, en radios y periódicos, logrando de alguna manera conciliar esta actividad con la de la escritura narrativa en sus tres vertientes, teatral, cuentística y novelística, y hasta con períodos de trabajos como funcionario público, en el Ministerio de Agricultura primero, en el de Educación después, la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia y finalmente en el Ministerio de Industria y Comercio e Instituto de Bienestar Rural, en ninguno de cuyos cargos manejé intereses ni valores, y mucho menos, se me quedaron pegados a las manos, hasta el punto de que si hiciera hoy mi declaración jurada de bienes, sólo incluiría mi casa y un automóvil modelo 1986. Y punto. Pero lo que interesa es el periodismo, de humilde operador en la vieja Radio Teleco, pasé a ser redactor de noticiosos, y esa fue mi primera experiencia. Después pasé al diario El Paraguayo, terminada la revolución de 1947, y que era por entonces órgano oficial del Partido Colorado, al que me había afiliado en 1946, hace 53 años.

Cuando mis hermanos Gerardo y Antonio fundaron Radio Paraguay, también fui redactor de noticiosos, aparte de libretista de numerosos programas radiales. Más tarde, fui co-director, primero con don Leopoldo Ramos Giménez, insigne poeta y prosista de quien aprendí mucho, y después con don Ángel Peralta Arellano, de quien no aprendí nada, del diario El País, que se editaba con las viejas maquinarias del diario El Orden, de la familia Artaza, y que ya habían pasado a pertenecer al Coronel don Pablo Rojas, y después,

modernizadas, sirven al actual diario Última Hora, de cuyos inicios también tuve ocasión de participar, en el orden periodístico, naturalmente.

Llegué a hacer, incluso, periodismo cinematográfico, cuando el Coronel Pablo Rojas inició el Noticioso Nacional, para cuya financiación se cobraba un extra a los espectadores de los cines, configurando respetables ingresos que yo, personalmente, nunca llegue a ver, ni a contar, ni administrar y mucho menos ganar. No dudo que alguien se hizo rico con esas recaudaciones. Yo no, porque mi trabajo consistía en llevar los rollos de negativos a un laboratorio de Río de Janeiro, donde se los elaboraban y se agregaban -grabados- los relatos escritos por mí, con la voz de Álex Solhberg, que residía entonces en la «Cidade Maravilhosa» felizmente casado con la hija de un banquero. Aquellos viajes a Río de Janeiro fueron odiseicos, porque tenía que realizarlos en el «Correo Militar Brasileiro», un viejo DC 3 de uso militar, sin asientos y sin tapizados, con el viento frío de las alturas colándose por miles de resquicios. Además, para empeorar las cosas, el avión aterrizaba y decolaba caprichosamente en cada ciudad, aldea o poblacho de su itinerario, y tardaba como 18 horas en llegar a destino.

No me resisto, en este punto, a contar una anécdota referida al Noticioso Nacional. Tenía un colega, Manuel Chamorro Damus, celoso del trabajo que yo realizaba. Se ofreció a escribir él los textos narrativos, poniendo más pasión y fervor político de los que yo ponía. Le aceptaron y me reemplazó. Pero la cosa no era fácil, porque se grababa a la ventura. En el laboratorio, sólo nos informaban que tal escena tiene tantos pies de película y que a tantos pies de película correspondía tantas líneas de texto y cada línea de texto tanta cantidad de palabras, un verdadero acertijo. El mal resultado se daba cuando se calculaba mal, y el locutor contaba una escena que no correspondía, atrasada o adelantada. Ahí se equivocó el bueno de Chamorro Damus. La escena correspondía a la inauguración del Hipódromo del Jockey Club, donde asistía el Presidente Stroessner. Durante los primeros pies de película, se mostraba el caballo histórico que había ganado la primera carrera en el nuevo circo y de inmediato pasaba a mostrar al Presidente aplaudiéndolo. A Chamorro se le desincronizó el relato verbal, y el que correspondía al caballo quedó para el Presidente, de modo que cuando en escena se lo veía a Stroessner aplaudiendo, el relato decía «y aquí vemos la estampa del noble bruto ganador». Demás está decir que allí terminó la carrera de Chamorro Damus.

Tanto el ejercicio del periodismo como el de la literatura me valieron honores que se resume en la condecoración de la Orden Nacional del Mérito. Pero lo más importante, fue la oportunidad de conocer casi toda Europa, Estados Unidos, Japón, China. Largos fueron los viajes a que fui invitado. Sirvieron para conocer mejor al mundo, y amar más a mi infortunado país.

En el Diccionario de la Literatura Paraguaya, la distinguida autora, Teresa Méndez Faith, incluye mi nombre, Mario Halley Mora, y seguidamente, la información de que fue Jefe de Redacción del diario strosnista Patria, y sólo después, la relación de lo que ella recoge de mi trayectoria literaria. Esa es la síntesis del prejuicio que me marcó durante toda la vida. Primero la postura política, o lo que se considera una postura política, y sólo después, miradas ya a través de un prisma oscuro, la persona y la obra del literato.

Semejante prejuicio penetró tanto, que hasta se dio el caso pintoresco de un crítico norteamericano, redactor de una revista de la Unesco, si mal no recuerdo, de apellido Squiú, que cuando apareció la novela «Los Hombres de Celina», escribió una crítica sin leer el libro, tocando de oído, y manifestando que se trata de una obra rastrera, cortesana y servil con los consabidos elogios y ditirambos al dictador. Quien conoce «Los Hombres de Celina», y no son pocos, conoce que en la novela, como en ninguna de las otras seis y menos en el medio centenar de obras teatrales estrenadas y publicadas muchas, y en la veintena de cuentos, no hay una sola línea cortesana y servil, y a la prueba me remito del examen de lectores y críticos.

Tampoco recuerdo haber publicado un poema, oda o elegía dedicada a Stroessner o a Perón, o a Stroessner y Perón juntos, y a quien me demuestre lo contrario, le pediré humildemente perdón por esta mentira.

Mi tarea como Jefe de Redacción del diario Patria, y el de literato, dramaturgo, cuentista o novelista, siempre se desarrollaron en compartimientos y estancos separados, y a veces hasta conflictivos, hasta el punto de que aquí debo convocar al juicio de un intelectual irreprochable, el Dr. Helio Vera, quien al referirse alguna vez a mi producción teatral, al que vio cargada de sutilezas, entrelíneas y sugerencias audaces, escribió que «no me explico cómo Halley Mora no fue a dar con sus huesos a la cárcel». Esto, no sólo refiriéndose al texto mismo de las obras, sino a los agregados de Ernesto Báez, tantas veces irreverentes y con filos toledanos con la «autoridad» que, lo confieso, me producían escalofríos.

Convencido colorado, ejercí la jefatura del diario Patria como tal. Pensaba sinceramente estar al servicio de mi partido. No fui editorialista ni ideólogo. No avalé con mi firma la clausura de ningún diario ni de ninguna radio, como descubrieron muchos hurgadores de sentinas que buscaron desesperadamente y sin resultado en los archivos algún material que me comprometiera en tal sentido, así como no avalaré hoy, el apresamiento y la persecución política, judicial y policíaca de hombres de prensa.

Mi cargo de Jefe de Redacción, evidentemente implicaba una responsabilidad política y moral, que no rehuyo porque yo, ni nadie entonces, podía salirse de las circunstancias imperantes sin tener algún poderoso padrino empresarial-periodístico, ni de sustraerse al universo nacional y político, ni caer en el extrañamiento propio y de su familia dándose el lujo de orinar contra el viento. Quién era yo, quién era Juan Pueblo, para oponerse a la fuerza incontenible de un régimen bendecido por sus virtudes anticomunistas por los mismísimos Estados Unidos de Norteamérica. Además, creía que Stroessner lo estaba haciendo bien dentro de las circunstancias históricas y políticas de la época, y sigo pensando lo mismo hoy, con perdón a los que sufrieron los rigores de un sistema autoritario que fue un mal necesario después de la anarquía entre 1947 y 1954, que se repite con otros perfiles de 1989 hasta hoy, aunque con los moños y los oropeles de una vestidura «democrática», y el oficialismo está en todas partes, la oposición en ninguna o callada, y la ciudadanía es una convidada de piedra en la merienda de negros, con el perdón de los negros, en que se ha convertido todo.

No obstante, si mi conciencia me hacía reclamos, los aceptaba y encontraba escape en el mismo diario Patria, donde hice famosa y recordada la columna, totalmente apolítica de «Comentario-i», por la que hasta se me reclama reunir en un libro, y donde -en el diario- mi preocupación era la diagramación aceptable del diario, y fuera del diario, en mi producción en general, impolutamente virgen de compromiso político (Recuerdo un apunte periodístico de Roque Vallejos, de que mi obra literaria carece de compromiso político), partidario o sectario. Somos productos de nuestras circunstancias, y cuando ellas son recias y determinantes, siempre cabe la respuesta de algún sesgo de libertad interior, como sucediera con mi producción en las tres caras de la narrativa.

Si el cargo me hacía strosnista, pues entonces lo fui, en igual medida que los que después lo derrocaron a Stroessner, y que luego de beneficiarse de sus privilegios (yo no alcancé ninguno) abjuraron de su posición, denostaron al Gran Jefe, asumieron mimetismo de demócratas, y hoy están de nuevo de vuelta con un nuevo discurso y no muy distintos métodos, salvo excepciones.

Yo era colorado, y si el coloradismo, por lo menos el formal, era stronista o no era coloradismo, yo, necesariamente era strosnista, como lo eran todos los colorados y todos los opositores que no siendo strosnistas, legitimaron al strosnismo participando en los obedientes parlamentos de la época, y de esos sobreviven y hasta se han ensalzado muchos grandes «referentes de la libertad» de hoy, que han olvidado prudentemente su pasado. Yo, por un acto de decencia, no niego el mío, no lo niego ni me afilio a ningún rabioso, condenatorio, y oportunista anti-strosnismo, pero en esta hora crepuscular de mi vida, con la mano sobre el corazón, afirmo que aunque nunca fui perfecto, ni santo ni virtuoso y pequé, tuve debilidades vergonzantes, conflictos duros y ríspidos, gimnasias espinales dolorosas e inevitables en la vida de todo ser humano, odios irracionales y amores prohibidos, jamás robé, ni apresé, ni clausuré, ni delaté, ni hice que nadie quedara sin el pan con un acto de arbitrariedad. Mi blasón es haber llegado a la ancianidad, un poco, sólo un poco, más que pobre. Y en paz con la gente y con mi conciencia, con pocos buenos amigos, pero sin un solo enemigo.

En algún capítulo anterior, mencioné la revolución de 1947, con la que la sociedad perdió, por primera vez, su pastoral inocencia. La segunda vez, en la década de los años sesenta, se produjo con Itaipú. El proyecto, por su majestuosidad deslumbró al pueblo ingenuo y anhelante de progreso. Íbamos, por fin, tener energía inagotable, limpia y barata. El país se iluminaría y los trenes eléctricos trazarían una red de itinerarios por todo el territorio de la República. La electricidad llevaría civilización y bienestar a todos los rincones del país, movería fábricas y nos facilitaría tecnologías de avanzada. Se llegó a acuñar la proclama optimista de que el Paraguay sería el Kuwait hidroeléctrico de América.

El monstruo benefactor costaría dos mil millones de dólares y nosotros sólo pondríamos el río. Costó veinte mil millones y terminamos endeudados por generaciones. Pero lo peor que sobrevino, aunque parezca paradójico, es el río de dinero que la obra volcó sobre el país, que no se canalizó para beneficio de muchos, sino se embalsó para privilegio de pocos.

Donde fluye el dinero hay codicia, y donde hay codicia los valores se pierden, la inocencia se renuncia, la solidaridad se borra. El amigo se vuelve socio, el socio, mañoso, el competidor, sin ética. Itaipú rompió la inocencia y los paraguayos aprendimos a especular para la ganancia fácil. Allí empezó el proceso que nos llevó al vicio nacional del deslumbramiento de la riqueza, haciéndonos corsarios, piratas, falsificadores y contrabandistas. Los paraguayos son los cartagineses de América Latina, dijeron de nosotros en Chile.

Hoy, mi reflexión es que Stroessner hizo mucho bien material al país -se palpa en la comparación de la calidad de vida de entonces a hoy- y quizás hizo mal a mucha gente, inocente o culpable según la tabla de valores de entonces que nadie en el partido Colorado se atrevió a atacar, y muy pocos valientes fuera de él.

Dejo para el análisis la contrastación que deban hacer los estudiosos. Con Stroessner los derechos humanos eran desconocidos, (en rigor, no eran el garrote norteamericano que son hoy) hoy los hay pero van declinando en la medida en que la política se judicializó, el poder judicial se politizó, y la policía no es auxiliar como debe ser sino protagonista como lo es. Con el autoritarismo había miedo y la delación era una de las caras de la perversidad personal y política. Hoy también ha asomado la fea cara del miedo y la delación reduce a nivel de vecindario la vida política nacional, instalándose hasta en el Congreso, salvo las excepciones que confirman la regla, de algunos señores que han envuelto su señorío en cauto silencio, cuando no en ambigua definición de posiciones. Sólo cambiaron los cucos porque antes eran los policías y los pyragüés y hoy son los jueces, los fiscales y los caudillejos de barrio o de villorrios ensalzados a portavoces de las verdades absolutas. Antes no había democracia, pero había menos pobreza. Había más seguridad entonces, pero no había la libertad que existe ahora, aunque reducida por prudente autocensura. Antes teníamos una corrupción administrada por el Único Líder, hoy la tenemos suelta y en manos de líderes locales -pequeños aprendices de Stroessner- que comparten y compiten el poder a la manera de los generales chinos antiguos, cada cual con su ejército, dicho en forma figurada. El autoritarismo era intrínsecamente inmoral, hoy la democracia la es por contagio y herencia. Antes el inconforme, rebelde o perseguido se exiliaba en el extranjero si se salvaba de la prisión: hoy grandes sectores de la población, pobres de la periferia pestilente de las ciudades y campesinos sin campos, indigentes, olvidados, indios, niños, excluidos en general, viven exiliados en su propio país, abandonados de la Justicia y víctimas de la paternidad irresponsable del Estado que no atina a concebir su propio papel. El Poder, con mayúsculas, fue antes privilegio de políticos y/o financieros; hoy cambió poco, es de político-financieros. Incapaces de resolver nuestros propios problemas, por mucho tiempo, los políticos golpeaban las puertas de los cuarteles; hoy seguimos en lo mismo, sólo que tocamos el timbre de las embajadas. Curiosamente, con el régimen autoritario floreció el teatro y se publicaron más libros que hoy. Merecemos una explicación del por qué la democracia, o lo que asumimos como tal hoy, provoca tanta modorra cultural.

No defiendo la opresión del pasado, sino la incoherencia de todos los tiempos, genética, racial, folklórica. Asumo que hubo opresión en los cercanos tiempos autoritarios, y que en cierta manera, aunque fuera por omisión, formé parte de ella. Si es culpa, la he asumido, y la he pagado y la pago con el pudor de mi silencio, de no meterme de rondón y con un

cinismo que no tengo, en el mundo de la política, porque no puedo exhibir credenciales válidas, ni me siento cómodo en un partido que ya no es lo que fue y en un país que no ha logrado ser lo que debe. Además, hoy sólo prevalece el clamor apatotado de los jóvenes cuyo fresco idealismo no se escucha sino se manipula, y así, se pierde en el estruendo de los fuegos artificiales la débil voz de alerta de los viejos o se pierde también en el naufragio de la propia claudicación. No es lo mío arrepentimiento, sino razonamiento. No es expiación, sino respeto a la conciencia.

La vida, amable lector, es aparte de la acumulación de los años y de experiencias, también acumulación de enigmas existenciales. Por qué fui lo que fui y por qué soy lo que soy, son interrogantes sin respuestas que irán aferradas, como las semillas espinosas de la yerba mala (tajhá-tajhá) enganchadas a las vestiduras del caminante, hasta la mortaja final.

Si en cada ser humano conviven un ángel y un demonio, cuál de ellos se llevará el alma al final del camino, sólo Dios lo sabe.

En qué país viví, qué país le dejo a mis nietos. En la respuesta, o en la falta de ella, está la luz de nuestra inocencia o la carga de nuestra culpa.

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



**editorial del cardo**